

POR TIERRAS DEL PROFETA II
EL VALLE DE LA PAZ



KARL MAY

El autor, Kara Ben Nemsí, junto a su amigo Hachí Halef Omar, que fue su fiel criado y ahora es jeque de los Haddedihs de la gran tribu de Schammar, deciden seguir recorriendo amplias zonas del tambaleante imperio otomano. Juntos se embarcarán de nuevo en multitud de aventuras, por las tierras de Mesopotamia y de Persia.



Karl May

El valle de la paz

Por tierras del Profeta II - 4

ePub r1.2

Titivillus 22.07.2018

Título original: *Das Tal des Friedens*

Karl May, 1896

Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.3



El
WALLE
de la **PAZ**



CAPÍTULO 1

Un cliente difícil de contentar

El nombre de Basra suena de un modo familiar en los oídos de todo aquel que haya leído «Las Mil y Una Noches», pues la hermosa e inteligente narradora sitúa en dicha ciudad alguno de los más interesantes de sus fantásticos cuentos.

Basra, llamada antiguamente Bassora o Basora, es la más antigua de las ciudades de los Califas, situada entre los márgenes del Tigris y del Éufrates, y fue fundada en el año 638 por Omar II, para que los persas tuvieran una salida al mar que les permitiera acertar el camino de la India.

En aquella remota época, las vegas que se extendían junto a los hoy desecados ríos de la vieja ciudad fueron designadas por los árabes con el nombre de los cuatro paraísos musulmanes, debido a la fecundidad y exuberancia de su vegetación. Su florecimiento duró desde la época de Nabucodonosor hasta la de Disdochio, el macedonio, y todos sabemos que en el otoño del año 325, Naxos, el amigo íntimo de Alejandro Magno, llegó con su flota procedente de Indusbelta y desembarcó en Teredón.

Entre esta plaza comercial y Basra se estableció una especie de pugilato del que resultó victoriosa la entonces joven ciudad de los Califas. Teredón fue despoblándose, siendo de notar, como causa principal, la lenta pero continua desviación de los ríos, mientras que Basra fue considerada como el mejor centro para el transporte de los géneros a Bagdad, llegando a adquirir tal importancia, que al Golfo de Persia se le llamó Mar de Basra.

Situada en un terreno fértil y especialmente protegida por los Califas, esta ciudad no sólo llegó a acumular grandes riquezas materiales, sino que alcanzó justo renombre literario porque se reunieron en ella los más famosos poetas y sabios del mundo musulmán, sobre todo después de establecer en ella Ibn Risoa su inmortal escuela de creencias.

La importancia moral e intelectual de esta academia llegó a tal alto punto, que a ella debió Basra merecer el honroso nombre de *Hublet el Islam*^[1], Pero tanto esplendor fue de breve duración. La ciudad pereció por la misma causa que dio motivo a las ruinas de su rival, es decir, la progresiva desecación de sus ríos, que le creó una situación cada vez más angustiosa.

Actualmente, la Cúpula del Islam no se compone más que de chozas construidas entre las ruinas y, a pesar de ser el punto de partida de las caravanas que van hacia Arabia, puede decirse que carece de importancia. Hasta su nombre se ha alterado. Hoy se la conoce allí por Iobeir, en honor a una mezquita así llamada por estar enterrado en ella un partidario de Aixa, la viuda de Mahoma, que llevaba igual

nombre.

También hay otra causa para dar interés a la vieja Basra; me refiero al viaje que hizo aquí Mahoma acompañando a su tío Abu Taleb y a su encuentro con un monje cristiano llamado Gerguis, que, asombrado de la capacidad mental del muchacho, llamó sobre ella la atención de su tío. Muy probablemente éste fue el germen de las tendencias cristianas que frecuentemente pueden descubrirse en el *Corán*.

El actual centro de Basra está situado a unas dos millas de la vieja ciudad. El que se proponga encontrar allí las poéticas reminiscencias de «Las Mil y Una Noches» pronto se verá rodeado de una miseria y de una suciedad tan real, que su primer deseo será abandonar lo antes posible el teatro donde fueron situadas tan encantadoras narraciones.

En primer lugar, la ciudad no está, por desgracia, situada en la orilla inmediata del río, sino a media hora de él y junto a unas aguas estancadas y pestilentes. Los ojos del turista sólo encuentran señales de decadencia y, a corta distancia, existen terrenos pantanosos cuyos miasmas son venenosos.

Las fiebres palúdicas que se desarrollan en sus cercanías son tan peligrosas que, por ejemplo, el traslado de un funcionario público desde Bagdad a Basra se considera, generalmente, como una sentencia de muerte. Ni aun los más célebres médicos musulmanes conocen ningún remedio eficaz contra esas fiebres, y nuestra medicina se declara también impotente; eso, los europeos no hacen más que llegar a la ciudad, dar un vistazo y marcharse inmediatamente.

La población, que, hace unos veinte se calculaba en unos setenta mil habitantes, apenas alcanza ahora la séptima parte de esa cifra y, si no se hubiera establecido allí el embarcadero para grandes vapores de las líneas comerciales que unen Mesopotamia con la India, casi sería inútil buscar el sitio ocupado por Basra.

Aun cuando estaba ya enterado de todo esto, me dirigí a esa ciudad acompañada por mi inseparable Halef para visitar los restos de la antigua Basra, pero sin tener intenciones de detenerme en ella, sino que pasando por Schalt el Arab y Oarum, deseaba alcanzar las montañas y encontrar allí un desfiladero que nos condujera camino de Schiraz.

Sin duda mis lectores recordarán que yo estuve anteriormente con Halef en Basra. También entonces teníamos el propósito de internarnos en Persia, pero las circunstancias nos hicieron cambiar ruta para encaminarnos hacia La Meca por el camino que recorren las peregrinaciones y, por entonces, quedó nuestro propósito incumplido. Lo que nos aconteció en la vieja Basra fue tan extraño e interesante que, hallándonos en las inmediaciones, no podíamos pasar de largo sin hacer una visita a la ciudad.

Acabábamos de realizar este deseo y descansábamos en un café, junto a la puerta principal de la ciudad y no lejos de la aduana. Habíamos dejado los caballos en el estrecho y sucio patio, y nosotros esperábamos pacientemente a que barquero se dignara pasarnos al otro lado del Schalt el Arab.

A nuestra demanda de pasaje, contestó el buen hombre con una negativa, bajo pretexto que acababa de pasar a otra gente y tenía que descansar un rato. Quisimos evitar la pérdida de tiempo proponiéndole que remaríamos nosotros, pero testarudo barquero declinó nuestra oferta, diciendo que los remos eran suyos no gustaba que los manejaran gente extraña.

En este caso se había de demostrar un vez más la verdad que encierra la frase de que todo tiene su lado bueno en este mundo. Aquel involuntario retraso nos proporcionó la más grande y agradable sorpresa que hubiéramos podido figurarnos.

Debo hacer constar que las paredes de nuestro café, así como las de la aduana estaban construidas con juncos trenzados.

El local se componía de dos estancias, una más espaciosa que la otra. Estábamos solos en la más pequeña y, a través del ligero y transparente tabique, podíamos no sólo ver, sino oír cuanto pasaba en la otra. Algunos clientes estuvieron allí hasta entonces pero todos se habían marchado.

El dueño del establecimiento, sentado con indolencia en unos almohadones, tenía sobre las rodillas la apagada pipa y parecía próximo a dormirse. El joven somalí a quien correspondía el servicio de los huéspedes se ocupaba en cargar las pipas colgadas de la pared y destinadas a hacer la delicia de los fumadores.

Todo era silencio, tanto en una estancia como en la otra, y sólo era interrumpido por alguna voz de mando dada desde la cubierta de un buque inglés anclado en el muelle inmediato y que se disponía a salir al anochecer para Karotschi y Bombay.

De pronto sonó la poderosa voz de una sirena saludando a la plaza. Esto anunciaba la llegada de un nuevo vapor, pero no podíamos saber su procedencia, puesto que no lo veíamos. Este barco nos trajo la sorpresa de que antes he hablado. Apenas habían transcurrido diez minutos desde que sonara la sirena, cuando entró un nuevo cliente en el café.

—*Sallam!* —fue su lacónico saludo.

—*Sallam aaleikum!* —contestó el dueño en tono soñoliento e indiferente.

Ninguna razón había para que nos ocupáramos de los parroquianos del establecimiento, pero el aburrimiento de la espera nos impulsó a mirar por los huecos que dejaban los juncos. Apenas echamos una mirada, Halef pegó un brinco y abrió la boca para lanzar una exclamación, pero se la cubrió con la mano, obligándole a que guardara silencio mientras le decía en voz baja y apresurada:

—¡Cállate, Halef, no digas una sola palabra! Este inesperado encuentro me causa tanto placer, que de buena gana empezaría a dar gritos y saltos, pero aguardemos un poco; está solo y quisiera ver cómo logra hacerse entender no sabiendo el árabe ni el turco.

El hombre de quien hablábamos era un sujeto a propósito para llamar la atención en cualquier país occidental y mucho más en aquel rincón de Oriente. Era extremadamente alto y huesudo y su cabeza, demasiado pequeña para su estatura, estaba cubierta por un alto sombrero de copa gris. La boca, grande y de finos labios,

se abría debajo de una interminable y puntiaguda nariz, en la que se adivinaba el propósito de prolongarse hasta la barbilla. Cuando añadía que esta nariz estaba adornada por la visible cicatriz de una bala, creo que el lector habrá adivinado ya quién era el nuevo parroquiano del café.

Su pescuezo, largo y desnudo, salía del ancho y bien planchado cuello de una limpiísima camisa, en torno del que se anudaba una corbata de foulard a cuadros. A esto hay que añadir una levita gris, también a cuadros, pantalón, chaleco y polainas de la misma tela y altas botas de color gris llenas de polvo. Rodeaba su cintura un cinturón de cuero gris, del que pendían varios revólveres y cuchillos. Desde un hombro hasta la cadera opuesta se extendía, por delante, una cartuchera del color predominante en todo el equipo, y por la espalda colgaba, envuelta en una funda de color también gris, una escopeta de dimensiones extraordinarias, mientras que en la mano, y con funda de la misma tela, llevaba otra mucho más pequeña.

Este hombre gris se encaminó con paso rígido y pausado a uno de los divanes que corrían a lo largo de la pared. Trató de plegar las rodillas y sentarse a estilo oriental, pero la falta de costumbre le hizo perder el equilibrio y, con las piernas extendidas, cayó sobre los almohadones, quedando en la postura que acostumbran a sentarse los europeos.

—*Thunder Storm!* —exclamó incomodado consigo mismo. Se acomodó lo mejor que pudo y, llamando al somalí, le dijo esta sola palabra en tono de mando:

—*Tschibuk!*

El mozuelo africano descolgó una de las pipas que había preparado, puso un ascua sobre el tabaco y, tomando el extremo del tubo entre los labios, aspiró enérgicamente hasta que la corriente quedó establecida. Hecho esto, con gracioso ademán, se la ofreció al parroquiano.

—*Chanzir!*^[2] —exclamó éste. Y dando un manotazo a la pipa la envió rodando hasta los pies del dueño.

Éste comprendió al instante el motivo de una conducta tan desusada en aquel lugar y se la explicó al Ganimedes de la nicotina diciéndole:

—Este extranjero es inglés y no quiere que tus labios toquen al *tschibuk*, sino que quiere encenderlo por sí mismo.

La consecuencia de esta lección fue que el somalí cogió otra pipa y puso sobre ella un carbón encendido. La tomó el inglés y dio varias chupadas, pero, después de hacerlo, su nariz dio tal resoplido que envió la pipa al mismo sitio en que cayó la primera.

—¿Qué es eso? —preguntó el propietario—. ¿Por qué arrojas el *tschibuk* al suelo?

—¡Tabaco miserable! —respondió el interpelado en inglés.

—Hablas de tabaco, pero no te comprendo. ¿Qué significa la otra palabra?

—*Duchan boltal!* —respondió aplicando el calificativo en árabe.

—No lo tengo mejor; si no te gusta, puedes buscarlo en otra parte.

—*Kahwe!* —replicó el parroquiano, que seguía sentado tranquilamente.

El somalí se acercó al puchero de agua hirviendo y preparó una taza de café, que sirvió al inglés. Éste se acercó la taza a la nariz, probó un sorbito y arrojó el líquido exclamando:

—¡Este café es malísimo!

—Pues si no te gusta, lo dejas —dijo el dueño con su oriental indolencia, pero no sin añadir—: Después que lo hayas pagado.

—¿Cuánto cuesta? —inquirió el hijo de Albión.

—Veinte piastras.

Esto era una verdadera impertinencia y, sin duda, debía servir de castigo a la ofensiva conducta del parroquiano, el cual sacó del bolsillo una moneda de oro y la arrojó con indiferencia al suelo. Fue recogida por el somalí, quien se la llevó al dueño. Como éste se disponía a cambiarla, el inglés hizo un ademán para indicar que no quería la vuelta, siendo cosa de risa ver la cara de bobos que pusieron amo y criado, pues la diferencia era considerable.

No me asombró en lo más mínimo aquella esplendidez que era una segunda naturaleza de mi valiente y querido David Lindsay. ¡Lindsay! ¡Ya he descubierto quién era el extranjero vestido de gris! Ya se comprenderá nuestra sorpresa y alegría al encontrarnos tan inesperadamente con *Lord Lindsay*.

Yo sabía que, desde hacía años, no había vuelto por la vieja Inglaterra y, catorce meses atrás, recibí su última carta fechada en El Cabo. El rumbo que siguió desde allí es cosa para mí desconocida. Y ahora se me aparecía repentinamente, ataviado con el mismo ropaje que llevaba cuando por primera vez le vi, por cierto también en un café.

Aún más asombrado por su encuentro, lo estaba también por su lenguaje. Anteriormente recorrimos juntos, y durante largo espacio de tiempo, diversas comarcas orientales. En los altos que hicimos en nuestro viaje, tuve ocasión propicia para aprender las costumbres e idioma de los países que visitábamos, pero al inglés no se le ocurrió, ni aun en sueños, asimilarse nada de los usos o lenguaje de la gente entre la que vivíamos.

Por el solo hecho de ser inglés, creía que en todas las circunstancias debía seguir siéndolo y no se daba el menor trabajo para aprender una sola palabra de árabe, turco, kurdo o persa. El que hablara alemán era un milagro debido a un pariente que vivía en Alemania y que se lo enseñó durante su infancia. Poseía el firme convencimiento de que se podía llegar a los países más remotos conservando los usos británicos y la lengua inglesa, y esta opinión estaba en él tan arraigada, que menor duda sobre ella lo consideraba como una ofensa a la Gran Bretaña.

Esta obstinación nos había causado pocos disgustos. Cuando se viaja con que desconoce completamente las costumbres y lenguaje de los países extranjeros y con frecuencia semisalvajes, por los se atraviesa y, al mismo tiempo, tiene desgracia de meterse en peligrosas aventuras, ya se comprenderá que la presencia de ese

compañero, aun cuando sea el mejor hombre del mundo, es muy a propósito para crear serios obstáculos y puede llegar hasta a ser fatal.

Esto no había querido comprenderlo nunca Lindsay, y de ahí mi sorpresa cuando, al encontrarlo en Basra, me asombró no sólo entendiendo el árabe, sino que aunque mal, hablándolo también.

Indudablemente debía de haber dedicado por lo menos un año a estudiar asiduidad el árabe, y el no haber considerado inútil este trabajo para aprender idioma extranjero es lo que más me sorprendía en él. Haré observar una circunstancia que me hacía ver con indecible satisfacción sus inesperados conocimientos del idioma oriental.

Si se decidía a acompañarnos a Persia donde tanto se entiende y habla el árabe como el idioma del país, sería para mí gran descanso no llevar un compañero que, como antes sucedía con Lindsay, era preciso explicarle cada incidente y traducirle cada palabra. De lo que estaba seguro es de que, fueran las que quisieran las causas que lo hubieran traído aquí y los propósitos que tuviera, tan pronto como nos echara la vista encima, lo dejaría todo para unirse a nosotros y acompañarnos en nuestro viaje; sobre ese punto no tenía dudas. Le apasionaba lo desconocido y aún más el peligro y me honraba con tal simpatía, que seguramente enviaría a paseo todos sus anteriores designios con tal de verse a nuestro lado.

CAPÍTULO 2

El ponche del encuentro

Hablando con entera franqueza confesaré mi convencimiento de que la compañía de David Lindsay nos causaría más de una dificultad, pero, por otro lado, poseía excelentes cualidades que compensarían con creces lo que pudiéramos llamar genialidades suyas.

Era hombre valiente y de extraordinaria sangre fría y tenía muchas relaciones que podrían sernos útiles. Añádase a esto su fabulosa riqueza. Estoy muy lejos de pertenecer al grupo de parásitos que gustan de vivir a costa de los potentados, pero siempre es más agradable llevar un compañero que pueda vencer todos los obstáculos materiales, que otro que antes de gastar un céntimo, tiene que darle tres vueltas, y quizá termina por metérselo en el bolsillo.

Respecto a este punto siempre encontramos en Lindsay un inapreciable camarada, cuya generosidad hubiera sido inagotable manantial de ingresos para otro cualquiera que se encontrara en mi lugar. Por último, tampoco son para echados en olvido los buenos ratos que nos pasamos gracias a su original excentricidad, y bastaba verle para poder afirmar que nos los seguiría proporcionando.

Observamos que, a pesar de haberle despedido por dos veces el dueño, él seguía sentado sin que, al parecer, quisiera levantarse. Parecía preocupado; probablemente estaría, pensando qué podría pedir para prolongar su estancia allí, pues no era digno de un perfecto *gentleman* permanecer en un local público sin hacer un gasto respetable. Por último tuvo una idea luminosa y exclamó:

—*Frank kahwe!*

Con este nombre se conoce allí el chocolate.

—No tengo —le respondió el dueño del café.

—*Kakao!*

—No sé lo que es.

—*Sherry!*

—No entiendo.

La boca de Lindsay desplegó todas sus dimensiones en un descomunal bostezo. Le fastidiaba que no le sirvieran lo que pedía, y su nariz pareció querer asomarse por aquel profundo agujero orlado de fuertes y blancos dientes para ver si en su fondo hallaría alguna inspiración. Y así fue, pues exclamó, como quien halla la solución a un problema:

—*Seherbet!*

El somalí se apresuró a traer la refrescante bebida preparada con agua, azúcar y zumo de frutas y recibió en cambio tan espléndida propina, que su rostro resplandeció

de alegría y dio las gracias con una triple reverencia.

Lindsay llevó el vaso a sus labios y debió agradecerle el líquido, pues tomó varios sorbos. Al dejar el vaso, su mirada cayó sobre él; en el acto su semblante tomó la expresión del horror, sus ojos parecieron que aumentaban de tamaño, se estremeció su nariz y exclamó soltando el vaso:

—*All devils!* Ahí dentro hay... un... un... ¿cómo se dice *snail* en árabe?

—No entiendo lo que quieres —contestó el dueño—. ¿Tiene algo el *seherbet*? Enséñamelo, yo te diré lo que es.

La generosidad del *lord* le había congraciado con el cafetero, que se levantó con solicitud para examinar el vaso. Después de examinar lo que había en el fondo, dijo en tono afable, en el que no se traslucía la menor agitación:

—Es un *bazzaha*^[3], un *bazzaha* pequeñito que ni aun llega a tener la longitud de mi dedo índice. ¡Alá lo ha creado lo mismo que nos ha creado a nosotros! ¿Quién podrá reprochárselo? Sería lástima que se desperdiciara esta golosina. Haré que te traigan otro *seherbet*.

Quitó el caracol con los dedos y se bebió el refresco hasta la última gota. Después volvió a ocupar su puesto. Cuando el somalí trajo una nueva bebida, Lindsay, con un expresivo ademán, le dio a entender que no estaba dispuesto a admitir, ni mucho menos a beber, aquella pócima; en vista de lo cual el bronceado jovenzuelo creyó poder disponer a su favor del rechazado refresco. Una vez apurado el vaso, aplastó con su desnudo pie al inocente caracol y, con aire de triunfo, volvió a ocupar su puesto en la puerta del café.

En cuanto al rostro de Lindsay, daba a entender que en el interior de su cuerpo riñeran dura batalla todos los dolores que puedan mortificar a la humanidad, y su nariz, que, como ya sabemos, tenía el don especial de reflejar las sensaciones de su dueño, colgaba pálida y trémula en señal de la repugnancia que le inspiraba el aplastado caracol. Este doble motivo de tristeza produjo tan honda impresión sobre el cafetero que, saliendo de su oriental apatía, preguntó al inglés:

—¿Te sientes mal? Si es así, te aconsejo que tomes un *araki*.

—*Araki*? —repitió el inglés—. Sí, tráeme una copita de *arak*, pero que no sea demasiado pequeña.

—Será tan grande, que yo también podré beber en ella.

—Muchas gracias, pero, si quieres beber, manda que te traigan otra copa.

—¿Tan grande como la tuya?

—Sí.

Se oyó la juvenil voz del somalí que preguntaba:

—¿Y también para mí?

—Por mi parte, puedes hacerlo.

—¿Igualmente grande?

—Sí.

El mozo cogió el envase que contenía el alcoholizado líquido y, siguiendo el

principio que aconseja: «Yo primero y los otros después», lo distribuyó en tres tacitas de barro, de muy respetable capacidad.

Lindsay tuvo por esta vez la precaución de mirar al fondo de la taza, sin hallar, por fortuna, ningún cuerpo extraño.

En vista de lo satisfactorio del examen, tomó un sorbito y después otro, que fue seguido de un tercero. Su ceño se desarrugó, desapareció la dolorosa expresión de su rostro y, pareciendo recobrar nueva vida, exclamó:

—¡El *arak* es muy bueno, riquísimo! Ésta fue la señal para que la nariz recobrara su inmovilidad y empezara a cubrirse de un suave color rosado que, progresivamente, se iba haciendo más intenso. El dueño del establecimiento, al ver esto, saboreó el contenido de su taza y mandó a su subordinado que la volviese a llenar. Éste obedeció la orden con presteza y, siguiendo el ejemplo que le daba su amo, llenó también la suya. El *lord* observó estos manejos con sonrisa complacida, aunque sabía de antemano que él sería el pagano e invitó a sus dos acompañantes a que bebiesen cuanto pudieran resistir.

Quizá abrigase el propósito de vengarse por la presencia del caracol, obligándoles a cometer un pecado contra los preceptos de Mahoma. El propietario, que parecía conocer a fondo las fases que sigue la absorción del licor, animado por la esplendidez de su parroquiano, le hizo esta confidencial advertencia:

—Tú eres inglés y desconoces las leyes del Islam. Quizá habrás oído decir que nos prohíben el uso del vino, pero el *arak* no es vino; muy al contrario, merece llamarse «agua de la salud» y por eso se acostumbra a beber en honor de quien convida; por consiguiente, permite que diga: ¡A tu salud!

—¡A tu salud! —se apresuró a decir también el somalí vaciando su taza al mismo tiempo que su amo. Ambas volvieron a llenarse en el acto.

¡Aquel par de musulmanes tenían gargantas dignas de marineros irlandeses! No puedo sufrir los alcoholes y menos bebidos en tales cantidades, pues aquel *arak*, como podrá verse después, no sólo fue bebido a la salud de Lindsay, sino que también lo fue a la nuestra.

Mientras tanto, el inglés, que ya no hacía más que llevarse la taza a los labios, conversaba muy complacido con los dos bebedores. Lo mismo en árabe que en su lengua nativa, el aristócrata empleaba su peculiar estilo lacónico y cortado; los otros, en cambio, hacían gala de una inagotable locuacidad y le contaban una porción de cosas que en nada podían interesarle, pero que él escuchaba con gusto para hacer prácticas de lenguaje.

El curso de la conversación les llevó a mencionar el inmediato edificio de la aduana y los empleados que en él trabajaban; después les tocó el turno a los impuestos y contribuciones, y, por último, vinieron a caer en el contrabando. Éste es un tema de conversación que siempre despierta gran interés en aquellas comarcas, y hasta Lindsay pareció escuchar con más atención que antes las palabras del posadero.

Éste lo observó y, habiéndose vuelto imprudente a causa del *arak*, descubrió

varios secretos de la organización de esta ilegal industria, con lo que demostró estar mejor enterado de lo que le convenía decir. El somalí, bajo la acción del alcohol, empezaba a sentir sueño, pero el amo cada vez estaba más despabilado y charlatán, jactándose de que sabía muchas cosas y podría prestar importantes declaraciones si quería hacerlo. Extendió la mano y prosiguió:

—¿Ves ese anillo que llevo en el dedo? Es mudo, pero, si quisiera hablar, revelaría secretos de los que ni siquiera puedes hacerte una idea.

Ya se comprenderá cómo agucé los oídos cuando oí hablar de la sortija. ¿Sería un anillo del *Sillan*? Yo no me había fijado en las manos de aquel hombre. Halef escuchaba también con la mayor atención, a fin de que no se le escapara ni una palabra y se acercó tanto a la pared, que crujieron los juncos, llamando la atención del inglés, que preguntó al cafetero:

—¿Hay alguien allí? Oigo ruido.

—¡Alá, Alá! Me había olvidado por completo que están ahí esos dos forasteros tomando café. Sus caballos han quedado en el patio, dos animales de los mejores que he visto en mi vida.

—Pero ¿seguramente no serán pura sangre?

—¡Pura sangre son; sin mezcla alguna! ¿Quieres verlos?

—Con mucho gusto.

—Yo te los enseñaré. Ven.

Se levantaron y salieron. Un buen aficionado a caballos, como lo era *Lord Lindsay*, no desperdiciaría la ocasión de contemplar un ejemplar de pura raza árabe.

—*Sidi*! ¿Qué te parece de este verdadero milagro? —me preguntó Halef—. Ahí tenemos a nuestra inglés. ¡Qué ojos abrirá cuando nos vea!

Antes de que pudiera contestar, oímos la voz alterada de David que gritaba desde la puerta:

—¡Necesito ver a esos hombres! ¡Quiero verlos ahora mismo! ¡Conozco una de las sillas, estoy seguro de que la conozco! En los caballos tal vez me equivoque, pero uno de ellos es igual al magnífico «*Rih*», un potro que...

Se detuvo sin terminar la frase. Mientras pronunciaba las anteriores palabras avanzó a grandes pasos seguido del propietario y llegó hasta la abertura que servía de puerta a la segunda estancia y, desde allí nos vio sentados uno junto a otro. ¡Mi pluma es impotente para describir la expresión de su rostro! La sorpresa lo dejó inmóvil y convertido en estatua de piedra.

Con la boca abierta y los ojos espantados nos miraba sin pronunciar una palabra.

—¡*Sir David*! —exclamé yo levantándome para saludarlo—. Bienvenido a esta vieja y querida *dschisireh*^[4]. ¿Quién se lo hubiera figurado?

—Muy bien venido, *mister englis* —prorrumpió Halef, que, afortunadamente, se acordaba de aquellos dos vocablos extranjeros y, para demostrar su feliz memoria, prosiguió—: *We are*!, de pura alegría al verte, casi tan estupefacto como tú lo estás ahora. ¿Vienes directamente de tu *native country*? ¿O estabas en otras tierras cuando

Alá te ha traído a nosotros?

Fácil era de ver que el buen Hachi sentía legítimo orgullo por haber logrado colocar aquel par de palabras aprendidas en otros tiempos. Por fin, Lindsay empezó a salir de su estupor. Se acercó a mí, paso a paso, y, como obedeciendo a la presión de varios resortes, levantó los brazos, los abrió y los volvió a cerrar, cogiéndome entre ellos, todo en el más profundo silencio.

Yo tampoco podía hablar, pues las grandes alegrías son opuestas a las ruidosas manifestaciones y me contenté con estrechar fuertemente sobre mi corazón al amigo querido. Éste recobró el uso de la palabra y, con el tono más afectuoso de su voz, me dijo:

—*Mister Kara!* Le confesaré que este inesperado encuentro ha paralizado la sangre en mis venas. De buena gana me echaría a llorar y, sin embargo, estoy contento, contentísimo. Ésta es una mala pasada que me ha jugado mi viejo corazón, convirtiéndome en un chiquillo.

—Déjele que obre a su gusto. El mío se ha portado, poco más o menos, lo mismo. Parecía que iba a estallar.

—Eso se explica mejor en el suyo que es más joven, pero al mío no lo creí capaz de semejante enternecimiento. ¡También está Halef! El poderoso jeque y tirano de los Haddedihnes. ¡Ahora sí que podremos entendernos en árabe!

Era un verdadero placer observar la fisonomía del inglés. Poco antes colgaba su inerte nariz sobre la boca abierta, pero ya había vuelto a cobrar la vida. Con los ojos brillantes, las mejillas encendidas y la prodigiosa animación de sus movibles facciones, hubiera producido verdadero asombro en quien no le conociera.

Con nerviosa volubilidad, pasaba rápidamente de Halef a mí, hablando ya con uno, ya con otro. Una risa silenciosa sacudía todo su cuerpo y por todos los poros transpiraba la más completa felicidad. El propietario, que, asombrado, contemplaba esta escena, no tenía ojos más que para aquella nariz tan íntimamente unida a las sensaciones y pensamientos de su dueño y que no se limitaba, como otras narices, a ser el órgano del olfato y a dar salida a las manifestaciones catarrales.

Sólo una vez se permitió esta nariz tener un rasgo de independencia contra la voluntad de su dueño, y fue cuando la alcanzó un proyectil en Alepo, pero no le salió bien y, por castigo, conservó la cicatriz durante toda la vida.

Mientras duró la agitación de los primeros momentos, no se pusieron de manifiesto las especiales condiciones del *lord*, pero tan pronto como recobró el equilibrio moral, empezó a hacer gala de su peculiar estilo. Aún no nos habíamos sentado, cuando nos dijo:

—Hoy es para mí, día de fiesta y voy a hacerles una proposición.

—¿Cuál? —le pregunté.

—La de celebrar el encuentro. Es preciso celebrarlo.

—¿De qué modo?

—Con una buena copa.

—¿Aquí, donde no se puede tomar nada?

—¿Nada? Están ustedes en un error. Pero se me ocurre una idea.

—¿Se puede saber cuál es?

—Aquí tenemos *arak*, y del bueno; tampoco falta agua, azúcar y fuego; el dueño podrá proporcionarnos con facilidad algunos limones. ¡Hagamos un buen ponche o grog! ¿Conformes?

—Sí, con la expresa condición de que lo preparemos nosotros.

—Naturalmente, no se lo íbamos a encomendar al cocinero. Ya basta con un *bazzaha* y no tengo ganas de encontrarme con otro. ¿Lo visteis vosotros? —preguntó en árabe y tuteándonos.

—Sí.

—¿Y os reiríais seguramente?

—Un poco.

—¡Puf! ¡Qué porquería! Me acordaré toda la vida. Ocupémonos del ponche.

Se dirigió al cafetero y supo por éste que teníamos a nuestra disposición todos los componentes de la deseada bebida, que, desde luego, podríamos preparar por nuestras propias manos. No puede negarse que era una idea original y atrevida la de hacer un ponche en aquellas apartadas regiones, pero no dejamos de realizarlo. Mientras Lindsay estaba en sus glorias, representando el papel de repostero en jefe, respetuosamente secundado por el somalí, el propietario, sentado en sus almohadones, lo miraba con la curiosidad propia de un hombre del oficio.

Yo fijé mi vista en sus manos y, en efecto, distinguí el anillo; era de plata y parecía de forma octogonal, pero la distancia no me permitía apreciarlo con exactitud; era preciso aprovechar alguna oportunidad para verle la mano de cerca.

Cuando el ponche estuvo listo, nos encontramos con que no había vasos. El dueño se levantó para buscar algunos cacharros que pudieran substituirlos y sacó de una caja unos potecillos de estaño, yo me acerqué para cogerlos y, al mismo tiempo, pude mirar la sortija sin llamar la atención.

Sí, la placa tenía ocho puntas y en ella estaba grabado el conocido dibujo. La sílaba *Sa* enlazada con la de *Lam* y ambas puestas encima del signo de multiplicar. El hombre pertenecía a la misma misteriosa asociación. ¡Era una Sombra!

El *lord* estuvo realmente inspirado en la preparación de la bebida. Con su habitual esplendidez, invitó a participar de ella al amo y al mozo y, cuando vio lo satisfechos que quedaron del para ellos desconocido *lobsol*, les permitió que, a cuenta suya, se prepararan otra poción, ya que habían visto cómo se hacía.

En cuanto a nosotros, nos retiramos al segundo compartimiento para no ser molestados por los clientes que pudieran llegar y poder así hablar de nuestros asuntos con entera libertad.

CAPÍTULO 3

Disputa con lord Lindsay

Tan pronto como estuvimos instalados cómodamente, Lindsay tomó un buen sorbo de su cubilete y, con gran satisfacción por mi parte, dijo en árabe, aunque conservando su cortado estilo, que procuraré respetar en la traducción:

—Ante todo presentaré un enigma. ¿Seréis capaces de descifrarlo?

—Yo, no —contestó Halef con viveza.

—¿Por qué no?

—Porque Alá no me ha dado la admirable penetración de mis sentidos y la profundidad de mi inteligencia para que los desperdicie en inútiles esfuerzos para averiguar lo que otro sabe ya y puede decirme en seguida.

—Bien, ¿y tú?

Esa pregunta fue dirigida a mí. Como el *lord* hablaba en árabe, naturalmente, me tuteaba. Yo respondí:

—¿Tan necesario es que lo acierte? ¿A qué entretenerse ahora con acertijos cuando tenemos mejores y más importantes cosas de que hablar?

—También es importante este enigma, pero no lo podrás descifrar, es demasiado difícil.

—Puesto que te empeñas, oigamos.

—Perfectamente, empiezo. ¿De dónde vengo?

—Eso no es enigma, sino una simple pregunta.

—Lo mismo da, pero ¿puedes contestarla?

—No, porque no soy omnisciente.

—Well! Te lo diré. He estado en tu casa.

—¿En... mi...? —pregunté asombrado.

—Sí, lo repito, en tu casa.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

—¿Vienes de Alemania?

—Sí.

—¿Con algún propósito deliberado?

—Naturalmente, y quería hacer el viaje contigo. Tu última carta me fue enviada desde El Cabo. En ella me decías que pensabas visitar a Halef y hacer un viaje a Persia. Yo también quería ver nuevamente a Halef y recorrer Teherán, Ispahan y Schiraz. Al terminar mi viaje marché a Alemania para recogerte, pero ya estabas fuera.

—¡Ah! Ahora lo comprendo todo. ¿Y empezaste a seguirme?

—Seguirte precisamente, no. Es imbécil tu portero. No supo decirme tu itinerario.
—No es mi confidente.

—*Well!* Yo algún camino había de tomar. Por ferrocarril marché a Viena y Trieste y en un barco a Suez y Bombay. Otro vapor me conduciría a Bagdad y, desde allí, me proponía buscar a los Haddedihnes para preguntar por ti.

—¡Pero ése es un plan temerario!

—¿Temerario? ¡Bah! —exclamó haciendo un ademán desdeñoso.

—Temerario, sí. El camino desde Bagdad al campamento nómada de los Haddedihnes es muy peligroso.

—No soy ningún chiquillo.

—Ya lo sé, pero, hombre o chiquillo, el peligro es el mismo. En fin, no es poca suerte el habernos encontrado aquí de un modo casi milagroso.

—*Well!* El vapor hace aquí escala durante veinticuatro horas. Yo bajé a tierra porque me aburría.

—Y viniste a este café para matar el tiempo con *arak* y caracoles.

—¡Calla! ¡No me recuerdes esa porquería! ¿Estáis en camino?

—Sí.

—¿Hacia Persia?

—Sí.

—*Well!* Voy con vosotros.

—¿Pero no querías ir a Bagdad y visitar a los Haddedihnes?

—Déjate de bromas... ¡Ah! Ahora caigo... no he preguntado si me aceptáis por compañero. Lo haré con retraso. ¿Me permitís acompañaros?

—Sí —contesté imitando su laconismo.

—¿A qué ciudad iremos primero?

—A Schiraz.

—¿Cuándo marcharemos?

—Ahora mismo, tan pronto como el barquero acceda a pasarnos a la otra orilla.

—¿El barquero? ¡Espérate! En seguida vuelvo.

Se levantó de un salto y se marchó con tanta prisa que ni aun tuve tiempo de preguntarle adónde iba. Seguramente a su barco para interrumpir la travesía y recoger su equipaje.

—*Sidi*, éste se decide pronto —dijo riendo Halef—. Apenas si nos ha preguntado si queremos que venga con nosotros o no. Si no nos llega a encontrar ¿quién sabe si hubiera llegado vivo hasta los Haddedihnes? Él no cree en los muchos peligros que esperan a ambos lados de ese camino a los viajeros. Dime francamente si te alegras de que venga con nosotros.

—¡Puesto que me pides franqueza, te confesaré que me había acostumbrado a la idea de ir sólo contigo.

—Te lo agradezco, *Effendi*. Yo también me alegraría mucho de que se hubiera quedado en su *native country*.

—No quiero decir eso. Ya sabes que es un hombre muy distinguido y que su amistad es de las que le honran a uno. Su inteligencia vale tanto como su corazón y, ante todo, declaro que le profeso verdadero afecto. No niego que su compañía nos impedirá obrar en ciertos casos con la libertad que podríamos hacerlo yendo solos. Algunas consideraciones tendremos que guardar a sus excentricidades, pero éstas quedan más que compensadas por las buenas cualidades que le adornan y que merecen tanto respeto como simpatía. De modo que, pesado imparcialmente el pro y el contra, resulta que lo mismo podremos llevar a cabo nuestro proyecto yendo dos que tres.

—Puesto que ésa es tu opinión, me conformaré con por ser tu único compañero. Escucha, *Effendi*, ¿oyes qué efectos tan piadosos ha causado el *arak* mezclado con agua y azúcar?

El dueño del café cantaba a voz en cuello «Allahu! Allahu!» imitando los alaridos de los derviches y mezclaba con ello penetrantes silbidos y otra porción de estridentes tonos. La música era capaz de destrozar los oídos y poner los nervios de punta, pero cosas peores podían esperarse allí donde se reúnen las aguas del Tigris y del Éufrates.

Al participar yo a Halef que el cafetero llevaba puesta la sortija del *Sillan*, señal infalible de que pertenecía a la tenebrosa asociación de las Sombras, me dijo con gran viveza:

—Permíteme que me ponga yo la mía y que, como por casualidad, se la enseñe a ese hombre. Me gustaría saber lo que hace o dice.

—¡Hum! No juguemos con esas sortijas, querido Halef.

—Lo sé, pero ya puedes darte cuenta de lo borracho que está, de modo que no hay nada que temer. Cuando recobre el juicio no se acordará de nada. Quizá averigüemos algo.

—No sería posible. Pero yo no puedo hacerme pasar por Sombra, pues habrá oído nuestra conversación y estará enterado de que soy europeo.

—¿No será bastante que hable yo con él? A mí no puede confundirme con un europeo.

—Si lo hicieras con la mayor prudencia...

—No temas. ¿Puedo ir?

—Bueno, creo que la cosa no tendrá consecuencias para nosotros y no quiero privarte de ese gusto. Tiene una mona más que regular y, aunque así no fuera, en nada podría perjudicarnos, puesto que hoy mismo dejamos estos contornos y muy pronto habremos atravesado la frontera. Pero al decir que tú eres una Sombra, no des a entender que Lindsay o yo conocemos algo de la sociedad. ¿Comprendes?

—Sí, obraré con igual misterio como si realmente fuera yo un miembro de ella. ¿Cuándo he de ir a hablarle? ¿Ahora?

—No, espera a que vuelva el *lord*. Llamaría la atención que me dejaras ahora solo para irte a charlar por detrás de mí acerca de cosas que yo no debo saber.

—Esperemos que el inglés vendrá pronto, pues hemos de estar preparados en

cuanto aparezca el barquero, no sea que el buen hombre vuelva a sentir la necesidad del descanso. ¿No tenías idea de que Lindsay te fuera a buscar a tu patria?

—No, nada me había dicho. Yo le escribí que tenía el propósito del ir a París y hacerte antes una visita para animarte a que me acompañaras. Esto le ha animado a unirse a nosotros, y, dando por descontado que ese plan nos sería muy agradable, ha obrado en consecuencia. Estos potentados viven en la constante creencia de que cuanto ellos dicen o hacen ha de ser artículo de fe para el resto de los mortales. Él conoce mi domicilio, que siempre conservo aun cuando pase años viajando, y, tranquilamente, se presentó allí para decirme, sin rodeos, que quería acompañarme. Como ya había partido, ha tomado el camino más corto, o, mejor dicho, el medio más rápido para correr a mi encuentro. Ni por un momento le ha pasado por la imaginación la idea de preguntarme previamente si yo estaba conforme o no. En el Código Civil de todas las razas y pueblos existe leí artículo siguiente: «La gente rica y distinguida no estorba nunca». Si no lo sabías hasta ahora, no lo olvides.

—La advertencia es superflua, pues siendo como soy el principal jeque de los Haddedihnes, de la famosa tribu de Schammar, pertenezco al número de los potentados y no hay *lord* inglés que pueda competir con el indiscutible jefe de una tribu de hombres libres e independientes. Por consiguiente, puedo contarme entre el número de los que nunca estorban. Aquél a quien Alá concedió la inapreciable gracia de tener a sus órdenes tan nutrida muchedumbre de bravos beduinos bien puede codearse con los emperadores, reyes o regentes de la tierra. Y yo estoy convencido...

Aquí le interrumpí, no recuerdo con qué observación, ya que cuando empezaba a desarrollar este tema, era preciso cortar el hilo de su palabra, que, de lo contrario, se extendía hasta lo infinito. Saltando sobre mi interrupción, volvió a asir prontamente el hilo, cuando, por fortuna, regresó Lindsay, y Halef, bien a pesar suyo, tuvo que poner término a su tema favorito. Al ver que el inglés venía sin traer más que un abrigo, que llevaba al brazo, le pregunté dónde había dejado su equipaje.

—¿Equipaje? —me contestó—. No lo tengo.

—¿Ninguno?

—Sí, antes cometí la simpleza de llevar conmigo una porción de cachivaches, y, a pesar de esto, me consideraba como un consumado turista. Pero de ti he aprendido el verdadero arte de viajar y así lo hago; un buen traje puesto, un abrigo, armas y dinero, nada más.

—Pero ¿y en cuanto al caballo?

—No tengo.

—Pues hay que comprar uno.

—¡No!

—¿Que no? ¿Por qué? Basra tiene buen mercado, es desde donde se embarcan esos animales para la India. La ocasión no puede ser mejor para reparar esa falta.

—No quiero comprarlo aquí, deseo probar la raza persa; así es que lo compraré cuando estemos allí.

—Eso es imposible. No puedes marchar a pie junto a nosotros, y, aun suponiendo que te permitieras tal extravagancia, no lo resistirías. El camino que pasa por aquella montaña que vemos allá es muy penoso y escarpado.

—¿Qué montaña?

—Aquella que está en frente, la de Chusistan.

—¿Chusistan? ¿Y qué tenemos que hacer allí?

—No te comprendo.

—Digo que no necesitamos caballos.

—¿Quién dice semejante cosa?

—Yo; iremos de otro modo.

—¿Cómo? ¿En coche? Aquí no hay sillas de posta.

—Déjate de bromas; iremos en barco.

—¡Ah!

—Sí, ahí está mi vapor. Al anoecer saldrá para Bombay y desembarcaremos en Buschehr.

—Pero ¿quién ha dispuesto...?

—Yo —contestó—. Ya he hablado con el capitán y pagado tres billetes. Todo está arreglado.

—¿Y quién te ha encargado?

—¿Encargado? —repitió, levantando la cabeza, arrugando la frente y mirándose con asombro—. No creí que fuera necesario ningún encargo para hacer lo más acertado. ¿Acaso no os agrada la idea de navegar hasta Buschehr?

—No.

—*Well!* Podíais haberlo dicho.

—Lo habrías sabido si lo hubieses preguntado.

—Sí, tienes razón, pero entre compañeros de viaje no se observan tantas formalidades. Por de pronto los sitios están pagados y será preciso embarcarnos.

—¿Y no hay manera de deshacer el trato?

—No.

—Pero ¿y si no me conviniera ir?

—La negativa es inaceptable. La consideraría como una ofensa personal. ¿Qué dice a todo esto Halef?

—Yo haré lo que haga mi *Effendi* —respondió el valiente jeque.

—*Well!* Entonces nos embarcaremos. No he pagado inútilmente esos pasajes.

Como al decir esto me lanzase una mirara interrogadora, respondí:

—Bueno, vayamos en el vapor hasta Buschehr. También es interesante el camino desde allí a Schiraz. Si quieres hablar con el dueño, Halef, ahora puedes hacerlo.

—Sí, voy ahora mismo —asintió el beduino—; y lo haré de modo que merezca tu aprobación, *Sidi*. Ya conoces mi habilidad.

¡Vaya si la conocía! Harto enterado estaba de su maestría hablando y de su propensión a dejarse arrastrar por el primer impulso. Después que se hubo alejado,

permanecí largo rato en silencio, mirando al espacio, hasta que Lindsay me preguntó en inglés:

—¿Por qué no habla usted? ¿Está de malhumor?

—No, de ninguna manera.

—¿A qué viene entonces ese gesto y esas miradas? Apostaría que tiene usted algo contra mí.

—Y desde luego le digo que ganaría la apuesta. Pero eso no tiene nada que ver con el humor. No puedo soportar la gente cuyo humor varía sin causa. Cuando algo me disgusta, lo digo francamente y después ya pasó.

—*Well!* Pues venga, ¿de qué se trata?

—Esa pregunta me parece completamente inútil; sin que yo diga nada, debe usted saber la causa de mi disgusto.

—No sé a lo que puede obedecer. Supongo que no será por haber tomado los pasajes en el barco.

—¡Claro está que es por eso!

—Pero ¡si ha accedido usted a ir voluntariamente!

—He tenido dos razones para ello. La primera, que, habiendo pagado los billetes y no pudiendo recuperar el dinero, no había más remedio que ir, y, la segunda, que no quería dejarle en ridículo a los ojos de Halef.

—¿En ridículo? ¡Oh, esa palabra es muy dura, *mister* Kara!

—Pero muy justa. Creo necesario que entre nosotros se hable con la mayor claridad. No me place que se disponga de mi persona sin consultarme. No soy ni un criado a quien se puede llevar y traer a capricho porque se le paga, ni un muñeco a quien se lleva donde se quiere tirándole de los cordeles. Quiero que se me consulte siempre antes de decidir algo. Se lo advierto.

Arqueó el inglés las cejas, y las narices siguieron en el acto el movimiento y dijo:

—¿Había de venir hasta aquí para solicitar su permiso como si yo fuera un chiquillo?

—La frase es de mal gusto, señor. Conoce usted mi modo de viajar. No me gusta seguir los fáciles y trillados caminos que siguen los demás, porque no quiero llenar las obras que escribo con aventuras ajenas, sino relatar mis propias impresiones. No pertenezco al número de escritores subvencionados que viajan bajo la alta protección de un magnate y, después de recorrer un camino fácil y rodeado de comodidades, al volver a la patria se aprenden de memoria una conferencia y la repiten de, ciudad en ciudad, proporcionándoles esos pingües beneficios. Yo viajo para encontrar las señales del amor divino y de la eterna justicia, y las busco en todas partes: en las selvas, en las estepas, en el desierto y en la vida de las razas despreciadas, oprimidas y salvajes, porque mis libros, a pesar de no ser más que recuerdos de viajes, han de ser un canto a la bondad y a la grandeza de Dios. Por eso sigo la senda que me he trazado y quiero tener libertad de acción; viajo con mis propios medios, confiado en la protección divina y en mis más que medianas fuerzas y no me dejo guiar por ajena

voluntad. El que quiera venir conmigo tiene que someterse a estos principios o, de lo contrario; no puedo aceptar su compañía. No me dejo llevar del ramal como un caballo manso, sino que quiero ser yo el jinete. Y a quien crea, como usted acaba de hacerlo, que puede reducirme a la impotencia, le aconsejo que no lo intente por segunda vez, pues se llevaría un chasco. Tengo la costumbre de obrar con independencia y no concedo, ni al mejor de mis amigos, el derecho de disponer de mí, sin contar con mi voluntad.

CAPÍTULO 4

Una carta para Ghulam

Por mis anteriores palabras, pronunciadas en un tono muy severo, en el rostro de Lindsay apareció la mayor confusión. Las arrugas de su frente hacía rato que habían desaparecido. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y la nariz, que poco antes se levantó con tanta altivez, colgaba ahora con expresión de desconsuelo.

—La intención ha sido buena —murmuró por vía de disculpa.

—No tengo la menor duda, por eso me he callado en presencia de Halef y, a solas, le manifiesto mi opinión. En viajes anteriores se ha guiado usted siempre por mis iniciativas y debe convenir conmigo en que tiene sobrados motivos para felicitarle de ello. Desde entonces se ha acostumbrado a viajar solo y a obrar a su antojo prescindiendo de la opinión de los demás. Ésta es la única explicación de su conducta en el presente caso y por eso expongo sinceramente mi parecer, no con enfado, sino con la mayor calma. Tenga presente que, desde este momento, tiene que sacrificar algo de su independencia. Yo no soy su acompañante, sino que es usted el mío, y le ruego que lo tenga presente.

—¿Quiere decir eso que no he de tener voluntad propia?

—No, pero cuando los hombres emprenden una larga, difícil y hasta peligrosa expedición, por sí mismo se comprende que ninguno de ellos puede tomar importantes resoluciones sin conocimiento de los demás; todo se ha de decidir de común acuerdo, y eso es lo que deseo. Antes dijo usted que entre compañeros de viaje no hay que andar con formalidades, y yo le digo que ese razonamiento es falso; creo, por el contrario, que es esencial que se respete el derecho de cada uno y que todos se guarden entre sí mutuas consideraciones. Afirmaba antes que consideraba como una ofensa que no aceptáramos su proposición y yo añadiré que también es una ofensa para nosotros que se resuelva algo sin consultarnos.

—Well! ¡Hum! Tal vez sea verdad. Pero me limitaré a decirle que no necesitan pagar nada.

—Ya lo sé y ése es justamente uno de los puntos que más me disgustan porque no me agrada representar el papel de parásito. Ya me conoce hace tiempo y debo manifestarle que también deseo conservar mi independencia desde el punto de vista económico. Desde el momento que se aceptan favores de esa naturaleza, ya no es uno dueño de su persona.

—Pero, *mister* Kara, yo soy rico, mil veces más rico que usted. ¿Va a privarme del placer de facilitarle lo que de otro modo pudiera serle más difícil o quizá imposible? Para mí eso es una pequeñez, tan insignificante como los granos que desprecia un caballo y recoge un gorrión.

—Le doy las más expresivas gracias por tan acertada comparación.

—No lo tome a mal, pues la intención ha sido buena. También yo creo necesario hablar claramente. Escúcheme.

—Con mucho gusto.

—Al parecer, usted no quiere permitirme que yo eche mano al bolsillo y gaste algunas piastras para ustedes y, en cambio, yo he de aceptar todas las ventajas que me proporciona su experiencia y extraordinarios conocimientos que son una especie de monedas intelectuales que derrama sobre mí. Las monedas son monedas, vengan del tesoro de su cerebro o del Banco de Inglaterra, poco importa. Si yo comparto las suyas, me parece muy lógico que usted participe de las mías, a menos de tratarme como a un pordiosero. ¿Estoy en lo cierto o no?

—Convengo en que sus palabras no carecen de fundamento y no tendré inconveniente en que de vez en cuando, me saque de algún apuro con el contenido de su bien provista bolsa, pero no una a esto la idea de que puede hacerlo sin conocimiento nuestro, ni mucho menos que le conceda el derecho de disponer de nosotros a su capricho. Por esta vez pase con que haya obtenido nuestro tardío consentimiento, pero si otra vez quiere obligarnos por medio de un hecho consumado, conste, desde ahora, que le dejaremos plantado y tendrá que prescindir de nuestra compañía. Y ahora demos por terminada esta cuestión. Sus intenciones han sido buenas y yo tampoco he querido molestar con mis palabras, sino evitar posibles disgustos para más tarde. ¿Dónde ha adquirido usted sus sorprendentes conocimientos de la lengua árabe?

Su enfurruñado rostro se serenó como por encanto, la nariz dio un alegre salto de costado, y respondió:

—¿No es verdad que le ha sorprendido?

—Muchísimo.

—No lo hubiese creído posible, ¿verdad?

—Hablando con franqueza, no.

—*Well!* Lo cierto es que su asombro me ha proporcionado una gran satisfacción. El viaje que antes hice con ustedes ha sido el más hermoso e interesante de cuantos he llevado a cabo. Nunca se ha borrado de mi memoria y sentía vivos deseos de volver a recorrer aquellos lugares. En consecuencia me propuse ponerme otra vez en camino. Pero para eso se necesitaba poseer la lengua que yo no conocía. Decidí aprenderla. Me encaminé a la Universidad de Oxford y me entendí con un profesor. Debía acompañarme y darme lecciones durante el viaje. Era un hombre estupendo y se tomó mucho trabajo conmigo. Por mi parte trabajé día y noche sin descanso. Me admira tener aún entera la cabeza, sin algún agujero o grieta. Es endiabladamente difícil el idioma árabe. Mil veces me he hecho un lío y otras tantas he arrojado el libro al suelo, volviendo a recogerlo después. Me enfurecí, me desesperé y, por espacio de muchos días, ni comí ni descansé. Padecí frecuentes jaquecas, malas digestiones, irritaciones en los ojos, zumbidos de oídos, en una palabra, me puse

hecho una lástima. Pero me acordé de usted, de su resistencia y energía, lo tomé por modelo y esto me hizo cobrar nuevas fuerzas ayudándome a salir del apuro. Cada día me fui identificando más con el árabe, hasta el punto de soñar que era yo un jeque beduino y contaba mis numerosos corderos y camellos. Entonces recibí la carta en que me anunciaba usted su viaje; decidí acompañarle y estudié con redoblada prisa, como un molino que gira a impulsos de la tempestad o un ratón que huye de un gato. El éxito me llenó de orgullo. Mil veces me he imaginado la cara que pondría usted al oírme hablar en árabe. Por desgracia no estaba en su casa y vine aquí. Por fin lo he encontrado, pero, en lugar de gozar con su asombro, sólo he oído reproches. Mi placer se ha caído al agua y se ha ahogado, pero comprendo que yo he tenido la culpa. Debí preguntarle antes qué camino quería seguir. No volverá a suceder, le doy a usted mi palabra.

Le alargué la mano, diciendo:

—No fue mi intención estropearle ese gusto. Puedo afirmarle que quedé tan admirado, al oírle hablar el árabe, que no quería dar crédito a mis oídos. Ya comprendo el trabajo y los esfuerzos que esto le habrá costado y no puedo menos de darle mi más sincera enhorabuena. Debe haber trabajado usted como un caballo.

—¿Cómo un caballo? Eso es muy poco decir —corrigió él, mientras en su rostro se retrataba la satisfacción que le causaban mis elogios y su nariz se estremecía de contento—. He trabajado con la cabeza, así es que no debo ser comparado a un caballo, sino a un buey. ¿Es decir, que está usted contento conmigo?

—Muy contento.

—¿Y cree que he aprovechado el tiempo?

—De un modo sorprendente.

—Bueno, pues, entonces todo marcha bien. El que Kara Ben Nemsí se muestre satisfecho de mí es la mayor recompensa a que puedo aspirar. No quisiera emprender por segunda vez esta obra de titanes. De seguro me volvería loco. Ya me ha ocurrido varias veces que mi cabeza me ha parecido un tambor. ¡Lo que he tenido que meter en ella! Verbos de tres radicales, verbos de cuatro radicales, verbos macizos, verbos cóncavos... quien no pierde el juicio con todo esto demuestra tener muchísima inteligencia o carecer por completo de ella; pero después de vencer tantas dificultades, me siento como si naciera de nuevo. Y ahora dígame con franqueza si hablo bien o si cometo faltas.

—¿Qué opinaba su profesor sobre ese punto?

—¡Majadero! Se reía de mí.

—¿No decía usted antes que valía mucho?

—Sí, pero cuando se refería a eso, no. Afirmaba, además, que yo mezclaba demasiadas partículas inglesas. ¿Qué otra cosa puedo hacer con las partículas puesto que las tengo? El reproche era injusto por su parte, ¿verdad?

—No digo que careciera de razón, pero también es preciso tener en cuenta que nadie nace enseñado. El que se conozcan los principios de un idioma no quiere decir

que se domine éste, es necesario practicarlo constantemente.

—Eso es lo que hago. Hoy también he practicado con el dueño de este café. Tenía deseos de saber cómo sonaba el árabe en boca de un borracho.

—¡Loable y curioso experimento!

—No digo lo contrario. ¿Le incomoda acaso?

—No, puede ser que su capricho nos proporcione alguna ventaja.

—¿Cómo?

—Ya hablaremos de eso más tarde; requiere una explicación tan larga como interesante. Nos han ocurrido sucesos muy extraños, algunos de los cuales aún están pendientes. Halef le enterará de todo y espero que usted nos ayudará a descubrir los hilos que nos faltan. Lo que ante todo necesito saber es si realmente piensa comprarse un caballo en Persia.

—Sí, pero antes, no.

—¿Dónde?

—Quizá en Schiraz.

—Pero ¿cómo va usted a ir desde Buschehr a Schiraz?

—Tomaré un caballo de alquiler.

—Eso es molesto para nosotros, pero, ya que así lo quiere, cúmplase por esta vez su voluntad.

—Si lo comprara aquí, tendría que embarcarlo como los suyos y es mejor evitarlo.

—En eso tiene razón. Probablemente allí los encontraremos baratos. Ya que nosotros tenemos caballos de pura sangre, el suyo no puede ser malo, pues no podría sostener el paso que llevaremos.

—No tenga cuidado por eso. Ya compraré cosa buena, no falta dinero. ¿Quién es ese tunante?

Esta pregunta se refería al barquero, que por fin, se dignó venir a comunicarnos que estaba dispuesto a conducirnos. Le hablamos dicho que nos encontraría en el café, pero ya no le necesitábamos. Desde luego podíamos contar que él tomaría la cosa desde, el punto de vista oriental y pediría una indemnización. Así es que, tan pronto como le vi entrar, le dije:

—¿Has descansado ya?

—Sí —contestó.

—Pues nosotros todavía no. Estábamos mucho más fatigados que tú y se impone un descanso mucho más largo.

—Pero yo ahora tengo tiempo.

—Nosotros no.

—Podéis sentaros en la barca tan cómodamente como aquí.

—Lo mismo te dijimos antes: «nosotros remaremos y tú descansarás». No quisiste acceder y ahora somos nosotros los que no queremos.

—Pues, luego, no contéis conmigo.

—Corriente. Quedémonos como estábamos.

—Tendréis que darme una indemnización por haberos esperado.

—Muy bien, ¿cuánto pides?

—Cinco piastras. Espero que lo encontréis barato.

—Muy barato. Yo hubiera pedido más. En fin, vengan las cinco piastras.

—¿Yo he de darlas?

—Sí.

—¿A vosotros?

—Naturalmente.

—Estás equivocado. ¿Quién ha de pagarlas y quién ha de recibirlas?

—Tú has de pagarlas. ¿Quién otro puede ser?

—¡Vosotros!

—Tú sí que estás equivocado si haces semejante afirmación. Tú eres un hombre solo, nos has esperado y pides cinco piastras por vía de indemnización.

—Eso es.

—Bueno, pues nosotros somos dos que queríamos pasar al otro lado y te hemos esperado, tenemos derecho a diez piastras, de manera que si nos das sólo cinco haces un buen negocio.

—¡Alá! —exclamó, aturdido—. ¿Es posible oír semejante cosa? ¿Tratas de estafarme el dinero ganado honradamente?

No llegué a poder contestar a esta última frase, pues Halef se apoderó de la palabra una vez terminada su conversación con el dueño del café. Había entrado detrás del barquero y se había quedado en la puerta, desde donde oyó las pretensiones de éste y mi respuesta. Al oír las últimas palabras avanzó con rapidez y dijo con iracundo acento:

—¿Qué es eso de estafa? ¡Tunante! ¿Cómo puedes atreverte a hablar de estafa a este celeberrimo y poderoso *emir*? Ha llevado su bondad hasta el punto de manifestarse conforme con tus miserables cinco piastras después de haberte convencido de que esa cantidad es un castigo muy leve para tu holgazanería. ¿Aún tienes el descaro de hablar de estafa? Y ahora te pregunto yo: ¿quieres pagar en seguida, sí o no?

Y, al decir esto, echó mano al látigo que llevaba en la cintura.

—Yo no tengo que pagar, sino cobrar —afirmó el hombre que, desconociendo la impetuosidad de Halef, no pudo apreciar la tormenta que se le venía encima.

—¿Recibir? Perfectamente. Vamos a darte tu merecido y sin perder tiempo. Ahí lo tienes. ¡Toma... toma!

Y el látigo cayó con tal rapidez y fuerza sobre la espalda del barquero, que éste, dando alaridos de dolor, emprendió una acelerada fuga. Halef le persiguió golpeándole hasta echarlo fuera de la puerta. Dio entonces la vuelta y dijo con el rostro encendido por la satisfacción.

—¡Éste es el único lenguaje que puede hablarse con esta clase de gente! ¡Exigir

cinco piastras por haber estado durmiendo mientras nosotros le esperábamos y tener aún el atrevimiento de hablar de estafa! *Sidi*, la cuenta que hiciste fue buena, pero mi modo de pagaría ha sido aún mucho mejor.

—Pero ¿y si ese hombre presenta, una queja a las autoridades? —preguntó Lindsay.

—¿A las autoridades? ¡Cuánto me alegraría de ello! Esto no sería más que la continuación de lo que ya le he anticipado. *Sidi*, ¿estás de acuerdo conmigo?

—En este caso, sí. Los golpes estaban bien merecidos.

—*Hamdulillah!* Por fin empiezas a conocer la indiscutible eficacia de mi inseparable amigo. Eso te conquista toda mi estimación y gratitud. El que estés contento de mí es mi principal deseo.

—Espero que también merecerá mi aprobación tu diálogo con el cafetero —le dije a media voz.

—No necesitas bajar el tono, puedes hablar tan alto como quieras.

—¿Dónde está?

—Descansa en los brazos del agua azucarada y apoya su cabeza en la almohada del *arak*.

—¿Y el somalí?

—Le sucede lo contrario, descansa en el *arak* y apoya la cabeza en el agua azucarada. Sus almas vagan por el país del ensueño y de sus labios sale la música de un himno da gracias a Mahoma. ¿Oyes?

Al quedarnos en silencio, oímos unos ronquidos tan fuertes como sonoros.

—Ése es el somalí —nos dijo Halef—. Duerme con la cabeza apoyada en el cogedor de carbón y se está partiendo el espinazo con el filo.

—¿Y el propietario?

—Ese duerme a la orilla del río, pero no es que tenga la menor intención de darse un baño.

—¿Junto al río? ¿Ha dejado la casa sola?

—Verás; salió conmigo para tomar la escalera exterior que conduce hasta el tejado y entregarme arriba un objeto. Al volver se dejó escurrir al pie de la escalera y me advirtió que, si yo quería ahogarme, era muy dueño de hacerlo, pero que él prefería quedarse en seco. Si quieres verlo, te conduciré adonde está.

—¿Qué es lo que te ha dado?

—Una carta.

—¿Para quién?

—No lo sé.

—¿Quién la ha escrito?

—Lo ignoro igualmente.

—¿No lleva dirección?

—Nada más que el mismo dibujo de las sortijas. Mírala.

Sacó del bolsillo un pliego doblado en forma cuadrada y sellado varias veces. Se

había utilizado como sello una moneda corriente. En el sitio reservado a las señas pude ver el *Sa* enlazado con el *Lam* y debajo el signo de la multiplicación, todo marcado con tinta.

—¿Pero necesariamente te habrá dicho a quién has de entregar esta carta?

—Así lo ha hecho, en efecto.

—¿Y bien?

—El hombre a quien está destinada se llama Ghulam.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Dónde vive?

—Tampoco lo sé.

—Escucha, querido Halef, me parece que te has enterado perfectamente de todo.

—No es culpa mía, *Sidi*, la tiene por completo la picara agua azucarada con *arak*. El cafetero quería explicármelo todo detalladamente, pero su entendimiento y su memoria nadaban en un mar de sabrosa bebida y todas mis excitaciones fueron inútiles.

—En ese caso te has molestado sin conseguir el menor fruto. Esta carta, que hubiera podido tener mucho valor, así, no puede servirnos de nada. ¿Estás seguro de haber dirigido bien el interrogatorio?

—Naturalmente, *Sidi*, segurísimo. Ya me conoces y sabes que tengo muy bien puesta la lengua para sonsacar un secreto a cualquiera. Pero los secretos de ese hombre, por efectos de la borrachera, estaban tan extremadamente ocultos, que ni él mismo podía dar con ellos. Por eso resultaron estériles mis esfuerzos. Me atrevo a decir que si hubieras estado tú en mi lugar tampoco habrías sacado mejor partido.

—Es posible. Ve diciendo por orden el curso de vuestra conversación. En Bagdad convinimos en que tú tendrías en tu poder uno de los anillos del *Sillan*; así es que no he necesitado dártelo hoy. Cuando te separaste de nosotros, el cafetero se hallaba en el primer departamento, sentado sobre sus almohadones. El somalí estaba junto a él, pero ya roncaba. A propósito, he sostenido una conversación en voz alta y muy animada, como si nos faltara tiempo para enterarnos de tu ausencia. Así es que sigue.

—¿Que siga, *Sidi*? ¡Si no he empezado aún! Me puse el anillo al dedo y me encaminé hacia el propietario. Me recibió muy bien y, antes de que hablara, me dijo que tenía la mayor curiosidad por saber quién eras.

—¿Seguramente habrás satisfecho su deseo?

—¿Por qué no había de hacerlo? Cuando me propongo hacer una cosa, no me gusta dejarla a medias. Os he hecho pasar a ti por el primer ministro del Sultán de Sicilia y al *lord* por el astrónomo mayor del emperador de Antioquía, En cuanto a mí, dije que era un guía beduino encargado de llevaros hasta Schiraz. Apenas hube dicho esto temí haber cometido una falta, pues no había ninguna necesidad de que ese hombre supiera el camino que pensábamos seguir. Pero, por el momento, no se me ocurrieron otros nombres y, después, resultó que justamente la evocación de esa

ciudad fue lo que me conquistó su confianza. Me invitó a que me sentara a su lado y, en seguida, hablamos de las excelentes propiedades del agua y el azúcar cuando se le añade cierta cantidad de *arak*.

»Hice un ademán que puso de manifiesto la sortija. Pasó algún tiempo hasta que se fijó en ella. El licor multiplicaba de tal modo los objetos ante sus ojos que seguramente me veía lo menos cincuenta veces y creía tener delante doscientas manos con dos mil dedos. Esta multitud de dedos le produjo tan grande confusión que, al principio, no concedió ninguna importancia a la sortija. Pero, cuando la reconoció, la emoción que le causó fue profundísima.

»Me pidió permiso para mirarla de cerca; se lo concedí, como es natural, y en seguida me tendió la mano, saludándome como a una Sombra, como aliados y compañeros de la misma secreta asociación. Me dirigió una larga arenga que sólo fue una retahíla de disparates. De cien palabras apenas pude entender diez, pues su boca parecía un puchero lleno de cola dentro del que la lengua se agitaba como un molinillo.

»Preguntaba sin cesar si, realmente, pensábamos dirigirnos a Buschehr y Schiraz y, después de habérselo confirmado repetidas veces, me preguntó si era yo la Sombra encargada de recoger la carta que había de ser entregada a Ghulam. Él se persuadió a sí mismo de que yo era el mensajero y de que había traído al café a los dos extranjeros para proporcionarme la ocasión de recoger la carta.

—Todo eso está muy bien, querido Halef, pero ¿no pudiste enterarte de quién es ese Ghulam?

—No, a pesar de haber aguzado su inteligencia todo lo posible, pero, primero, el buen hombre estaba tan borracho que no se acordaba de nada, y, segundo, él debía de suponer que yo conocía a ese Ghulam, por lo menos tan bien como él. Una pregunta imprudente podría haberlo echado todo a perder, pues le hubiese dado a entender que no era yo la Sombra por la que intentaba hacerme pasar. Ya ves que he tenido que andar con mucho tiento y no pedir ningún informe que pudiera despertar sospechas. Busqué las palabras más a propósito para obligarle a hablar, sin parecer que lo intentaba, pero el *arak* le había dejado nada más que la centésima parte de su muy reducido entendimiento y divagaba sin decir lo que yo quería.

—¡Qué lástima!

—Tal vez lo averigüemos por el camino.

—Será difícil, y la principal dificultad estriba en que Ghulam puede ser nombre de persona y también lo es de una ciudad. Cualquiera puede llamarse Ghulam, el nombre es tan vulgar en Persia como el de Halef en la Arabia. Ghulam significa, además, servidor o criado, precisamente de a caballo, y también se llama así al paje de algún elevado personaje. Como ves, nos hallamos en una incertidumbre que nos ocasionará grandes perjuicios.

—Quizá el contenido de la carta nos dé la clave del enigma.

—Es muy posible.

—Pues ábrela.

—No pertenezco al número de los que no respetan el secreto de la correspondencia.

—¿Secreto? Permite que te diga, *Sidi*, que las cartas se escriben para que sean leídas. La que he cogido está dirigida a Ghulam y es posible que no la reciba; además, nosotros la abrimos para saber a quién se la hemos de entregar. Luego la apertura de la carta no es ninguna mala acción, sino una necesidad, y, si se la entregamos a la persona a quien ya dirigida, ésta deberá agradecérmolo.

—¡Qué buenas razones aduces, Halef! Siempre has de ser el más listo.

—No lo negaré. Adonde no llega la extensión de tu entendimiento, debe acudir a profundidad del mío. Eso ya lo sabes tú hace tiempo.

—Por desgracia, esa profundidad, con todas sus sutilezas no sirven en el presente caso. Si al encargamos de una carta no sabemos a quién va dirigida, debemos informarnos del que nos la entrega, esto es, del cafetero. No hay otro medio.

—Pero no podemos hacer eso.

—Pues tenemos que devolver la carta.

—¡De ningún modo! *Sidi*, yo abriré la carta sin creer que por ello me señalarán un puesto en el infierno. Tu conciencia es harto quisquillosa y mucho menos ancha que la mía, lo que es muy de lamentar en las presentes circunstancias. Dame esa carta, yo la abriré y tú podrás leerla sin que tengas que hacerte ningún reproche.

—No es necesario tanta prisa, tenemos tiempo para reflexionar. Sigue tu cuento.

—El cafetero quería confiarme la carta, pero había de ser tan en secreto que nadie lo viera, ni siquiera el somalí, y me rogó que lo acompañara hasta el tejado, debajo del cual la tenía escondida.

—¿Tendrá quizá allí un escondite donde guarde todo lo referente a la tenebrosa asociación del *Sillan*?

—Es muy posible, *Sidi*.

—¿No observaste nada?

—No.

—Este hombre parece desempeñar las funciones de correo de la sociedad secreta y no sería imposible que, además de cartas, le hubiesen confiado otros objetos pertenecientes a ella. ¿Dónde estaba escondido el pliego?

—Ahora te lo diré. Llegamos al patio, en que está la escalera. Yo tenía que guiarlo porque se tambaleaba de oriente a poniente y amenazaba con desplomarse a cada paso, como si llevara encima diez camellos cargados. Cómo pudo subir hasta allí es cosa que no sé todavía. Por fin llegamos arriba, se sentó y se dispuso a dormir. Ya se le había borrado de la memoria todo lo relativo a la carta y tuve que hacer no pocos esfuerzos para recordarle el por qué habíamos subido hasta allí con tantas fatigas.

—¿Qué aspecto tenía el desván?

—Bastante espacioso, pero bajo de techo que no se podía estar de pie. Está lleno

de trastos viejos por los que no daría ni una piastra. La carta estaba envuelta en fin trapo y oculta en una grieta de la pared.

—¿Era grande esa grieta?

—No.

—¿No había en ella más que la carta?

—No.

—Entonces no es ningún escondite, sino que estaba destinada para la carta nada más. Esto me demuestra que allá arriba no hay ningún sitio destinado a guardar los secretos de la sociedad. Probablemente el cafetero no tiene, por ahora, más que esta carta en su poder. Si hubiera un lugar destinado a la guarda de los objetos secretos, la carta estaría allí y no en la rendija. ¿Qué te dijo al entregártela?

—Otra porción de disparates. Después que la hube guardado y volví a conducirlo hacia la escalera, se negó obstinadamente a bajar. Se figuró, de pronto, que por abajo corría un caudaloso río, dijo que oía el murmullo de la corriente y veía las transparentes ondas. Se dejó caer y no hubo medio de hacerle dar un paso más. Se quedó profundamente dormido, murmurando que no quería ahogarse. Esto es cuanto tenía que decirte; no he podido hacer más.

—Voy a echarle una ojeada.

—Prueba si puedes averiguar más que yo, pero no creo que lo consigas. ¿Quieres que te lleve adonde está?

—No necesito que me lleves, porque ya lo encontraré yo solo, pero puedes venir si quieres.

CAPÍTULO 5

Se presenta un general

Al pasar por el otro departamento pude contemplar al somalí. Estaba tal y como lo había descrito Halef, apoyando la cabeza sobre el cogedor de carbón. Sus sonoros ronquidos sonaban con la regularidad del batán de un molino.

En el exterior, el patio presentaba un aspecto lamentable. Afortunadamente, ya habíamos bebido, porque, después de ver aquella falta de limpieza, hubiera sido imposible para todo europeo beber ni un solo sorbo en tan desaseado establecimiento.

Allí estaba la escalera; subí seguido por Halef hasta llegar al agujero que daba acceso al desván y a cuyo borde yacía el cafetero. Tenía la boca abierta, pero no se le oía respirar; su estado más parecía colapso que borrachera. Los ponches cargados de alcohol son bebidas para el norte y no para el caluroso Oriente.

Una sola mirada por el sucio y destartado desván bastó para decirme que no era aquel lugar a propósito para ocultar cosas de importancia. Me puse en el dedo el anillo de oro del *Sillan*, como señal de reconocimiento y sacudí al inconsciente cafetero. Éste quiso abrir los ojos, pero sus primeros ensayos fueron infructuosos.

Lo sacudí con más fuerza.

—¡Déjame en paz! —gruñó entre dientes y se volvió hacia el otro lado y fue una suerte que me hallara presente, pues, de lo contrario, habría caído por el agujero.

Lo cogí por los hombros y, sentándolo, lo sacudí sin parar hasta que, por fin, abrió los ojos. Me miró con ojos espantados, pero no dijo nada.

—¿Estás despierto? ¿Puedes hablar? —le pregunté.

—¿Ha... blar...? —repitió como un autómatas.

—¿Me conoces?

—¿Co... no..., ces...?

—¿Sabes quién soy?

—¿E... res...?

Le puse el anillo delante de los ojos y exclamé en tono severo:

—¡Mira bien esta sortija y ella te dirá quién soy!

Al principio la mirada sólo expresaba indiferencia, pero, al fijarse en la joya, empezó a animarse. Me cogió la mano y la acercó para ver mejor la forma e inscripciones de la sortija. De pronto su rostro expresó algo parecido al espanto, quiso levantarse, sin conseguirlo y, tartamudeando, exclamó:

—Hazret...^[5] Hazret... Hazret...! —Y no pudo decir más.

—¡Despierta de una vez, miserable! ¡Haz un esfuerzo y reúne tus ideas! ¡Estás borracho!

—¿Bo... rracho?

Esta palabra pareció hundirle de nuevo en la apatía.

—Sí, borracho, borracho perdido —repetí yo.

Pareció que la inteligencia empezaba a despertar en su cabeza y la sacudió diciendo:

—Borracho... no. Puedo... puedo... recitar, los Infieles —¿quieres que los recite?

—Recítalos, pero sin una falta.

Los Infieles es el título del Sura número ciento nueve. Dice así: «¡Oh, infieles! Vosotros no adoráis lo que yo adoro y yo no adoro lo que vosotros adoráis, tampoco adoraré lo que habéis adorado, no adoraréis lo que yo adoré. Vosotros tenéis vuestra religión y yo tengo la mía».

Traducido al alemán, este texto no ofrece dificultad alguna, pero recitado en árabe, es una especie de trabalenguas, imposible para la defectuosa pronunciación de un borracho. Por eso este Sura se designa con el nombre de Sura de prueba y se emplea como tal con frecuencia.

A los beodos que niegan estarlo se les obliga a que lo reciten; si lo hacen de corrido es señal de que la imputación es falsa; pero si se atascan se considera esto como una prueba de incontinencia en la bebida. Todo buen mahometano conoce esta aplicación del Sura y el cafetero no era una excepción entre los de su fe. Apenas oyó la acusación de embriaguez, me ofreció esta brillante demostración de su templanza. Después de darle mi venia, se recogió en sí mismo unos momentos y empezó:

—¡Oh... in...fieles! Vosotros adoráis... lo que... yo... no y yo adoro... a vosotros... a nosotros... a mí... vosotros tenéis mi religión... y yo tengo la vuestra... religión... y no... me adoro... a mí mismo.

—Ningún motivo tienes para ello —respondí riendo, pues esta confusión, en árabe, resulta mucho más ridícula que traducida—. Ya ves que no puedes recitar el Sura, porque estás bebido.

—¡Bé... bé! —baló—. ¡Oh *Hazret* es al *arak*, el *arak*... y el azúcar caliente... digo el agua caliente, digo... el agua y el azúcar...!

—Y como estás ebrio, no sabes quién soy yo.

—¿Qué... qué... no? Sí que lo sé... lo sé muy bien... eres una Sombra... una Sombra importante, altísima.

—No es poca suerte que, por lo menos, sepas eso. ¿Sabes también que has entregado a esta Sombra —y señalé a Halef— la carta que ha de recibir Ghulam?

—¿Carta... carta? No, no la he dado —la tengo aún.

—¿Sabes de quién es la carta?

—De Isara el Awar. Él la escribió y me la entregó.

—¿Dónde está ahora Isara?

—En Ko..., en Koma, donde reside.

—¿Y estás seguro de a quién va dirigida la carta?

—Para... para Ghulam... el contrabandista.

—Y ¿dónde está ahora. Ghulam?

—En la... calle... detrás de... ¡Ah! ¡Ah!

Y aquí terminó la información. Se tendió, cerró los ojos y quedó tan dormido como antes.

—Se acabó, *Sidi* —dijo Halef—. No sacarás más de él; está...

—¡Calla! —lo interrumpí—. Ven conmigo abajo.

Recorrimos el camino a la inversa y nos reunimos de nuevo con Lindsay, que nos preguntó si sabíamos algo nuevo.

—No me parecía posible averiguar nada por medio de ése; borracho, pero mi *Effendi* ha sido más afortunado. Verdad es que yo no me hubiera atrevido a hacer ciertas preguntas.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Por parecerme imprudentes. Al oírte preguntar, el hombre debe comprender que no sabes nada y que, por consiguiente, no eres la Sombra que pretendes.

—Dices que al oír; ¿tú crees que ha oído?

—Sí.

—Pues yo estoy seguro de lo contrario. No ha oído ni mucho menos ha sacado ninguna consecuencia. En el estado en que se hallaba no podía pensar con claridad. Ni siquiera ha reconocido en mí a su parroquiano.

—Eso lo sabes ahora, pero no podías preverlo.

—Sé más indulgente conmigo, Halef. Con mucho gusto te permitiré que me reproches una imprudencia cuando la merezca, pero esta vez no es ése el caso. Antes de dirigir la palabra a ese borracho, ya vi hasta dónde podía extenderme, y por eso adopté el tono de un superior que quiere saber adónde alcanza lo que sabe un subalterno y si éste puede recordarlo. Aun suponiendo que la inteligencia de ese hombre estuviera menos embotada, seguramente mis preguntas no le hubieron hecho caer en la cuenta de que yo no era una Sombra. Ya ves que había olvidado por completo la entrega de la carta. Lo mismo sucederá ahora; cuando se despierte se habrá borrado de su memoria todo lo que hemos hablado y ni aun recordará haberme visto. Y, muy satisfecho del resultado, volveré a guardarme el anillo.

—¿De veras estás satisfecho?

—Sí.

—Pues yo me hubiera alegrado mucho de saber dónde está ese Ghulam. Es una lástima que haya vuelto a caer en la modorra de que con tanto trabajo lo sacaste para mascullar con tantas faltas el Sura de los Infieles.

—No se puede exigir más de lo que se puede dar. Ya nos hemos enterado del nombre y lugar de residencia del remitente y hasta sabemos que es tuerto, lo que puede facilitar mucho nuestra tarea. También sabemos que Ghulam es el nombre de una persona y no se trata de una ciudad. El hombre se llama Ghulam y lleva el sobrenombre de Multasim.^[6]

—Bien, *Sidi*, si de sus entrecortados conceptos sacas tantas conclusiones,

podemos realmente darnos por contentos. Ahora falta que sean verdad.

—Estoy seguro de que mis suposiciones no serán erróneas. Tal vez lo que hemos averiguado aquí no tenga consecuencias para nosotros, ni ninguna importancia, pero, ya que hemos penetrado tan a fondo en los misterios del *Sillan*, aprovechemos la ocasión que se nos presenta para averiguar algo, aunque sea poco. No se sabe de lo que nos podrá servir.

Lindsay tomó la palabra.

—Hacedme el favor de hablar también algo conmigo. Estoy aquí como un huérfano del que nadie se ocupa.

—Tan pronto como estemos en el barco. Halef te lo contará todo —dije yo para consolarle.

—*Well!* No es poca mi curiosidad. Justamente me parece que es hora ya de que nos embarquemos. ¿Queréis venir?

—Sí, pero tenemos que pagar y me parece difícil tarea despertar al dueño y que éste pueda hacernos la cuenta del gasto.

—Eso es fácil de arreglar. Escribe en un papel lo que hemos tomado, apreciarlo aproximadamente, envuelve el dinero en el mismo papel y méteselo en el bolsillo. ¿Qué te parece?

—Sí, creo que es lo mejor y más rápido. —*Well!* Pues hagámoslo sin demora. Yo soy quien paga.

Arrancó una hoja de su libro de memorias. Escribió en ella el consumo y envolvió una cantidad de dinero más que suficiente para pagarlo. Salimos al patio para preparar nuestros caballos y él subió la escalera para meter cuenta y dinero en el bolsillo del dueño del café.

Mientras cumplía este deber, nosotros sacamos los caballos de la casa y nos disponíamos para ir hacia el vapor, que, de paso, diré que era inglés y la tripulación por completo británica. Mientras esperábamos en la puerta, vimos que dos hombres daban la vuelta a la esquina y venían hacia nosotros. Una ojeada bastaba para conocer que eran hijos legítimos de la nebulosa Albión.

Ambos tenían el rostro tostado por el sol, pero el uno parecía hombre de mar, mientras que el otro iba impecablemente vestido de blanco de pies a cabeza; cubría ésta con un salacot elegantísimo, llevaba en las manos guantes de cabritilla de color canela y, pendientes de una gruesa cadena de oro, unos lentes del mismo metal montados sobre la nariz. La expresión de su rostro no dejaba duda acerca de lo muy satisfecho que estaba de su persona. Los dos individuos se detuvieron al ver nuestros caballos.

—¡Soberbios animales! —exclamó el marino.

—Árabes —respondió el otro—. Raza salvaje. Sólo los ingleses saben sacar partido de la pureza de la sangre.

—¿Acaso es despreciable esta raza?

—Estoy muy lejos de querer decir esto. Todos sabemos lo que vale, pero su

mérito se lo debe a la Naturaleza y nada más que a la Naturaleza, sin que influya para nada el conocimiento y los sistemas. Nosotros, los conocedores, vemos eso en seguida.

Naturalmente, hablaban en inglés y Halef no entendía sus palabras, pero la expresión con que las pronunció el caballero de blanco le hizo comprender que no eran elogios. Su rostro se obscureció. El inglés, volviéndose hacia nosotros con brusco movimiento, preguntó en árabe y con tono imperioso:

—¿Quiénes sois?

No recibió respuesta.

—¡Quiénes sois he preguntado! —repitió frunciendo el entrecejo.

Como también calláramos, se encaró con el pequeño Jeque diciendo:

—¿Sois mudos? ¿Cómo te llamas tú?

Esto fue dicho en tan desdeñoso acento y en el que se traslucía tal falta de consideración que el interpelado, en vez de contestar, se dirigió a mí diciéndome en árabe:

—¡Qué curioso! ¿Quién puede ser este hombre, cuyos labios destilan orgullo en vez de formular saludos?

Por lo visto, el inglés entendía el árabe mejor que lo hablaba. Se acercó aún más a Halef y, levantando la mano, gritó:

—¿Me has llamado hombre? ¡Tunante! ¡Soy un general! ¿Quieres que te aplique mi saludo junto a las orejas?

—Aprende a expresarte bien antes de atreverte a amenazar —replicó Halef.

—¡Diminuto e impertinente macaco!

Al oír este insulto, Halef, que seguramente lo entendió, echó rápidamente mano al inseparable látigo que pendía de su cintura y hubiérase desarrollado una escena por demás desagradable si en aquel preciso instante no hubiera ocurrido algo que distrajo la atención de todos y ello fue que una voz detrás de nosotros exclamó:

—¡Bill! ¡Bill! ¿Tú en Basora?

Nos volvimos y pudimos ver a Lindsay que contemplaba a su compatriota con una sorpresa que no podía ser mayor a juzgar por la expresión de su rostro.

—¡Te creía en Calcuta! —dijo dirigiéndose al que iba vestido de blanco.

—¡David! ¡Mi viejo David! ¿Es posible? Yo te hacía en nuestra patria.

Se tuteaban; por consiguiente, eran amigos o quizá parientes. Pero el que esperara presenciar una escena de mutuas afecciones de cariño quedaría defraudado. Se dieron un enérgico apretón de manos y con eso quedó satisfecha la sed de ternura de sus corazones.

—¿Con que tú eras el *gentleman*? —preguntó el general.

—¿Qué *gentleman*? —dijo a su vez Lindsay.

—El que ha tomado tres billetes en el vapor que está anclado aquí.

—En efecto, soy yo.

—Pues necesito dos de esos billetes.

—¡Imposible, Bill!

—¡Bah! Necesitaría los tres, pero ya que se trata de ti, puedes conservar el tuyo, en cuanto a los otros me son indispensables.

—No puede ser.

—Pues es preciso. He llegado demasiado tarde por haberme entretenido el cónsul...; Llevo una misión secreta de la más alta importancia. He sido elegido por mi mucha experiencia y conocimiento del árabe. ¿Sabes? *Mostrat...* la influencia franco rusa... comunicación terrestre entre Constantinopla y Bagdad... el dominio del Golfo Pérsico... todas las demás consideraciones deben ceder el puesto... he venido por el Tigris, he estado en Bagdad... y, desde allí, tengo que ir a Buschehr y Schiraz... internarme en Persia... mis instrucciones son muy severas.

—¡Pero si ése es también nuestro camino! ¿No podríamos hacerlo juntos?

—¿Tú? ¿Hacia Persia? *Well!* Con el mayor placer acepto tu compañía. Tuve noticia en Kut del vapor inglés que llevaba rumbo a Buschehr. Inmediatamente vine aquí y supe que un distinguido *gentleman* inglés había comprometido los tres camarotes y se había encaminado al café; como es natural, empecé por intervenir los camarotes, ya te harás cargo, caso de fuerza mayor. Pero como me habían asegurado que se trataba de una persona distinguida, vine aquí, por cortesía, para comunicárselo oficialmente y me encuentro, con tanta alegría como sorpresa, con que eres mi querido David. Si es absolutamente preciso ceder una de las tres plazas, me estrecharé... en obsequio a ti.

—Pero si es imposible, primo mío —exclamó el *lord* con cierta confusión.

—¿Por qué?

—Porque esas tres plazas son para mí y para mis amigos aquí presentes.

Y, diciendo esto, nos señaló a Halef y a mí. El general no creyó necesario saludarnos y, haciendo con la mano una señal de profundo desdén, respondió:

—¿Amigos? ¡Ja, ja! Siempre con tus ideas igualitarias. ¿Has olvidado la distancia que separa a unos hombres de otros? Acabarás por hacerte imposible. ¿Quién es esa gente, sobre todo ese hombrecillo a quien por poco le doy una bofetada?

—¡Bofetada! —exclamó, asustado, Lindsay—. ¡Guárdate bien de ello! Sería tu muerte.

—¿Te has vuelto loco?

—Estoy en mi cabal juicio, pero ése árabe contestaría a semejante ofensa con una bala o una puñalada.

—¡Bah!

—Créeme, no intentes la prueba. Es nada menos que el Hachi Halef, Jeque de los Haddedihnes, famoso guerrero, tan conocido como apreciado y que no aguanta bromas.

—¿Bromas? Nunca pensé en dárselas, cuando yo doy una bofetada lo hago en serio. ¿Un Jeque, eh? No me intimida. Un mono siempre es un mono, aunque sea jefe de otros monos. Y ¿quién es el otro individuo? ¡Qué rostro tan antipático tiene!

—Es Kara Ben Nemsi.

—¿Árabe?

—Alemán.

—No hay mucha diferencia. Esta casta de gente se mete por todas partes y siempre está estorbando a los verdaderos *gentlemen*.

—Te advierto que entiende y habla el inglés.

—Me es indiferente.

—Pero a mí, no, querido Bill. Te repito que ambos son mis amigos, con los que me dirijo a Persia. Las dos plazas les pertenecen y estoy seguro de que no están dispuestos a cedértelas.

—Nada hay que hablar sobre eso. Asunto resuelto. Que recojan su equipaje. No pueden navegar con nosotros.

—Me causas un disgusto muy grande, grandísimo. Volvamos a bordo, tal vez hallemos algún medio de arreglarlo.

—Ven si quieres.

Cogió por el brazo a Lindsay, pero éste se desprendió de su primo y vino hacia nosotros.

—¿Lo habéis entendido todo? ¡Fatal situación la mía! Es pariente muy próximo y hombre de mucho valer, tan bravo militar como entendido diplomático. Tiene mando en la India y seguramente lleva plenos poderes muy amplios. Tengo que seguirlo, ¿qué decís?

¡Pobre David! Realmente me daba lástima ver el conflicto en que lo ponía su verdadera naturaleza y los prestigios de la vieja Inglaterra. Pero no pude menos de contestarle la verdad.

—Aun cuando ese vapor fuera el doble de lo que es, no habría sitio a bordo para él y nosotros y el choque sería inevitable. Los monos no están siempre tranquilos como en la presente ocasión.

—Es verdad. Ha sido una frase poco afortunada. Os estoy muy agradecido por vuestra consideración hacia mí. Bien comprenderéis que me gusta mucho más ir con vosotros que con él; pero debo seguirlo... ¿No queréis renunciar a las plazas?

—No.

—*Well!* Ya se lo había advertido. Esperadme aquí. Vendré lo antes posible.

Y echó a correr tras de los dos ingleses.

—¿Lo has entendido todo, *Sidi*?

—Sí, Halef. Si no hubiera sido por Lindsay... Pero ahora vámonos de aquí.

CAPÍTULO 6

Halef se preocupa por la muerte

Nos alejamos del café, por supuesto, llevando los caballos de la brida hasta que pudimos ver el inmóvil vapor. Allí nos sentamos para esperar con toda comodidad. Aún no era, ni con mucho, la hora señalada para la salida del barco, cuando sonó por tres veces la sirena y aquél se puso en movimiento.

—¿Se marcha? —preguntó Halef.

—Así parece.

—¡Con Lindsay! Porque aún no ha salido.

—La cosa es singular. Acerquémonos a ver.

Montamos a caballo y cruzamos al galope el corto trecho que nos separaba del río. El vapor avanzaba con regular marcha y en la cubierta estaba Lindsay, que, en cuanto nos vio, nos dijo a gritos:

—¡No lo he podido remediar! ¡Me han engañado! ¿Queréis que me tire al agua y que nadando gane la orilla?

—¡No! —le contesté.

—*Well!* Entonces, hasta la vista. Os esperaré en Schiraz, ¿queréis?

—Como te plazca.

—Así lo haré. ¡Hasta muy pronto!

En aquel momento apareció el general y cogiéndolo por un brazo, se alejó con él.

—¿Se marcha el barco? —preguntó Halef.

—Sí, no han dicho nada a Lindsay y ha tenido que quedarse.

El beduino empezó a dar palmadas, con una alegría completamente infantil, exclamando:

—*Hamdulillah!* No quería decir nada, *Sidi*, pero mi corazón sentía una pena profunda al considerar que ya no era tu único compañero de viaje. Aprecio mucho al inglés, pero tener que compartirte con él me robaba la tranquilidad interior. ¡Cuánto me alegro de que me hayas sido devuelto! ¡Alá permite que conozcamos el valor de las cosas en el instante que estamos a punto de perderlas! Bueno, y ahora ¿qué vamos a hacer? ¿Supongo que no permaneceremos en Basra?

—No, cruzaremos el canal y volveremos a la ciudad vieja, en busca de nuestro húmedo domicilio.

—¿Aquel viejo y pestilente agujero que nos alababan como lugar de delicia? Aun me estremezco al recordar la humedad que allí se respiraba y el agua corrompida que no, dieron para beber. No quisiera volver a semejante foco de infección. Lo mejor sería alejarnos del río.

—Estoy conforme. Pasemos a la otra orilla.

—¿Con el mismo barquero?

—Sí, supongo que aún no habrá olvidado la intervención de tu látigo.

—¿Ves como, al fin, acabas dándome la razón?

—No es que te dé la razón precisamente, querido Halef, ya debes conocer mis sentimientos sobre ese punto. ¡Ven!

—Sí, vamos, *Sidi*. Deseémosle un feliz viaje al inglés y disfrutémoslo también por nuestra parte. Poco tiempo hemos estado aquí, pero siento una especie de opresión que me molesta, no sé a qué atribuirlo, pero, indudablemente, existe. Espero que tan pronto como estemos respirando el aire de las montañas, me veré libre de tan desagradable sensación.

Nos encaminamos hacia la barca. Su dueño estaba junto a ella echado y durmiendo; sus dos ayudantes, un poco más lejos... dormían igualmente, cuando despertamos a los durmientes, el patrón se mostró bastante grosero antes de acabar de abrir los ojos, pero, en cuanto se enteró de que éramos nosotros, se levantó de un brinco y se dispuso al trabajo.

Le indicamos un precio con el que, sin discusión, se dio por satisfecho. Al llegar a la orilla opuesta y darle, además de lo convenido, una regular propina, el hombre se deshizo en alabanzas a nuestra generosidad. Halef, silenciosamente, se reía del éxito obtenido por la intervención de su látigo.

Mientras duró la luz, cabalgamos por la llanura que se extendía frente a la orilla y, al llegar la noche, hicimos alto para pasarla junto a un grupo de gigantescas palmeras, cuyo suelo, cubierto de fresca hierba, brindaba sabroso pasto a los caballos.

A pesar de que nos hallábamos aún sobre terreno húmedo, la atmósfera era muy distinta que en la pestilente ciudad y dormimos con sueño tan profundo y reparador que sólo nos despertamos al día siguiente varias horas después de la salida del sol. Luego de desayunar y lavarnos y arreglarnos un poco, continuamos la marcha.

—*Sidi*, ¿qué opinas de la muerte?

Llevábamos varias horas de marcha sin cambiar ni una palabra cuando, de pronto, Halef me hizo esta inesperada pregunta que, de momento, me dejó sin poder contestarla. En árabe la palabra *Sidi* equivale a señor y así me llamaba siempre Halef, aunque ya hacía tiempo que dejamos de ser amo y criado para convertirnos en dos buenos amigos.

Sidi, ¿qué opinas de la muerte? —repitió como si creyera que no había entendido la pregunta.

—Ya conoces mi manera de pensar sobre ese punto —le contesté—. Para mí no supone el término de la existencia.

—Para mí tampoco, bien lo sabes, pero yo no me refería a la muerte, sino al morir. Esto es indudable que existe, nadie puede negarlo.

—Pero, antes, dime ¿cómo es que se le ocurre tal pregunta a mi alegre, sano y joven Hachi? ¡Halef hablando de morir! ¿Tienes algún motivo especial para preguntarlo?

—No, ni mi entendimiento, ni mi razón, ni mi alma hacen la pregunta, pero han sido mis huesos los que la han hecho subir a mis labios.

No dejó de parecerme singular lo que oía, pero conociendo a Halef sabía el estilo en que gustaba expresar sus sentimientos. Para saber a qué atenerme, repetí:

—¿De los huesos? ¿Te encuentras mal?

—No me encuentro mal, *Sidi*, me encuentro sano y fuerte como siempre. Pero algo ha entrado en mí que no debía estar ahí. Es algo extraño y superfluo que no puedo sufrir. Lo siento en las coyunturas, en los brazos, en las piernas y en cada parte de mi cuerpo. No sé cómo se llama ni lo que quiere. Y este algo desconocido y molesto es lo que me impulsa a preguntarte sobre el morir.

—Pues no le demos contestación, ya verás como desaparece.

—¿Lo crees así? Bueno, probémoslo.

Dichas estas palabras, volvió a caer en su anterior mutismo.

Mi pequeño Halef, generalmente tan alegre, estaba desde hacía dos o tres días muy grave y meditabundo, lo que, dado su carácter, era una verdadera anomalía. Había creído que le atormentaba algún pensamiento, pero acababa de saber que no era ése el caso; se trataba de una indisposición física y supuse que no tardaría en pasar.

Desde Basra a Muhammera y Dorag, habíamos llegado al Dscharrahi, bastante caudaloso en aquella estación del año y, siguiendo su curso, llegamos a la montaña que conducía al Luristan del sur. Ya hacía tiempo que habíamos perdido de vista al río y nos hallábamos en un terreno sediento donde muy raras veces cae la lluvia y ésta en forma de breve pero violentísima tormenta.

Las escarpadas laderas de la montaña carecían de vegetación. No había ni un árbol; de cuando en cuando algunos raquíticos matorrales. Durante el día abrasaban los rayos del sol y durante las noches, por el contrario, eran demasiado frescas, y en los desfiladeros, cuyo fondo estaba a trozos cubierto de hierba, ésta debía su existencia al abundante rocío de sus claras y admirables noches.

Creíamos que al día siguiente alcanzaríamos el principal afluente del Quran. Allí, donde tendríamos frondoso bosque y agua en abundancia, nos proponíamos descansar algunos días para que nuestros caballos se repusieran de las pasadas fatigas.

Estábamos al mediar el día. Trepábamos por una cuesta tan pendiente que ponía a prueba la resistencia de nuestros caballos, tanto que, al llegar arriba, tuvimos que detenernos un rato para dejarlos respirar.

A nuestros pies veíamos el seco y resquebrajado lecho de un torrente que tendríamos que tomar por senda si queríamos pasar a la montaña inmediata. Manifesté la esperanza de que allí encontraríamos un buen sitio para pasar la noche, pero, contra su costumbre, mi compañero no siguió la conversación y, volviendo a su idea fija, me preguntó de nuevo:

—*Sidi*, lo he intentado, pero es inútil. La pregunta vuelve siempre a mis labios.

¿Qué opinas del morir? Contéstame, te lo ruego.

—Pero, querido Halef, ¿no sería mejor que habláramos de otra cosa?

—No sé si sería mejor o no; pero, por ahora, no puedo pensar en nada más. Como ya te he dicho, no me refiero a la muerte. Antes yo creía que era verdad, y ahora sé que sólo es una transformación, pero de lo que yo hablo es del momento de morir. ¿Has pensado en él alguna vez?

—Naturalmente, todo hombre serio no puede menos de hacerlo. ¿Por qué no te lo preguntas a ti mismo? Ya has visto morir a bastante gente.

—No. A nadie.

—¿Cómo? Juntos hemos asistido a no pocos moribundos.

—En efecto pero, a pesar de eso, repito que no he visto morir a nadie. Se echa un hombre, cierra los ojos, salen de su garganta unos cuantos sonidos roncacos, se acaba la respiración y ya está muerto. Pero ¿qué es lo que ha pasado? ¿Ha terminado o empezado algo? ¿Se transforma algo en otra forma de la que tuvo hasta, el presente? ¿Puedes aclararme esto?

—No, no puedo, ni tampoco podría ninguno de los nacidos. Y si los muertos pudieran volver a hablar, quizá tampoco podrían decirte más sino que, al expirar, se separa el alma del cuerpo.

—¿Se separa? ¿Y de dónde ha venido? ¿Qué hacía en el cuerpo? ¿Lo abandona de buen grado o siente dejarlo?

—Querido Halef, te ruego que cambiemos de conversación. Sólo Dios sabe lo que el hombre no puede saber.

—¿Y cómo sabes tú que sólo Alá puede saberlo? La muerte supone separación, y yo quiero saber adónde me lleva esta separación. Si es al Paraíso de Alá o no. Escucha. *Sidi*, mientras tú dormías durante la noche, yo he estado pensando. ¿Quieres que te diga el resultado de mis reflexiones?

—Sí. Habla.

—Yo soy el Jeque de los Haddedihnes y me he convertido en uno de los hombres más ricos del Desierto. ¿En qué consiste mi riqueza? En mis rebaños. Pero, de pronto, el Sultán me envía un mensajero por medio del cual me dice que, en el término de tres o cinco años, debo abandonar estas comarcas y establecerme en las de Edreneh, dedicándome al cultivo de rosas para extraer su perfumada esencia. ¿Qué debo hacer en este caso? ¿Puedo llevar conmigo el ganado? No, me iré deshaciendo de él poco a poco y adquiriré, en cambio, lo que pueda serme útil en Edreneh. Y, haciéndolo así, al llegar la época fijada, podré encaminarme a mi nueva patria sin llevar nada que pueda molestarme.

»Así debe ser también el morir. Yo vivo en este mundo y Alá me envía un mensajero diciéndome que debo pasar al otro. Y yo te pregunto: ¿qué podré necesitar en la otra vida? Antes creía yo que bastaba con llevar bien aprendidas las enseñanzas del *Corán*. Después te he conocido y me has dicho que esas enseñanzas no son las verdaderas.

»Yo sé lo que debo hacer; he de cambiar el odio por el amor, el orgullo por la compasión, la venganza por la paciencia y así todos mis sentimientos. ¿Sabes lo que esto es y lo que significa? Que debo dejar de ser el que era, para convertirme en un ser nuevo.

»Cada día o cada hora ha de morir y nacer algo en mí mismo, y cuando el último resto del hombre viejo haya desaparecido, la renovación será completa y entonces podré ir a Edreneh, es decir, al Paraíso de Alá. Lo que se llama morir es lo contrario de dejar de ser, puesto que es término de las muertes parciales que hasta entonces se han sucedido.

Dicho esto me contempló con interrogadora expresión. En cuanto a mí, no sólo estaba admirado, sino muy conmovido. ¿Era posible que mi Halef tuviera tales pensamientos y pronunciara semejantes frases?

—Halef, háblame con franqueza —le dije—. ¿Te sientes enfermo?

—¿Enfermo? —repitió él sonriendo—. ¿Quieres decir de la cabeza? ¿Tan insensato es cuanto he dicho?

—No, quizá algo confuso, pero tan bueno... tan bueno. Me refiero a enfermedad material.

—Ya te he dicho que estoy sano. Desde ayer me siento algo cansado y hoy me pesa un poco la cabeza. ¡El sol ha sido tan abrasador estos dos días! Ésta debe ser la causa y nada tiene de particular.

—Y, en vez de dormir, has estado atormentando tu pobre cerebro. Haremos hoy alto más temprano que de costumbre. Necesitas descanso. Ven, continuemos la marcha ahora.

CAPÍTULO 7

Gente agradabilísima

Lentamente bajamos al valle siguiendo el seco torrente que volvió a conducirnos hacia arriba. En un sitio en que el camino era muy estrecho, marchaba yo delante, cuando, de pronto, oí unos sonidos inarticulados.

—¿Qué es eso? —pregunté volviendo la cabeza.

—Que tiemblo sin saber por qué.

Nada dije, pero empecé a preocuparme seriamente. Mi pequeño Halef disfrutaba de una salud casi tan indestructible como la mía, pero nada tendría de imposible que, durante nuestra permanencia en el pestilente foco de Basra, hubiera absorbido algún germen de infección que ahora empezara a desarrollarse en su organismo.

Cuando llegamos arriba, empezó a soplar un viento bastante fuerte. La noche amenazaba ser muy fría y la creciente palidez del beduino aumentaba mi alarma. Mi deseo era encontrar pronto un sitio donde pasar la noche y esta aspiración se realizó sin tardanza, aunque de modo distinto del que yo me figuraba.

Encontramos el fin o, mejor dicho, el principio del torrente lluvioso. Dos laderas se reunían formando un remanso cuyo fondo de dura piedra impedía la filtración de las aguas. A consecuencia de la humedad, la vegetación era abundante y, gracias a ella, podríamos proporcionarnos un hermoso fuego, que buena falta nos hacía a los dos.

Lo que fue menos agradable es que encontramos el lugar ocupado. Sentados en diversas posturas en el suelo, vimos a unos doce hombres cuyos desensillados caballos disfrutaban de la abundante hierba.

Se levantaron rápidos al vernos llegar. La anchura de sus frentes y lo abultado de su cabeza por la parte posterior me dio a entender que eran kurdos. No estaban mejor ni peor armados que la generalidad de los montañeses kurdos. Su ropaje era el que suelen vestir las razas nómadas, y entre sus caballos no había ninguno que mereciese llamar nuestra atención. Como no podíamos saber si teníamos delante gente honrada o malhechores, era preciso obrar con prudencia.

Nada tenía de extraordinario que nos miraran con curiosidad y a nuestros caballos con admiración. Tampoco nos infundió sospechas que no esperasen nuestro saludo, sino que nos dieran la bienvenida en la jerga mixta de árabe y persa que se habla, por lo general, en aquellas comarcas fronterizas.

Alrededor del lago quedaba un resto de muralla que nos resguardaba del viento y era el mejor sitio para acampar de todas las cercanías. Sin dilación y espontáneamente nos fue ofrecido aquel abrigo y nosotros nos apresuramos a aceptar esta prueba de buena voluntad.

No nos preguntaron quiénes éramos ni de dónde veníamos ni adónde íbamos. Ni siquiera se informaron de nuestra religión, lo que no dejaba de ser singular dada la enconada guerra que constantemente había entré sehitas y sunitas.

Tampoco tuvimos que sufrir ninguna de las impertinencias que casi son inevitables en los encuentros con cierta clase de gente. En una palabra, la presencia de los desconocidos no nos causó ningún género de molestias.

Tampoco molestaron a nuestros caballos después de quitarles las sillas, ni manifestaron su opinión sobre ellos en la ruidosa forma a que son tan aficionados. La expresión de sus miradas nos demostró que nuestras armas, sobre todo las mías, les causaban grande admiración, pero no se permitieron ninguna pregunta ni mucho menos ensayarlas ni aun tocarlas. A sus ojos éramos extranjeros distinguidos que merecían toda clase de consideraciones. También fue muy favorable la impresión que me causaron.

Sólo una vez salieron de su cortés reserva y fue para ayudar a Halef a recoger ramas secas para encender el fuego, volviendo después a retirarse a una prudente distancia. A pesar de todo, decidí velar mientras dormía el Hachi, pero éste no descansaba.

Comí unos cuantos dátiles de los que llevábamos y Halef me aseguró que no tenía ningún apetito. Observé que tiritaba de nuevo.

—¿Vuelves a tener frío? —le pregunté.

—Sí, o mejor dicho, tiemblo sin tener frío. Quisiera beber algo caliente. ¿No podríamos pedir a esta buena gente unos sorbos de café?

Les nómadas tenían un caldero pendiente sobre su hoguera y estaban haciendo la aromática bebida, cuya grato perfume llegaba hasta nosotros. Me acerque a ellos y les expuse nuestra pretensión. No trataren de disimular la alegría que experimentaban al complacernos. El que parecía ser su jefe me dijo:

—Señor, debemos daros las gracias por la honra que nos dispensáis. Nosotros somos pobres montañeses y este café sólo es bueno para nuestro gusto. Vosotros merecéis otro mucho mejor; ten la bondad de esperar unos cuantos minutos, en seguida estará listo.

Nos hubiéramos contentado con el suyo, pero ya que nos brindaban otro mejor, habríamos sido muy tontos al no aceptarlo. Además, la gente de aquella comarca acostumbra mezclar con el café otras hierbas que ninguna falta le hacen. Pude observar que al que estaban haciendo le añadían *cardomon*, especia que no era de mi gusto ni del de Halef.

Así me permití decírselo. El hombre contestó con una rapidez y obsequiosidad que en otras circunstancias no habría dejado de inspirarme inquietud.

—No lo echaremos en el vuestro, señor. Pero nuestras bayas tienen cierto sabor amargo que sobresale aún más sin la especia. Sin duda en la tienda han estado junto a algo amargo. Nada importa, pero os lo advierto.

La pulcritud en las tiendas orientales es tan deficiente que nada tiene de particular

que un artículo tome el gusto de otro. Así es que no era sospechoso que el café tuviera un dejo amargo; lo que debió llamarme la atención fue la prisa con que me lo dijeron.

Como averigüé después, aquella gente nos venía observando desde que iniciamos el descenso por la altura opuesta y, por razones especiales, aparentaron no habernos visto hasta que estuvimos a corta distancia. En sus planes entraba el ofrecernos café y, si yo no lo hubiera pedido, nos lo habrían ofrecido.

El convulsivo frío de Halef iba en aumento; le hacía agitarse continuamente y, tan pronto como estuvo preparada la caliente bebida, apuró un gran vaso lleno y pidió que se lo volvieran a llenar. Yo saboreé mi porción con más calma.

Estaba fuerte, muy fuerte. Supuse que la causa de este despilfarro sería su deseo de obsequiarnos no economizando el café. Cierto que estaba muy amargo, pero las montañas fronterizas entre el Khusistan y el Luristan no son el sitio más a propósito para fijarse en esas nimiedades; así es que bebí la misma cantidad que Halef, tres vasos cada uno.

Mi intención al hacerlo fue la de que me despabilara por regla general hacíamos la guardia a medias, pero aquel día estaba resuelto a dejar descansar a mi pobre compañero.

Nuestros caballos pacían casi junto a nosotros, estaban acostumbrados a no alejarse ni reunirse con otros caballos, salvo en casos excepcionales. Tenían su secreto. Ya he explicado en otras ocasiones en qué consistía esto y sólo añadiré aquí que Halef los había acostumbrado a que al oír la palabra *Litath*^[7], seguida de un penetrante silbido, arrojaran de la silla al jinete extraño. Los beduinos tienen especial habilidad para estas cosas, y les sobra el tiempo para amaestrar a sus caballos y enseñarles trucos que en algunos casos pueden ser muy útiles.

Mi Assil Ben Rih estaba acostumbrado a que cada noche, antes de entregarme al descanso, murmurara lentamente a su oreja el *Sura* Abu Laheb y no hubiera obedecido a ningún amo que no siguiera esta costumbre.

Hice aquella noche como todas las demás y después me eché junto a Halef, bien envuelto en mi manta, aun cuando no tenía intenciones de dormir. Empecé a observar que el café había excitado mis nervios con exceso. Diríase que mi pensamiento funcionaba a una presión más alta que la normal; una idea empujaba a la otra sin que pudiera retener ninguna.

Esta inquietud interna no se reflejaba en el exterior. No me movía, y hasta me parecía difícil levantar un brazo y, poco a poco, me fue invadiendo la sensación de que no podría volver a moverme.

Los pensamientos, sin perder su celeridad, fueron haciéndose más imprecisos, hasta el punto de confundirse unos con otro y empecé a perder la noción del tiempo y del lugar.

Después me pareció que despertaba varias veces para volver a dormirme en seguida. Algo en mi interior me advertía que aquel profundo sueño no era natural y

debía hacer un profundo esfuerzo para vencerlo.

Entonces empecé una titánica lucha con mis párpados de plomo y mis pesadas y rebeldes coyunturas que se empeñaban en clavarme en el suelo. Al mismo tiempo me parecía percibir el retumbar del trueno, junto con el bramido del viento y la lluvia; y también tuve la desagradable sensación de estar metido en un charco de agua cuya frialdad, por fortuna, me fue, poco a poco, devolviendo el movimiento. Hice un supremo esfuerzo de voluntad y conseguí incorporarme y abrir los ojos.

¡Qué espectáculo se ofreció ante ellos! El firmamento estaba invisible, nos hallábamos envueltos por una horrible tormenta. Los relámpagos se sucedían sin interrupción, los truenos retumbaban continuamente y caían sin cesar las descargas eléctricas. La lluvia formaba una compacta masa de agua. Junto a mí estaba Halef echado y con la espalda apoyada en la pared. Tenía los ojos cerrados y no se movía. Su traje se componía tan sólo de calzones, botas, chaleco y camisa y todas estas prendas estaban empapadas por la lluvia. Esto me hizo fijar la mirada en mi persona.

Tampoco tenía yo más que botas, calzones, camisa y chaleco, lo mismo que mi compañero, nada más. Nos faltaba todo el resto. Y alrededor no había nadie más que nosotros dos. Los nómadas habían huido llevándose nuestros caballos, armas y todo cuanto poseíamos. Un minucioso reconocimiento en mis bolsillos me demostró que estaban vacíos. Nos habían robado y aun debíamos darnos por contentos de que no nos hubieran dejado completamente desnudos.

No quiero decir que me asustara el descubrimiento; aun cuando yo fuera de natural asustadizo, el estado apenas consciente en que me hallaba no me hubiera permitido experimentar una sensación tan intensa como es la del miedo. Me froté la frente y conseguí unir dos ideas, la primera fue que nos habían echado opio o cosa parecida en el café. Nadie ignora que Persia es el país productor por excelencia de dicha droga y que puede adquirirla cualquiera con mucha facilidad. La segunda idea fue que lo más necesario por el momento era reflexionar con calma.

—¡Halef! —grité a mi compañero aprovechando el intervalo entre dos truenos.

No me respondió. Repetí su nombre sacudiéndolo por un brazo. El efecto fue inesperado.

—*Litath!* —murmuró a media voz.

Sin abrir los ojos, encogió el dedo índice y se lo metió en la boca, produciendo un ligero silbido y volvió a repetir la misma palabra.

Ésta era la señal para que los caballos no obedecieran a gente extraña y la arrojaran de la silla. ¿A qué venía ahora esa señal? No podía menos de ser consecuencia de la idea que le impulsaba a hacerlo. Le moví de un lado a otro hasta que abrió los ojos. Me miró con ojos extraviados.

—¡Halef! ¿Sabes quién soy?

La mirada se hizo más inteligente y por fin, respondió:

—Eres mi *Sidi*. ¿Quién otro podrías ser?

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué sientes?

—Calor, mucho calor —me contestó sonriendo.

¿Cómo? ¿Yo, que estaba bueno y sano, sentía intenso frío, y él, cuyo estado me preocupaba tanto, experimentaba mucho calor? Si mis presunciones eran ciertas y él tenía en el cuerpo una enfermedad, la presente mojadura podría serle perjudicial en alto grado. ¡Tener ahora calor! ¿Sería un nuevo acceso de la fiebre que ya le acometió en otra ocasión y a la que debió la vida?

—¿Sabes dónde estamos y lo que ha cedido?

Cerró los ojos como si tratara de reflexionar y al pronto no contestó, pero a los pocos momentos volvió a abrirlos, se levantó de un salto y exclamó:

—*Sidi!* Siempre has sido opuesto manejo del látigo, pero en este caso le corresponde a él hablar primero. Eran doce hombres, a cien golpes por barba, son mil doscientos azotes que recibirán en cuanto los pillemos. ¡Qué gusto me voy a dar!

Allí estaba, derecho y altivo, como si tuviera nada, absolutamente nada. Casi sin camisa y careciendo de todo recurso, hablaba lo mismo que si fuera dueño de la situación. Yo le advertí:

—Reflexiona antes de hablar, querido Halef—. Por el momento estamos reducidos a estado de mendigos, somos impotentes.

—¡Impotentes! ¡Mendigos! ¿Qué estás diciendo? Si no fueras el que eres, te diría que debías avergonzarte por tu falta de seguridad. ¿Ya no te conoces a ti mismo ni me conoces a mí? ¿Has olvidado cuanto hemos hecho y las veces que hemos forzado el destino? Tú eres el hombre más sabio de todo Occidente, y yo el más listo de toda la tierra oriental. No diré que débame alegrarnos por hallarnos aquí, después de haber sido completamente robados, pero ya que, aparentemente, no tenemos humana ayuda, no tardará en ofrecérsenos alguna, probablemente muy eficaz. Esto no es más que una oportunidad para demostrar nuestra valía. Déjame obrar a mí, no creas que he estado siempre durmiendo, he pasado largos ratos en vela, pero, por desgracia, no podía moverme. Sé que he visto y oído. ¿El qué? Eso tengo que pensarlo más despacio.

Se volvió a sentar, aunque el suelo era un puro charco. Dejó caer la cabeza sobre una mano, clavó la vista en el suelo y dijo, haciendo pausas más o menos largas entre las frases y las palabras:

—Noté que me tocaban...; me desperté, pero no por completo... manos extrañas registraban mis bolsillos, pero no podía impedirlo. Nos habían visto... cuando en la opuesta altura dimos descanso a los caballos. Decidieron robarnos... pero sin hacernos daño, adormeciéndonos con opio. Amaneció... oí pisadas de caballo... y me acordé de los nuestros. Esto me dio fuerzas para abrir los ojos... Vi que los ladrones querían ponerse en marcha dos de ellos habían montado nuestros potros. El coraje me despabiló, pero... desgraciadamente, sólo por un momento. Pronuncié dos veces la palabra... y di un silbido. Los nobles animales obedecieron, pegaron un bote y... los dos tunantes, dando media vuelta fueron a caer al suelo. Uno de ellos se levantó, el otro no pudo, tuvieron que llevarle. ¡Alá permita que se hayan roto una pierna, o mejor las dos! Entonces volví a dormir... pero por breve rato... pues los vi

marchar... por allí en frente desaparecieron. El sol de la mañana nos iluminaba con sus rayos... pero me acometió un sueño tan pesado que sólo el trueno ha podido despertarme. Abrí los ojos y los volví a cerrar es para lo único que tuve fuerzas. Y así he estado soñando mil cosas hasta que tú... me has sacudido. Esto es, *Sidi*, lo que puedo decirte, y nada más.

Y con estas palabras Halef terminó su relato, el cual, sin duda, le costó un gran esfuerzo.

CAPÍTULO 8

La cólera de Halef

Por lo que había dicho mi compañero Halef, comprendí que su sueño había sido más ligero que el mío. ¿Quizá los gérmenes de la enfermedad habían neutralizado la acción del opio? No tendría nada de imposible. A la luz de un relámpago, que pareció incendiar todo el horizonte, sucedió un horrísono trueno, que por poco nos deja sordos, y de repente cesó la lluvia.

La tempestad había pasado; las nubes se disiparon con rapidez y pronto apareció el sol para calentarnos y secarnos con el calor de sus rayos. Su altura nos indicó que debía ser poco más de mediodía, mas no pudimos comprobarlo reloj en mano porque éstos ya no estaban en nuestro poder.

Pareció que el sol nos devolvía el ánimo y las fuerzas. Halef pretendió hallarse completamente bien y sin sentir la menor molestia. Trató de engañarse a sí mismo, como pude saber más tarde. A mí me dolía la cabeza y me faltaba la elasticidad, tanto mental como física, pero esto no me impedía hacer cuanto fuese necesario. No teníamos tiempo que perder ni podíamos hacer otra cosa que perseguir a los ladrones. La lluvia había borrado todo vestigio de huellas, pero conocíamos la dirección que habían tomado. No dejaba de parecer ridículo que nosotros, sin armas y a pie, persiguiéramos a doce jinetes bien armados con el fin de quitarles el fruto de su latrocinio, pero no siempre podrían andar; en algún sitio tendrían su campamento y éste no podía estar más allá de la frontera.

No había más remedio que apelar a la práctica y finura de nuestros sentidos y confiarnos a nuestra habitual buena suerte. Lo peor de nuestra situación era la falta de comestibles, pero no había que temer que nos muriéramos de hambre, pues estábamos a un día de distancia de la parte habitada del alto Curan, donde podríamos obtener cuanto necesitáramos.

Además, llevaba en el bolsillo interior del chaleco la cartera con los valores, muy suficientes para ponernos a cubierto de cualquier eventual necesidad.

Estas circunstancias me daban ánimos y no desconfiaba del feliz éxito de nuestra persecución. Si la salud de Halef se mantenía firme, nuestra sería la victoria. Él afirmó hallarse perfectamente, así es que decidimos poner, desde luego, manos a la obra para salir cuanto antes de nuestra en apariencia apurada situación.

Dejando al sol el cuidado de secar nuestras escasas ropas, abandonamos aquellos lugares alejándonos en la misma dirección que tomaron los nómadas. Éstos debieron desaparecer al otro lado de una empinada loma.

No existiendo por allí ningún camino trazado, cada cual podía tomar por donde mejor le acomodara, pero, como es natural, todos preferían el sitio menos dificultoso

y que ofrecía una cuesta algo más suave. Pero si el terreno se dividía en varios pasajes que reunieran estas condiciones, entonces sería difícil adivinar por dónde hablan pasado los nómadas.

En tal caso nos encontramos al llegar arriba. Teníamos al frente algunos áridos picachos, detrás de los que se veían alturas cubiertas de bosque o, por lo menos, de vegetación. Era de suponer que hacia allí habrían marchado los que perseguíamos.

Justamente delante de nosotros se extendía una suave ladera que conducía a tres distintos valles que se sucedían en dirección al Este. ¿En cuál de ellos estarían los que buscábamos? No podíamos saberlo. ¡Qué lástima que la lluvia hubiese borrado las huellas!

Bajamos para reconocer el terreno, aun cuando no teníamos esperanzas de conseguir un resultado inmediato. Pero la buena suerte de que antes he hablado nos acompañó una vez más. El valle que estaba en medio de los otros dos era el más amplio y cómodo de todos. Por eso empezamos por él nuestro reconocimiento.

Me llamó la atención ver en el suelo una rama de más de dos dedos de grueso y que me atrevería a decir había sido cortada aquella misma mañana. Su extremo estaba afilado en forma de pincho y de él pendían dos largas cuerdas negras. La rama estaba inmediata a una alta y lisa pared de piedra natural en que, a la altura de un hombre, se distinguía una rojiza y húmeda mancha, y en el suelo, seco por aquella parte por su orientación al sur, había un, gran charco de sangre cuajada que debía ser más reciente que la lluvia, puesto que no había sido borrada por ella.

—¿Será esto una prueba de que andan por aquí esos tunantes? —preguntó Halef.

—Sí, una prueba infalible —contesté yo—. No puedo decir de cuál de nuestros caballos se trata, pero a uno de ellos lo han traído junto a estas peñas para obligarlo a que se deje montar, el animal se ha resistido y le han pinchado con esta vara, arrancándole de paso algunas cerdas de la cola, pero la noble bestia se ha vengado dando al agresor un par de coces, probablemente en el pecho, que le han causado un vómito de sangre. Por consiguiente, han pasado por este valle y ya sabemos la dirección que hemos de seguir si queremos dar con ellos.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —preguntó el jeque lleno de ira—. ¿Nuestros caballos maltratados? ¡Esto se ha de vengar más de cien veces! Para nosotros el primer mandamiento ordena amar a Alá. El segundo amar al prójimo y el tercero amar a los animales y a todo lo creado para nuestro servicio y comodidad. Quien falta a esos mandamientos no merece que se hayan escrito para él. No quiero decir que esté absolutamente prohibido pegar porque entonces serían inútiles los látigos y yo no podría manejar nunca mi *kurbarch* que en este momento no sé dónde está, pero que espero recuperar muy pronto para pagar con creces los malos tratos sufridos por nuestros incomparables potros. Quien castiga a un caballo por cuyas venas corre pura sangre es un bribón, un pillo y un granuja, que sólo es digno del mayor desprecio, pero si antes se ha robado el caballo y se maltrata a un animal del que no se es legítimo dueño, entonces... entonces... me faltan palabras para expresar qué

profunda es la sima de baldón y vergüenza en que cae quien tal hace.

Éste era el estilo y la manera de expresarse del pequeño Hachi. Allí estaba, con los ojos relampagueantes, el rostro contraído y blandiendo los puños con las más inequívocas señales de la más viva iracundia. ¡Pinchar con un palo a un caballo de pura raza! Esto pasaba los límites de lo posible. Me arrancó la rama de la mano, diciendo:

—Dámela. Ya estoy viendo desde aquí las espaldas en que he de introducir este pincho.

—Cálmate Halef —le dije—. La falta está ya vengada como lo atestigua esta sangre y mucho más severamente de lo que tú pudieras haberlo hecho.

—¿Lo crees así? ¡Hum! Tal vez tengas razón. El principal culpable ha llevado su merecido, pero hay otros once que han aprobado la fechoría. ¿Crees, acaso, que pienso perdonarlos?

La pregunta fue hecha tan en serio que no pude menos que reírme.

—¿Por qué te ríes? —preguntó furioso—. ¿Quieres aumentar mi rabia? ¿Habré enfadarme también contigo?

—No, nada de eso, querido Halef, pero mírate despacio y échame también una mirada. ¿Qué aspecto tenemos? ¿Dónde está nuestra fuerza y nuestro poder? ¡Y hablas de perdonar!

—¿Por qué no he de hacerlo? —preguntó sorprendido—. ¿Hemos de quedarnos siempre así? ¿No acabamos de hallar la pista de los que buscábamos? ¿No les quitaremos cuanto nos robaron y no quedarán entonces a merced nuestra? ¡Oh, *Sidi*! De ti he aprendido a tener confianza en mí y en tu persona y ahora eres tú el que carece de ella. ¿Qué puedo pensar de ti? Aunque no existieran las demás razones que tenemos para perseguir a esos bandidos, sólo el hecho infame de haber maltratado a nuestros nobles potros es más que suficiente para obligar al destino a que nos los entregue. Conque no dudes más. Ya sé lo que sucederá. Fíjate en lo que hago.

Y, arrojando lejos de sí la rama, prosiguió:

—Así como arrojo ese instrumento del crimen, así arrojaré muy lejos toda compasión y clemencia cuando esos pillos quieran recurrir a ella. Te ruego que no me vengas entonces con tu conocida muletilla de amor al prójimo, gracias al cual ya me has obligado a dejar más de una cuenta pendiente. Quiero y debo vengarme, y en una forma como no lo he hecho todavía. Y ahora, ven, marchémonos de aquí. No perdamos tiempo en juzgar a esa canalla por todo lo que nos han mentido, robado; y ofendido.

Avanzábamos por el mismo valle en que nos encontrábamos. Sin duda mi rostro tenía una expresión que no le gustaba a Halef porque éste no dejaba de observarme mientras andábamos y, por fin, me dijo:

—Te estás riendo o, mejor dicho, no te ríes francamente, sino que sonríes en tu interior. ¿Digo bien?

—Sí —contesté con un signo afirmativo.

—Y dime, ¿qué es lo que encuentras gracioso en este caso?

—Tu crueldad.

—¡Nada tiene de ridícula! Supongo que ya me conoces.

—Sí, ya lo creo que te conozco.

—¿Y bien? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que muchas veces te he oído querer exterminar al mundo entero, pero, poco a poco, se va abriendo paso tu buen corazón y acabas por perdonar y abrir los brazos a todo el mundo.

—¿Cómo? ¿Tan fuerte y tan débil aparezco a tus ojos?

—Sí, pero no como tú te figuras. Eres débil en la crueldad y fuerte en la clemencia.

—Escucha *Sidi*, no quiero discutir contigo ni ahora ni nunca, porque tendría que demostrarte continuamente que no tienes razón y quiero evitarte este disgusto, como buen amigo tuyo que soy. Pero por esta vez no puedo menos de demostrarte lo equivocado que estás. Mi corazón se guardará muy bien de meterse en lo que no le importa y mucho menos de cambiar en blandura mi justo encono. Tú no lo sientes tan profundo como el mío. A propósito, he dicho antes que nos han mentido, robado y ofendido. Esta ofensa no puede dolerte tanto como a mí, porque eres un occidental de Alemania, y entre vosotros es un acto de cortesía el descubrir la cabeza. Para saludar os quitáis lo más importante que hay en una cabeza, es decir, lo que la cubre. Pero yo soy un jeque de la parte oriental de a parte oriental de Dschesireh,, donde se tiene por un oprobio el presentar desnudo el cráneo. Quien me obligue a presentarme con la cabeza descubierta, me ofende más que si me diera cien bofetadas y mil bastonazos. Me han inferido un mortal insulto que jamás podré perdonar.

—¿Dices que es lo más importante de la cabeza?

—¡Alto! No te rías de nuevo. Esos pillos me han robado no sólo mi fez, sino el turbante que es el mejor y máspreciado adorno de los hijos de Oriente. Soy la más alta representación de la invencible raza de los Haddedihnes. Y esa representación lleva desnuda la cabeza, expuesta al aire, a la luz, a la lluvia y a las los extraños. ¿Lo comprendes? ¿Puedes hacerte cargo de mi sensación, por mucho trabajo que yo me tome en explicártela? ¿O quieres que te lo haga más palpable por medio de un acertado ejemplo?

—Veamos ese ejemplo —dije esperando recrearme con algunas de sus peculiares exageraciones.

—Pues oye lo que voy a decirte. Vosotros descubristis la cabeza en señal de cortesía y nosotros, en igual caso, nos quitamos las babuchas. ¿Cuántos hombres hay en tus tierras occidentales?

—Muchos muchos millones.

—Pero ¿hay allí un solo jeque de los Haddedihnes?

—No, ninguno.

—Ya ves si soy personaje de importancia. Bueno, pues sigo la comparación. El

que me hayan quitado a mí el fez y el turbante es un delito mucho más grave que si hubieran privado de las zapatillas a todos los millones de hombres que pueblan el Occidente. ¿Te enteras?

—¡Hum!

—¿Qué quiere decir «¡Hum!»? ¿Es que no me comprendes? Espero que convendrás en que no puedo confiar la venganza por esta gravísima ofensa en las manos de mi buen corazón... pero, dime *Sidi*, ¿te estás riendo otra vez?

—Me sorprende eso de las manos de tu corazón.

—¡Ah! ¡Hum! Las manos... ¿Vas a criticar ahora el corriente y florido estilo de mi oratoria? ¡Oh, *Sidi*! No aumentes mi furor, que, aun sin eso, es ya tan grande que, si lo dejara caer sobre ti, te aplastaría, Pero no quiero anonadarte y prefiero callarme.

Se alejó unos cuantos pasos de mí para significarme su enfado. Era el medio que solía emplear cuando quería hacer constar su protesta, pero esta vez, su indignación era tan grande que el silencio no duró mucho. No pudo resistir largo rato sin reanudar el cambio de impresiones sobre nosotros dos.

CAPÍTULO 7

El buen jeque

No habíamos avanzado mucho y esto nos dio ocasión para detenemos un poco. El valle subía en suave pendiente y en línea completamente recta, permitiéndonos así extender la vista hasta larga distancia. Vimos a lo lejos un pelotón de jinetes que venía hacia nosotros y, al vemos, se detuvieron para observarnos.

—¡Mira *Sidi*! Allí viene la salvación —exclamó Halef olvidando su enfado—. ¿Los ves?

—¿Salvación, dices? —le contesté—. Esperemos.

—No hay nada que esperar. Nada pueden cogemos, puesto que nada tenemos, y, al no poder hacer nada malo, tendrán que hacernos algo bueno. Son ocho jinetes y llevan once caballos. ¿Qué podremos hacer para obtener dos de los caballos restantes? ¡Ya lo sé!

—¿Cuál es tu idea?

—Comprarlos a crédito. En cuanto sepan quién soy, no tendrán inconveniente en entregarme dos caballos.

—Lo probaremos. Ven.

Seguimos nuestro camino. Diez minutos después nos deteníamos unos frente a otros. Los desconocidos eran hombres de crespo cabello negro, bronceada tez y facciones que delataban el tipo kurdo. En estos casos se dirige la primera mirada al jinete y la segunda a la montura. Éstas no pasaban de medianas, y el mismo calificativo podía aplicarse a las armas y a los trajes.

Dos de los caballos llevaban sillas de montar y el tercero un gran bulto cubierto por una manta vieja. Los desconocidos no parecían abrigar sentimientos hostiles contra nosotros. El jefe, hombre de poblada barba y recia contextura, no esperó nuestro saludo, sino que, apoyando la diestra sobre el corazón, nos dijo en tono cortés:

—*Ni pro'ker*.

Esta palabra es el habitual saludo kurdo, equivalente a nuestro «Buenos días». No empleó ninguna forma de exagerada amabilidad, pero fue dicho con expresión tan franca como sencilla. Esto me gustó, desde luego.

Dada nuestra actual situación respecto a aquellos jinetes hubiera sido lo más adecuado que el jefe esperara nuestro saludo. Correspondimos cual era justo a la atención y sin preguntarnos los nuestros, nos dijo espontáneamente su nombre.

—Yo soy Nasar Ben Sehuri, el jeque de los Dinorum, y vamos de caza. Nuestro campamento está situado hacia oriente, a una hora de distancia de aquí. Dicho esto, esperó nuestra respuesta. Yo cedí la palabra a Halef, seguro de que ni aun nuestra

mísera situación presente le haría renunciar a su ampuloso estilo; muy al contrario, seguramente trataría de contrarrestar la pobreza de nuestro aspecto con la riqueza de sus palabras.

—Yo soy Hachi Halef Omar Ben Hachi Abul Abbas Ibn Hachi Dawuhd el Gossarah, principal jeque de los Haddedihnes, de la famosa tribu de Schammar. Espero que este nombre no te será desconocido.

En efecto, así debía ser, porque su semblante se animó y dijo:

—Sí, he oído hablar de ti. Algunos de los míos acaban de regresar de Barsa y me han dicho que te han visto allí.

Esto era añadir leña al fuego de la elocuencia de Halef. Irguió todo lo posible su exigua estatura y, con tono de suficiencia, preguntó:

—¿Te han contado mis hazañas en el Sahara, en Egipto, en Arabia y en el Kurdistan?

—Todas, no, pero sí muchas de ellas —contestó sonriendo Nasar Ben Sehuri—. Si Alá lo permite, tú me contarás el resto.

—Espero que lo consentirá. Pero permite que te presente a mi amigo y compañero. Su nombre es aún más largo que el mío, pero él no gusta de oírlo pronunciar entero. Por lo tanto, me limitaré a llamarle Kara Ben Nemsí de Alemania. He tomado parte activa en casi todas sus famosas aventuras. Como no es posible que te refiera todas nuestras hazañas, sólo te contaré por ahora las más importantes, para que...

Se quedó parado en medio de la frase, porque yo levanté el brazo para imponerle silencio. Precisamente en el relato de nuestras «hazañas» es donde más sabía derramar los tesoros de su exaltada imaginación. El auditorio, compuesto de orientales, generalmente se tragaba todas aquellas exageraciones sin llamarles la atención por la costumbre que tenían de oír y emplear el mismo lenguaje, pero yo no podía sufrirlo y procuraba evitar siempre que podía aquel chaparrón de alabanzas propias. De ahí mi ademán. Él obedeció en el acto, no sin exponer otra sentida queja.

—*Sidi*, no me cortes siempre la palabra cuando me propongo contar algo. Ya sabes que no me gusta —y dirigiéndose al jefe kurdo, prosiguió—: Cuando os hemos encontrado, estábamos a punto de llevar a cabo la más gloriosa de nuestras hazañas. Íbamos persiguiendo a doce bandidos que nos han robado, para cogerlos, juzgarlos y castigarlos.

El rostro del jefe tenía una expresión Indefinible al preguntar:

—¿Os han robado?

—Sí, ya lo ves.

—¿No tenéis caballos?

—No. ¿Ves alguno por casualidad?

—Los ladrones, ¿iban a caballo?

—Sí.

—¿Y a pesar de ello, queráis perseguirlos?

—Naturalmente. No tenemos ganas de que se nos escapen.

—¿Y pensáis cogerlos?

—Estamos seguros de ello.

—¿Con vuestras piernas y sobre vuestros pies?

—No por cierto.

—Pues ¿cómo?

—Como es natural, sobre las patas de vuestros caballos.

—*Maschallah!* ¿Contáis acaso con nuestra ayuda?

—Sería muy bien recibida, pero no nos es absolutamente, necesaria. Necesitamos dos caballos, dos escopetas, dos cuchillos, dos turbantes, dos jaiques, pólvora y balas y queremos comprarlos.

—Hablas poco y bueno. ¿Puedes pagar todo eso?

—¡Claro está que inmediatamente no! Pero yo soy Hachi Halef Omar, jeque de los Haddedihnes, y si te doy mi palabra de pagarte el doble de cuanto pueda valer el total, ¿quién podrá ponerlo en duda?

—Nadie, soy el primero en creerte. Pero yo no os conozco ni tengo ninguna prueba de que seáis los dos famosos guerreros cuyos nombres acabas de pronunciar. De modo que el negocio es muy arriesgado para nosotros. Permite, ¡oh, jeque de los Haddedihnes!, que nos apeemos para que nos cuentes detalladamente cómo ha tenido lugar ese robo de que nos hablas.

La petición me pareció justa y bien intencionada. No podíamos tomar a mal que procuraran adquirir los necesarios informes. Bajaron de sus caballos los Dinorum y se sentaron formando semicírculo. Nosotros nos instalamos a su lado y Halef empezó su narración. Hizo cuanto pudo para disimular nuestra falta de precaución y poner en evidencia el atropello de que habíamos sido objeto. Cuando terminó, le preguntó el jefe kurdo:

—¿Es decir que no sabéis a punto fijo quiénes son esos hombres?

—No.

—¿Ni tampoco dónde acampan?

—Tampoco.

Una alegre sonrisa iluminó el bronceado rostro de Nasar, cuando dijo:

—¡Qué suerte habéis tenido en encontrarnos! Nosotros podemos deciros cuanto ignoráis.

—¿Vosotros? —preguntó vivamente Halef—. ¿Conocéis a esos bribones?

—Sí —afirmó Nasar.

—¿Y también donde están?

—Los hemos encontrado.

—¿De veras? —exclamó Halef levantándose de un salto—. *Hamdulillah!* Eso es igual que si ya los tuviéramos. ¿Dónde y cuándo los habéis visto?

—Al mediodía, hacia el noroeste de aquí. Y, puesto que sois Kara Ben Nemsi y Halef Omar, me apresuro a poner a vuestra disposición todo mi campamento. Decís

bien, eran doce hombres, pero dos de ellos parecían estar heridos o enfermos.

—Los que fueron arrojados y pateados por los caballos —le interrumpió Halef.

—Vuestros dos soberbios potros eran conducidos por la brida y sin jinete y ahora recuerdo que marchaban muy inquietos.

—¿Habéis hablado con esa gentuza?

—No. No parecía que llevasen ganas de conversación. Nos saludaron y pasaron de largo. Más tarde encontramos en el suelo un voluminoso bulto. Era probable que se les hubiera caído a ellos, pero, no habiéndonos ocupado en seguir sus huellas, no podíamos afirmarlo. Mas, después de haber oído lo que os ha pasado, no me cabe duda de que os pertenece. Ya comprenderéis que abrimos el lío para examinar su contenido y creo que en él encontraréis todas las prendas de vestir que os faltan.

Hizo seña a uno de los suyos, el cual se apresuró a desatar de la silla y traer el bulto de que se ha hablado, abriéndolo ante nuestros ojos. Con tanta sorpresa como alegría, encontramos allí nuestras mantas, chaquetas, jaiques, turbantes y hasta los objetos más menudos que acompañaban nuestros trajes.

Nada faltaba. Diríase que habían puesto especial cuidado en separar estas prendas de los demás objetos robados, por si una feliz coincidencia los hacía caer en nuestras manos. Más tarde tuvimos ocasión de comprender que este hecho debió llamarnos la atención, pero, por el momento, ninguna sospecha se mezcló a la satisfacción de recuperar parte de lo robado.

El paquete, sin duda mal sujeto, debió de caerse durante la marcha sin que se notara su falta hasta después. Claro está que podrá preguntarse por qué no volvieron a buscarle, pero esto tiene fácil explicación. Cuando se comete un robo, siempre se procura poner tierra por medio lo más velozmente posible, y unas cuantas prendas usadas no son lo bastante valiosas para que por ellas se pierdan quizá varias horas. A esto hay que añadir el encuentro de los ladrones con los Dinorum. Los primeros podían suponer que los otros lo habían encontrado y, si lo reclamaban, tendrían que mediar explicaciones peligrosas y esto podía dar pie a nuevas investigaciones.

En una palabra, ni mi compañero ni yo encontramos nada de inverosímil en volver a tener ante nuestros ojos, y de tan inesperada manera, las prendas de nuestro vestuario. Ninguno de los dos pensó en aquel instante en que, según mis teorías, la casualidad no existe. Halef, que era el más impulsivo de los dos, exclamó con vehementes demostraciones de alegría:

—*Maschallah!* ¿Qué ven mis ojos? He aquí extendido cuanto abriga nuestro cuerpo y honra nuestras cabezas. No falta ni el más insignificante objeto. Todo está aquí. *Sidi*, te invito a que unas tu voz a la mía para declarar que el destino ha sido justo respecto a esos canallas, y que claramente demuestra la suerte que nosotros estamos en el número de sus hijos predilectos. ¿Sabes tú por qué nos han sido devueltas las robadas vestiduras?

—No. ¿Por qué ha sido?

—En primer lugar porque las necesitamos y, en segundo, como demostración de

que recuperaremos todo cuanto nos quitaron. Pero ¿qué haces ahí tan quieto y callado? Sigue mi ejemplo y alégrate, todo esto es nuestro.

Y, diciendo eso, se apresuraba a ponerse aquellas prendas como si fuera cosa urgentísima cubrir su delgado pero musculoso cuerpo. Yo le imité, aunque más despacio y algo preocupado.

—¡Así! —dijo cuando terminó—. Ahora ya soy otra vez Halef Omar, pero nada más. Seré el famoso guerrero y jeque de los Haddedihnes cuando haya recobrado mi caballo y las armas, y ¡pobres de aquellos que nos robaron a traición, faltando a las sagradas leyes de la hospitalidad! Yo los juzgaré como si fuera el Arcángel Miguel a quien Alá confió la espada de la venganza. No tendré piedad ni misericordia. Seré duro como los pedernales que encauzan el Tigris y mi crueldad aventajará a la de un león hambriento. Los cogeré como la pantera negra que hunde sus garras en un camello y los aprisionaré como un cocodrilo que sujeta su presa entre los dientes. Los someteré a torturas superiores a las del infierno y, cuando se quejen como corderinos entre las manos de los matarifes, sus lamentos se mezclarán con las carcajadas que saldrán de mis labios, al ver cumplido el justo castigo.

¡Qué espantosas amenazas! Quien no conociera a Halef pudiera figurarse que todo eso podría ser verdad. Los kurdos cambiaban entre sí miradas de sorpresa. Nada tenía de particular si se comparaba nuestra situación con las palabras del jeque. Nasar, siempre serio, pero con un tono cada vez más amistoso y confidencial, nos dijo:

—Bien veo que todas estas ropas son vuestras, y nosotros, que las hemos encontrado, os las devolvemos de muy buena gana. Me alegro de veros con vuestros habituales vestidos, aunque de todos modos, bien se ve que sois hombres habituados a mandar y no a obedecer. Estamos dispuestos a prestaros ayuda. Mientras tanto podéis montar en estos dos caballos de refresco y nos consideraremos muy honrados si queréis acompañarnos a nuestro campamento y aceptar hospitalidad. Allí os proporcionaremos armas blancas y de fuego con sus correspondientes municiones, o bien os las daremos ahora mismo, si os parece preferible tomar una parte de mi gente y proseguir sin demora la persecución. Vosotros decidiréis.

¿Podían oírse palabras más cordiales? Seguramente que no. Me disponía, a responder que aceptaba su ofrecimiento con gratitud, pero se me adelantó Halef, exclamando con el mayor entusiasmo:

—¡Qué feliz debe ser la tribu que tú dirijas, Nasar Ben Sehuri! Por tu boca habla la sabiduría y tus labios sólo pronuncian palabras llenas de juicio. Los antepasados de tus abuelos debieron ser los hombres más inteligentes de la tribu, así como tus hijos, nietos y los descendientes de éstos, serán los más famosos de ella y de cuantas comarcas y regiones se extiendan a su alrededor. Queremos colmar de alegría tu excelente corazón aceptando la proposición que nos haces. Estableceremos un lazo de eterna amistad entre nosotros. Estamos prontos a acompañarte a tu campamento y yo te prometo...

—¡Alto! —le interrumpí yo, viendo que en el calor de la improvisación estaba dispuesto a hacer promesas que después nos serían muy difíciles de cumplir.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Acaso no estás conforme con lo que estoy diciendo, *Sidi*?

—Estoy de acuerdo en cuanto a aceptar el ofrecimiento que se nos hace, pero no podemos ir al campamento.

—¿Por qué?

—Falta muy poco para ponerse el sol y, entonces, seguramente, los ladrones se detendrán. Si es posible, quisiera enterarme del sitio en donde se proponen pasar la noche. Si lo conseguimos, podremos mañana temprano estar en posesión de los caballos. Por eso necesitamos desde ahora mismo seguir sus huellas.

—Eso es verdad —convino Halef.

—Sí, cierto es —afirmó también Nasar—. Y para que os convenzáis de nuestros amistosos sentimientos, os acompañaremos todos. Pero antes será preciso que envíe un mensajero al campamento.

—Es muy natural, querrás que sepan por qué no volvéis hoy allí.

—Algo más que eso.

—¿Más? ¿De qué se trata?

—No somos guerreros tan temerarios como vosotros, que sin armas y con notoria inferioridad numérica os lanzáis en persecución del enemigo. Yo, por consideración a mi gente, debo ser prudente y...:

—¿Prudente? —interrumpió Halef con viveza—. ¿Inferioridad numérica? Éramos nada más que dos, medio desnudos y nos atrevimos a perseguir a los ladrones. Vosotros seis ocho y, con nosotros dos, diez. Somos aún más que los enemigos, que tienen dos heridos.

—¡Pero si no tenéis armas!

—Las tenemos.

—¿Dónde?

—¡Allí! En poder de esos canallas. Tienen nuestras carabinas, que nosotros recuperaremos.

Otra enigmática sonrisa pasó por el semblante del jefe y se acarició la oscura barba, diciendo en tono pensativo:

—Verdad debe ser cuanto he oído acerca de Hachi Halef Omar, el famoso jeque de los Haddedihnes. Tu pensamiento tiene la rapidez del relámpago, lo sigue inmediatamente el trueno de tu palabra y no tarda en caer la lluvia del hecho consumado. Pero nosotros sólo conocemos el presente, no sabemos lo que sucederá ni mucho menos las consecuencias que podrá tener. No es prudente arriesgarse a luchar diez hombres contra otros diez, pudiendo con facilidad tener mayor número de combatientes. ¿No digo bien, *Sidi*?

La pregunta fue dirigida a mí y respondí a ella:

—Opino como tú, siempre que este aumento de guerreros no haya de pagarse con

otras sensibles pérdidas.

—¿A cuáles te refieres?

—Ante todo a la del tiempo.

—No sacrificaremos ni un solo instante, *Sidi*, porque, desde luego, seguiremos las huellas de los ladrones, mientras que uno de los míos irá al campamento en busca de gente.

—¿Y cómo nos encontrarán? ¿Siguiendo nuestras huellas?

—No; si lo hicieran así, tendrían que venir hasta aquí y, como es natural, llegarían tarde. Además, no podrían ver nuestras trazas, porque mientras tanto habrá anochecido.

Reflexionó unos instantes, prosiguiendo después:

—Los jinetes iban en dirección de la Dschebel Ma^[8], llamada así por haber en ella un manantial. Estoy seguro de que acamparán allí durante la noche. Mandaré venir a treinta o cuarenta guerreros y que nos esperen en un sitio convenido delante de esa montaña. ¿Te parece bien mi proposición?

Realmente era una suerte para nosotros haber encontrado al jeque de los Dinorum y a su gente. No negaré que yo había tomado otras disposiciones, pero me creí obligado a aceptar éstas con gratitud por no insinuar una discrepancia entre nosotros. En consecuencia contesté:

—Nosotros no conocemos el terreno, que vosotros, en cambio, debéis conocer palmo a palmo. Por eso opino que tu consejo debe ser el mejor y estamos dispuestos a seguirlo.

—Te lo agradezco, *Sidi*. Ya te convencerás prácticamente de que soy digno de la confianza que en mí depositas. Daremos la vuelta para acompañaros.

CAPÍTULO 10

Halef disputa con Hachi que, en realidad, es él mismo

Una vez que hubimos tomado nuestra resolución, el jeque de los Dinorum dio las necesarias órdenes a sus acompañantes para que montaran sus respectivos caballos. Nosotros lo hicimos en los dos que iban de vacío y todos juntos salimos a galope, en la misma dirección que trajeron los Dinorum.

—¡Brrr! —murmuró Halef temblando, apenas habíamos recorrido un kilómetro.

—¿Vuelves a sentir frió? —le pregunté.

—Sí, pero ahora es por una causa distinta.

—¿A qué lo atribuyes?

—A mi actual montura. ¡Oh, *Sidi*! ¡Qué dicha paradisíaca poder galopar sobre mi caballo! Esta dicha aumenta a cada hora que se pasa sobre él. En cambio, este jamelgo..., *Sidi*, ¿has montado alguna vez sobre un macho cabrío?

—Nunca.

—Yo tampoco. Pero estoy sufriendo los mismos tormentos que si me hallara sobre los lomos de una cabra. Yo no sé si será toda la culpa del caballo o si habrá alguna otra razón, pero estoy mareado y mi corazón palpita con inusitada rapidez.

—Halef, lo que estás es enfermo, seriamente enfermo.

—¿Enfermo? No lo creas. ¿Cómo puedo ponerme enfermo cuando vamos persiguiendo a esos bribones que pronto caerán en nuestras manos? Deberías conocer mejor a tu siempre fiel compañero.

—No trates de engañarte. Recuerda aquel funesto viaje en que nos tropezamos con la caravana de la muerte.

—De él me acordaré mientras me quede memoria. Fuimos al encuentro de la peste, que te atacó a ti primero y después a mí.

—Procura traer a tu pensamiento todos los síntomas que entonces sentías y compáralos con tu actual estado.

—¡Alá! ¿Qué necesidad tenemos ahora de acordarnos de la peste?

—Me refiero a la enfermedad en general. Lo que más me preocupa es que sientas mareos.

—Ya se me han pasado; pero ante mis ojos bailan luces y hebras de colores que me impiden ver claro.

—¡Hum! Halef... ¡cuánto daría porque hubiéramos recuperado ya cuanto nos pertenece y pudiéramos descansar en un sitio tranquilo y seguro!

—*Sidi*... querido *Sidi*! No me asustes preocupándote tanto por mí. Me encuentro bien. Antes tenía frío, pero ya ha pasado por completo y ahora tengo calor, mucho calor. No tengas temor alguno. Estoy tan fuerte y sano como siempre y así

permaneceré hasta que me muera.

Hubiera sido grave falta por mi parte desvanecer esta ficticia creencia. Por eso me callé y seguimos galopando en silencio. Nasar Ben Sehuri marchaba a la cabeza, lo seguíamos nosotros dos y detrás el resto del pelotón.

No dejaba de ser singular que el jefe no marchara con nosotros, pero podía explicarse fácilmente por el cuidado con que había de buscar las huellas y la imposibilidad de hacerlo si hubiera conversado con nosotros.

También le correspondía el sitio en primera fila por su conocimiento del terreno, que le había valido el puesto de guía. Quizá fuese su carácter reservado y silencioso y sólo gustara de hablar lo más preciso. ¿Sería tal vez una prueba de deferencia y cortesía el no querer reunirse con nosotros ni abrumarnos a preguntas de impertinente curiosidad?

Probablemente no se encontraría con fuerza para sostener una conversación con gente de un nivel intelectual tan superior al suyo. Resumiendo, que había muchas y muy buenas razones para justificar su alejamiento. Sólo no pensamos en una, en que obrara así movido por remordimientos de conciencia o por el temor de que con hábiles preguntas le sonsacáramos lo que él no quisiera decir.

Mas para eso deberíamos considerar como traidor al que se presentaba como amigo, y hasta entonces nada nos había indicado la conveniencia de sospechar de él. Unas cuantas veces se detuvo para hacernos unas indicaciones respecto a las huellas, condiciones del terreno o a los que perseguíamos y con esto nos dimos por satisfechos, pues realmente no había motivo para esperar más de él.

Mi preocupación aumentaba por momentos respecto a Halef. A la luz crepuscular, su rostro me parecía más demacrado que nunca, y casi sin transición pasaba del rojo subido a la mortal palidez. ¿Sería una ilusión de mis ojos? Los suyos, tan pronto me parecían vidriosos y mortecinos, como despedían extraordinario brillo. Tal vez también en esto me equivocara, pero donde no era posible el error era en la manera profunda e irregular de respirar, tan distinta de la normal.

Su insistente pregunta acerca de morir, ¿sería quizás un presentimiento de que pronto las descamadas y ávidas manos de la muerte se extenderían sobre él? Al ocurrírseme esta idea por poco lancé un grito y, en el mismo instante, Halef volvió el rostro hacia mí., diciendo:

—*Sidi*, dispénsame si de nuevo vuelvo a mi anterior pregunta. ¿Qué opinas sobre el morir?

—Ya hemos terminado esa conversación.

—No, todavía no.

—¿Por qué?

—Porque no me has contestado todavía, Has obrado con la habilidad de siempre, cuando crees que pregunto algo que no entiendo. Entonces consigues que yo mismo me dé la respuesta. Pero no quiero saber lo que yo pienso, sino lo que piensas tú.

—Mi querido Halef, no insistas en hacerme esas preguntas; la ocasión no es

oportuna.

—¿Por qué?

—¿Será preciso que te lo explique? ¿Qué sabe el hombre de esas cosas? Y cuando se proponga pensar en ellas y, sobre todo hablar de ellas, debe hacerlo en las horas tranquilas, En las que nada distraiga a la mente de esas hondas meditaciones. Tranquilízate, querido Halef, y deja esas cuestiones para mejor ocasión.

—«Tranquilízate, querido Halef», me dices. ¡Oh, *Sidi*! Si me contestas de ese modo, no sólo te hablaré de morir, sino que seré capaz de morir de veras de puro cariño hacia ti. ¡Si todos los hombres se hablaran entre sí con ese tono que tú empleas!

—¿Todos?

—Sí, *Sidi*.

—¿También los buenos con los malos?

—Sí, también. El ejemplo de los primeros quizá salvara a los segundos.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¡Hum!

—¿Otra vez la tosecita? Detrás de ella se esconde algo que yo quiero entender. Te ruego que no carraspeéis y que me hables con franqueza.

—Acuérdate del Arcángel San Miguel que empuña la espada de la venganza. ¿Quién quería sobrepujarle en severidad?

—¡Hum!

—¿Ahora toses tú? ¿Quién quería ser inaccesible a la piedad y a la clemencia?

—¡Hum!

—¿Quién se proponía competir con un pedernal y con un león hambriento?

—¡Hum!

—¿Quién aspiraba a rivalizar con una pantera negra y con un cocodrilo y quién, por último, deseaba amontonar sobre sus semejantes todos los tormentos infernales que él contemplaría riendo a carcajadas? ¿Conoces tú a ese hombre?

—¡Hum!

A cada *hum* había dejado caer más profundamente la cabeza sobre el pecho. Yo proseguí:

—Y ¿ese mismo sujeto pretende ahora que todos los hombres se hablen con amor, incluso los buenos a los malos, para que el ejemplo de aquéllos salve a éstos?

Con un rápido movimiento levantó la cabeza y, volviendo hacia mí su simpático rostro, animado por una radiante sonrisa, dijo:

—Perdóname. *Sidi*. Ese hombre, ese sujeto, es el mayor asno que existe sobre la tierra. ¿Lo crees así tú también?

—No.

—Te haré convenir con ello. Lo niegas, porque no conoces a fondo a tu Halef.

—¡Vaya si le conozco!

—No lo creas. Yo tampoco le conocía hasta que, de repente, y cuando menos lo esperaba, he conocido al otro.

—¿Al otro?

—Sí. ¿Te parece imposible qué dentro de un ser haya dos personas distintas?

Me quedé asombrado. Era una pregunta muy singular.

—Sí, puedes abrir los ojos cuanto quieras —continuó diciendo—. Dispénsame que hasta hoy te haya ocultado el importante descubrimiento que he hecho en mí mismo. Mi personalidad la constituyen dos seres muy semejantes y, al mismo tiempo, muy distintos. El uno es bueno y el otro es malo y los dos juntos se llaman Hachi Halef Omar. Continuamente marchan los dos y he venido a comprender que el bueno es Halef y el malo Hachi; ¿me entiendes?

—Sí.

—¿Me entiendes dices? ¡Es extraordinario! ¿Acaso sientes dentro de tu cuerpo las mismas luchas?

—Éstas existen en todo organismo humano. Pero millones de seres viven y mueren sin darse cuenta de ello y por eso no llegan a triunfar.

—Pues yo aspiro al triunfo, y por eso lucho. Nadie lo ha observado, ni aun tú mismo. Dentro de mí vive un ser que por lo bueno, dulce, paciente y abnegado, parece caído del cielo de Alá. Ése es Halef a quien tú tanto quieres. Pero existe otro también, y ése es Hachi, al que regañas con frecuencia y que bien merece tus repetidos «¡Hum!» por lo orgulloso, imprudente, embustero y rencoroso. Tal vez te sorprenda que designe al bueno con el nombre de Halef y al malo con el de Hachi, pero te haré observar que Halef es un nombre y Hachi es un título. Quizá así lo comprenderás.

Por si algún lector no está enterado, haré la observación de que el título de *hachi* se confiere entre los hijos del Islam al mahometano que ha visitado en peregrinación alguna ciudad sagrada, cumpliendo así todos sus deberes religiosos. Un *hachi*, en el verdadero sentido de la palabra, sólo puede serlo el que ha visitado La Meca, Medina o la mezquita de Omar en Jerusalén. Pero los del África occidental hacen extensiva esta preeminencia a la ciudad de Kairnan, que para ellos es sagrada.

Halef hizo una breve pausa, después de sus últimas palabras, y añadió:

—Cuando tú me conociste en el Sáhara era yo un mozo inexperto y bastante presuntuoso. Usaba el título de *hachi*, aunque ningún derecho tuviera para ello. Tú, como es natural lo observaste y te reíste de aquel falso *hachi* que no hacía aún pisado ninguna de las ciudades santas.

—También daba el mismo título a mi padre y abuelo, aunque ni uno ni otro estuvieron jamás en Kairnan ni siquiera en el territorio de Túnez. Esto no sólo era una mentira, sino una exageración de la mentira, extendiéndola hasta mis antepasados. Yo era vanidoso y tenía sed de honores, quería ser más de lo que era y en esta falsedad tomaron origen todas las demás faltas que tantos disgustos te han causado y que te han dado motivos para repetir tantas veces «¡Hum!». Por eso llamo Hachi al hombre

malo que llevo dentro y que tanto me da que hacer. ¿Te vas enterando, *Sidi*?

—Perfectamente.

—¿Y reconoces a este Hachi?

—Probablemente mejor de lo que tú mismo crees.

—Espero que también conocerás al otro, al bueno, al que designo con mi propio nombre de Halef. Éste es el que siempre me ha reconquistado la parte de tu cariño y aprecio que el otro me había robado. Estos dos seres, tan distintos, viven encerrados en mi cuerpo y no sólo se disputan el dominio de mi persona, sino de cada uno de mis hechos y de mis palabras. El que antes llegaba era el que obtenía la victoria. Yo nunca podía precisarlo porque nunca me ocupaba de eso. Pero desde hace algún tiempo me vengo observando con mucha atención y noto lo muy unidos que están y lo difícil que es distinguirlos el uno del otro.

—He observado que Halef es muy aficionado a la verdad y cierra el oído a toda exageración, mientras que Hachi se toma el mayor trabajo para mentirme y engañarme, presentándose como si fuera Halef. Puedo jurarte que he negado más de cien veces la hospitalidad a ese importuno Hachi, pero carece de amor propio y de obediencia se queda tan fresco, y si yo enfurecido, lo arrojo de mi tienda, al momento levanta la lona y a los dos minutos ya está aquí de nuevo. ¡Oh, si yo pudiera rechazar a ese tunante! Por desgracia, no es posible, no me teme a mí ni a nadie, con excepción de una sola persona.

—¿Quién es?

—Tú. Sí, tú. Parece que te tiene muchísimo respeto y teme más a tus ojos que al resto de tu persona. Desde que he hecho esta observación, sé que hay ojos que mandan, así como hay otros que advierten y seducen. Con frecuencia me he mirado en ojos que han causado las delicias del malicioso Hachi, pero cuando tú me miras siento en todo mi doble ser una sensación de seriedad que no excluye la alegría, pero que reduce al silencio al embustero. Se avergüenza ante ti. Sí, te huye. ¿En qué consiste esto? ¿Puedes explicármelo?

—Quizá. En realidad no huye de mí, sino del otro Halef que llevas dentro. Ése es el que yo quiero y; cuando le dirijo una mirada cargada de cariño, se fortalece, se agiganta y vence a su contrario. Éste es uno de los misterios que existen en el alma humana; no podrás aclararlo; así es que no pierdas el tiempo en intentarlo.

—La advertencia es superflua, pues ya sabes que no soy aficionado a los enigmas. Sin embargo, me gustaría mucho saber a qué atenerme respecto a los dos seres que llevo dentro de mí. Cada vez que pienso en eso, recuerdo a los dos *Adamlar*^[9] de que en algunas ocasiones me has hablado. Según dijiste, se habla de ellos en tu *Nuevo Testamento*. ¿Te acuerdas de lo que digo?

—Sí.

—El sagrado Libro de los cristianos habla de un antiguo Adán del que no se debe hacer caso, porque su puesto ha sido ocupado por otro nuevo, mejor y más justo. ¿Significan estos dos hombres el Halef y el Hachi que viven en mí?

—Sí, puedes estar seguro de ello.

—Pero, *Sidi*: ¿entonces sería preciso convenir en que el sagrado Libro de los cristianos es el más sabio de todos los libros? Señala misterios en lo profundo de las almas que los mismos hombres jamás podrán descubrir, y, cuando una religión demuestra saber más que yo, merece el mayor respeto. ¡Qué lástima que no podamos seguir tan interesante conversación! Pero el jeque de los Dinorum parece que ha descubierto algo de importancia.

CAPÍTULO II

Victoria sobre los ladrones

A travésábamos en aquel momento una especie de angosto desfiladero que desembocaba en un pequeño terraplén y al lado opuesto de éste continuaba el valle. El jeque, espoleando su caballo, vino a nuestro encuentro. Se detuvo al borde de la llanura y, señalando al horizonte, nos dio a entender por señas que había visto algo digno de llamar su atención. Cuando estuvimos al alcance de la voz nos gritó:

—¡He visto a los ladrones! Están acampados allá abajo, junto al agua. Venid, pero apeaos antes de llegar aquí para no ser vistos por ellos. Esa montaña que tenemos en frente es la Dschebel Ma.

En la montaña indicada la Naturaleza se había esmerado cubriéndola casi totalmente con un tapiz de frondoso verde. En sus laderas crecía fresca hierba y a sus pies se entrelazaban arbustos y matorrales de todas clases. Hasta había una pequeña cascada a cuya orilla nos proponíamos acampar.

—Tenemos que dejar los caballos si queremos observarlos sin ser vistos —repitió el jefe kurdo saltando de la silla, ejemplo que fue inmediatamente seguido por nosotros—. A mi juicio, son los mismos. ¿Creéis que me equivoco?

La pregunta fue dirigida a Halef y a mí. El primero contestó:

—Yo no veo a nadie. De nuevo ofuscan mi vista los chispazos de colores de que antes te hablé. ¿Y tú, *Sidi*, qué ves?

Yo veía doce hombres y catorce caballos, dos de éstos separados de los demás. Eran nuestros potros negros. No podía engañarme, porque los veía distintamente. Cuando lo dije así, exclamó Halef:

—¡Démonos prisa a cogerlos! No dejemos a esos pillos ni un instante más el placer de estar en posesión de nuestros bienes.

Y quería volver a montar en el acto.

—Nada de precipitaciones, Halef —le advertí—. Para llegar a ellos tenemos que bajar por la ladera de esta montaña y forzosamente nos verán.

—¿Temes que apelen a la fuga y se nos escapan?

—Más bien temo que se queden y ofrezcan resistencia. Ellos pueden esconderse entre la maleza, mientras que nosotros tenemos que bajar completamente al descubierto. ¿Deseas que te maten sin poder defenderte?

—¡Vaya una pregunta! No quiero que me maten, pueda o no defenderme. Pero ¿no podemos dar un rodeo y llegar por otro lado?

—Eso nos obligaría a una considerable pérdida de tiempo y dentro de media hora habrá anochecido. Piénsalo bien.

—¿Pensarlo dices, *Sidi*? No puedo. Ahora mismo experimento la sensación de

que el aliento del Desierto abrasa mi cuerpo. Mi cabeza arde y todos los pensamientos han huido de ella. ¿Qué será esto que de repente me acomete? Necesito sentarme.

Se dejó caer en el suelo y apoyó la cabeza entre las manos. Quise sentarme a su lado, pero él lo impidió diciendo:

—No te ocupes de mí. Esto no es más que las últimas consecuencias del envenenado café que nos dieron ayer. Pasará muy pronto. Puedes creerme, estoy tan bueno y sane como puedas desear tú mismo.

Me empujaba para que me alejase y yo procure tranquilizarme. No podía hacer otra cosa, más en aquel momento en que Nasar Ben Sehuri retuvo mi atención.

—Tu juicio y sabiduría se refleja en las palabras que acabas de decir al jeque de los Haddedihnes. Si como él desea bajáramos por ahí a paso de carga, no quedaríamos ninguno vivo. Esperaremos aquí a que oscurezca.

—Pero entonces será aún más difícil encontrar el camino —observé yo.

—No, nosotros lo hemos hecho con frecuencia y conocemos el terreno.

—Pero el ruido de los pasos de los caballos podrá delatarnos.

—Por eso los dejaremos aquí. A pesar de la obscuridad, encontraremos al enemigo, que seguramente encenderá alguna fogata. También espero que llegará mi gente antes de que cierre la noche.

—¿Cuál es el sitio designado para el encuentro?

—Este mismo. Vendrán por el paso que acabamos de cruzar. Te repito que no es posible que se nos escape esa gente. Permite que nos sentemos, Por ahora no se puede hacer más que esperar.

Tenía razón. Por lo que se refería a la pronta recuperación de nuestros bienes, me sentía tranquilo; en cambio, me tenía preocupadísimo el estado de Halef. Me senté junto a él y procuré emprender una conversación, pero sus respuestas eran muy cortas y el tono de su voz débil y fatigado. Me pareció más prudente callarme.

Tampoco hablaban los Dinorum; así es que reinó un silencio sólo interrumpido por la ruidosa respiración de los caballos o el choque de algún casco contra las piedras. El día declinaba rápidamente y la noche se venía encima a pasos agigantados, pero los esperados refuerzos no llegaban.

No haciendo el jeque ninguna observación, tampoco me pareció oportuno hacerlo yo. ¿A qué gastar palabras sobre lo que no se puede arreglar con ellas? Junto al agua seguía todo oscuro, y deslizarse hasta el enemigo sin que una hoguera delatara la presencia de éste sería cometer una imperdonable imprudencia.

En aquel momento sentí que las manos de Halef buscaban a tientas la mía; cogió mi diestra y, dejando caer su cabeza sobre mi hombro, permaneció así un buen rato inmóvil. A mi juicio sus manos estaban más calientes que de costumbre.

—*Sidi* —me dijo en voz muy queda.

—¿Qué quieres? —le contesté en igual tono.

—¿Ves las estrellas allá arriba?

—Sí.

—Parece que allí está el Cielo, pero ¿cuál? ¿El tuyo o el mío?

—¿Crees, según eso, mi buen Halef, que hay varios cielos?

—No, y aunque así fuera, si Alá hubiera hecho diez cielos, yo siempre estaría destinado al más alto, y si el Dios de los cristianos hubiese hecho otros diez y a ti te dieran un puesto en el inferior, ¿sabes lo que haría?

—No.

—Pues renunciar a mi puesto y marcharme junto a ti. Para mi sería el mejor. Allí donde mora el cariño es donde más se esparce el alma. ¿Sería bien recibido por ti, *Sidi*?

—¿Puedes tener la menor duda sobre ello?

—No, pero soy como un chiquillo que le gusta oír palabras de cariño.

—Ya sabes que te aprecio mucho, Halef.

—¡Cuánto te lo agradezco! Ahora estaba pensando precisamente en ti y en mi... ¿Crees que somos amigos?

—Seguramente. No puede haberlos mejores.

—Yo no opino lo mismo.

—¿Cómo?

—Amigos como nosotros no es posible que existan. Somos más, mucho más que amigos, pero no hay palabra para expresar ese lazo. Si nosotros nos apreciamos como hombres que llevan dentro de sí un ser bueno y otro malo, entonces sí somos amigos, pero si ese cariño hace buenos a los dos malos, ya no es amistad, es el propio Paraíso. No puedo distinguir tu semblante. ¿Te ríes acaso de lo que digo?

—No, Halef, estoy serio y muy conmovido por tus palabras.

—Pues yo, *Sidi*, siento una cosa extraña. ¿De dónde vendrá esto? Dime, si yo te abandonara... si me muriera... ¿seguiría viéndote?

—¡Halef! ¿A qué vienes esa pregunta?

—No lo sé. Ha subido hasta mis labios y éstos la han pronunciado. Alguien en mi interior habla de muerte. No sé si es Halef o si es Hachi, pero... ¡Escucha!

En efecto, algo había que oír. De pronto llegaron a nosotros gritos lanzados por muchas voces, como sucede en un encuentro o combate. Los Dinorum se levantaron a escape y su jefe exclamó:

—¡Alá! ¡Ésos son mis guerreros!

—¿Allá abajo? —pregunté levantándome también de prisa—. Hace un momento decías que vendrían aquí.

—Pues han marchado directamente sobre los ladrones atacándolos.

—¿Y cómo sabían ellos dónde se encontraban?

—La casualidad o tal vez alguna seña los ha conducido a donde estaban.

—¿No te equivocarás? ¿Estás seguro de que es tu gente?

—Lo estoy. He reconocido nuestro grito de guerra.

—Entonces tenemos que bajar.

—No todavía no. Deja que transcurran algunos minutos y veremos lo que pasa.

No sin esfuerzo pude contener mi impaciencia. Halef también se había levantado. De su persona desapareció toda señal de debilidad. En tono muy enérgico preguntó al jeque kurdo:

—¿Conocían tus guerreros otro camino que el que tú les mandaste seguir?

—Sí —contestó Nasar Ben Sehuri.

—¡Cómo! ¿Por qué no te han obedecido como era su deber?

—Precisamente por obediencia se puede hacer algo más de lo que se haya mandado.

—¡No! ¡Eso es imposible! Cuando se da una orden es para que sea obedecida totalmente.

—Pero si el que la recibe encuentra un modo de cumplirla más pronto y mejor, esto no es faltar al deber de la obediencia.

—Entonces concedes a tu gente el derecho de reflexionar y discutir sobre tus mandatos, ateniéndose o no a ellos, según lo juzguen más conveniente. Mis Haddedihnes acostumbran a ejecutar mis órdenes sin discutirlos ni mucho menos alterarlas. Pero... ¡mira! Han encendido una hoguera y nos llaman. ¿Qué significa esto?

Abajo ardía una fogata y varias voces gritaban:

—*Gahlab... Gahlab! To' al, to' al ia, Sehfoh!*^[10]

—Esas palabras van dirigidas a mí —dijo Nasar—. Los míos saben que estamos por aquí y me llaman después de haber vencido al enemigo.

—Espero que la independencia de su conducta no nos causará ningún perjuicio. La manera de hacer a veces una cosa es más importante que la cosa misma.

Se repitieron las llamadas y nos pusimos en movimiento para bajar. Lo hicimos formando una larga fila en la que marchábamos uno detrás del otro. Halef y yo nos quedamos los últimos, confiándonos al instinto de nuestros caballos, que, a pesar de las crecientes tinieblas y de lo penoso del camino, rara vez daban ningún paso en falso.

Así llegamos felizmente al valle y encaminamos los caballos hacia el sitio en que ardía la hoguera que nos servía de señal. Durante la marcha se cambiaron gritos de uno y otro lado, armándose un alboroto que aumentaba a medida que nos íbamos acercando.

Cuando llegamos nos vimos rodeados por cincuenta o sesenta Dinorum que nos recibieron con formidable vocerío. Cada hombre se empeñaba en contarnos sus primeras hazañas, a las que, según el orador, se debía principalmente el triunfo.

El mensajero enviado por el jeque al campamento actuó de jefe durante el camino. Este sujeto no tenía la menor duda de que los ladrones pasarían la noche en la *Montaña del agua*. Durante el camino, tomó la resolución de apropiarse los laureles de la victoria decidiendo dar el ataque sin contar con su jeque ni con nosotros.

Por eso, en vez de dirigir sus pasos al sitio convenido, cambió de rumbo y tomando un atajo, fue a parar al pie de la *Montaña del agua*. Llegados allí, dejaron los caballos bajo la vigilancia de un par de hombres y los restantes se deslizaron en silencio siguiendo el curso del agua hasta que, a pesar de la obscuridad, tuvieron la suerte de coger al enemigo descuidado, cayendo sobre él con tal rapidez que hizo imposible la resistencia. Mucho nos sorprendió que este modo de proceder no mereciera ni el más leve reproche por parte del jeque de los kurdos.

Los ladrones, fuertemente atados, estaban tendidos en el suelo. Pero antes de que pudiéramos ocuparnos de ellos, ocurrió una cosa que dejó pasmados a los mismos Dinorum, tan conocedores en achaques de caballos.

Fue el caso que apenas los reflejos del fuego cayeron sobre Halef y sobre mí, y en cuanto pronunciábamos las primeras palabras, sonaron a un lado dos relinchos y nuestros dos soberbios potros, atropellando al grupo de kurdos, vinieron a saludarnos.

De puro contento, Barkh daba los más grotescos saltos de cordero que pueda dar un cuadrúpedo, frotaba con su hocico el pecho de Halef y le soplabla en los oídos, como si tuviera muchas y muy importantes cosas que comunicarle.

Mi Assil Den Rih se conducía menos ruidosamente que Barkh, no dejando de ser por eso conmovedora su conducta; apretaba su hocico contra mi mejilla, me lamia las manos y, por último, se echó a mis pies mirándome como si quisiera decirme: «Tú ya me entiendes. Ten la bondad de hacer que no sólo te vea, sino que te oiga, para que me convenza de que estamos juntos». El hermoso animal echaba de menos el Sura que yo tenía por costumbre murmurar a su oreja.

Por desgracia no pude complacerle, pues hacerlo hubiera sido revelar uno de los secretos de la inteligencia de la bestia, pero me arrodillé a su lado, pasé mi brazo alrededor de su cuello y junté su cabeza con la mía, murmurando frases cariñosas.

Su respiración se hizo tan ruidosa y las señales de alegría tan evidentes que hasta los menos sagaces no dejaron de comprender lo contento que se hallaba.

CAPÍTULO 12

Curiosidad impertinente

Hasta aquel momento todo había ido muy bien y los Dinorum continuaban con sus gritos de alegría formando una algarabía ensordecedora. El jeque kurdo, después de dar diferentes órdenes a sus hombres, se quedó observándome a mí y a mi caballo y con una sonrisa, se acercó hasta donde nos encontrábamos y me dijo:

—Se ve que te quiere mucho, muchísimo. ¿Consiste quizá tu secreto en abrazarle como lo haces y hacerle sentir tu aliento en las ventanillas de su nariz?

—No —contesté secamente, pues entre los beduinos se considera una falta de educación preguntar por el secreto de su caballo.

—Pero no dejará de tener uno y aun tal vez varios —siguió preguntando.

—Claro está, siendo como es de la más pura sangre.

—¿Consiste ese secreto en palabras o en señas?

—El secreto ha de permanecer oculto y no se ha de hablar de él —respondí con tono decisivo.

Él, sin embargo, insistió:

—Te ruego que me permitas hacer una prueba. Voy a abrazarle como tú lo haces y a murmurar las mismas palabras.

La impertinencia era sin ejemplo y bastó para disipar la buena opinión que hasta entonces tenía de aquel hombre. Moví negativamente la cabeza. Aparentando no haberlo notado, el jeque se arrodilló diciendo:

—En mi vida he visto animal de raza tan pura, déjame que lo acaricie, no me prives de ese gusto.

Yo me levanté, diciendo:

—Eres muy dueño de hacer lo que quieras. Siendo tu huésped no puedo impedírtelo.

El jeque rodeó con su brazo el cuello del caballo, que sufrió el contacto, aunque resoplando de un modo poco satisfactorio, pero, apenas quiso arrimar la cabeza, torció el animal la suya con brusco movimiento, se levantó tan rápidamente y sacudió un par de coces, que no alcanzaron afortunadamente al jeque, porque Halef se precipitó sobre él y lo arrastró fuera del alcance de los cascos. Avergonzado el jeque por la lección recibida, exclamó con enfado:

—¡Alá condene a esa mala bestia que ha nacido bajo el dominio del diablo! Con sólo tocarla se arriesga la vida.

—En efecto, así es —le contesté—. ¿Por qué no has hecho caso de mis advertencias? No se han de querer penetrar a la fuerza los secretos de los demás.

—¿Y el otro potro? ¿Es también tan peligroso?

—Lo mismo. Sólo a nosotros reconocen por amos. Quien se niegue a reconocer nuestro derecho tendrá motivos para arrepentirse. Mira a esos dos hombres, empleando la violencia, quisieron montar en nuestros potros y el castigo no se hizo esperar.

Diciendo esto señalé a los dos ladrones cuyos vendados miembros los denunciaba como agresores de nuestros corceles. Estaban atados lo mismo que sus camaradas y, al igual que éstos, no pronunciaban ni una palabra. ¿Demostraba este silencio vergüenza, arrepentimiento o reconocía alguna otra causa? No podíamos apreciar la expresión de sus rostros por impedirlo la continua movilidad de las llamas de la hoguera.

Ya se comprenderá que lo primero que hicimos fue buscar nuestros objetos robados. Esto nos fue mucho más fácil de lo que suponíamos. Cerca del fuego vimos una manta extendida y, sobre ella, cuanto nos pertenecía, desde las armas hasta la diminuta cajita de plata destinada a guardar fósforos.

Precisamente el hecho de que no faltara nada, absolutamente nada, debió despertar nuestras sospechas, pero el exceso de fatiga no nos permitió apreciar esa circunstancia. Quizá los ladrones se propondrían repartirse el botín más tarde y esto explicaba por qué estaban reunidos aún todos los objetos.

Nasar Ben Sehuri no dejó de manifestar su satisfacción de que, gracias a su ayuda hubiéramos recuperado lo que nos pertenecía con tanta facilidad y sin la más leve pérdida. Se llegó a nosotros y fue manoseando una cosa tras otra, mirándolas despacio y haciendo continuas preguntas y comentarios.

Lo que más interés le inspiraba eran las armas de fuego, cuya construcción desconocía en absoluto. Las contempló más de lo que permite la discreción. Quería saber el objeto de cada tornillo y se puso tan molesto con sus preguntas que Halef, perdiendo la paciencia, le dijo en tono que demostraba su descontento:

—A esas armas les sucede lo mismo que a nuestros caballos, cada cual tiene su secreto que debe ser respetado por cuantos no lo sepan por nuestra propia voluntad.

—Perdona —dijo el Jeque— pero esta clase de armas justifican mi curiosidad. Vosotros mismos sabéis mejor que nadie cuánto y en qué términos se ha hablado de ellas. Estas carabinas sobrepujan a cuánto se fabrica en Oriente. Para mí son tan incomprensibles, que de buena gana me enteraría de su funcionamiento.

—Lo que es incomprensible es esa curiosidad que suele ser patrimonio de viejas chismosas. Es indigno de un hombre y mucho más de un jeque y jefe de valientes guerreros.

La respuesta era terminante, aunque quizá algo dura, puesto que teníamos mucho que agradecer a aquellos hombres. Pero la impertinente curiosidad que demostró, tanto respecto a los caballos como a las armas, hizo palidecer nuestra gratitud, causándonos a nosotros mismos penosa impresión. El jefe, sin comprenderlo así, añadió una falta a las ya cometidas, diciendo en son de reproche:

—Parece que echáis en olvido cuanto me debéis. ¿Dónde estaríais y qué sería de

vosotros ahora si no os hubiera yo tomado bajo mi protección?

Halef y yo, como es natural, nos habíamos apresurado a guardarnos cuanto nos pertenecía. Nos colgamos por último las carabinas y, hallándonos firmes y seguros respondió el Hachi:

—¿Nos exiges gratitud? ¿No sabes que el verdadero agradecimiento ha de darse espontáneamente? Tú has oído hablar de nosotros, pero no nos conoces y por eso te parece que has hecho demasiado por nosotros. ¿Preguntas qué haríamos y qué sería de nosotros sin vuestro apoyo? Y yo te contesto que sin vosotros, hubiéramos encontrado también la pista de estos ladrones.

—Una vea sabiendo dónde estaban, nos habríamos deslizado hasta aquí, amparados por las tinieblas y esta misma noche habrían llevado el merecido castigo por su datito. Lo único que tenemos que agradecer es haber adelantado los hechos tres o cuatro horas. ¿Crees que ese corto espacio de tiempo merece que te descubramos los secretos de nuestros caballos y armas?

—Piensa en lo que pides. Nos consideramos como tus huéspedes, pero si nos molestas con intempestivas preguntas, montaremos en nuestros caballos y ahora mismo saldremos para otro sitio donde la amistad no sólo se demuestre con palabras... ¡Barkh! ¡Ven!

Al oír estas dos palabras, el hermoso potro negro se arrimó tanto a Halef que éste no necesitaba más que levantar el pie y ponerlo en el estribo para estar ya en la silla. No negaré que la razón estaba de parte de mi amigo, aunque yo, en su lugar, la habría expuesto con algo más de cortesía. Era preciso guardar ciertas consideraciones. ¿De dónde provenía la actitud con que se expresaba mi diminuto compañero, tan propenso generalmente a la gratitud? En el instante en que levantaba el pie para ponerlo en el estribo se adelantó con viveza el jeque kurdo y, cogiéndolo por un brazo para detenerlo, dijo:

—¡Hachi Halef Omar, reflexiona un momento! Nunca fue mi intención echaros de aquí. Piensa en lo que dirá la gente cuando sepa que, después de consideraros como huéspedes nuestros, os habéis marchado sin llegar a serlo.

—La vergüenza no será para nosotros —replicó Halef sin desarrugar el ceño.

—Pero sí para nosotros. Por eso os ruego que os quedéis y que mañana temprano nos acompañéis a nuestro campamento. Tampoco podéis abandonar este lugar antes de haber juzgado a los ladrones.

Ésta era una razón de peso que en seguida demostró su eficacia.

—¿Juzgar a los ladrones? En efecto —contestó el pequeño jeque—, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a formar un tribunal de ancianos con tus guerreros?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque su sentencia estaría en desacuerdo con la vuestra.

—¿Cómo?

—Todos los tribunales tienen que regirse por las leyes del Desierto, que castigan

el hurto de caballos con la pena de muerte y seguramente a vosotros os parecerá esta sentencia demasiado rigurosa y no querréis aceptarla.

—¿Que no? —preguntó Halef en tono de sorpresa—. ¿Qué motivos tienes para opinar así?

El jeque se detuvo pesando las palabras que había de decir. Por desgracia, su pobladísima barba me impedía estudiar sus facciones. A mi juicio revelaban cierta confusión, no exenta de astucia. Quería aparentar una franqueza que estaba muy lejos de ser sincera. Por fin contestó:

—Hemos oído decir muchas veces que vosotros no obráis como acostumbramos hacerlo aquí; que vuestra justicia se basa en el amor y la clemencia, en lugar del castigo, y veo que éste no dejaría de ser demasiado duro si fuéramos a matar a doce hombres por el robo de dos caballos.

—¿Te parece poco? Yo te aseguro que estos dos potros valen más que cientos, que miles de otros caballos. De manera que el número no tiene aquí nada que ver.

—Muy cierto, pero ya que habéis vuelto a recuperarlo todo...

—Eso es verdad y, por consiguiente, no hablemos de muerte, pero uno de estos nobles brutos ha sido maltratado y eso es cosa que no puede quedar impune.

—Acepta como compensación los huesos rotos de los dos imprudentes que fueron alcanzados por los cascos.

—¿Qué te propones? ¿Te has apropiado el papel de *Dawa mekeh*^[11] de estos malhechores con objeto de defenderlos? Quien no quiera obrar con justicia, no debe ser juez. Yo consultaré con mi *Sidi* y lo que decidamos los dos... pero... ahora... ¡Oh, *Sidi*! Me vuelve el mareo... se nublan mis ojos... me voy a caer...

Se apoyó en su caballo que estaba inmediato. Sosteniéndolo en mis brazos, lo llevé junto a la hoguera, mandé que extendieran su manta y lo tendí sobre ella. Mi anterior preocupación se había trocado en angustia.

—¿Qué le pasa al jeque de los Haddedihnes? —preguntó Nasar Ben Sehuri—. ¿Padece la *suchuna*?^[12]

—No —respondí yo.

—¿O la *berdija*?^[13]

—No.

—¿Se trata acaso de la *suchuna mutallah*?^[14]

—Tampoco. Ha bebido ayer un café envenenado, y aún le dura sus efectos; no es más que eso.

Mentía a sabiendas, pero la prudencia me impedía decir la verdad. Estaba casi convencido de que teníamos que luchar con una gravísima fiebre tifoidea, pero debía ocultarlo para poder cuidar al enfermo lo mejor que permitieran las circunstancias en que nos hallábamos.

Por el momento nadie necesitaba saber que se trataba de una enfermedad contagiosa. Más tarde, naturalmente, consideraba como un deber mío comunicar la verdad a los Dinorum.

CAPÍTULO 13

La hospitalidad, a veces, puede ser muy enojosa

Por fortuna, habíamos vuelto a recuperar nuestros efectos, entre los que se contaba el botiquín de campaña. Me apresuré a administrar al enfermo una buena dosis de quinina. Éste, inmóvil y con los ojos cerrados, parecía dormir.

Los Dinorum, recién llegados del campamento, habían traído provisiones y se dispuso la comida. La ración de Halef no se la ofrecí, sino que la guardé. Personalmente me ocupé del forraje de nuestros caballos y después fui a sentarme junto al *hachi*, proponiéndome hacer lo que no pude, por desgracia, la noche anterior: vigilar.

Nasar Ben Sehuri y los suyos se habían instalado al otro lado de la hoguera. El jeque, con aire preocupado, fumaba su *tschibuk* y las miradas que de tiempo en tiempo fijaba en mí me indicaban claramente quién era la causa de su preocupación.

Su gente se había colocado como mejor le había parecido, pues, por lo visto, no existía ninguna regla fija para ello. Me levanté dirigiéndome hacia los presos; las ligaduras no estaban muy apretadas, pero no había que temer que se escapasen, porque estaban rodeados por los Dinorum y, además, yo no pensaba dormir. Estaban tan cerca de mí que la fuga era imposible.

Quise reconocer a los dos heridos para aliviar sus dolores si era posible, pero no lo consintieron. Me acerqué entonces al que pasaba por su jefe para hacerle algunas preguntas que debería contestar. Empecé por decirle que no tenía intención de tratarlos severamente, pero toda mi buena voluntad se estrelló contra su tenaz silencio y, renunciando a mi humanitario propósito, volví a ocupar mi puesto. Apenas lo había hecho, cuando el jeque me dirigió la palabra para decir:

—*Sidi*, no atribuyas su conducta a orgullo ni rudeza, lo que les privaba de la palabra es el temor que les inspiras.

—¿Vuelves a defenderlos? —contesté.

—No, pero trato de interpretar su silencio. ¿Qué sentencia recaerá sobre esta gente?

—No lo sé todavía. Antes he de consultarlo con el jeque Halef.

—¿Y dónde se ejecutará?

—Allí donde nos encontremos al pronunciarla.

—Es decir, en mi campamento.

—¿Por qué ha de ser, precisamente, en ese lugar?

—Porque os he brindado mi hospitalidad. ¿Acaso no estás dispuesto a complacerme?

—Lo aceptaré, para demostrarte que no somos tan ingratos como tú, al parecer, te

figuras.

—Te ruego que me perdones. Pero los que vivimos entre montañas desconocemos las reglas convencionales a las que se ajusta la cortesía de los que moran en las ciudades. Seréis los bienvenidos huéspedes de nuestras tiendas y en ellas hallaréis cuanto podáis necesitar. En cuanto a lo que decidas respecto a estos ladrones, se ejecutará puntualmente cuanto dispongas.

—¿Es decir, que te comprometes a acatar nuestra decisión?

—Sí, solamente quisiera saber en qué consistirá el castigo. ¿La muerte quizá?

—No, de ningún modo.

—¿Pues entonces, qué?

—Serán azotados.

Estas palabras no las pronuncié yo, salieron de los labios de Halef, prueba evidente de que había oído nuestra conversación.

—¡Azotes! —dijo de nuevo sin cambiar la posición de su cuerpo.

—¿Cuántos? —preguntó el jeque kurdo.

—Diez mil por barba.

—¡Alá! ¡Son demasiados!

—Al contrario, muy pocos.

—¡Eso sería peor que la muerte! No hay hombre capaz de resistir diez mil azotes.

—Tampoco hace falta. En cuanto a los dos que robaron nuestros caballos, recibirán veinte mil.

—¿He oído bien?

—Sí, y si te parecen pocos pendremos treinta mil.

Se incorporó, hizo un ademán con el brazo como si golpeará y volvió a acostarse.

—¡Alá le proteja! —exclamó el jeque kurdo—. Está enfermo. Tiene el *suchuna*. El fuego de la fiebre corre por sus venas y no sabe lo que se dice.

Cogí la mano de Halef para tomarle el pulso. En efecto, tenía calentura. El jeque prosiguió:

—Esperemos que hablará de otro modo cuando esté limpio de fiebre. Los ladrones deben recibir los golpes que les corresponden, pero matarlos a fuerza de azotes me parece excesivo.

No podía responder afirmativa o negativamente, pues habría sido peligroso excitar a Halef. Me limité a ganar tiempo, diciendo:

—Se pronunciará la sentencia cuando estemos en vuestro campamento. ¿Tenéis allí una *Tachtirwan*?^[15]

—Varias. ¿Por qué lo preguntas?

—A causa de los heridos. Sería inhumano obligarlos a ir a caballo.

El jeque kurdo cayó en el lazo más pronto de lo que yo esperaba.

—¿Hemos de llevarlos en *Tachtirwan*?

—Sí.

—¿En seguida?

—Cuanto antes mejor. Si es posible, encarga dos literas.

Naturalmente había destinado una de estas literas a Halef, ya que si su estado no mejoraba, era imposible que pudiera sostenerse en la silla, pero como el jeque no podía leer mi pensamiento, no me sorprendió que me tributara inmerecidos elogios.

—La bondad de tu corazón te impulsa a proporcionar a tus enemigos más comodidades de las que realmente se necesitan. Una litera hubiera bastado para ambos, pero, ya que lo deseas así, encargaré dos y ahora mismo.

Dio la orden a uno de los suyos y éste montó a caballo y se alejó a buen paso.

—He hablado de tu bondad y no de la mía —dijo el jeque reanudando la interrumpida conversación—, aun cuando también pudiera alabarme de ella. ¿Sabes a qué tribu pertenecen estos hombres que os han robado?

—No.

—Pues son Dschamikum. ¡Alá los sepulte en los profundos infiernos!

—¿Son enemigos de vuestra tribu?

—No sólo enemigos, sino mortales enemigos. Desde que existen ambas tribus, se han derramado arroyos, torrentes de sangre de una y otra parte. Recientemente se ha cometido contra nosotros un crimen que clama al Cielo. Pero no quiero decirte nada por ahora, ya lo sabrás cuando estés entre nosotros. El que yo haga traer nuestras literas para ahorrar dolores a esta gente supone una bondad de corazón que bien puede compararse con la tuya. Quizá para esa cuestión necesite también tu consejo y tal vez tu ayuda.

—Si en algo podemos servirte, desde luego lo haremos con mucho gusto. Pero ¿por qué dilatas tus confianzas hasta que estemos en el campamento?

—Porque ahora mi relato te parecería increíble.

—No gusto de retrasar las cosas. Lo que ahora se pueda saber no hay necesidad de dejarlo para más tarde.

—Ésa es la energía, propia de un esforzado guerrero. Sobre ese punto soy de tu misma opinión y la prueba es que vas a oír lo que pensaba decirte mañana. ¿Me creerás si te afirmo que los Dschamikum viven del robo y del crimen?

—Tengo que creerte, puesto que lo sé por experiencia propia.

—No sólo sois vosotros los perjudicados, sino nosotros también, y aún en mayor escala. Hace poco, estando en paz ambas tribus, hemos sido traidoramente atacados por ellos y nos han robado gran parte de nuestro ganado. Yo me hallaba ausente, con muchos de mis guerreros. Estábamos en una tribu vecina, a cuyas fiestas nos habían invitado. Cinco de nuestros pastores fueron muertos. ¿Conoces nuestro deber?

—Según vuestras leyes, sangre por sangre.

—Sí, ojo por ojo y diente por diente, sangre por sangre y vida por vida. Además, queremos recuperar nuestros ganados. De modo que no te extrañará que hayamos preparado una expedición contra ellos.

—Desde el punto de vista de vuestras leyes, me parece muy natural. ¿Cuándo os proponéis marchar?

—Pensábamos salir mañana temprano.

—¡Ah! Pero eso es imposible.

—Sí, pero la hospitalidad es una ley tan sagrada que aun se sobrepone a la de la venganza. Os hemos invitado y debemos demostraros cuánto orgullo y satisfacción nos causa vuestra presencia. Los Dinorum no han faltado jamás a las leyes de la hospitalidad, muy al contrario, las observan con más rigor que las demás tribus que pueblan este territorio. Espero que nos concederéis el honor de trataros como huésped bajo todos los conceptos. ¿Qué respuesta me das?

Los que desconocen los usos y costumbres de cada pueblo esperarían, sin duda, que yo me apresurara a dar con el mayor placer una respuesta afirmativa. En efecto, al parecer podía considerar como una favorable decisión de la suerte, el proporcionarme esta amable invitación, mucho más teniendo en cuenta el estado de Halef, a quien amenazaba una enfermedad quizá grave y larga y que forzosamente nos obligaría a interrumpir nuestro viaje para proporcionarle el reposo y los cuidados necesarios. Pero la cuestión tenía otro aspecto que no debía ser descuidado por un hombre que aspiraba al dictado de prudente.

Según las costumbres beduinas, el huésped no se limita a ser, como entre nosotros, una visita a la que se dispensan más o menos atenciones. No sólo tiene derechos, sino deberes, pues durante todo el tiempo de su permanencia en la tienda amiga se le considera como miembro de la misma tribu.

Y aún hay más. La palabra huésped le coloca por encima de los mismos hijos de la tribu, que contraen el deber de sacrificarse por él, pero al mismo tiempo tienen derecho a exigir por parte del huésped un especialísimo interés en todo cuanto se relaciona con el honor y el bienestar de la tribu. Hay asuntos en los que las prerrogativas del huésped superan a las del mismo jeque, pero éste tiene derecho a que el primero, durante todo el tiempo de su permanencia, comparta sus penas y alegrías. Se considerarla como un ser despreciable al que retrocediera ante un peligro que amenazara a quienes le hubiesen acogido.

De todo esto se desprende que la pregunta de Nasar tenía dos sentidos y doble significación para nosotros. El jeque decía: «¿Queréis venir con nosotros y os proporcionaremos cuanto necesitéis?». Si a esto contestaba yo con una afirmación, sería imposible dar una negativa a esta otra pregunta: «¿Queréis tomar parte en nuestra expedición de castigo contra los Dschamikum?».

Estas razones me indujeron a reflexionar unos momentos antes de dar la esperada respuesta. Al observar mi silencio, el jefe preguntó con viveza y algo enojado:

—¿Vacilas en aceptar? ¿Nos tomas por gente cuyo contacto puede empañar tu honor?

Esta pregunta, en circunstancias diferentes, pudiera haber tenido otras consecuencias. Pero había que tener en cuenta el estado de Halef y el hecho de que ya estábamos disfrutando de la hospitalidad del jeque. Así es que, en tono conciliador, contesté:

—Conviene pensar sin prisa, buen jeque, para medir las palabras. Hasta el presente nos habéis tratado como amigos y estoy seguro de que así seguiréis haciéndolo. ¿Por qué he de desconfiar de vosotros? ¿Por qué he de poner en duda vuestro honor? El no haber contestado en seguida depende de otra causa muy distinta.

—¿Cuál?

—Me preguntaba si no sería un abuso por nuestra parte molestaros prolongando por algún tiempo nuestra estancia entre vosotros.

—¿Molestarnos has dicho? —preguntó repitiendo la palabra.

—Sí.

—Ya sé que eres cristiano y, probablemente, desconoces los preceptos de nuestro *Corán*.

—No solamente los conozco, sino también todas sus interpretaciones.

—Entonces debes saber que un huésped no puede estorbar nunca. Obedecer a Alá es la primera de las leyes divinas, y honrar a su huésped es el principal de los preceptos humanos. Nosotros obedecemos a Alá y honramos a nuestros huéspedes. Espero que te darás por contento con que yo te lo afirme.

Debo confesarlo; en la expresión y en todo el porte de aquel hombre había algo que aminoraba el impulso de simpatía que me inspiró a primera vista.

Ese algo no podía definirlo, pero lo sentía con intensidad y, bajo su influencia, aumentaba mi reserva. La situación me impedía hablar con sinceridad y por eso respondí:

—No es necesaria tu afirmación. Pero instalarnos como huéspedes e imponeros seguramente penosos sacrificios me parece un verdadero abuso.

—Tratándose de un huésped, no hay sacrificio que pueda ser penoso. Pero ¿a cuáles te refieres?

—Mira a mi amigo Halef, el jeque de los Haddedihnes. Me parece que está atacado de una enfermedad que podrá costaros incalculables molestias y cuidados. Mi conciencia me obliga a preguntaros si estáis dispuestos a aceptar esta carga.

—Para nosotros no será ninguna carga, y si tu compañero realmente sufre la enfermedad que temes, tú, en cambio, estás sano y bueno y... y...

No terminó la frase. Probablemente encerraba algún pensamiento que no quería darme a conocer, al menos por el momento. Si lo hubiera manifestado sin ambages, me parece que hubiera dicho, poco más o menos: «Habíamos contado con vuestra ayuda para nuestros asuntos particulares, pero si tenemos que prescindir de la de Halef por hallarse enfermo, tú, que rebasas salud, no nos negarás la tuya».

CAPÍTULO 14

Una alianza que no me agrada demasiado

No tuve tiempo de reflexionar más sobre el asunto ni de dejar que el jeque acabara de explicarse, porque Halef, inmóvil hasta entonces, empezó, de repente, a dar alarmantes pruebas de agitación. Arrojó la manta que le cubría, se levantó de un salto y, plantándose delante de mí, me dijo con un tono cuya alteración era un nuevo síntoma de su enfermedad:

—¿Qué has dicho, *Sidi*? ¡Todo lo he oído! ¿De veras te figuras que yo pueda estar enfermo?

—Sí —le contesté con franqueza.

—¿Qué enfermedad va a ser ésta? ¿Qué nombre le aplicarías tú?

—Por el momento nada puedo afirmar. Cuando se presente, ya lo veremos.

—¿Con que nada puede afirmarse? ¡Oh, *Sidi*! ¡Cómo tratas de engañarme! Te tuve por muy listo, pero me convenzo de que no lo eres.

—Gracias, Halef.

—No hay de qué. Recoge tus engañadores pensamientos; reúnelos delante de ti y míralos frente a frente. Según tú, mi enfermedad está aún muy lejos. Es decir, que no ha llegado todavía. ¿He de permitir que tome posesión de mi cuerpo y se acomode en él como en una tienda adornada para una fiesta?

—Si ella quiere, así será.

—¡Quiere, quiere! ¡Yo también tengo voluntad propia y acostumbro imponerla! Toda enfermedad implica flaqueza, sin exceptuar a la que ves a lo lejos y que sólo puede compararse con una caduca y débil vieja que no conserva ni un diente en la boca. Y yo, el bravo jeque de los invictos Haddedihnes, el que no ha vuelto la espalda ni a los más feroces leones del desierto, ¿crees que me voy a dejar dominar por ese engendro de la debilidad? Oye bien lo que te digo. No toleraré que esa enfermedad me venza. ¡La desafío! ¡Me burlo de ella! Tú mismo me has enseñado que todo se consigue con una firme voluntad y yo sé mejor que nadie el temple de la mía.

—Halef, hazme el favor de darme la mano.

—¿Para qué?

—¡Dámela, te digo!

—¿Es acaso para tomarme el pulso?

—Sí.

—Pues también puedo hacerlo yo.

Puso el pulgar de la mano derecha sobre la arteria de la muñeca izquierda y acercó ambas al oído. Escuchó unos instantes y dijo:

—No oigo nada, absolutamente nada, lo que indica un funcionamiento perfecto,

pues si hubiera alguna novedad en las venas, ya se daría a conocer.

—Eso no se aprecia por el oído, sino por el tacto.

—Es lo mismo, puesto que el tacto tampoco me indica nada y yo debería sentirlo mejor que otro, porque se trata de mi propio pulso.

Quise darle algunas explicaciones, pero no me dejó tiempo, prosiguiendo con rapidez:

—Ya sé, *Sidi*, que el cariño que me tienes es la causa de esa preocupación; pero voy a demostrarte que tus pensamientos avanzan por un terreno falso. Ante todo, te preguntaré si la *neguis*^[16] es una enfermedad.

—Sí.

—Si la *neguis* se apodera del dedo gordo de mi pie, ¿sientes tú algo en el tuyo?

—No.

—Pues bien, ya te he cogido, y sólo te falta reconocer tu error. La *neguis* causa dolores al que la padece y a nadie más y solamente el que experimenta los dolores puede estar seguro de que la tiene. Lo mismo sucede con las demás enfermedades. Yo me encuentro bien, completamente bien, pero tú, *Sidi*, me inspiras cuidado.

—¿Por qué?

—Porque tú eres el que ve y siente mi enfermedad, y eso demuestra que ésta no es mi a, sino tuya. Por eso temo que vamos a tener que abusar de la hospitalidad de estos buenos Dinorum, para devolverte la salud.

Si alguien tomara estas palabras como hijas del delirio o de la fiebre, se equivocaría por completo. En seguida comprendí la intención de mi compañero. Quería tomarlo todo a broma para tranquilizarme, pero, como es natural, no me dejé engañar.

—Así, pues, ¿deseáis ser nuestros huéspedes? —preguntó el jeque kurdo.

—Sí —contestó Halef—, porque necesitaremos algún tiempo para convencer a la desdentada vieja que mi *Sidi* ve a lo lejos, de lo inútil que es meterse a tratar con mozos de nuestro temple. Y durante este tiempo estamos dispuestos a servirlos, cual es nuestro deber en calidad de huéspedes.

Esto era lo que deseaba el jeque. No vaciló en aceptar la promesa de Halef, añadiendo:

—¿También contra los Dschamikum?

—Justamente me refería a ellos.

Ésa era la respuesta que yo no quería dar. Hubiera podido interrumpir a mi compañero, pero mi conducta habría llamado la atención y, como ya he dicho antes, no podíamos elegir. La precipitación de Halef no constituyó ninguna falta en este caso, sólo aceleró la creación de un compromiso que yo, con todas mis reflexiones y desconfianzas, tampoco habría podido evitar.

—Entonces la alianza está hecha entre vosotros y nosotros. Vuestros enemigos son nuestros enemigos y consideramos como amigos a los vuestros. Comamos el pan de la amistad.

Sacó del bolsillo del jaique un mendrugo de pan que dividió en tres pedacitos, metiéndose el suyo en la boca. No teníamos escape, había que tomarlo, quedando por este sencillo hecho investidos con los derechos y deberes de los Dinorum.

Halef, no sólo estaba conforme, sino visiblemente satisfecho. Se acercó al jeque y, tendiéndole la mano, le dijo:

—Aun cuando antes, al parecer, dormía, he oído todo cuanto has dicho. Vosotros nos habéis ayudado a recuperar cuanto nos habían robado, estos Dschamikum, y podéis contar con nuestra ayuda para recobrar vuestro ganado y vengar vuestros muertos. No somos más que dos hombres, pero...

Nasar le interrumpió diciendo:

—Pero valéis por muchos. Bien lo sabemos todos. No hay enemigo que pueda resistir a vuestras armas ni fugitivo a quien no den alcance vuestros ligeros caballos. Tal vez la enfermedad de que antes hablábamos no pase de ser una falsa alarma. En ese caso podríamos marchar mañana mismo o pasado a lo sumo, para dar a los Dschamikum el merecido castigo.

—Yo estaré dispuesto mañana —exclamó el siempre belicoso Halef— y seguramente mi *Sidi* también. No os arrepentiréis de habernos encontrado y ofrecido ayuda. Pero antes de que emprendamos la marcha se ha de pronunciar la sentencia de estos ladrones. Mucho me ha sorprendido comprobar que tu corazón encierra tanta clemencia para ellos, sobre todo después de saber que pertenecen a la tribu de la que vais a vengaros.

Halef hizo estas observaciones con su natural imprevisión, pero el gesto del jeque me demostró que le desagradaba oírlas. No dio ninguna respuesta y a mí me pareció acertado aumentar la impresión producida por medio de la siguiente pregunta:

—Cuando hoy encontrasteis a estos doce hombres, ¿no hablasteis con ellos?

—No —respondió el jeque kurdo—, ya te lo he dicho antes.

—¿Por qué no los detuvisteis entonces?

—¿Y por qué habíamos de hacerlo? No os conocíamos, ningún lazo nos unía a vosotros y tampoco sabíamos que os hubieran robado.

—¿No os disteis cuenta de que eran Dschamikum?

—No —respondió el jefe con alguna precipitación.

—Es curioso. ¿Y es ésa la tribu que ha saqueado vuestro aduar?

—Sí.

—¿Y doce hombres solos se atreven a acercarse tanto a él? Estos Dschamikum, al parecer, no sólo son guerreros valientes, sino temerarios.

—Lo son, en efecto.

—¿Y eres tú el que intercede para que se les imponga un castigo suave? Hubieras debido empezar por reclamárnoslos en calidad de rehenes.

—Eso es lo que pienso hacer. Su suerte no está aún decidida.

Me dirigió una mirada investigadora. Instintivamente se daba cuenta de mi desconfianza y prosiguió:

—Por eso deseaba que les impusierais un castigo ligero, para que pudieran expiar después sus graves culpas. Podéis estar seguros de que no los dejaremos escapar de modo alguno.

—Siendo así, podemos estar satisfechos, *Sidi* —observó Halef mientras se recostaba de nuevo—. Lo principal es que hayamos recobrado cuanto nos robaron. Respecto al castigo no hay por qué apresurarnos. Podemos juzgar a los culpables después de terminada la expedición contra los Dschamikum y, puesto que os proponéis partir mañana, es necesario descansar ahora. Vámonos a dormir. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Nasar Ben Sehuri echándose a su vez y muy satisfecho probablemente de poder poner término a la conversación.

También yo me extendí sobre mi manta, pero solamente dispuesto a simular el sueño. Aun cuando no hubiera tenido el propósito de permanecer en vela toda la noche, me hubiera sido imposible dormir ahora.

Tanto Halef como el jefe de los Dinorum me preocupaban mucho. Atribuí a la fiebre el repentino salto del primero y la viveza con que se mezcló en la conversación, y esto, lejos de tranquilizarme, aumentaba mi preocupación, que se hacía más intensa al recordar la conducta de Nasar Ben Sehuri.

Sería manifiesta injusticia tildarme de poco agradecido; quizá uno de mis principales defectos es la exagerada gratitud que me impulsa a considerarme como eterno deudor de quien me presta algún servicio.

Por eso recapacitaba yo en silencio todo lo que debíamos al casual encuentro con los Dinorum. Ni por un momento traté de disminuir los favores que nos habían hecho; al contrario, procuré darles mayores proporciones, pero, a pesar de ello, no conseguí despertar en mi corazón el espontáneo y puro sentimiento de la gratitud.

¿A qué causa podía atribuirlo? Yo me esforzaba en pensar bien de aquella gente, pero no podía conseguirlo. Algunos detalles aislados y algunas palabras sueltas, aunque insignificantes en apariencia, formaban en mi pensamiento un conjunto poco tranquilizador. Ciertamente es que habíamos recuperado lo que en la noche anterior nos robaron en el campamento y esto debía dejarme tranquilo, pero no lo estaba.

Tenía una sensación, un presentimiento de que la desgracia sufrida aún no había sido compensada o, mejor dicho, que nos amenazaba otra, mucho mayor que la pasada. Estas voces interiores, al principio parecían imprecisas y poco distintas, pero después, cuando anuncian la verdad, influyen con tal fuerza sobre nuestro ánimo que nos vemos obligados a darles crédito.

CAPÍTULO 15

Halef viaja en litera

Ninguna orden se dio para que se alimentara el fuego, que, poco a poco, se fue extinguiendo. Nada hice por impedirlo, pues el cielo estaba lleno de estrellas y la luz que éstas enviaban era suficiente para permitirme vigilar a los prisioneros.

Éstos se movían muy poco y sólo para cambiar de vez en cuando de postura. La idea de que podían romper sus ligaduras y huir pareció desprovista de toda posibilidad.

Halef dormía, sí, dormía con sueño tranquilo y su respiración era regular. Esto me dio alguna esperanza; habría yo quizá pecado de pesimista. También podía atribuirse esta tranquilidad al fresco de la noche. Ya creo haber manifestado que, en Persia, la diferencia de temperatura entre el día y la noche es mucho más sensible que entre nosotros.

Hacia la madrugada se despertó con tanto frío que todo su cuerpo tiritaba. Ya estaba bastante claro y se dio cuenta de que yo no dormía.

—¿Ya tienes los ojos abiertos, *Sidi*? —me preguntó—. Los *Dinorum* siguen durmiendo, aun cuando ya es la hora de la oración matutina. Voy a hacer las abluciones.

De buena gana le hubiera rogado que, por un día, prescindiera de ellas, pero de antemano sabía la inutilidad del ruego. Se levantó y anduvo a lo largo del río hasta que encontró un bosquecillo, tras el que desapareció para cumplir el precepto matutino.

Su paso era firme y su porte seguro. Esto me tranquilizó tanto que cerré los ojos, dispuesto a dormir aun cuando fuera solamente poco rato. Como lo pensé lo hice, y no me desperté hasta que resonó en mis oídos el ruido de los preparativos para la marcha.

Nadie sospechaba que yo había pasado la noche en vela, por eso no me incomodé cuando el jeque me llamó perezoso, en tono de broma. El mensajero ya había vuelto trayendo las dos literas. La gente había tomado ya el frugal desayuno y yo también me apresuré a comer un puñado de dátiles y beber unos sorbos de agua mientras observaba a Halef que, sentado en su manta, con extraña inmovilidad, miraba fijamente al suelo sin darse cuenta, al parecer, de cuanto le rodeaba. ¿Había empeorado?

—¡Halef! —le llamé.

No me contestó.

—¡Halef! —repetí—. ¿No me oyes?

Hizo un ademán afirmativo, pero no despegó los labios ni se volvió hacia mí.

—¿Te sientes mal? —pregunté de nuevo.

—Déjame —suplicó con voz ahogada—. No me hables.

—¿Por qué?

—Porque no puedo contestarte. ¡Estoy tan cansado, tan sumamente débil!

Me acerqué inclinándome hacia él, y Halef me echó los brazos al cuello diciéndome:

—*Sidi, Sidi!* ¿Qué opinas tú del morir?

—Pues opino que, tanto a ti como a mí, nos queda mucho tiempo por delante antes de llegar a ese trance.

—¿Eso dices? A mí me parece que voy a pasar por él ahora mismo. Tal y como me siento ahora deben sentirse los que van a morir.

—No digas eso. No es más que un poco de cansancio.

—Pero es un cansancio tan grande como nunca lo he sentido. Si no puedo echarme, tendrás que hacer el favor de tener cuidado de mí, porque no puedo sostenerme.

A la sazón ataban los prisioneros a sus caballas y se disponían a instalar los heridos en las literas, cuando, llamando al jefe, le dije:

—Que vayan los dos heridos en la misma litera.

—¿Y para quién será la otra?

—Para Hachi Halef.

—¿Para el jeque de los Haddedihnes? —preguntó retrocediendo con sorpresa—. ¿Cómo es posible que, teniendo un caballo tan hermoso, se resigne a meterse en una litera como una vieja?

—Está enfermo, no puede montar.

Halef separó los brazos de mi cuello e incorporándose con un violento esfuerzo, me miró con chispeantes ojos, exclamando:

—*Sidi!* ¿Te has vuelto loco? ¿Has perdido repentinamente el juicio?

Un solo instante había bastado para hacerle pasar del abatimiento al más alto grado de excitación.

—No por cierto —contesté—. Disfruto de mi cabal razón.

—Me parece imposible, cuando propones que no monte a caballo y me deje llevar como si fuera una vieja.

—Es necesario, Halef, cálmate.

—¡No me da la gana! ¿He de convertirme en el hazmerreír de todas las generaciones pasadas, presentes y futuras?

—No tal, una enfermedad nada tiene de ridículo.

—¡Pero ir en litera! Además, yo no tengo la enfermedad que temes.

—Hace un instante confesabas que te agobiaba la fatiga.

—Pues ya no, aquello pasó.

—Puede volver.

—No. Sabré defenderme de la desdentada vieja que quiere hacerme suyo.

El resorte que le había impulsado a levantarse era su indomable orgullo, pero, al primer paso que quiso dar, vaciló y se llevó ambas manos a la cabeza.

—Halef, sé bueno —le rogué.

—Ya lo soy. Contigo no puedo ser de otro modo.

—En este momento no lo eres. Bien sabes que yo no te molesto sin necesidad.

—Tu presente conducta desmiente lo que afirmas. Eso que pretendes es absolutamente ridículo.

—No disputemos. ¿Te acuerdas que, en una ocasión, quisiste hacerme un regalo y no encontraste nada a mano?

—Sí, el día de tu cumpleaños.

—Te entristeció mucho no tener nada con que obsequiarme. Haz memoria; ¿qué dijiste entonces?

—Te rogué que me comunicaras el primer deseo que tuvieras, comprometiéndote a satisfacerlo, por difícil o costoso que fuera.

—En efecto, a satisfacerlo sin remisión. Pues bien, ese deseo es el que acabo de manifestar y lo repito ahora: sube a la litera.

—¿Eso me exiges en substitución del regalo de tu cumpleaños?

—No lo exijo, sino que te lo ruego. Se complaciente, querido Halef.

—¡Oh, mi buen *Sidi*! Cuando me hablas en ese tono, nada puedo negarte. Pero ¿has oído lo que dijo el jeque?

—No hagas caso.

—Dijo «a meterse en la litera como una vieja». Si lo hago, pierdo toda mi dignidad.

—No lo creas.

—Te digo que sí. Mi dignidad de hombre, de guerrero y de jeque.

—Conservarás esa triple dignidad, pero, en cambio, perderás, y para siempre, la dignidad de amigo si te resistes a hacer lo que digo.

—Siendo así, me someteré, pero no quiero desprenderme de mis armas y de cuanto corresponde a mi sexo y rango.

—Es muy natural y te doy las gracias.

—Y tú has de ayudarme a subir, no quiero que me toque nadie más que aquél para quien hago el sacrificio.

—De buena gana. Ven.

Lo ayudé a subir alargándole después las armas. Hecho esto se me acercó el jeque, que, con miradas curiosas, había seguido nuestros movimientos y me preguntó:

—*Sidi* ¿quién montará ahora el caballo de Halef?

—Nadie —contesté desagradablemente sorprendido por la pregunta.

—¿No me lo confiarás para esta breve jomada?

—No.

—*Sidi*, reflexiona que somos hermanos. Eres mi huésped.

—Ya lo sé y por eso no debo satisfacer tu deseo.

—¿No debes o no quieres?

—No debo.

—¿Por qué?

—El caballo te arrojaría al suelo.

—No necesitas más que hacerle una seña y no lo hará.

—Pero esa seña es un secreto, y el secreto de un caballo de pura sangre ni a los más íntimos amigos se descubre, ni aun a los hermanos o huéspedes. Es cosa sabida y que no debes ignorar. Justamente porque soy tu huésped, tienes el sagrado deber de no exigir nada que yo no deba hacer. Uno de los preceptos del *Corán* dice: «Quien, por medio de una importuna demanda, hace subir el carmín de la vergüenza a las mejillas de su huésped, no es digno de tener huéspedes». Al parecer, lo ignoras.

Después de darle esta lección, en tono severo, me separé de él. Mi desconfianza aumentaba al observar los subterfugios de que se valía para averiguar el secreto de nuestros caballos: Monté sobre mi Assil y tomé las riendas de Barkh para que marchara a mi lado. El jeque tuvo que aguantarse y en lo sucesivo me propuse no hacerle caso.

Mientras fuéramos dueños de nuestros potros y carabinas, no teníamos por qué temer a aquel pelotón de beduinos, y la conducta de su jeque demostraba que opinaba lo mismo que yo.

El fresco ambiente de la madrugada hizo que la jomada fuese deliciosa al principio. Más tarde, al remontarse el sol por encima de las montañas orientales, el calor se dejó sentir de pronto. No tomamos la dirección que seguimos el día anterior, sino la que tomó el mensajero encargado de buscar ayuda.

Durante el camino me ocupé menos de la ruta que de Halef, a quien al principio, no vi por estar echado en el fondo de la litera, pero, después, se incorporó buscándome con los ojos. Al encontrarme a su lado, sonrió y me dijo:

—*Sidi*, la desdentada vieja ha vuelto a marcharse y yo me encuentro tan bueno y fuerte que con gusto bajaría de aquí para montar a caballo.

—Y yo te ruego que permanezcas donde estás.

—¿Temes que vuelva?

—Sí.

No lo creo. Ha pasado el malestar.

—Éstas son alternativas, repito que puede volver y quizá con más fuerza.

—Te equivocas, *Sidi*. Siento que estoy completamente bien y que la enfermedad está fuera.

—¿Y en qué lo conoces?

—En que lo veo sobre el pecho.

Estas palabras me alarmaron, aun cuando ya las esperaba. Comprendí en seguida lo que quería decir. Si se trataba de manchas, éstas eran la confirmación de mis sospechas: Halef tenía el tifus.

—¿Dices que tienes manchas en el pecho?

—Sí, *Sidi*.

—¿Qué aspecto tienen?

—He visto niños enfermos de *Chasba*^[17]. Es una dolencia que tiñe la piel de un color cárdeno. Del mismo color son esas manchas que tengo ahora.

Con estas palabras me había descrito las manchas peculiares del tifus. Los síntomas que veía observando desde el día anterior no me permitían equivocarme acerca de la enfermedad; cada una de éstas acostumbra a tener sus caracteres individuales, pero yo, por el momento, sólo sabía que la vida de Halef estaba en peligro, que necesitaría los más minuciosos cuidados y que, en caso de salir bien librado, yo mismo no podía pensar en proseguir la marcha por lo menos hasta un mes más tarde.

—¡Qué callado estás! ¿Qué idea es la que tanto te preocupa? —me preguntó después de un breve rato, durante el que no había hablado ni una palabra.

—Me preguntaba a mí mismo cómo será el campamento de estos Dinorum. Seguramente no serán sus tiendas tan espaciosas y cómodas como las de nuestros Haddedihnes.

—¡Oh, no, *Sidi*! ¡No lo serán! ¡Como aquéllas no hay otras! Pero eso no me preocupa lo más mínimo. ¿Qué nos importan sus tiendas? Sólo permaneceremos en ellas un par de horas, puesto que hoy mismo saldremos contra los Dschamikum.

—Eso no me parece tan seguro como a ti.

—Pues es segurísimo. Ya sabes que se lo he prometido al jeque y siempre cumplo lo que ofrezco.

—Pero ¿y yo? ¿He ofrecido algo?

—No, mi palabra basta para los dos y espero que no me dejarás por embustero.

No le dije nada más sobre este punto; había vuelto a recostarse, prueba de que la debilidad lo dominaba de nuevo.

Seguimos nuestra marcha, sin incidente alguno, hasta que uno de los Dinorum se adelantó para avisar nuestra llegada. Lo mismo que el día anterior, el jefe marchaba a la cabeza de la pequeña tropa, y ya que él, al parecer, evitaba mi compañía, no tenía yo motivo para buscar la suya.

No podía desechar la idea de que quizá hubiera sido mejor para nosotros si no hubiéramos encontrado al jeque y los suyos. Probablemente también habríamos conseguido recuperar nuestros objetos sin su ayuda, aunque no lo hubiéramos logrado con tanta rapidez y comodidad.

CAPÍTULO 16

El rabo del cordero

Después de unas cuantas horas de marcha, encontramos de nuevo vegetación; esto indicaba que habíamos dejado atrás el terreno falto de agua y que no debía estar lejos el término de nuestra jornada. Mi suposición no tardó en confirmarse; pronto distinguí un pelotón de jinetes que se dirigía hacia nosotros. Al verlos, detuvo el jeque su caballo, dando lugar a que yo lo alcanzara y, extendiendo el brazo, me dijo:

—*Sidi*, ahí se acercan los guerreros de mi tribu para daros la bienvenida. ¿Das tu licencia para que os reciban con el acostumbrado *Lat el Barud*?^[18] Tan pronto como demos vista al campamento se ejecutará una fantasía digna de tan ilustres huéspedes.

El *Lat el Barud* suele consistir en un estruendoso tiroteo en el que se derrocha gran cantidad de pólvora. En la fantasía los jinetes lucen su habilidad en el dominio del caballo. Ambos ejercicios tienen por objeto honrar a los huéspedes y demostrarles de paso que aquellos que los reciben merecen su consideración por ser tan buenos tiradores como jinetes.

De buena gana hubiera evitado el ensordecedor espectáculo a mi doliente Halef, pero como esto quizá hubiese ofendido a los Dinorum y el veto a sus habituales agasajos habría quizá redundado en perjuicio de nuestras buenas relaciones y seguridad personal, opté por conceder mi conformidad.

Apenas lo hube hecho, el jeque hizo una seña a los que se acercaban, levantando el brazo derecho. En el acto los beduinos pusieron sus corceles al galope y formaron un círculo en torno nuestro disparando sus largos fusiles y lanzando penetrantes y repetidos gritos.

—¿Te ha complacido el recibimiento? —me preguntó el jeque al reemprender el camino.

—Sí —le contesté—, y os quedamos muy agradecidos.

—Me parece que en algo se han defraudado tus esperanzas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no has disparado ni un solo tiro para corresponder a los que se han disparado en tu obsequio.

Éste fue un reproche que no me gustó, pues me pareció que encerraba un secreto designio que estaba en completo desacuerdo con las leyes de la hospitalidad. Sus palabras hicieron revivir en mi ánimo la desconfianza que en vano me había esforzado por disipar. Así es que contesté:

—Ya sabes, jeque, que no somos niños ni novicios en estos achaques, sino hombres y muy expertos. Sabemos perfectamente lo que significa un *Lat el Barud*.

Por vuestras armas ha hablado la voz de la hospitalidad. Esos tiros significan la confirmación del juramento de cumplir todos vuestros deberes respecto a nosotros.

—¿Y nada más? —preguntó él.

—No.

—Te equivocas. En esos tiros también se encierra la pregunta de si estáis dispuestos a cumplir vuestros deberes hacia nosotros.

Al oír esto detuve mi caballo, cogí las riendas del suyo para obligarle a detenerse e, irguiéndome en la silla, lo miré fijamente, diciendo:

—¡Eso sería una ofensa para nosotros!

—No —afirmó mi interlocutor.

—Sí —repliqué.

—Te ruego hables más claro.

—La aclaración debía ser innecesaria. Nuestra mutua amistad ha quedado antes acordada. Nos habéis dado vuestra palabra y recibido la nuestra. ¿No es así?

—Cierto —convino él.

—¿Nos tenéis por embusteros?

Ante la severa expresión de mis ojos, bajó los suyos respondiendo:

—No, puedo afirmarte que estamos convencidos de vuestra sinceridad.

—Eso es, justamente, lo que quería saber. Cuando empeñamos nuestra palabra, sabremos sostenerla contra viento y marea. No necesitamos dar nuevas seguridades ni confirmarla mediante una vana ceremonia que sólo habría conducido a hacernos gastar inútilmente municiones que son mucho más difíciles de reponer que las vuestras.

Hice una ligera pausa para dar mucho más intención a las palabras que iba a pronunciar y proseguí:

—¿Es que tiene para ti excepcional importancia el enterarte del manejo de nuestras armas? Nunca disparamos por juego, sino de veras y cuando nos obliga a ello la propia defensa. Pero, entonces, acierta cada disparo. ¡Puedes estar bien seguro! Si de antemano me hubieras dicho que estos tiros debían confirmar vuestro compromiso, te hubiera respondido que no eran necesarios, pues nuestras palabras son hechos que no necesitan ya confirmación. Y ahora, a mi vez, te pregunto: ¿podemos considerarnos como vuestros huéspedes, en todas las acepciones de la palabra?

—¡Lo sois! —aseguró, estrechándome la mano.

No se ocultó a mi vista que el hombre se sentía avergonzado. Quizá en su interior había algo más que vergüenza. Disimulé mis impresiones y, dejando libre al caballo del jeque, proseguimos la marcha. Durante ella, le dije:

—Ya conoces nuestro modo de pensar sobre lo sagrado de la palabra dada. No nos pidas que la confirmemos con algún acto, pues semejante deseo encerraría una grave ofensa para nosotros.

—Y, sin embargo, tú nos has exigido algo parecido, sin que a mí se me haya

ocurrido ofenderme.

—¿A qué te refieres?

—Al *Lat el Barud* y a la fantasía.

—¿Quieres obligarme a desmentirte a ti, que eres nuestro huésped y amigo? Tú mismo nos has, ofrecido ambos agasajos sin que los pidamos. He ahí la diferencia y con este ofrecimiento has demostrado que tu palabra necesita refuerzos para ser creída e inspirar confianza.

—¡No ha sido esa mi intención!

—¡Por Alá! Puesto que tan mal me has comprendido, me obligas a dirigirte un ruego.

—¿Cuál?

—Que se prescinda de la fantasía.

—Desde luego. Y con mucho gusto. La suprimiré para que no la juzgues innecesaria confirmación de mi palabra. Sabemos, por lo menos tan bien como vosotros, el alcance de una palabra empeñada.

Sí, no tengo la menor duda de que lo sabía, pero, al parecer, ignoraba que esa misma palabra pierde su carácter sagrado cuando da lugar a tan penosas discusiones sobre su significado.

Subíamos lentamente una soleada colina, cubierta de olorosa retama. El ambiente, al pasar sobre las perfumadas flores, adquiría deliciosa fragancia. También crecían allí algunos arbustos a los que dieron los hebreos el nombre de *Retam* y que son iguales a los enebros de los que habla el *Antiguo Testamento* y de los que dijo el profeta Elías: «Andando por el desierto de Barsaba, me senté sobre unos enebros y deseando morir exclamé: “Señor, recoge mi alma puesto que no soy mejor que mi padre”. Y, recostándome a la sombra de los enebros, me dormí, pero un Ángel del Señor se llegó a mí, diciendo: “Despierta y vive”».

Aquí y allá empezaron a verse algunas cabras que mordisqueaban las puntas de las tiernas ramitas y unos cuantos chicos que las guardaban. Éstas eran señales inequívocas de que nos acercábamos al aduar.

Pronto se mezclaron a las cabras numerosos corderos rabones, pero con orejas extraordinariamente largas y colgantes. Algunos flacos becerros pastaban la dura y enhiesta hierba. Pasamos junto a pacíficos burros y tercas mulas y, por fin, dimos vista al campamento, que no estaba sobre la altura, sino en la falda de la vertiente opuesta.

Ya se había puesto en conocimiento los Dinorum que allí nos esperaban que no tendría lugar la fantasía. Sin embargo permanecieron todos a caballo, pues hubieran considerado como una vergüenza recibirnos a pie. Lo hicieron con demostraciones de amistad, expresándose más bien con gestos y ademanes que con palabras.

No estaban, ni mucho menos, tan charlatanes como suelen ser los beduinos con sus huéspedes. No concedí a esto la menor importancia, pero algunos otros detalles que observé me produjeron cierto desencanto. Pero dejémoslo al tiempo.

Estarían reunidos unos doscientos hombres. Con rápida mirada recorrí cuanto abarcaba la vista. Tiendas había muy pocas y eran pobres. La mejor de ellas, según se me dijo, pertenecía al jeque y fue la que éste nos destinó para alojamiento. Los caballos que allí había podían calificarse de regulares e inferiores; algunos entre ellos, diez o quince, merecían un precio más elevado que el corriente.

Además de las tiendas había algunas cabañas construidas con ramas de retama. El número de mujeres, niños, así como de mulas y burros, apenas era el suficiente para el transporte de los menguados bienes y de los flacos rebaños.

Antes de que llegáramos a este llamado campamento, Halef volvió a incorporarse y me dijo desde su litera:

—*Sidi*, mi corazón está lleno de pena y mi alma de dolor por no poder entrar erguido sobre la silla. ¿Qué pensarán de mí los altivos guerreros Dinorum al verme llegar tendido en esta vieja litera? No me tomarán por el fiero Halef Ben Omar, por el invicto jeque de los Haddedihnes, sino por la más decrépita de las tías de sus tatarabuelos. Por el momento, realmente me hallo débil para bajar de esta maldita caja, pero ya les demostraré más tarde que éste es un pasajero e innmercido malestar de todos mis miembros, a los que muy pronto reduciré a la obediencia.

Halef sabía como yo que los Dinorum eran una tribu compuesta de varios miles de familias y que cada una de ellas contaba por lo menos con cinco individuos y que poseían numerosos rebaños y considerables bienes. Por eso se figuró que el campamento sería muy distinto del que estaba viendo y que la recepción sería también muy diferente.

Este desengaño no tuvo sobre mi compañero influencia deprimente, al contrario, pareció reanimarle y, después de echar una mirada sobre aquel pobre conjunto, se dibujó una sonrisa en sus labios y, con cierta animación en su expresivo y simpático rostro, me dijo:

—¡Qué hermoso es todo esto! ¿No te gusta, *Sidi*?

—No —contesté.

Pude hablar con franqueza, porque, en aquel momento, estábamos solos.

—Pues a fe que eres descontentadizo. A mí me gusta muchísimo. ¿Sabes por qué?

—Espero que lo digas.

—Porque veo que esta gente es pobre, tanto, que me inspira lástima. Nos necesitan, *Sidi*, nos necesitan. Ya sabes que prefiero mil veces más dar que recibir. Esto último se queda para los holgazanes o los débiles. Pero el que da y se hace útil a los demás, debe ser inteligente y activo. Mientras me figuré que los Dinorum eran ricos, me sentía yo débil, pero, al convencerme de que necesitan nuestra ayuda, mira lo que hago.

Quiso bajar de la litera sin apoyarse en nadie. Yo, que no me había apeado aún, acerqué mi caballo, diciéndole:

—¡Nada de imprudencias, Halef! No olvides que estás...

—¿Qué es lo que estoy? —me interrumpió—. Yo no me siento enfermo, sino

sano y muy sano. ¡Míralo! ¿Crees que vas a impedirlo?

Con la rapidez del rayo, se inclinó al lado opuesto de la litera y cogiéndose al borde de ésta, se deslizó a lo largo del camello hasta tocar el suelo y, viniendo hacia mí, dijo:

—¿Eh? ¿Qué dices adora? ¿Sigues creyendo que estoy enfermo?

—Más que nunca —contesté apeándome—. Obras impulsado por la fiebre.

—¿La fiebre? ¡No hay tal cosa! Aquí tienes mi pulso, ya puedes tomarlo cuando quieras.

Así lo hice; el pulso estaba algo débil, pero regular. ¡Parecía un milagro! Tenía las mejillas animadas y los ojos brillantes, pero no por la calentura, sino por la alegría.

—¿Y bien? —me preguntó.

—Sé prudente, Halef, en este momento estás limpio de fiebre, pero puede...

—¿Puede qué? —me interrumpió—. ¿Supones que va a volver la maldita y desdentada vieja? Tal vez así sea, pero se volverá a marchar. Por ahora vamos a comer y trataremos con el jeque de los Dinorum de cuanto tenemos entre manos. Ya ves que nos está esperando.

En efecto, habían terminado los preparativos a que dio origen nuestra llegada. El viento traía a nuestro olfato un agradable olor a cordero tasado. Varias mujeres habían extendido unas mantas destinadas a servir de asiento a los comensales y a su lado había algunos odres llenos de agua fresca, recién cogida de un cercano manantial.

Nasar Ben Sehuri se acercó a nosotros para invitarnos al banquete; Halef aceptó sin ceremonias y siguió sus pasos. Yo me quedé temblando por la vida de mi fiel compañero. ¡Tifus... y cordero asado! Quizá le tocara el grasiento rabo, que suele ofrecerse a los huéspedes, por considerarlo el mejor bocado de toda la pieza. Podría ser su muerte.

No me detuve en desensillar a nuestros caballos, sino que tal como estaban los conduje al sitio en que tenían dispuesta la comida. Allí los amarré y tomé asiento junto al jeque y Halef, quien no perdió el tiempo en cruzar los brazos sobre el pecho y decir en alta voz: *Be ismlillahi*^[19], frase sacramental para dar principio a la comida.

Como temí, el jeque puso delante de Halef el trozo del rabo, que era un verdadero montón de grasa, y éste lo tomó. Quise impedirlo, pero mi compañero me lanzó una larga y expresiva mirada. No pronunció ni una sola palabra, pero comprendí muy bien lo que me quería dar a entender. Me prohibía que le tratara como a un enfermo, poniéndole en ridículo delante de extraños. Conociendo su carácter, no tuve más remedio que callarme. Era el jeque de los Haddedihnes y huésped del de los Dinorum. Ante eso no había más que bajar la cabeza.

Para conseguirlo tuve que apelar a toda mi fuerza de voluntad y eso me hizo estar torpe en el uso de la palabra, mientras Halef charlaba por los codos.

CAPÍTULO 17

El misterioso faquir

Desde que Halef pudo apreciar la pobreza de los Dinorum, estaba más decidido que nunca a prestarles ayuda. La conversación iniciada por él se reducía a informarse minuciosamente. Hizo una porción de preguntas de las que ninguna era ociosa y demostró un tacto y una prudencia muy ajenos a su impulsivo carácter. Realmente, yo no sabía qué pensar y empezaba a desconfiar de mí mismo. Comía con excelente apetito, muy superior al mío y sin beber ni un sorbo de agua. ¿Podía esto ser un efecto de la calentura? Las preguntas que había hecho demostraban una curiosidad casi indiscreta, pero Nasar Ben Sehuri parecía hallarlas muy naturales y las contestaba con tanta complacencia como si ya las hubiese esperado.

Mientras tanto, todos los Dinorum presentes se habían sentado también a comer. Reinaba extraordinaria animación entre los distantes grupos, y las frases sueltas que llegaron a mis oídos me dieron a entender que la expedición contra los Dschamikum era inminente. Como una de estas frases llegara a oídos de Halef, éste sonrió satisfecho y dijo a Nasar:

—Parece que tus guerreros sienten gran entusiasmo por la futura empresa, y ésa, Jeque, es una buena señal. El brazo defiende con bizarría aquello que alegra el corazón. Estamos dispuestos a sostenerte. Sólo con ese objeto he hecho antes tantas preguntas. Resumiremos tus respuestas para que no solamente tú y yo, sino también mi *Sidi*, sepamos lo que se ha de hacer.

Éste era uno de sus ardidés diplomáticos, disfrazar sus propios deseos con la máscara de los ajenos. Prosiguió mi locuaz compañero:

—¿Es decir que los presentes no sois toda la tribu, sino una pequeña sección de los Dinorum?

—Eso he dicho y así es —contestó Nasar Ben Sehuri.

—Estabais acampados en estas cercanías y fuisteis robados por los Dschamikum, que se llevaron la mayor parte de vuestras tiendas y rebaños.

—Sí.

—Y vosotros intentáis perseguirlos y recuperar lo que os pertenece. Es preciso obrar con rapidez y por eso no podéis contar con la ayuda de vuestra tribu, pues la distancia que de ella os separa supondría una considerable pérdida de tiempo antes de que pudierais reuniros con ellos. ¿Es así, jeque?

—Eso es lo que te he dicho. Los Dschamikum serían unos doscientos cuando asaltaron nuestro aduar. Ya os he dicho que nosotros no estábamos aquí, sino en una fiesta. De otro modo no habrían conseguido su objeto. Sólo podremos recuperar lo perdido si los perseguimos con rapidez y los alcanzamos antes de que se unan a su

grande y poderosa tribu. Si llegamos demasiado tarde, lo habremos perdido todo. Por eso queríamos marchar esta misma mañana y así lo habríamos hecho si no os hubiésemos encontrado ayer. Esto nos ha hecho perder medio día, pero saldremos una vez terminada la comida. Espero que comprenderéis la urgencia del caso.

—Claro está que lo comprendemos, pero, antes de abandonar este sitio, tenemos que hacer algo más que comer.

—¿Qué es ello?

—¿Te has olvidado de nuestros prisioneros?

—*Maschallah!* ¡Tienes razón! No podemos llevarlos con nosotros.

—No, sólo servirían de estorbo, sin contar con que podrían fugarse y traicionarnos. Comamos, pues, y luego dictaremos la sentencia y, una vez ejecutada, podremos emprender la marcha.

A pesar de que todo esto parecía tan sencillo y natural, creí llegado el momento de intervenir en la conversación.

—Mi querido Halef —le dije—. ¿Me permites que añada algunas palabras?

—¿Qué estás diciendo, *Sidi*? ¿Desde cuándo necesitas tú licencia para hablar?

—Desde que, al parecer, tú eres el Bajá de este territorio y de cuantos seres en él se encuentran.

—¿Yo? ¿Bajá? No, por cierto. Si he decidido esta cuestión es porque, al parecer, tu boca, en este caso, sólo te sirve para comer asado y no para expresar tu pensamiento. El que quiere hablar tiene que interrumpir la masticación. En cuanto a mí, prefiero que hables a que guardes silencio; éste encierra algún misterio. Has de comprender que debemos decidir y que no hay un momento que perder.

—Ante todo veo que no necesitamos apresurarnos tanto; el mismo Nasar Ben Sehuri lo ha dicho: «En ese caso podremos salir mañana o pasado». ¿Ha ocurrido algún hecho posterior que descarte la posibilidad de ese pasado mañana y no nos permita descansar después de tan larga jomada?

—No, nada nuevo ha sucedido. Pero ¿tan cansado te encuentras? Yo no lo estoy en lo más mínimo y tampoco hay costumbre de que tú adolezcas de tal flaqueza.

—El ser prudente y reflexivo no es ninguna flaqueza, Halef. Sabemos de los Dschamikum lo mismo que sabíamos antes de encontrar a nuestros amigos. ¿Es que te basta saber que actualmente somos sus enemigos y pensamos marchar contra ellos?

Halef me miró sorprendido y, haciendo algunos signos de inteligencia, añadió:

—En eso no había pensado yo y lo cierto es que a esa prudencia tuya tenemos que agradecer la mayor parte de nuestros triunfos. Tú siempre acostumbras reflexionar maduramente y penetrarte bien de la situación antes de obrar. Nunca atacas a un enemigo sin conocer con exactitud quién es, dónde está y qué fuerza tiene.

—Bueno, ¿sabemos todo eso respecto a los Dschamikum?

—No.

—Y, sin embargo, estáis dispuestos a atacarlos. ¿Hemos de portarnos como chiquillos que se aporrean mutuamente sin saber cómo va a terminar la pelea?

Quiso responder, pero se distrajo por la presencia de un hombre que, bajando de la montaña, se acercó a nosotros y, sin pronunciar una sola palabra por vía de saludo, se sentó a nuestro lado. A juzgar por su exterior, no era persona que mereciese un puesto en nuestra compañía ni en la del jeque. Su cuerpo estaba mal cubierto por unos cuantos harapos y lo que a través de éstos se veía, así como el rostro, manos y pies igualmente desnudos, estaba cubierto de una espesa capa de suciedad.

Rodeaba la cabeza del recién llegado un trozo de tela que en Alemania habríamos calificado de harapo; por debajo asomaban unas guedejas que la edad debiera haber blanqueado, pero que tan cubiertas estaban de grasa y polvo que no era posible averiguar su color. A pesar de todo esto, el digno y majestuoso porte del extraño personaje daba a entender que se conceptuaba muy superior a todos nosotros.

Los rasgos de su rostro eran extremadamente regulares y los años habían pasado sobre ellos sin que las arrugas de la vejez surcaran su frente y mejillas. Me dije en mi fuero interno que el desconocido sería un anciano realmente hermoso tan pronto como se lavara y vistiera con aseo. Pero lo más notable de sus rostro eran sus grandes y extraordinarios ojos; diríase que en su negra profundidad vivía la inocencia de la gacela y también podían despedir rayos cual si de pronto se abriera en ellos el oculto cráter de un volcán, y entonces las negras pupilas despedían un claro resplandor de un matiz dorado y les párpados se abrían como si fueran a pasar entre ellos todos los torrentes y raudales de un mundo sagrado y desconocido.

Claro está que todo esto no lo vi en el primer momento, sino que lo fui observando poco a poco, sin casi darme cuenta de ello, impulsado por el vivo interés que en mí, despertó aquel hombre.

Hay seres por los que sentimos extraña atracción, aunque las circunstancias no parezcan deber autorizarlo. Lo diré con franqueza, la suciedad de aquel desconocido me repugnaba y, sin embargo de todos los presentes era el único a quien hubiera estrechado la mano con gusto. ¿Por qué? Estas cosas se sienten, pero no pueden explicarse.

El jeque encontró, al parecer, muy natural que el andrajoso personaje se sentara junto a nosotros. En el ademán con que le saludó, no sólo habla afecto, sino veneración, y nos dijo:

—Éste es Sallab, el faquir. Por dondequiera que va lo acompaña la bendición de Alá.

Sallab cruzó las manos sobre el pecho y habló no con la gangosa y meliflua voz de los que pretenden pasar por piadosos y hasta por santos, sino que dijo, en el tono reposado de quien sabe lo que dice:

—Alá no es más que bendiciones, sólo bendiciones. No podría ser de otro modo.

El jeque nos presentó diciendo nuestros nombres. Entonces observé por primera vez la extraña descarga eléctrica de sus ojos, sobre los cuales inmediatamente volvieron a caer sus párpados. La mirada duraba un instante, pero había en ella tanta intención que sólo algún tiempo después pude explicármela. Por lo demás, se condujo

cual si oyera nuestros nombres por primera vez.

La palabra faquir era explicación suficiente al hecho de haberse sentado Sallab entre nosotros. El hombre más ilustre no se atreverla a rechazar, al menos abiertamente, la compañía de uno de los que la inmensa mayoría de los mahometanos consideran como héroes de la fe. Para que supiéramos a qué atenernos respecto al carácter del recién venido, el jeque nos dijo:

—Podemos seguir hablando, Sallab no se ocupa de las cosas de este mundo. Él vive ya la vida que los demás empiezan después de la muerte.

—Entonces permite que nos informemos acerca de los Dschamikum —dijo Halef—. ¿Sabes tú cuántos guerreros tienen?

—Como ya os he dicho, unos doscientos —contestó el jeque.

—¿Sabes también dónde están?

—He enviado espías. Ya veis que yo también sé obrar con prudencia. Han de conducir los rebaños que nos han robado y su paso tiene que ser lento. Pero si les concedemos demasiado tiempo, tomarán tanta delantera que llegarán a su tribu antes de que podamos alcanzarlos y habremos hecho el viaje inútilmente. Por eso juzgo preferible que la expedición salga hoy mismo.

—¿Conoces el terreno sobre el que hemos de perseguirlos?

—Palmo a palmo. Tenía el propósito de cogerlos en *Daroch* y *Dschib*^[20]. Es un valle largo y estrecho, cruzado hacia el extremo opuesto por el angosto, pero profundo cauce de un río sobre el que se alza un viejísimo y actualmente medio derruido puente. Este valle será una trampa en la que cogeremos al enemigo, obligándole a restituir lo robado sin necesidad de combate.

—Se guardará muy bien el enemigo de meterse en esa trampa —estoy seguro de que atravesarán ese valle, pues lo contrario les obligaría a dar un rodeo en el que perderían por lo menos dos días. Si llegamos antes que ellos, podremos ocupar el puente, los dejaremos entrar en el valle, cuya entrada también ocuparemos, y el enemigo, cogido en la trampa, no podrá huir ni defenderse.

Halef me miró con la satisfacción pintada en el rostro.

—¿Qué dices a eso, *Sidi*? Es una treta muy semejante a la que tantas veces hemos jugado a los enemigos de nuestros amigos. Y, en último extremo, se evita lo que sólo en última instancia se debe tolerar, esto es, el derramamiento de sangre. ¿No es digno de elogio el plan del jeque?

—En principio no parece mal —repuse—, pero ¿y si los Dschamikum son tan listos como nosotros y nos cogen en lugar de ser ellos los cogidos?

Nasar Ben Sehuri soltó una ruidosa carcajada y preguntó:

—¿Ellos a nosotros? Jamás se les ocurriría semejante cosa a los Dschamikum. Aun cuando así fuera, no podrían realizar la idea por impedírselo los rebaños.

—Supongamos que, en efecto, caen en la trampa y nosotros ocupamos la entrada y la salida, es decir, que estamos divididos. ¿Será esto ventajoso para nosotros?

—Sí, porque los cogeríamos entre dos fuegos y nuestras balas les obligarían a

rendirse.

—Lo dudo, porque, fuera del valle, no tendríamos nada para resguardarnos y sus balas serían más peligrosas para nosotros que las nuestras para ellos.

—¡Pero si el valle es tan estrecho que muy pocos serían los que pudieran disparar!

—Y nosotros tampoco sobre ellos —repliqué yo.

—Pero quedarían metidos en un callejón sin salida y sólo tendríamos que esperar a que pidieran gracia.

—Olvidas que pueden sostenerse más tiempo que nosotros. Vuestros ganados les ofrecen más carne de la que nosotros tenemos.

—Pero les faltará agua. El cauce del río está completamente seco.

—También nosotros tendremos sed.

El jeque exclamó con impaciencia:

—*Sidi*, había creído que eras un valiente guerrero y ahora te detienes ante semejantes obstáculos. ¿Es que de nada sirven vuestras armas?

—¡Ah! ¡Nuestras armas! ¿Habías contado con ellas?

—Naturalmente. Sé que podéis disparar muchas veces sin necesidad de reponer la carga y que vuestras balas alcanzan a una distancia diez veces mayor que las nuestras. Podemos quedarnos lo bastante lejos de los *Dschamikum* para que sus balas no nos alcancen y, en cambio, las vuestras los abrasen.

Al pronunciar estas palabras, su rostro adquirió una expresión tan socarrona que me disgustó mucho. Estaba a punto de manifestárselo así, cuando se me adelantó *Halef*, diciendo:

—*Sidi*, permite que te diga, francamente, que no te comprendo. ¿Te has vuelto repentinamente ingrato? Nuestro amigo aquí presente, *Nasar Ben Sehuri*, nos ha prestado un importante servicio. Somos sus huéspedes y hermanos. Cuenta, como es natural, con la superioridad de nuestras armas. ¿Sabes a lo que nos obligan las leyes de la gratitud y de la hospitalidad?

—¡*Halef*! —le advertí—. ¿Te has propuesto ofenderme?

—No, eres tú quien me ofende. Tú, que eres el mejor y más valiente de los hombres, pero has nacido alemán y seguirás siéndolo. Yo, en cambio, soy hijo del Desierto, soy un árabe legítimo y no puedo sufrir que opongas tales consideraciones al cumplimiento de las leyes del Desierto.

—*Hamdulillah! Hamdulillah!* —exclamo el jefe levantándose y uniendo las manos en señal de aplauso—. Ésas son las palabras que yo esperaba de hombres como vosotros. Bien se ve que eres *Hachi Halef Omar*, el celebrado e invencible jeque de los fieros *Haddedihnes* de la famosa tribu de *Schammar*.

Estas hábiles palabras acabaron de electrizar al vanidoso beduino. Se levantó a su vez y exclamó con tono solemne:

Sí, ése soy, en efecto, y ahora vas a oír lo que he decidido. Salgamos sin pérdida de tiempo, ahora mismo. Persigamos a los *Dschamikum* hasta el Valle del Saco y allí

los obligaremos a rendirse. Esto digo yo y mi *Sidi* lo dice también y lo afirmo con mi palabra, con mi palabra de honor.

—¡Halef! —exclamé levantándome con presteza—. ¿Qué estás diciendo? ¡Dame el pulso! ¡Estás delirando!

Halef dio un paso atrás y contestó:

—Que delire o no, lo dicho, dicho está y sabré sostenerlo. Mi pulso está tranquilo como siempre; pero cuando veo que tratas de eludir el cumplimiento de sagradas obligaciones, claro está que acelera su marcha. Contigo he ido lejos, muy lejos de mi aduar y estoy dispuesto a llegar hasta el confín de la tierra y tú, en cambio, te niegas a complacerme, confirmando lo que he dicho a nuestros amigos los Dinorum. Por eso he dado tan rápidamente mi palabra de honor, para obligarte. Y, ahora, obra como te parezca. Yo marchó con ellos sin demora. ¿Serás capaz de abandonar a tu Halef?

El faquir era el único de nosotros que aún permanecía sentado, pero se levantó en aquel momento y, cogiendo la mano de Halef, la puso en la mía, diciéndome al mismo tiempo:

—No detengas a tu amigo y hermano. La muerte está a su lado y extiende el brazo para cogerlo, aun cuando tú no puedas verlo. Marcha con él, sin perder momento, hasta el Valle del Saco. Allí le espera la salvación y aquí moriría sin remedio. Cree en lo que te digo, es como si te lo dijera Alá.

Dicho esto, se volvió alejándose de nosotros.

—Lo que dice es verdad —explicó el jeque—. Su vista alcanza más que la nuestra y puede distinguir la muerte.

—¿Cuánto tiempo estará entre nosotros?

Cuando hice yo esta pregunta, el faquir estaba ya demasiado lejos para oírla; sin embargo, se detuvo y, volviéndose hacia nosotros, nos gritó:

—Sallab viene y Sallab va. No ha tomado pan, carne, sal ni agua, porque él sólo es huésped de Alá, pero el consejo que os ha dado es bueno.

Reanudó la marcha y una desigualdad del terreno lo ocultó a nuestra vista.

Halef conservaba su mano en la mía y, atrayéndome hacia sí, me preguntó:

—¿Me acompañarás, *Sidi*?

—Sí —le contesté.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

¿Podía yo hacer o decir otra cosa? El jeque estaba junto a nosotros y en su presencia era imposible hablar francamente.

—Te doy las gracias, *Sidi*.

Al decir estas palabras, Halef soltó mi mano.

—No me lo agradezcas a mí, sino a ti mismo, puesto que eres el origen de mi determinación. Yo quería aplazar mi decisión hasta mañana, tú has precipitado los acontecimientos y ahora sólo nos falta desear que no tengamos de qué arrepentimos.

—El faquir ha dicho que allí nos espera la salvación y, puesto que estamos

resueltos, no nos detengamos. En cuanto a mí, no tengas ningún cuidado, la repugnante vieja se ha marchado para siempre. Me siento tan bueno y fuerte que no puedo por menos de avergonzarme de haber llegado aquí en litera como la más débil de las suegras de todas las decrepitas abuelas. No necesitas ocuparte de nada, ya me cuidaré yo de todo, incluso del forraje para los caballos.

Al hacer estas afirmaciones, estaba tan alegre y animado como si realmente la litera hubiese sido superflua. El jeque lo invitó a ir a su tienda para inspeccionar el repuesto de *Bla ed Dua*^[21]. Al quedarme solo, crucé el campamento y subí hasta la cima de la montaña. Una vez en la altura, vi que el faquir atravesaba la opuesta ladera.

Mientras yo lo seguía con la vista, se detuvo, levantó el brazo derecho, como si hiciera una advertencia, y prosiguió la marcha. ¿A quién iba dirigida la seña? ¿A mí? ¡Hombre misterioso! ¿Por qué no había comido ni bebido en el aduar Dinorum? Sobre todo, ¿por qué nos había llamado la atención sobre ello? ¿Tenía algún motivo especial para renunciar a la hospitalidad de los Dinorum?

Los faquires son siempre gente muy particular. ¿Por qué había de ser éste menos singular que los demás?

CAPÍTULO 18

Las huellas sobre la arena

Cuando regresé al campamento, se llevaban a cabo con gran actividad los preparativos de marcha. Halef había llevado a los caballos a beber y llenado los sacos de forraje. Me participó que se dividiría la tropa en dos secciones; la más numerosa avanzaría rápidamente para alcanzar lo antes posible a los espías que, secretamente, seguían a los enemigos y la otra seguiría con más lentitud, y a ésta se unirían las mujeres, niños y bagajes.

Mi buen Halef demostraba extraordinario entusiasmo, que yo me guardaba bien de estimular, haciendo, por el contrario, cuanto estaba a mi alcance para calmarlo.

«¡La muerte está a su lado y extiende su brazo para alcanzarle, aun cuando tú no lo veas!». En mis oídos resonaban constantemente estas palabras del faquir y ellas me daban a entender que la presente animación de Halef no duraría mucho.

El espíritu sólo puede enseñorearse del cuerpo enfermo mientras hay alguna contrariedad que vencer, pero la reacción no se hace, esperar. Pocas veces he montado a caballo con una disposición de ánimo tan triste como ahora. Él, en cambio, cabalgaba alegre y despreocupado y hasta tuvo humor para burlarse de mis pasadas dudas, a las que, según él, consiguió poner término empeñando su palabra de honor.

Si mis suposiciones no habían sido falsas, si, realmente, mi compañero estaba atacado por la enfermedad que yo sospechaba, no podía menos que admirar su extraordinaria resistencia física que le permitía dominar tan por completo y durante tanto rato los síntomas de su peligrosa dolencia.

Transcurrió toda la tarde sin que pudiera observar en él la menor señal de fatiga. Cabalgamos aún buena parte de la noche a fin de dejar atrás el mayor trecho posible y, cuando nos detuvimos para entregarnos al descanso, saltó del caballo con tanta ligereza como si hubiera montado pocos momentos antes.

Esta sorprendente resistencia hay que atribuirla a su voluntad y a su entusiasmo, así como a su temperamento meridional. Diríase que estaba sostenido por un fuego desconocido. Pero con fundamento temía yo que al consumirse esta falsa llama diera lugar a una peligrosa recaída.

Bajo esta penosa impresión, terminada la frugal cena, me eché al lado de mi querido enfermo. Por fortuna mis siniestros presentimientos no se realizaron, por lo menos en la forma que yo temía.

Las fatigas del día hicieron que me durmiera rápida y profundamente, y es probable que no me hubiera despertado en toda la noche si Halef no me hubiese sacudido, diciéndome:

—Perdóname, *Sidi*, que te despierte; me parece que la horrible vieja quiere volver.

—¿Te parece que se acerca?

—No sólo que se acerca, sino que ya está aquí. La siento a mi lado.

—¡Halef, hablas con trabajo! ¡Estás tiritando!

—No puedo remediarlo. Siento mucho frío. Dame un poco de la medicina.

En el acto obedecí su indicación. Después de haber tomado una dosis deliberadamente aumentada, me preguntó:

—¿Sabes por qué tiemblo?

—Sí, no es difícil de adivinar.

—Pero ¿has temblado tú así alguna vez?

—Me parece que no.

—Yo tampoco he temblado nunca, ni por miedo, ni por ninguna otra causa. Y, ahora, ya lo ves, tiemblo, mejor dicho, no soy yo, sino la maldita y desdentada vieja que se ha posesionado de mi cuerpo y tiembla temiendo tener que abandonarlo pronto. Tengo la misma sensación que si una correa rodeara mi cabeza y la fuera apretando cada vez más. Diríase que me han cortado las piernas; estoy seguro de que las tengo, pero han perdido su sensibilidad y no quieren obedecerme, por más que esto les esté prohibido. Trataré de reducirlas al cumplimiento de su deber.

Con no poco trabajo trató de incorporarse, pero, apenas lo hubo conseguido, tuvo que echarle de nuevo y me dijo:

—Ésta es una sensación desconocida que no puedo describirte con exactitud. Me parece que mi medio cuerpo inferior carece de huesos, de venas y de músculos, que sólo se compone de pellejo y éste es tan sumamente fino que, a través de él, se puede ver la tela de los calzones.

¡Qué frases tan ingenuas y, al mismo tiempo, tan gráficas para describir la debilidad de su estado! Sobre este punto era realmente insuperable. Tenía un don especial para encontrar la palabra justa para describir las cosas más estupendas.

Ahora estaba yo convencido de que mi fiel amigo no dormiría ni un instante más por esta noche. Cualquier médico lo habría afirmado con absoluta seguridad. Pero no tardé en convencerme de lo contrario cuando él, envolviéndose en su manta, me dijo:

—El frío ha desaparecido repentinamente, sin duda por haberme levantado. Ya empiezo a sentir calor. Pero estoy cansado, muy cansado y quiero dormir. Buenas noches, querido *Sidi*.

—Buenas noches, Halef.

—Dime la verdad, ¿me has perdonado?

—De todo corazón.

—Gracias, *Sidi*. Ni uno ni otro podremos olvidar el largo tiempo que sin interrupción hemos viajado juntos. Tú me habrás perdonado, pero yo no me perdonaré. Antes de despertarte he pasado revista a los sucesos del día. Me he portado muy mal contigo; he sido soberbio y desobediente. Quien así ha obrado no ha

sido tu buen Halef, sino el Hachi malo, el que siempre comete las faltas, y yo, por no tener disidencias internas, tengo que apoyar sus incorregibles majaderías. Te ha incomodado y ofendido y eso está muy mal no sólo por su parte, sino también por la mía.

Dicho esto, mi diminuto amigo guardó silencio. Yo seguí escuchando; no hacía ningún movimiento, y cuando, pasados algunos minutos, me incliné hacia él, vi que dormía.

Con grandísima satisfacción por mi parte, no se interrumpió su sueño hasta que lo despertó el ruido que armaron los Dinorum al levantarse por la madrugada. Entonces se levantó a su vez, comió y bebió como un hombre que disfruta de cabal salud y, al ver que yo le observaba, dijo:

—Ya hace rato que se marchó la que tanto me ha molestado esta noche. Un hombre esforzado no aguanta por largo tiempo sus seniles temblores. Ya monta el jeque a caballo. Ven, *Sidi*, hagamos lo mismo.

Se plantó en la silla con la ligereza a que me tenía acostumbrado. De nuevo me había equivocado acerca del carácter de su enfermedad, que creí inminente y peligrosa, y empecé a admitir la posibilidad de que todo se redujera a una afección sin importancia, producida por enfriamiento; pero éste tendría que haber ido indefectiblemente acompañado por catarro en los órganos respiratorios y continuo lagrimeo en los párpados, y no era éste el caso.

No era dudoso que Halef combatía contra un cansancio superior al que me confesaba y me propuse no aumentar imprudentemente sus molestias dándole a conocer mis temores.

A eso de medianoche nos había alcanzado nuestra retaguardia, que permaneció allí mismo para descansar en tanto que nosotros emprendimos la ruta que ellos debían seguir más tarde.

No es mi intención describir las comarcas que atravesábamos. Las circunstancias topográficas pueden interesar al geógrafo, pero aburren a los lectores en general. Bastará mencionar lo que sea pertinente al relato.

Aquella mañana llegamos a una hondonada en la que desembocaban dos anchos valles y varios desfiladeros. Al parecer, en tiempos más o menos remotos, allí debió de existir alguna laguna con gran caudal de aguas y muchos afluentes. El suelo consistía en una clara y finísima arena en la que toda huella quedaba distintamente impresa. Podían seguirse en ella los menudos pasos de un ratoncillo o los brincos de una avecilla.

El lugar estaba rodeado de elevaciones que le resguardaban del viento, es decir, que el aire no podía borrar ni confundir las huellas. Así pudimos distinguir, con toda claridad, unas trazas que, saliendo del desfiladero que teníamos a la derecha, cruzaban la hondonada e iban a perderse en uno de la izquierda.

Esto equivale a decir que nos cortaban, el paso. Nasar Ben Sehuri, que seguía marchando a la cabeza, fue el primero que las vio. Detuvo su caballo para observarlas

y su gente se arremolinó en torno suyo, de tal suerte que los cascos de sus caballos borraron las imprecisas huellas.

—Nadie hubiera creído encontrar huellas en tan solitario paraje —observó el jefe cuando nos reunimos con él—. Esto seguro que ni a la derecha ni a la izquierda hay ningún poblado. ¿Quiénes podrán ser los que han pasado por aquí?

—Lo preguntas y parece que no deseas saberlo —contestó Halef.

—¿Por qué lo dices? —replicó a su vez el sorprendido jeque.

—Si yo te enviara una carta escrita sobre una pizarra negra, ¿qué harías?

—Leerla.

—No hay tal. Por lo que veo no lo harías así. Empezarías por borrar todo lo escrito en la pizarra y, después, la mirarlas, preguntándote con asombro qué diría la carta.

—¿Es esa toda la inteligencia que me concedes?

—¿Cómo puedes dirigirme una pregunta cuya respuesta forzosamente ha de ofenderte? Mira esa arena. Representa el papel de la pizarra. Los que han pasado por aquí han escrito sobre ella una carta con las huellas, y tú, en lugar de leerlas, dejas que tus caballos las pisoteen hasta que no quede vestigio de las mismas. Ahora ten la bondad de responderte tú mismo.

Halef tenía indiscutiblemente razón. Nosotros dos nos dirigimos a un lado en el que las huellas no habían sido picoteadas, nos apeamos y las observamos detenidamente hasta que me pareció saber cuanto deseaba. El jeque nos había seguido lentamente y, cuando me volví, me preguntó:

—¿Qué habéis descubierto? Espero que el jeque de los Haddedihnes nos demostrará su habilidad en la lectura.

Estas palabras descubrían cierto dejo de ironía Halef se apresuró a darle la conveniente respuesta.

—Nada hemos encontrado, ¡oh, jeque de los Dinorum! Por eso te rogamos que dejes tu caballo y aguces el entendimiento, a ver si puedes descifrar estas líneas mejor que nosotros.

—¿Qué nos importa saber quién ha pasado por aquí? —preguntó evasivamente Nasar.

—Nos importa mucho. Hemos emprendido una expedición de guerra y no podemos ser indiferentes a quién se encuentre mismo terreno que nosotros. La traición y los peligros pueden amenazarnos por todas partes. Espero que alcanzarás a comprender lo que te digo.

Supo dar a su voz un tono tan severo que el jeque, sin replicar, se apeó y se puso a examinar las huellas. Al cabo de momentos, sacudió la cabeza, diciendo:

—Se ve que por aquí han pasado dos jinetes nada más.

—¿De veras? ¿Nada más?

—No.

Probablemente, Halef observó la sonrisa que dejó vagar por mis labios. Él ha

visto más de lo que decía el jeque y con razón suponía que la escritura había sido aún más inteligible para mí. En consecuencia, añadió:

—Hablas de dos jinetes y nada más. ¿Sobre qué bestias montan?

—Sobre caballos, naturalmente.

—¿Qué clase de caballos?

—¿Quién puede saberlo? Nadie.

—Pues ese nadie soy yo. Uno de los caballos es un potro joven y el otro una yegua que ya ha parido varias veces.

—¿En qué lo conoces?

—Ése es también uno de nuestros secretos y no estamos dispuestos a descubrirlo. Tampoco te serviría de nada saberlo, pues se necesita mucha práctica y no poca experiencia para conocer por las huellas la aproximada edad de un animal. Si la arena no fuese tan fina, ni aun yo mismo podría precisarla. ¿Habías creído que el jeque de los Haddediynes no era capaz de leer lo que dicen las huellas? Y aquí tienes a Kara Ben Nemsí, que ha sido mi maestro en este arte. Lo conozco lo bastante para saber que él ha descubierto todavía algo más. Habla, *Sidi*, ¿qué has visto?

—La yegua es de la más pura sangre.

—Sí, eso también lo sé.

—A consecuencia de un mal paso ha estado largo tiempo inservible, por tener mala una pata.

—*Maschallah!* —exclamó el jeque de los Dinorum—. ¿Sabes también qué pata ha sido?

—La izquierda delantera. Sufrió una dilatación de los tendones, cosa que necesita muchos cuidados y se cura muy lentamente.

—¿Eres omnisciente acaso?

—No, pero he ejercitado mucho mis ojos, nada más. Parece que te sorprenden mis palabras. ¿Conoces algún animal de estas señas?

—Sí, una yegua alazana. Al sol su piel toma los reflejos del cobre, en sus crines se encuentran los tres remolinos del caballo del Profeta y bebe agua con la lengua, como un perro. Su oído es más fino que la vista del buitre y, cuando te mira, sus ojos tienen la dulzura de los de una hurí.

Los beduinos se vuelven poetas al hablar de un buen caballo y en este caso se hallaba nuestro huésped.

—¿A quién pertenece esa yegua? —pregunté yo.

—Ese admirable y ligero animal, que se llama *Salm*^[22], es propiedad del... *Ustad*^[23].

—¿Y quién es el *Ustad*? —pregunté.

—Un *Dschamikum* —respondió tan brevemente, que demostraba sus pocos deseos de dar informes sobre dicho sujeto.

—¿Quizá el jefe de alguna sección de los *Dschamikum*?

—No.

—Entonces ¿sólo es un hombre rico?

—Tampoco.

—¿Ni jefe ni sencillo nómada? ¿Qué es, pues?

—¿Y por qué te empeñas en saberlo? —replicó impaciente—. Es un hombre que nada me importa y mucho menos a ti.

—Puede ser que no te importe, pero a mí sí. Ningún motivo tengo para asustarme de un individuo y menos aún de su nombre. Perseguimos a los Dschamikum y dos hombres de esa tribu han pasado por aquí. Uno de los caballos es la yegua del *Ustad*. Por consiguiente es preciso que yo sepa quién es ese *Ustad* y qué posición ocupa.

—Nada tengo que decir sobre él —declaró el jeque con un tono que daba a entender que aquélla era su última palabra e intentaba ser una orden para reducirme al silencio.

De nuevo se despertaron mis sospechas. La conducta de aquel hombre era para mí un enigma cuya solución me parecía indispensable.

—¡Ven, Halef!

Al mismo tiempo que yo dirigía esta llamada a mí fiel amigo, me separé de Nasar Ben Sehuri y monté a caballo. Halef siguió mi ejemplo.

—¿Dónde vais? —preguntó el jeque de los Dinorum.

—Por allí.

Y señalé al desfiladero de la izquierda por donde desaparecían las huellas, saliendo al galope. El jeque gritó con todas sus fuerzas:

—¿Qué hacéis? ¿Por qué vais por ahí? ¿Os proponéis abandonarnos?

No le contestamos ni nos volvimos siquiera, desapareciendo muy pronto de la vista de los Dinorum.

CAPÍTULO 19

Lo que pude leer en la arena

El suelo del desfiladero se componía de la misma fina arena de la hondonada y las huellas se veían no menos distintamente que en ella. Halef se mantenía a mi lado y, no pudiendo aguantarse más, me dijo:

—*Sidi*, ¿qué intentas hacer? ¿Quieres abandonar a nuestros amigos?

—No.

—¿Por qué te alejas entonces?

—En primer lugar, para obligarles a que nos den informes de ese *Ustad*, y, en segundo, para que aprendan a contestar como se debe cuando preguntan hombres cual nosotros.

—En eso tienes razón; sin embargo, me parece que nuestros amigos...

—¿Amigos? —exclamé interrumpiéndole—. No prodigues imprudentemente esa palabra. Me cuesta mucho trabajo creer en la sinceridad de esa pretendida amistad.

—Pues yo confío en ella, *Sidi*.

—Ya lo estoy viendo y hubiese preferido que tuvieras más confianza en mí y menos en ellos. Algo hay entre esa gente y nosotros que, por ahora, no puedo precisar, pero que no tardaré en descubrir. Espero que lo sabremos con tiempo suficiente para no tener que contamos entre el número de hombres que sólo aprenden por la propia experiencia... ¡Mira! ¿Qué es esto?

—Aquí se han apeado los jinetes para descansar.

Así era, en efecto. Habían hecho alto al lado derecho del desfiladero y descansado sobre la blanda arena. Inmediato estaba un grupo de acacias cuyas tiernas hojitas habían servido de pasto a los caballos.

La impresión que dejaron sobre la arena era tan profunda y distinta que hasta podían adivinarse las posturas que tomaron sus respectivas extremidades. Apenas tuve tiempo de echar una rápida ojeada, cuando la sorpresa me arrancó esta exclamación:

—¿Qué descubrimiento! ¿Me equivocaré tal vez?

—¿Qué te pasa, *Sidi*? —preguntó Halef.

—Te lo diré luego, los *Dinorum* vienen.

No eran todos. Sólo avanzaba el jeque con algunos guerreros. Yo me había apeado de nuevo para examinar mejor las huellas. El jeque se detuvo a cierta distancia para no borrar otra vez las huellas y, desde allí, me gritó con voz medio irónica, medio suplicante:

—¿Habéis visto de pronto al *Scheitan*?^[24] ¿Por qué nos abandonáis? ¿Pensáis seguir por aquí?

—Sí —contesté.

—¿Por qué razón?

—Cuando emprendo un camino tan peligroso como es el nuestro, no permito que quede ninguna cuestión sin resolver. Ante todo debo saber con certeza qué o quién llevo por delante.

—¿Te refieres al *Ustad*?

Estas palabras me descubrieron que no ignoraba por qué nos hablamos ausentado.

—¿Tan importante juzgas a ese hombre? —añadió.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tú le has dado importancia con tu silencio. Si no te hubieras negado a darme informes suyos, sería para nosotros un hombre como todos los demás.

—¿Y de qué os pueden servir esas huellas?

—Por medio de ellas vendré a conocer lo que tú quieres ocultarnos. Vamos con vosotros en calidad de amigos; quizá arriesgamos nuestra sangre y tal vez la vida; así es que vale la pena de tomar toda clase de precauciones. Veo que por aquí ha habido y posiblemente hay aún otras personas y, como es natural, trato de saber quiénes son. Ya he descubierto la calidad de los caballos y quiero saber la de los jinetes. Tú puedes decírmelo, pero no quieres. Eso es contrario, a la franqueza que tenemos derecho a esperar de ti. Tienes secretos para nosotros después de haber solicitado nuestra ayuda para tu empresa. Esto nos separa para siempre. Nosotros seguiremos esta pista hasta que descubramos quiénes son los que se han cruzado en nuestro camino.

—¡Tienes la cabeza muy dura! —exclamó el jeque.

—No es terquedad, es firmeza.

—¿Sabes lo que os sucederá si os separáis de nosotros?

—¿Qué?

—Os encontraréis sin recursos e indefensos en terreno desconocido. Tendréis hambre y sed.

Estas palabras fueron el favor más grande que yo podía esperar de aquel hombre. Halef confiaba en los Dinorum, pero yo no. Esta diversidad de opiniones podía dar origen a una gravísima discrepancia entre nosotros, como lo demostró la inesperada resistencia que me opuso mi amigo en el campamento.

Mucho deseaba que su imprudente confianza en esta gente no le impulsara a cometer una nueva ligereza. Pero esta confianza no era yo quien podía desarraigarla, sino ellos mismos. No pudo llegar más oportunamente la advertencia de Nasar. La palabra indefensos sonó como un pistoletazo enemigo en los oídos del pequeño y belicoso Hachi. Éste adelantó su caballo hasta ponerlo junto al del jefe y dijo con iracunda voz:

—¿Quiénes dices que estarán indefensos? ¿Quiénes han de padecer hambre y sed? ¿A qué tanto empeño en que vayamos con vosotros si nos juzgáis chacalillos que sólo pueden comerse el rabo cuando no los cría su madre? ¿Has oído decir en alguna

ocasión que el Hachi Halef Omar, jeque de los invictos Haddediynes, haya necesitado nunca ayuda ajena? ¿Nos has tomado por chiquillos a cuyas preguntas se puede contestar con un ofensivo silencio? ¿Has creído que sólo por complacerte llevamos nuestras carabinas al Valle del Saco para que nos des allí un sorbo de agua y un par de dátiles, a fin de que el hambre y la sed no nos conviertan en un par de calabazas podridas? ¿Te figuras que nos hemos tomado el trabajo de descifrarte el difícil lenguaje de las huellas para que vengas ahora diciendo que es inútil? Que conozcamos el terreno o no, es igual para nosotros. Cada tiro de nuestras armas nos proporcionará viandas y cada bosquecillo o matorral nos indicará dónde hemos de buscar el agua. Nos has calificado de indefensos, y ¿sabes lo qué pareces acurrucado ahí sobre la silla? Pues el jeque de los Dinorum, que en este momento lamenta en el alma haber perdido nuestra ayuda. He dicho.

Bando la vuelta a su caballo volvió a reunirse conmigo. El jeque no respondió en el acto. Fácil era de ver que estaba enfadado, pero la prudencia te aconsejaba dominarse. Los suyos se le acercaron hablándole en voz baja.

—¿Has oído cosa semejante, *Sidi*? —me preguntó Halef con voz alterada. ¡Nosotros indefensos! Con semejantes amigos ciertamente que toda precaución es poca. La ofensa de un amigo es mucho más dolorosa que la de un enemigo. En lo futuro no me guiaré por los impulsos de mi corazón, sino por los razonamientos de tu juicio.

En esto se acercó Nasar y dijo, dirigiéndose a mí:

—*Sidi*, yo no pude prever que juzgarías ofensivo mi silencio. Soy musulmán y no me gusta hablar de quien es enemigo del Profeta; no he tenido en cuenta que tú eres cristiano, ¿me perdonas?

Me limité a inclinar la cabeza y él prosiguió:

—¿Deseas aún saber algo de ese hombre a quien llaman *Ustad*?

—Naturalmente.

—Es un *Dschamikum*, pero no ha nacido en la tribu de los *Dschamikum*. Éstos eran muy pobres, pero fieles adeptos del *Corán*, cuando llegó ese hombre procedente de tierras lejanas. Él los instruyó en la ciencia de los renegados. Por medio del forastero lograron disfrutar de comodidades y hasta de riquezas, pero dejaron de ser nómadas libres para convertirse en esclavos del trabajo. Crían animales, trabajan la tierra y poseen jardines en los que plantan árboles. ¡Puf!

—¿Y además de todo eso también roban vuestros rebaños y asesinan a vuestros pastores?

—Sí, también. Renegar del Profeta conduce al robo y al asesinato.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro. Mi opinión no puede ofenderte; no has sido mahometano y no puedes ser renegado.

—¿Son cristianos los *Dschamikum*?

—No lo sé. Sólo sé que ya no creen en el Profeta.

—¿Qué nombre se dan ellos?

—Nada más que Dschamikum. Guardan silencio respecto a su religión. El *Ustad* es un hombre muy viejo, pero con el cabello completamente negro. Se dice que sus años se cuentan por cientos y algunos llegan a afirmar que no ha nacido ni morirá nunca. Claro está que eso es una superstición. Pero una cosa se dice que es muy cierta; guárdese nadie de hablar mal de él, pues al que lo hace su venganza lo persigue como a un mal espíritu. Por eso prefería dejar tus palabras sin respuesta. ¿Estás satisfecho ahora?

—Tendré que estarlo, pero cuida de no repetir semejantes ofensas. ¿Podrías decirme si Sallab, el faquir, conoce a los Dschamikum?

—Es muy posible, porque él va por todas partes.

—¿Es más amigo de ellos que vuestro?

—¿Quién puede decirlo?

—El faquir ha estado aquí.

—¿Aquí...? ¿En este mismo sitio? —preguntó sorprendido.

—Sí.

—¡No es posible!

—Montaba la yegua alazana del *Ustad*.

—¡Eso es igualmente imposible!

—Fíjate. Aquí se han apeado ambos jinetes. El que montaba el potro ha dejado huellas hechas por suelas de cuero pero el que ha saltado de la yegua llevaba los pies desnudos. Acércate ahora al sitio en que se han sentado; aquí ha estado el descalzo y aquí el otro. ¿Conoces algún hombre que tenga costumbre de sentarse con una pierna doblada y la otra encogida de modo que la planta del pie esté en contacto con el suelo?

—*Maschallah!* Sólo conozco a uno que tú conoces también.

—¿Quién es?

—¡El faquir!

—Eso es. Su modo especial de sentarse, o mejor dicho, de ponerse en cuclillas, me llamó desde luego la atención cuando le vi en vuestro aduar. El hombre de los pies desnudos ha estado aquí en igual postura.

—¿No puede ser que haya quien tenga la misma costumbre?

—Bueno, aceptemos la posibilidad, pero ¿te has fijado en cómo viste el faquir?

—Sólo con andrajos.

—¿Con qué se sostienen esos andrajos?

—Con una cuerda cuyos extremos cuelgan por detrás.

—¿Has observado algo en esos extremos?

—Dos bagas de ciprés en cada uno.

—Pues mira aquí. Al sentarse ha dejado las bagas impresas en la arena. ¿Ves el hoyico redondo, grabado en la finísima arena?

Dirigió los ojos hacia la indicada señal y, después, abriéndolos mucho, los clavó

en mí.

—*Sidi!* —exclamó—. Eso se llama leer las huellas. No cabe la menor duda de que el faquir ha estado aquí y se ha sentado en este sitio. Pero aún dudo que lo haya estado sobre el caballo del *Ustad*.

—Yo sólo he indicado las cualidades del caballo. Tú eres quien ha nombrado al dueño. ¿Es el *Ustad* lo bastante rico para poseer semejante animal?

—Sí; según dicen, en su mano tiene todas las riquezas del mundo.

—Se dicen muchas cosas que no son verdad y, para mí, sólo tiene valor lo que veo. ¿Cuándo crees que alcanzaremos el Valle del Saco?

—Esta misma noche llegaremos a sus inmediaciones, a pesar de que hemos dado un rodeo para no tropezar con la retaguardia enemiga.

—En tal caso es posible que tampoco encontremos a vuestros espías.

—¡Oh, sí! Tenemos aún que cruzar la ruta del enemigo para tomarles la delantera y en ese cruce nos esperarán mis espías.

—Es decir, que conocen el sitio donde se verifica ese cruce.

—Sí, y ahora espero que nos concederás de nuevo tu confianza.

La pregunta fue acompañada por una mirada interrogadora; pero, antes de que yo contestara, Halef me preguntó en voz baja:

—¿Qué vas a responder, *Sidi*? La confianza no es como un dátil que se da y se toma diez veces en un minuto. Se pierde más pronto que se recobra.

—Voy a preguntarte acerca de una cuestión que ha quedado pendiente entre ellos y nosotros, Halef —respondí.

—¿Cuestión pendiente? No recuerdo ninguna.

—Y, sin embargo, existe. Debí resolverse antes de que abandonáramos el campamento y tengo verdadera curiosidad por saber qué contesta el jeque. No he dicho nada antes al ver que tú confiabas en los *Dinorum* y no quise oponerme a tu opinión.

—No te comprendo.

—Escucha y sabrás de lo que se trata.

Y, volviéndome hacia el jeque, proseguí:

—¿Habéis desocupado por completo el campamento?

—Sí —respondió él.

—¿No queda nadie allí?

—Nadie.

—¿Es decir, que todos están en camino, los unos con nosotros y los demás en la retaguardia?

—Absolutamente todos.

—¿Y nuestros prisioneros, los que deberíamos haber sentenciado?

La respuesta fue más rápida de lo que yo esperaba.

—Los he enviado a nuestro campamento principal. Allí los guardarán hasta nuestro regreso.

—¿Por qué no nos lo has dicho?

—¿Me lo habéis preguntado?

—Debiste comunicárnoslo sin necesidad de eso. Los prisioneros nos pertenecían en primer lugar, y, en segundo, a vosotros. No lo he dicho antes, porque tenía por seguro que se hallarían en la retaguardia. Y, ahora, con toda franqueza, te diré lo siguiente: me parece imposible que habiendo sido vuestro campamento saqueado por los Dschamikum, se atrevan unos cuantos individuos de esta tribu a estar tan cerca de él. Vuestro encuentro con ellos, sin saber que eran Dschamikum, lo encuentro más inverosímil todavía. La desaparición de los prisioneros, sin que hayas creído necesario decimos ni una palabra, eso ya me parece sospechoso. Todos estos motivos me impiden, por ahora, contestar a tu pregunta respecto a nuestra confianza. Tú, mejor que nadie, conocerás si esta vuelve a renacer o si ha desaparecido para siempre. Una vez aclarado esto, prosigamos la marcha.

Nada respondió. Rodeado por los suyos, salió del desfiladero. Una sola vez volvió la cabeza para ver si lo seguíamos o si nos quedábamos. Naturalmente, hicimos lo primero.

Una vez fuera del desfiladero, nos agregamos a la tropa que nos estaba esperando y se reanudó la jornada, quedándonos Halef y yo los últimos para poder conversar libremente y sin necesidad de testigos.

CAPÍTULO 20

Magnífica carrera

Seguimos un buen rato a los Dinorum sin decimos una palabra, a pesar de que Halef y yo pensábamos en lo mismo. Al fin, el jeque de los Haddedihnes, rompió el silencio, diciéndome:

—¡Qué singular es eso de los prisioneros! ¿Querrás creer, *Sidi*, que, desde nuestra partida, no había vuelto a acordarme de ellos?

—Ya lo he observado —le contesté.

—¿Y tú?

—Yo sabía que faltaban desde esta madrugada.

—¡Y me lo has callado!

—Dormías tranquilamente y no quise alarmarte.

—Tuviste consideración de mi enfermedad. ¿Crees todavía en ella?

—Sí.

—Pues dame otra vez un poco de medicina.

—¡Halef! —exclamé—. ¿Vuelves a sentirte mal?

—No, pero ha vuelto la vieja y se ha deslizado con cautela. Siento que va a la grupa de mi caballo y, con sus descamadas y frías manos, me acaricia la espalda. Quiero que se vaya... ¡Dame el remedio!

Los pasados acontecimientos hablan sido causa de que no observara en mi amigo los progresos de la enfermedad durante las últimas horas. Pero ahora me fijé en sus brillantes ojos y vi que expresaban el mayor espanto.

Me apresuré a sacar la quinina del botiquín de campaña y le administré una buena dosis; la tomó y, durante largo rato, volvió a reinar el silencio entre nosotros. Este silencio tenía por causa, en primer lugar, la preocupación que me causaba el estado de mi compañero y, en segundo, una porción de pensamientos que se agolparon a mi memoria y que eran los más a propósito para destruir mi tranquilidad.

Lo cierto era que habíamos cometido gravísimas faltas, increíbles en hombres de nuestra experiencia. Al pensar en ellas, me fijé en ciertos detalles que tampoco debieron pasarnos inadvertidos. Ante todo me preguntaba a mí mismo cómo podíamos haber consentido en salir del aduar Dinorum sin decidir antes la suerte que habían de correr los prisioneros.

También se me ocurrió que debíamos haber exigido que nos enseñaran dónde estaban enterrados los cadáveres de los asesinados pastores, muertos en el asalto al campamento.

No me cabía en la cabeza que nosotros, tan precavidos y sagaces en todas las ocasiones, nos hubiéramos hecho culpables de tamañas imprudencias. A mi

compañero le dispensaba su enfermedad, pero ¿y a mí? ¿Había perdido repentinamente el juicio? ¿Se habría embotado la agudeza de mi entendimiento?

¿De dónde provenía el extraño cansancio que yo experimentaba y en el que, hasta ahora, no había fijado la atención, aun cuando Halef pronunció varias veces aquella palabra? Teñía la suerte de estar dotado de una constitución como pocos hombres la tienen. Dada mi robustez me parecía casi inverosímil la idea de que pudiera ponerme enfermo y, suponiendo que llegara a estarlo, la dolencia no pasaría de una insignificante indisposición de la que no haría ningún caso. Lo que para otros podía ser motivo de continuas quejas y grave preocupación, para mí no pasaba de ligera molestia, sobre la que no decía ni una palabra.

Pero ahora, al recordar las omisiones cometidas, empecé a temer que Halef no era el único enfermo que allí se encontraba y entonces sucedió lo inaudito (que no se ría el lector): la desdentada vieja murmuró a mi oído que también aspiraba a ser mi huésped.

Poniendo el pensamiento en la verosimilitud se llega al conocimiento de lo real. El malestar que hasta entonces me había molestado se dejó sentir de pronto con inusitada intensidad. Mi cabeza se cargó, decayó el ánimo, el pensamiento se hizo tardo y el cuerpo perdió su acostumbrada agilidad.

Apenas hice este descubrimiento, me pareció que todas las venas de mi frente se hinchaban y me oprimían el cerebro. ¡Qué tontería! ¡Yo, dolor de cabeza! La cosa me parecía ridícula... debía ser aprensión..., lo cierto era que me dolía... ¿Está permitido creer en la autosugestión?

Reuní toda mi energía e, instintivamente, pegué un espolazo al caballo, que dio un bote hacia adelante.

—¿Qué es eso? —preguntó Halef. Y, mirándome con más atención, añadió—: ¿Pero qué color es ese que tienen tus mejillas? ¿Por qué se han hundido repentinamente? ¿Estás enfermo?

—No, por cierto —respondí riendo, aunque sin ganas.

—¡No me engañas! ¡La maldita vieja leí ha saludado también! Esto es, justamente, lo que nos faltaba. Yo siento un calor que me abrasa y asusta. Envidio a los que tengan frío, por crudo que sea... Ante mis ojos giran sin cesar círculos de fuego. *Sidi*, preguntemos al jeque si no hay agua por aquí cerca.

Aceleró el paso de su caballo y yo lo seguí. Antes de llegar adonde estaba el jeque, le gritó:

—¡Nasar Ben Sehuri! Dinos si hay agua en estas cercanías.

—¿Para beber?

—Sí, también; pero, sobre todo, que haya mucha cantidad para poder meterse en ella y tomar un baño.

Extendí yo el brazo hacia la derecha, diciendo:

—Allí hay una montaña cubierta de espeso bosque azul verdoso, deben ser pinos o abetos. ¿Conoces el terreno?

—Sí —contestó el jeque—. En su cima crecen abetos, pero su falda está llena de *Murbaram* y *Dischbudakan*^[25]. Pasaremos junto a su pie.

—Donde hay olmos hay agua corriente.

—Ciertamente no falta agua allí. Hay un arroyo que desemboca en un lago. Sé dónde está, hemos acampado allí algunas veces. En dos horas podremos alcanzarlo.

—¿Tanto tiempo se necesita? —preguntó Halef.

—La línea recta nos llevaría en la mitad de ese tiempo, pero tenemos que bajar a dos profundos valles y volver a subir por el lado opuesto. El lago está en la parte occidental de la montaña.

—No puedo esperar dos horas. Tomaremos la delantera y podéis seguirnos. Ven conmigo, *Sidi*.

Y, sin esperar mi respuesta, rozó con su espuela los flancos de su potro y el noble animal salió disparado como una flecha. Mi Assil Ben Rih lo siguió al mismo paso, sin esperar ninguna señal mía. Estaba convencido de que Barkh y él eran inseparables.

Al principio atravesamos terrenos llanos y era una verdadera delicia pasar sobre ellos como si los cascos no tocaran al suelo. Halef animaba a su cabalgadura y yo le dejé ir delante para satisfacer su orgullo y animar su energía. Quizá esto le sentaría mejor que consumir su resistencia en un camino de dos interminables horas. Para animarlo aún más, le grité:

—Halef, cuenta los minutos que tardare en alcanzarte.

El beduino levantó un brazo y exclamó riendo:

—¡No, no! ¡No los cuento; necesitarías una eternidad!

Se inclinó hacia adelante. La corriente de aire hinchó su jaique dándole la semejanza de un globo; él lo dejó flotar. Diñase que caballo y jinete eran una aparición fantástica. Devorábamos el espacio. Por un momento volví la cabeza; los Dinorum habían detenido sus caballos para mirar asombrados el galope de los nuestros. Jamás habían presenciado espectáculo semejante.

Pronto llegamos al término de la llanura y, sin cambiar el paso, bajamos por una suave pendiente al vallé y volvimos a subir por el lado opuesto. Era un verdadero placer adivinar la maestría de mi compañero en semejantes ocasiones. En esas carreras, genuinamente beduinas, el jinete y el caballo se identifican hasta el punto de no tener más que una voluntad y un honor.

El siguiente descenso fue más peligroso. Estaba sembrado de peñascos entre los que nacían coníferas. Halef tuvo que tirar de las riendas a su Barkh y yo hice lo mismo con Assil. Éste trepaba mejor que aquél y el noble animal no se resignaba a marchar detrás; quería alcanzar a su compañero; pero, cuantas veces lo intentó, Halef animó a su corcel para que avivara el paso. Llegados al fondo del valle, Assil dejó oír algunos sonidos guturales que demostraban su impaciencia y descontento por verse constantemente retenido.

Entonces me afirmé en los estribos y aflojé las riendas; el hermoso animal lanzó un relincho de alegría, levantó la cabeza, volvió a dejarla caer y, entonces, pudo verse

lo que daba de sí un potro de pura sangre cuando corre por su propia voluntad sin que le estimule el jinete y sólo por satisfacer el sentimiento de su honor.

Habrà quien encuentre esta palabra demasiado elevada para el caso; puede buscar otra, pero el verdadero conocedor de caballos la encontrará muy bien aplicada.

La consecuencia de esta repentina carrera fue que adelanté a Halef. Éste empezó a lanzar penetrantes gritos en los que intercalaba todas las palabras en que la *a* se une con *eh*, y ya se sabe de lo que es capaz una garganta árabe cuando se trata de animar a su caballo.

Esta vez fue Barkh el que se propuso alcanzar a Assil. Yo no tenía intención de conservar mi ventaja; al contrario, deseaba ceder la delantera a Halef, pero mi caballo no estaba conforme con ello. Al sentir que yo tiraba de las riendas, empezó a tascar el freno y dar inequívocas señales de impaciencia. Yo no podía arriesgar su obediencia y cariño por medio de una falsa maniobra, de modo que decidí dejarle hacer su voluntad.

Cuando llegamos a la segunda altura, Halef me alcanzó de nuevo. Su rostro resplandecía. Alma, entendimiento y cuerpo estaban en la misma tensión. Eso era lo que yo había deseado.

—*Sidi*! ¡Confiesa que te he vencido! —exclamó.

—No —le respondí.

—Pues fíjate bisa.

—¿Supongo que no irás a emplear el secreto?

—No, eso se guarda para los casos extremos, pero repito que te fijes, verás como vuelo.

Se inclinó adelante todo lo posible y, con tono persuasivo, se puso a hablar al caballo, diciéndole:

—¡Aprisa, aprisa, mi amigo! Demuestra tu sin rival ligereza, así como el cariño que me tienes. Estoy orgulloso de ti, porque tu valor es incomparable. Eres el máspreciado de todos mis tesoros. ¿Consentirás que tú y yo tengamos que avergonzarnos ante el *Sidi* aquí presente? Bien sabes que tu fama y la mía y tu oprobio y el mío son una misma cosa. Escucha bien, mi cariño sabrá recompensarte el esfuerzo. Y, ahora; ¡aprisa, aprisa! ¡Vuela, vuela, amor mío! Te daré un puñado de dátiles de los mejores que tengo; uno a uno los escogeré para ti. ¡Con que ya lo oyes, dátiles, dátiles!

Como es natural, el caballo no entendió el significado de todas estas frases, pero la palabra dátiles la conocía perfectamente. Bajó la cabeza y emprendió una carrera más veloz aun que la anterior. La consecuencia fue que seguimos marchando uno al lado del otro. Nuestro paso era tan rápido, que la montaña, término de nuestra jornada parecía agrandarse por momentos. Pronto no nos separó de ella más que una ligera hendidura del terreno cubierta de fresco césped. Allí, hacia la derecha, cala desde la altura un arroyo formando cascada, frondosos arbustos señalaban su paso hasta el lago en el que se reflejaban las verdes ramas de olmos y encinas.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Por fin! ¡Por fin! —exclamó, delirante, Halef.

Con disimulo espoleó a su potro con el pie del lado opuesto al que yo estaba. El movimiento que hizo su caballo me lo dio a entender, pero nada dije, dejando pasar éste no muy legal aunque inocente recurso. La consecuencia fue que Barkh pegó un bote y salió disparado antes de que mi Assil pudiera darse cuenta de lo ocurrido y, naturalmente, Halef llegó primero al límite propuesto. Desde allí dio la vuelta a su caballo, preguntando:

—Y bien, *Sidi*, ¿quién ha llegado el primero?

—Tú —le contesté.

—¿Te estás riendo?

—¿Tan grande te parece la vergüenza de esta derrota que deba hacerme llorar?

—*Sidi*, no trates de engañarme, comprendo tu risa. Yo he espoleado a Barkh y tú has tirado de la rienda a tu Assil. Sé franco y confíesalo, ¿no ha sido así?

—No lo niego —respondí.

Ya podía decir la verdad, puesto que había logrado mi propósito de tener entretenido a Halef.

—¿Con que me hubiera quedado rezagado si tú lo hubieras querido?

—Sí, te lo digo con toda franqueza, porque en ella se encierra una gran alabanza para ti.

—¿Cómo?

—Barkh no ha nacido de una de vuestras yeguas, de ahí procede la superioridad de Assil, de haber nacido en vuestro aduar y haber sido amaestrado por ti. Mi caballo no tiene rival, porque Rih, su padre, también fue incomparable.

—Muy bien dicho. Tus palabras me enorgullecen, *Sidi*. No he obrado bien contigo. Tú no has dicho ni una palabra a tu potro y yo, después de echar un discurso al mío, he acabado por espolearle. Perdóname.

Mientras cambiábamos estas palabras, nos habíamos apeado. ¡Qué bestias tan admirables eran nuestros caballos! Estaban tan tranquilos como si ya llevasen varias horas descansando. Su respiración era acompasada; ni un vestigio de espuma, ni la más leve humedad manchaba su piel. Al acariciarlos, Barkh cogió con los dientes la manga de Halef y no la soltó.

—¿Sabes lo que quiere? —me preguntó éste riendo.

—Los ofrecidos dátiles.

—Sí, el hombre debe cumplir su palabra, aunque haya sido dada a un animal.

Cogió el saco del forraje y, cumpliendo lo ofrecido, escogió un puñado de los mejores dátiles y se los dio al cuadrúpedo que tan bien sabía defender sus derechos. Desensillamos los potros y éstos, sin esperar nuevas órdenes, se metieron en el agua con presteza, verdadera singularidad en caballos nacidos en el Desierto.

CAPÍTULO 21

Horrible descubrimiento

La excitación que había sostenido a Halef concluyó con la desenfrenada carrera. Sus fuerzas desaparecían rápida y visiblemente.

Cuando se dirigió al arroyo, impulsado por la esperanza de beber agua fresca, observé que su paso era inseguro. Yo también experimenté una singular sensación. Me pareció que unas manos invisibles me levantaban del suelo y me volvían a dejar caer sobre él. Tuve que sentarme y, entonces, los olmos empezaron a girar ante mis ojos. Diríase que mi cabeza sólo era una bola hueca, a cada instante más grande y vacía. Cerré los ojos, y, como observación original, apuntaré que, a pesar de la distancia a que me parecía tener las orejas, oía con ellas perfectamente los latidos de mi corazón. Alguien me cogió de la mano.

—*Sidi, Sidi!* ¿Qué te pasa? La piel de tus mejillas tiene el color de la tierra. ¿Por qué cierras los ojos?

Mucho trabajo me costó abrirlos; Halef estaba inclinado hacia mí. Sus miradas demostraban el temor que también se traslucía en su voz. Haciendo un esfuerzo me levanté, exclamando:

—No es nada. Un ligero mareo que me hacía bailar los árboles y he querido dejar que pase.

—Lo mismo me sucede ahora muy a menudo. El camino por donde marchamos parece que da vueltas, me duele la cabeza y se me revuelve cuanto tengo en los intestinos. He necesitado de toda mi fuerza para ocultártelo y permanecer en pie. ¡Alá maldiga a la condenada vieja! ¿No podía ésta darse por contenta conmigo? ¿Acaso no le basto yo, que soy el jeque de tantos invictos guerreros? ¿Qué necesidad tenía de alargar hacia ti sus descarnadas manos? Ella sola tiene la culpa de que todo gire ante nuestros ojos. Si por un momento pudiera verla o atraparla entre mis manos, le quitaría las ganas de meterse con hombres de nuestro temple. Ven y bebe un poco de agua, esto refresca la sangre y hace rabiar a la maldita vieja.

Conservó mi mano entre las suyas y, suavemente, me condujo al sitio en donde él había bebido. Él, el enfermo, tenía que guiarme. Bebí con ansia y, en seguida, sentí una deliciosa sensación de frescor que penetró por todo mi cuerpo, devolviéndole la fuerza y la agilidad en todas las articulaciones. Cuando me incorporé, tenía de nuevo la vista clara.

—Y ahora vamos a bañarnos —prepuso Halef—, pero sin alejarnos el uno del otro para que podamos prestarnos mutuo socorro en el caso de que también al agua le dé la gana de ponerse a bailar.

Pronto encontramos un sitio a propósito. Yo fui el primero en meterme en

aquellas aguas, desde luego benéficas para nosotros. La profundidad, escasa en la orilla, aumentaba rápidamente al alejarse de ella. Yo avancé a nado. No negaré que esto era una imprudencia después del reciente mareo, pero supuse que el ejercicio me sería beneficioso.

Pero no tardó en desvanecerse mi ilusión. Una ligera brisa rozaba la superficie del lago y esas chispas y reflejos me penetraban por los ojos hasta el cerebro. Me sentí inseguro.

Al encontrar fondo, busqué con la vista a Halef. ¿No se habría metido aún en el agua? Un movimiento me lo descubrió. Me acerqué al sitio en que estaba echado de espalda y con la cabeza hacia atrás de manera que sólo sallan del agua la boca y las narices.

No puede negarse que la postura era cómica, pero desapareció mi sonrisa en cuanto fijé la vista en el cuerpo de mi amigo. Tenía todo el vientre salpicado de manchas de un color lívido oscuro.

¡Tifus! ¡Tifus con todos sus peligrosos síntomas!

¿Cabía en los límites de lo posible que un hombre, en el descrito estado de la enfermedad, fuera capaz de tenerse en pie y de hacer una marcha forzada como la nuestra? Seguramente un hijo de la llamada civilización no hubiera tenido tal resistencia. Tan sólo el robusto cuerpo de un sobrio nómada, que no ha sido viciado por los aniquilantes gases que proporciona la molicie y desconoce los placeres intelectuales, puede reaccionar hasta tal extremo contra la enfermedad.

Además de estas particularidades, que pudiéramos llamar de raza, había que tener en cuenta las especiales del carácter de Halef para comprender cómo éste no había ya dado en tierra con su pequeño cuerpo. También habían entrado algo en el milagro los factores geográficos. Pero, fueran las que quisieran las causas, el hecho era patente, estaba allí, ante mis ojos, cubierto por aquellas funestas manchas, cuyos bordes empezaban ya a palidecer y no tardarían en convertirse en una sola.

Mientras hacía estas observaciones, me atacó repentinamente un vivo dolor de cabeza y un violento temblor agitó mis miembros. Halef se incorporó, diciendo:

—¿Tienes frío, *Sidi*? Bien lo veo. Sal del agua, yo permaneceré aquí un poco más.

—Ya ha pasado —contesté—. Pero, querido amigo, ¿cómo tienes el cuerpo?

—¡Manchado como un leopardo! Ya lo sé... Pero... pero... ¿qué es lo que veo? —Y, señalando a mi pecho, exclamó—: ¡Tú también! ¡Lo mismo empecé yo!

Bajé los ojos y pude ver lo que aún no había observado. También yo tenía manchas, aunque todavía eran muy pequeñas, que se extendían a lo largo del esternón.

—¿Te asustas? —me interrogó el beduino—. ¿Por qué guardas silencio? ¿Es esto realmente una enfermedad? ¿Grave, ligera? ¿La conoces tú?

—Sí, la conozco —respondí—. Y no me separaré de ti, para evitar que cometas alguna imprudencia. Es tan pesada y peligrosa como la peste que nos puso a las puertas de la muerte. De cada diez enfermos mueren dos...

—¿Y por qué esos dos hemos de ser precisamente nosotros? —me interrumpió él—. Más fácil es que formemos entre los otros ocho. No me acomoda contarme entre los muertos.

—Yo también espero que podremos evitar el trance supremo. Ambos disfrutamos de una salud muy por encima de la corriente, de modo que las mencionadas cifras no rezan con nosotros. Por fortuna tengo buena provisión de los dos mejores medios contra la enfermedad; alcanfor y quinina. Necesitamos baños fríos. Creo que lo mejor será que nos quedemos aquí. Nuestra vida debe importarnos más que los deberes de la hospitalidad. Pero ¿de dónde nos vendrán los cuidados que tanto necesitamos?

—¿Que de dónde, dices? Pues de donde nos vinieron antes: del Cielo. Alá no nos olvidó entonces y no nos olvidará ahora. Mi bueno y querido *Sidi*, acuérdate que en aquella época tampoco tuvimos nadie que se ocupara de nosotros. Estábamos en la mayor soledad, debajo teníamos un suelo que despedía pestífero aliento, pero, encima, había la gran bóveda celeste desde la que nos miraban los ángeles que se me aparecieron en sueños y a los que también veía despierto, a fuerza de pensar en ellos. ¿No nos pusimos buenos sin más ayuda que la suya?

—Sí, mi querido y animoso compañero. A ellos debemos nuestra curación y ellos permitieron que nos cuidáramos recíprocamente, a pesar de nuestra extrema debilidad.

—Pues lo mismo volverán a hacer ahora. ¿Lo dudas acaso?

—Por el contrario, estoy seguro de ello. Pero, entonces, me atacó la peste primero, mientras tú estabas aún sano. Ahora, probablemente, vamos a estar enfermos al mismo tiempo...

—¿Al mismo tiempo? —me interrumpió—. No por cierto. Si la infame vieja se figura que todo eso va a marchar a su gusto, se equivoca de medio a medio. También tenemos voluntad propia y sabemos imponerla. No me acomoda eso de que estemos enfermos al mismo tiempo; y, si no puede ser que lo estemos uno después de otro, no lo testáramos, y eso saldremos ganando. Mientras el uno esté enfermo y necesite cuidados, el otro debe permanecer bueno y sano. Después de todo, la cosa ha empezado bien. Las manchas han aparecido en mi cuerpo antes de que en el tuyo. Esto indica que el periodo agudo de la dolencia tampoco será al mismo tiempo. Pero no me arredra ese periodo y, como no me sujete con cien brazos, cumpliré la palabra dada a los Dinorum.

—¡Halef!

—*Sidi*, ya sé lo que vas a decir. Mañana llegaremos al Valle del Saco y no estamos lo bastante enfermos para quedarnos aquí. Pasado mañana habrá terminado el combate y me someteré sin resistencia a cuanto dispongas. Si nos quedamos aquí, los Dinorum se separarán de nosotros como enemigos y, tan pronto como puedan, volverán a vengarse mientras nosotros estemos indefensos... ¡Indefensos! ¿No fue ésta la palabra que empleó el jeque? No permitamos que resulte cierta.

Este razonamiento no carecía de lógica. ¡Qué alegría me causó comprobar que las

facultades intelectuales de mi compañero funcionaban con tanta exactitud! ¿Debería atribuirlo a la acción del baño frío? Así lo creí, pues también experimentaba la bienhechora y refrigerante sensación.

Me eché junto a Halef. Nuestros caballos pastaban la fresca y sabrosa hierba, placer del que habían estado privados mucho tiempo. Las altas y frondosas copas de las encinas nos guarecían de modo que no sentíamos la molestia de los rayos solares. No nos preguntamos si tan prolongada estancia en el agua podría sernos perjudicial, y sólo salimos de ella al parecemos próxima la llegada de los Dinorum.

Cuando ésta tuvo lugar, ya estábamos nosotros dispuestos para emprender el camino. Naturalmente, también ellos hicieron alto para descansar un poco, pero sólo por espacio de media hora y de nuevo se puso en marcha la expedición, siendo nosotros, como antes, los que íbamos los últimos.

Mientras permanecieron los Dinorum junto al lago, entre su jeque y nosotros no se cambió una palabra. Cruzamos con su gente algunas miradas afectuosas y el comportamiento por ambas partes fue cortés, pero la fatal palabra desconfianza cerraba los labios de unos y otros.

Con satisfacción observamos que nos hallábamos en una comarca montañosa, rica en aguas y vegetación. Esta circunstancia era propia para tranquilizarnos, pero debo observar que la acción del agua fría, al parecer, fue muy distinta en nosotros dos. Mientras que yo me sentía fortalecido, Halef me confesó que estaba muy cansado. No tenía costumbre de tomar baños fríos, y el de hoy había sido demasiado largo.

Más tarde observé que tiritaba, pero el sol caía sobre nosotros y sus rayos calentaban aún con intensidad; así es que lo atribuí a un casual estremecimiento; mas, viendo que no cesaba, tuve que convencerme de que provenía de frío interior y te ofrecí un poco de quinina. Tuve por conveniente darle primero una toma de la medicina y proponerle después seguir nuestra carrera hasta que venciera uno de los dos. Tan pronto como oyó mis palabras, se irguió en la silla exclamando alegremente:

—Acepto con placer, *Sidi*, pero impongo una condición.

—¿Cuál?

—Que cambiemos de caballo.

¡Qué astucia la de mi buen Halef! Como es natural, no opuse ningún obstáculo, le di mi Assil y monté en Barkh. De buena gana habríamos escogido para nuestra carrera la ruta que debíamos seguir, pero esto nos obligaría a preguntársela al jeque de los Dinorum que nos ponía mal gesto.

Decidimos tomar otro camino escogiendo el que se nos ofrecía a la izquierda y que rodeaba una montaña; siguiéndolo volveríamos al que llevaban los Dinorum, y si éstos habían pasado ya, sus huellas nos indicarían la ruta. Nos adelantamos para comunicar a Nasar Ben Sehuri nuestro propósito, y a punto estábamos de soltar las bridas cuando éste exclamó:

—¡Quedaos aquí! Precisamente al otro lado de esa montaña está el cruce en donde nos esperan nuestros guerreros.

—Esto no es razón para que nos acomodemos a vuestro tardo paso. Ya conoces la ligereza de nuestros caballos. Probablemente estaremos allí antes que vosotros.

—¿Es seguro que iréis?

—Sí.

—¡Júramelo!

—¿Qué estás diciendo? Reservamos nuestro juramento para cosas de mucho más importancia. Tienes mi palabra y habrás de contentarte con ella.

Nos separamos, pero, al principio, anduvimos con lentitud, porque Halef estaba impaciente por decirme:

—*Sidi*, desconfiemos de ese hombre.

—Su conducta es ofensiva.

—Ciertamente que nos ha ofendido al exigirnos un juramento. Mucho valor debemos tener para él.

—En efecto, así parece.

—¿Adivinas por qué?

—Sí.

—Dímelo.

—No son más que sospechas, es decir, algo impreciso. No hay duda de que nos necesita para ayudarle contra los Dschamikum. Sabe que puede confiar más en nuestra experiencia y precisión en el manejo de las armas, que en toda su tropa. Esto nos lo ha dicho él mismo, quizá sin intención de hacerlo. Pero esta declaración no basta para aclararme ciertos detalles que me han llamado la atención.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, la insistencia con que ha tratado de descubrir el secreto de nuestras armas y caballos. Estos secretos tan sólo tienen valor para los dueños. ¿Tendrá acaso el propósito de robarnos lo que es nuestro?

—*Sidi*! —exclamó Halef sorprendido.

—¿Es nuestro enemigo y quiere saber el manejo de nuestras armas y caballos, que de otro modo, le serían inútiles? ¿Se finge nuestro amigo sólo con objeto de averiguar lo que tanto le interesa saber? ¿Una vez lo sepa nos mostrará su verdadero rostro, es decir, el de un ladrón y asesino?

—*Sidi*! ¿Es posible que tan inaudita maldad se encierre en un hombre?

—¿Eso me preguntas, cuando ya has conocido malvados semejantes?

—¡Qué imbécil he sido y cuánta razón tenías tú!

—Consuélate tampoco he sabido yo portarme con habilidad. Debemos obrar con la mayor prudencia, tanto más cuanto que la enfermedad puede inutilizarnos de un momento a otro.

—Escucha, *Sidi*, la enfermedad es para mí una cosa secundaria. Desde que me has participado tus temores he comprendido que no tengo tiempo de estar enfermo hasta que sepamos a qué atenernos respecto a ese Nasar Ben Sehuri. ¿Queda algo más por decir?

—No.

—Pues empecemos al mismo tiempo... ¡Atención! ¡Uno! ¡Dos...! ¡Tres!

Al pronunciar esta última palabra, dio principio la carrera, cuyo triunfo de antemano cedía a mi compañero, el famoso jeque de los Haddediynes. Por desgracia, no debía llegar a alcanzarlo; tampoco me estaba reservado a mí. La carrera tomó un giro completamente inesperado.

Nos habíamos separado de los Dinorum en una meseta de la que tuvimos que descender para alcanzar el pie de la montaña que nos proponíamos rodear. Llegados allí, vimos que lo accidentado del terreno nos obligaba a marchar despacio.

Teníamos que atravesar una especie de laberinto de peñascos y, a pesar de lo casi impracticable del camino, hallamos en él huellas de haber pasado por allí dos jinetes. Esta angostura, de pronto, se ensanchaba formando el valle que rodeaba la montaña y por el que nos proponíamos galopar.

CAPÍTULO 22

Hago uso del secreto de Assil

Al desembocar en el valle y cuando queríamos dar principio a la carrera vimos dos jinetes de los que apenas nos separaban veinte pasos. ¿Quiénes eran?

¡Sallab, el faquir! Montaba un caballo alazán de la más pura sangre. Sin duda era la yegua Salm, propiedad del *Ustad*. Su compañero, un joven que, a juzgar por el aspecto, también debía ser faquir, montaba un caballo oscuro de raza mezclada. Ambos se asustaron al divisarnos.

—¡Los Dschamikum! —exclamó Sallab.

—No, somos nosotros —respondí.

—¿Vosotros solos?

—Sí.

—¡Que os crea el *Scheitan*! ¡Ven! ¡Huyamos... huyamos!

Y, volviendo el caballo, salió al galope. Su compañero imitó el ejemplo.

—*Sidi*, ¿qué quiere decir...?

—¡Calla! ¡Nada de palabras inútiles! —lo interrumpí—. Estos dos faquires son la clave para hallar la solución del enigma. Era preciso cogerlos.

—¿Aunque sea a la fuerza?

—Si se resisten, sí. Encárgate tú del otro. Yo me las entenderé con Sallab. Pero su yegua es ligera como una flecha; dame mi Assil; cada uno que monte su caballo, que es el que mejor conoce. ¡Aprisa! ¡Aprisa!

Nos apeamos y volvimos a montar sin perder minuto, emprendiendo seguidamente la persecución de los fugitivos.

—¡Ten cuidado! —grité a Halef—. Tal vez lleven armas ocultas.

—No te preocupes, *Sidi*. *Hamdulillah*! Por fin emprendemos una caza, una verdadera caza. ¡Adelante! *Jallah! Jallah!*

En los pocos instantes que tardamos en cambiar los caballos, los faquires nos tomaron considerable ventaja. Sallab marchaba delante. Tal y como estaban las cosas, no teníamos tiempo que perder. El cruce de caminos estaba al otro lado de la montaña y los Dschamikum podían hallarse cerca. Era indispensable coger a los fugitivos lo antes posible.

—¡Assil! ¡Assil *Ramchancha*!

Esto equivalía a una orden para aligerar el paso. Al mismo tiempo, le acaricié el cuello y el noble animal redobló la velocidad. Volaba. Apenas rozaban el suelo las patas delanteras, ya posaba en el mismo sitio las traseras. Era un verdadero placer el que se experimentaba al ir montado sobre la silla y tener la sensación de que no había debajo de ella ningún animal movable.

No tardé en ganar terreno a los faquires. Sallab volvió la cabeza y el grito que lanzó llegó hasta mis oídos. Animó a su caballo para que aligerara aún más el paso. El otro hizo lo mismo, sin dejar por ello de quedarse cada vez más rezagado. Pocos momentos después lo había alcanzado. Al pasar junto a él, cuidé de hacerlo bastante cerca para tenerle al alcance de la mano y le pegué un puñetazo cuya fuerza redobló la tremenda velocidad de mi caballo. El faquir voló de la silla y detrás de mí sonó la voz de Halef que decía:

—¡Ya le cojo! ¡Ya lo tengo! ¡Ocúpate del otro, *Sidi*!

No me volví para mirar a mi amigo, pues de sobra sabía que era muy capaz de cumplir lo que de él se esperaba. Sallab miró atrás de nuevo y no tuvo más remedio que convenir en que, dentro de pocos minutos, estaría en mis manos.

Yo lo miraba con fijeza y vi como daba tres palmadas en el cuello de su yegua, pronunciando al mismo tiempo una palabra que no llegué a entender. ¿Sería aquello el secreto del noble animal? ¿Tan íntima era la amistad que unía al faquir con el *Ustad* que éste le había dado tal prueba de confianza?

Los hechos contestaron mis preguntas; la yegua pareció que volaba. Indudablemente era el secreto. Apenas hecha la seña, se duplicó la distancia que nos separaba. Precisó era emplear el último recurso. Inclinandome cuanto pude hacia adelante puse la mano entre las orejas de Assil y pronuncié por tres veces su nombre.

Había yo escogido esta seña por lo difícil que era de ejecutar. Sólo un jinete digno de un potro árabe de pura raza conseguiría tocar las orejas de un caballo sin perder el equilibrio en medio de una veloz carrera.

El efecto fue inmediato y sorprendente. Al principio pareció que Assil quería detenerse; un estremecimiento recorrió todo su cuerpo; después dejó oír un ruidoso y alegre relincho, un relincho con el que parecía demostrar su gratitud y conformidad con la nueva orden y, por último, me pareció que sería imposible verle las patas, tanta era la ligereza con que las movía. Los árboles y arbustos volaban ante mis ojos, el suelo del valle me pareció que giraba cual gigantesco cilindro antes de quedar detrás de mí.

La tranquila brisa se transformó en viento fuerte y mis movimientos ya no eran los que acompañan a una carrera, sino los que corresponden a una prolongada y horizontal caída. No podía ser otra cosa, yo había azuzado a mi cabalgadura y ésta me daba la respuesta.

Aquello era una carrera muy diferente de lo que nos habíamos propuesto Halef y yo. Merecía la pena de ver a la incomparable yegua del *Ustad* luchando con el mejor caballo de los Haddedihnes. Y no en broma, sino muy de veras. Por ambas partes se había apelado al secreto y los dos corceles gastaban todo su repuesto de ligereza y resistencia. ¿Cuál vencería?

La pregunta quedó sin respuesta por espacio de un cuarto de minuto. Transcurrido ese brevísimo espacio de tiempo, hallé yo mismo la contestación al comprobar lo excitada que estaba la yegua. Sus remos se movían con sorprendente ligereza, pero

con irregularidad, tan pronto descubría el flanco derecho como el izquierdo y no tardó su cabeza en seguir la misma oscilación.

Momentos después me pareció observar que su avance no era regular, sino debido a un esfuerzo inaudito. Probablemente no estaba entrenada para correr con el secreto y se resentían sus pulmones. Añádase a esto que el jinete distaba mucho de estar a la altura de semejante caballo.

Cierto es que los faquires no acostumbran montar a caballo, pero eso nada tiene que ver en este caso. Sallab parecía ser una excepción de la regla, pero, después de emplear el secreto, permaneció en la silla lo mismo que si se tratara de un vulgar galope. Supuse que el viejo no sabía regularizar sus propios pulmones y ayudar, al mismo tiempo, al caballo. No existía la identificación entre el animal y el jinete, pues pude observar que éste se valió de las riendas para evitar alguna piedra u otros obstáculos semejantes. Esto no sucede cuando la energía del caballero está íntimamente unida a la de su corcel.

Por el contrario, ¡con qué perfecta regularidad y desahogo desarrollaba Assil sus fuerzas! Esto, para él, era un juego y no un esfuerzo. Diríase que ya no tenía cuerpo y no era más que voluntad. Pasaba sobre las piedras y hoyos sin cambiar ni un ápice la línea, y el ruido que producían sus cascos era tan acompasado y regular como el de un reloj colosal.

El centro de su frente no se desviaba ni una sola pulgada de la dirección que llevaba su cuerpo. Su respiración no era ni más rápida ni más ruidosa y en cuanto a la velocidad sólo diré que había pasado los límites de lo verosímil.

El faquir se iba acercando cada vez más. Éste, que volvía con frecuencia la cabeza, al observarlo, empezó a pegar al caballo. Apenas me separaban unos diez metros de él, cuando cometió la imprudencia de golpearle también con los talones.

—¡Detente! —le grité—. ¡Nunca se pega a un caballo cuando corre bajo la influencia de su secreto!

Casi antes de que terminara esta advertencia, la yegua se encargó de demostrar la veracidad de mis palabras. Puso fin a su ligereza pegando un bote de costado, seguido de un salto de carnero que envió al venerable faquir por los aires.

Arrastrado por la rapidez de mi caballo, pasé largo trecho, pero repetí la seña a mí Assil seguida de la palabra *Andoh!*^[26] Esto indica el término de la carrera y mi dócil cabalgadura pronto cambió el galope en trote, éste cedió el puesto al paso y, haciendo una curva, vino a detenerse junto al faquir, en el momento en que éste se levantaba palpándose para cerciorarse de que estaba ileso.

—¿Por qué huyes de nosotros? —le pregunté apeándome.

—*Sidi*, tu caballo no es caballo, sino un verdadero *Dschunmi*^[27] —me respondió.

—Nada te he preguntado respecto a mi caballo. ¿Estás herido?

—No, gracias a Alá.

—Pues ve a coger a Salm.

—¿Salm? —repitió sorprendido. —¿Conoces el nombre de esta yegua?

—Sé más de lo que tú te figuras. Pero una cosa no sé, ni puedo adivinarla. ¿Por qué te has asustado de nosotros y has emprendido la fuga?

—Porque... porque...

No siguió adelante y, después de dirigirme una escudriñadora mirada, dejó caer la cabeza sobre el pecho. Yo me acerqué aún más diciendo:

—Si no me engaño, ya habías oído hablar del jeque de los Haddedihnes y de mí.

—Sí.

—¿Bien o mal?

—Solamente bien.

—Y, a pesar de eso, ¿nos crees unos malvados?

—No.

—Yo creo que sí. No se huye de los hombres honrados.

—Mientras sigan siéndolo.

—¿Hemos dejado nosotros de serlo?

—¿Merece el título de honrado quien sirve a bandidos?

—¿Te refieres a los Dinorum?

—Sí.

—No estamos a su servicio.

—Pero sois amigos suyos y la amistad de semejantes hombres empaña la más limpia fama.

—Tus palabras me parecen incomprensibles, pero están de acuerdo con mis pensamientos. Ante todo te haré presente que no nos proponemos ser amigos de los malvados y...

Me interrumpí por acercarse Halef. Cabalgaba al lado del joven faquir y ambos conversaban como si hubieran sido íntimos amigos. Lo primero que me dijo Halef fue:

—¿Ha ganado Assil?

—Sí —le contesté.

—Ya me lo figuraba. Pero oye lo que tengo que decirte, *Sidi*; es de la mayor importancia.

Hizo dar a Barkh algunos pasos más y, saltando de la silla, se reunió con nosotros, diciendo con animación:

—Sentémonos aquí para deliberar con sosiego. ¿Sabes, *Sidi*, quiénes son nuestros Dinorum?

—No.

—¡Qué tontos, qué imbéciles hemos sido! No son Dinorum, sino parias rechazados por todas las tribus de la comarca. Todo el que perpetra un delito o tiene alguna mala acción de que avergonzarse corre a unirse con ellos. Viven del engaño, del robo y de otros recursos por el estilo. ¡Oh, *Sidi*! ¿Cómo hemos podido conceder nuestra confianza a quienes tan poco la merecen? Tú has sido, en esta ocasión, un poco más listo que yo, pero eso no varía el asunto. De buena gana te daría una

bofetada y luego me aplicaría diez, veinte, aunque fueran cincuenta. Pero como te quiero y te respeto demasiado para dártela de veras, tendré que prescindir también de mis cincuenta.

Su rabia era sincera; a no serlo, se hubiera guardado muy bien, él, tan vanidoso de hablar de sí mismo en términos tan despectivos delante de los dos faquires. En cuanto a mí, mucho me complacía entrever por fin la verdad, pero decidí obrar con prudencia, no fuera que, por evitar un peligro, diéramos en otro mayor. Así es que le pregunté:

—¿Estás seguro de que no son Dinorum los que hasta ahora hemos considerado como amigos?

—Sí.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Este faquir —respondió señalando al más joven.

—¿Y tú lo crees?

—Naturalmente. Entre faquires no se admiten mentiras.

—Eso no me parece absolutamente exacto y, además te preguntaré: ¿estás convencido de que verdaderamente estos dos hombres son faquires?

—*Maschallah!* ¡Qué pregunta! No me la hagas a mí, sino a ellos mismos.

Entonces me volví hacia Sallab.

—Sé franco —le dije—. Tu respuesta será la piedra de toque de tu sinceridad. ¿Eres faquir?

El interpelado respondió:

—Eres Kara Ben Nemsí *Effendi*, el hijo de Alemania, y todos sabemos que no eres ningún traidor; por eso te responderé la verdad. No soy faquir y tampoco lo es mi acompañante.

—¿Entonces no te llamas Sallab?

—No.

—Pues ¿cuál es tu nombre?

—He tenido razones muy poderosas para adoptar el nombre del famoso faquir, pero quien soy es cosa que no puedo decirte mientras te encuentres en la obligación de prestar ayuda a esos bandidos.

—Si nos han engañado, sus mentiras anulan todas nuestras promesas.

—Sí, os han engañado.

—¿Puedes probármelo?

—¿Probároslo? ¿Qué pruebas quieres que te dé?

Debo confesar que esta pregunta me dejó algo perplejo. Así es que respondí:

—Ellos se hacen pasar por Dinorum y tú afirmas que no lo son, pero tú también te presentas como el faquir Sallab y tampoco lo eres. Su falta contra la verdad está probada, pero la tuya todavía no.

Nos habíamos sentado los cuatro. El viejo inclinó la cabeza y, después de meditar unos instantes, dijo:

—Os habéis agregado a los llamados Dinorum, para combatir a los Dschamikum. Nosotros somos Dschamikum y nos habéis capturado. ¿Qué pensáis hacer con nosotros?

—Dejaros libres, podéis marcharos adonde mejor os parezca.

—¿Ahora mismo?

—Cuando queráis.

—¿Con los caballos?

—Naturalmente.

—¿No os proponíais retenerlos como botín?

—No.

—¿Has recapacitado en lo que vale esta yegua?

—Ningún, hijo de Alemania pisa vuestro territorio con objeto de enriquecerse con vuestros bienes.

—¡Alá te bendiga y contigo a cuantos en tu patria profesan tan honradas y humanitarias ideas! Te has revelado como un hombre que realmente es lo que pretende, es decir, cristiano. El amor al prójimo y la propia abnegación que Jesús exigía de todos sus adeptos se ve que no es para ti una vana doctrina, sino el norte de tu vida, de tus palabras y de tus hechos. Por desgracia no puedo darte en este momento la prueba que me pides para convencerte de que la realidad está de acuerdo con lo que te digo. Los hechos que se desarrollarán en los días sucesivos te convencerán de que merezco tu confianza. Si estuviera presente ese Nasar Ben Sehuri, se vería obligado a reconocer la veracidad de mis palabras y la verdad dice así:

Hizo una ligera pausa y prosiguió:

—Nasar, como jefe de los rechazados, tiene espías en Bagdad y en Basra que le comunican todo lo que puede interesarla. Por ellos supo el extraordinario valor de vuestros corceles y las incomparables cualidades de vuestras armas que pueden aniquilar a una tribu entera. Le dijeron que ibais a venir y se propuso robaros vuestros tesoros. Sin que vosotros os dierais cuenta, os han espiado durante el camino. Así ha podido conocer vuestra ruta. No se atrevió a un ataque directo por temor a vuestras armas, por eso encomendó el triunfo a la astucia y quiso que fueseis sus huéspedes para daros un *Sehurb en Nam*^[28].

—Pero eso no sucedió en su aduar —interrumpió Halef.

—Os ruego que me escuchéis hasta el fin —respondió el anciano—. Me propongo ponerlos al corriente de quiénes son los individuos que habéis aceptado en vuestra compañía y que llamáis amigos. Oídmelo, pues, con atención.

CAPÍTULO 23

El jeque de los Dschamikum

Después de pronunciadas las anteriores palabras, el anciano faquir o lo que fuera hizo una pausa para coordinar sus ideas y al fin continuó su relato, diciendo:

—Los supuestos Dinorum os esperaron junto al arroyo porque era de suponer que acamparíais allí. Se condujeron con modestia y reserva para no despertar vuestras sospechas, pero se hallaban perplejos por no saber cómo administraros el narcótico. Vosotros mismos les facilitasteis el camino pidiendo una taza de café. Echaron en la bebida el *asium*^[29] que ya tenían preparado, y os la ofrecieron, consumiéndola vosotros hasta la última gota, a pesar de su sabor amargo. Poco después os rindió el sueño.

»Su intención era robaros sin asesinaros, pero aún privados de vuestros medios de defensa, es temían por vuestra experiencia, habilidad y valor temerario. Por eso quisieron engañaros acerca de quiénes os hablan dado el bebedizo y, para conseguirlo, Nasar no se presentó a vuestros ojos, sino que permaneció oculto en las cercanías con el grueso de su gente y sólo envió unos cuantos hombres junto al agua que, una vez cometido el crimen, pudieron desaparecer fácilmente.

»Así se llevó a cabo y la lluvia torrencial se encargó de borrar las huellas. Pero justamente cuando se felicitaban por el buen éxito de su criminal empresa, pudieron darse cuenta de lo infructuoso de la misma. Vuestras carabinas pasaban de mano en mano sin que ninguno lograra saber el modo de disparar con ellas. Es decir, que su ignorancia las privaba de todo valor.

»No había jinete que pudiera sostenerse en vuestros caballos; quisieron castigarlos y las consecuencias fueron dos hombres heridos. Era indispensable conocer el secreto de las armas y de las bestias y eso sólo vosotros pedíais descubrirlo.

—Alá Wallah! —exclamó Halef enfurecido—. ¡Ya les enseñaremos a esos pillos nuestros secretos, de modo que no les queden ganas de averiguar más! Prosigue.

—A Nasar Ben Sehuri se debe el hábil plan de hacerse pasar por vuestros salvadores. Estaba persuadido de que la gratitud os impulsaría a confiarle vuestros secretos. Se trataba de devolvéroslo todo, pero sólo por poco tiempo. Los autores del hecho se dejaron coger sin resistencia y esperaron vuestra llegada, persuadidos de que, a pesar de todo, no retrocederíais, sino que marcharíais adelante. De qué modo se ha ejecutado este plan, vosotros lo sabéis mejor que yo, puesto que estabais presentes y les habéis ayudado a realizarlo.

—En efecto, lo estábamos —confirmó Halef— y hemos creído a ese hombre concediéndole nuestra confianza. Le hemos confiado los prisioneros y no se nos ha

ocurrido preguntar dónde estaban enterrados los pastores que vosotros asesinasteis.

—¿Nosotros? ¿A ellos? Sí, ya recuerdo la fábula que os han contado, pero donde no hay cadáveres, mal puede haber tumbas. Ni uno solo de los suyos ha sido muerto, ni siquiera herido.

—¿Cómo? ¿Qué decís? ¿También eso es mentira?

—Sí, nosotros no matamos a nadie. Nuestras creencias nos impiden privar de la vida a nuestros hermanos, aun cuando ellos cometan el error de portarse como enemigos nuestros.

—¡Alá! ¿Sois cristianos?

—Tal vez sí, tal vez no. Sólo después de conoceros a fondo, podré deciros lo que somos. No hemos vertido sangre, ese crimen corresponde a Nasar Ben Sehuri. Su infame acción ha cubierto de luto mi alma y mi corazón reclama venganza, porque no soy más que un hombre dotado de pasiones humanas. Pero allá arriba, donde el límpido azul de los cielos se abre para mí, en mis horas de meditación, veo trazada con luz una palabra que condena las leyes humanas de la venganza. «Sangre por sangre», claman los hombres del Cielo, pero desde allí, millares de ángeles responden: «Gracia, clemencia». Y, ante este celeste mandato, deben enmudecer todas las bocas.

Se había levantado y, muy conmovido, se alejó algunos pasos. Mis ojos dejaron de ver la suciedad de que estaba cubierto, así como los pingajos que le afeaban; sólo vi el dolor que expresaban sus miradas y me dije interiormente que aquel hombre era digno de nuestra confianza. Cuando se hubo tranquilizado, ocupó de nuevo su puesto y continuó:

—Doy por cierto que vuestra alianza con Nasar está rota y creo que, sin cometer una falta, puedo deciros ahora lo que sólo más tarde debíais saber. La sección inferior de nuestra tribu, a la que pertenezco, se ha separado de los demás Dschamikum porque nosotros consideramos a Mahoma como a un Profeta, pero no seguimos sus doctrinas. Tampoco somos ya nómadas, sino que habitamos en casas, que sólo durante el verano cambiamos por tiendas. Tenemos jardines y tierras que labramos y cuyos productos, así como los de nuestros ganados, bajamos a vender al mercado de Ispahan.

»Nuestras cosechas son muy productivas en bellotas, resina, *mamah*^[30] y tabaco. De esta última planta proveemos a casi todo el Schusistan. Respecto a nuestro renombre, me limitaré a decir que varios cientos de nuestros jóvenes forman parte de la guardia del *Sha*, aunque éste no ignora que nunca utilizarán sus armas para derramar sangre inocente. Yo soy el jeque, pero no me dan este nombre, sino el de *Padar*^[31]; pero muy por encima de mí y de todos está el *Ustad*, ante cuya majestad nos inclinamos con respeto y cariño. Espero que tendréis ocasión de verle.

—¿Ha nacido en vuestra tribu? —pregunté recordando los informes de Nasar.

—No. Si quieres informarte acerca de su persona, puedes interrogarlo a él mismo. Para nosotros es un enviado del Cielo y no nos importa, lo demás. Vivimos en

perfecta armonía entre nosotros y estamos en paz con el resto de la humanidad. Cuando a causa de nuestras creencias nos separamos de las demás ramas Dschamikum, por espacio de largo tiempo fuimos molestados y tuvimos que sufrir no pocos atropellos. Por último se convencieron de que nuestra fe, lejos de perjudicarles, sólo les ofrece ventajas y nos han devuelto su amistad. No necesitamos guardarnos más que de esos rechazados que se han hecho pasar por Dinorum.

»Sólo viven del robo y, cuando les conviene, no retroceden ante el asesinato, pero nosotros los designamos con el nombre de *Massaban*^[32] porque nuestro Dios no quiere que se insulte a los que nos hacen daño. Esos *Massaban* cuyo jefe supremo es Nasar Ben Sehuri, recorren la comarca en grupos aislados con el propósito de cosechar lo que no han sembrado. Pero cuando se trata de cometer alguna fechoría importante, se reúnen rápidamente. Uno de estos grupos fue el que nos atropelló. Casi todos nuestros hombres estaban en la fiesta de *Leng y Karum*...

—Yo pensé que Nasar y los suyos eran los que concurrían a esa fiesta — interrumpió Halef.

—Pues no fue así. Cayeron sobre nosotros durante la noche, robaron cuanto pudieron reunir y se llevaron parte de nuestro ganado. En la refriega murieron seis hombres de los que habían quedado guardando nuestros hogares. Entre los muertos se contaba mi único descendiente, mi nieto, la alegría de mis ojos y el consuelo de mi vejez. Cuando regresamos al día siguiente, lo encontré tendido en el suelo, cubierto de sangre, con los ojos desmesuradamente abiertos y las manos crispadas por la angustia de la muerte.

»Dentro de mi corazón resonaron dos voces; la una gritaba: *Ed dem b'ed dem*^[33] mientras clamaba *Samah! Samah!*^[34] La lucha fue corta, pero terrible. El *Samah* de nuestro bondadoso Dios obtuvo la victoria. Reuní todos mis hombres para deliberar. El *Ustad* en persona bajó de su elevada casa para presidir el consejo. Se habló largamente en uno y otro sentido y, por fin, él expuso un plan que fue acogido por unanimidad.

»Era preciso terminar de una vez con aquella plaga del territorio mediante un enérgico golpe de mano. Evitando la efusión de sangre, queríamos cogerlos prisioneros a todos sin que se escapara uno solo. Una vez en nuestras manos, los entregaríamos al *Sipahsolar*^[35] que busca y no encuentra soldados para el Farslstan, porque nadie quiere ir a las insalubres fronteras de la India. Acordado esto, en principio, enviamos un mensajero a Ispahan para que llevara la noticia y nos pusimos en persecución de los *Massaban*.

Al darles alcance y comprobar ellos nuestra superioridad numérica, perdieron el ánimo para defenderse y, abandonando el fruto de su rapiña, apelaron a la fuga. Entonces fue cuando mi acompañante y yo tomamos este disfraz y los seguimos con la yegua del *Ustad*, pues, dado el fin que yo me proponía, era muy necesaria la ligereza de nuestros caballos. Al observar que acampaban, dejé escondido a mi acompañante con los animales y me acerqué a los fugitivos, haciéndome pasar por

Sallab, cuyo nombre es conocido por todos.

»No se puede rechazar a un faquir, es preciso tolerar su presencia, y como éstos sólo se ocupan en prácticas piadosas, hablaron delante de mí con menos reserva que lo hubieran hecho ante otro cualquiera. Oí varias frases; eran cabos sueltos, pero, reuniéndolos, logré tener una idea bastante exacta de la situación.

»Al caer la tarde, me alejé ostensiblemente, pero, aprovechando la obscuridad, volví a acercarme y sorprendí la conversación de Nasar y los suyos. Así me enteré de lo que tramaban contra vosotros. De buena gana os hubiera dado aviso, pero desconocía el terreno y, además, probablemente, ya habríais tomado el narcótico. Cuando volví otra vez entre ellos, supe que querían dirigir sus armas contra nosotros. Querían perseguirnos para recuperar el perdido botín. El momento era oportuno y supe aprovecharlo.

»Simulando no haberme enterado de nada, empecé a hablar del Valle del Saco. Queríamos encerrarlos allí por considerar que aquel sitio era el mejor para impedirles la defensa. No sospechó mi intención, y en su cerebro surgió la idea sugerida por mí para cogerlo a él y a su gente. Para darle mayor seguridad, fingí no saber nada del asunto y, con la mayor indiferencia, dije que, hacia el norte, había encontrado una tropa de Dschamikum que, al parecer, tenía mucha prisa.

»—¿Llevaban mucho ganado? —me preguntó él.

»—No.

»—¿Cuántos serían?

»—Un par de cientos.

»Me creyó, suponiendo que nos habíamos dividido y que, junto al ganado, debían de quedar pocos de los nuestros. Esto facilitaba mucho su plan y cuando, aquella noche, me entregué al sueño pude hacerlo con la seguridad de que mis palabras habían caído en buen terreno. A la siguiente mañana me enteré de que, en efecto, estaba acordado perseguir a los Dschamikum y encerrarlos en el Valle del Saco.

»Pude marcharme entonces, puesto que mi designio estaba logrado, pero me detuvo la idea de vuestro peligro. ¿Quién no conoce vuestros nombres? Deseaba saber si había tenido éxito el plan trazado contra vosotros o si aún me sería dado prestaros ayuda. En esto llegaron los *Massaban* que os habían robado. El júbilo fue general pero no tardaron en darse cuenta de que nadie podía montar vuestros caballos ni manejar vuestras armas. Se deliberó rápidamente sobre el particular y la decisión fue fingir amistad hasta vosotros hasta descubrir el secreto de vuestras armas y corceles. Ya sabéis como lo han conseguido.

»Aproveché el tiempo para avisar a mis Dschamikum y, después de participarles las nuevas, volví al día siguiente, y fue cuando os encontré con ellos. Me enteré de que vosotros, realmente, los tomabais por Dinorum y os proponíais ayudarlos contra nosotros. Esto me bastaba y me marché. Desde la próxima altura divisé a Kara Ben Nemsí y, con una seña, le di a entender que tuviera cuidado.

»Esto bastaba para que hombres tan expertos como vosotros obrarais con

prudencia. Mi deseo era ayudaros, ni por un momento os consideré como enemigos. Deseábamos aprisionaros, aunque sólo para daros inmediatamente la libertad. También observé que el jeque de los Haddedihnes estaba enfermo; conozco muy bien esa dolencia; se sufre con frecuencia en las orillas del Tigris y del Éufrates y contra ella conozco un remedio infalible. Por eso indiqué al Hachi dónde podría salvar su vida de las garras de la muerte, pero no sé si me comprendió.

»Lo sé todo. También sé que han enviado espías contra nosotros. Volví a mis Dschamikum y nos apresuramos a preparar la trampa en la que han de caer los Massaban. Tampoco nos faltan espías y éstos os han observado de cerca. Cuando supe dónde habíais acampado últimamente, monté a caballo con mi compañero para observaros con mis propios ojos. No pensamos, en la posibilidad de que alguien de vosotros pudiera separarse de los demás. Os encontramos...

—Y volvisteis en el acto grupas, emprendiendo la fuga. ¿A qué se debía eso? —preguntó Halef.

—¿Podíamos confiar en vosotros? —preguntó a su vez sonriendo el anciano jeque.

—No, tienes razón. Pero ¿en qué quedamos? ¿Qué pensáis ahora de nosotros?

El jeque volvió a levantarse y, con solemne actitud, respondió:

—Nos habéis capturado y devuelto la libertad. Este hecho demuestra honradez y confianza, y no es menor la que vosotros me inspiráis. Lo atestiguan mis anteriores palabras. Os he dicho que preparamos una emboscada a los *Massaban* en la que indudablemente caerán; Si dais más crédito a ellos que a mí, se lo participaréis y nuestras fatigas habrán sido inútiles. Nada os ruego ni os encargo. Mi silencio os demostrará lo que pienso de vosotros.

Al oír esto, Halef se levantó de un salto. Creí que una vez más iba a ceder al impulso de su vivo genio, pero supo contenerse y, volviéndose hacia mí, preguntó:

—¿Has oído, *Sidi*? El jeque de los Dschamikum se entrega a nuestra lealtad sin condiciones. Yo quisiera decirle lo que vamos a hacer, pero mejor será que lo hagas tú.

Accediendo a esta indicación, me levanté a mi vez y, tendiendo la mano al noble anciano, le dije:

—Te creemos. Vuestra celada será eficaz, pues si los *Massaban* vacilan en entrar en ella, los meteremos nosotros. De buena gana iríamos contigo en busca de tu gente. Bástete saber que, desde este instante, somos tus amigos y aliados y no disfrutaremos de innecesario descanso hasta que, con nuestra ayuda, hayáis logrado inutilizar a esta plaga de la comarca.

—¿Lo dices de veras? —preguntó el anciano, conmovido.

—Sí, y te ruego me des las necesarias indicaciones acerca de la situación del Valle del Saco para que no cometamos ninguna falta. Pero hazlo pronto y con brevedad, pues es preciso volver a reunirnos con los *Massaban* si queremos impedir que nuestra larga ausencia despierte sus sospechas.

Puedo omitir estas instrucciones, pues los siguientes acontecimientos las darán a conocer. El jeque me describió el lugar con tanta exactitud que me pareció estar viéndolo. También me habló de la trampa destinada a los pretendidos Dinorum y lo hizo en términos tan claros y precisos que ninguna duda nos queda acerca de nuestro cometido. Después nos despedimos del Jeque y su acompañante de un modo muy distinto de lo que hacía prever el encuentro.

CAPÍTULO 24

Doy un buen consejo

Cuando rodeábamos la montaña en dirección al norte, me dijo Halef.

—Por fin sabemos a qué atenernos respecto a esos traidores y embusteros. ¡Qué trabajo me va a costar ser tan mentiroso!

—¿Mentiroso? ¿Tú?

—Claro está. No hemos de dar a entender que lo sabemos todo. Preciso será disimular y fingir amistad y eso, *Sidi*, me viene muy cuesta arriba. Cuando no puedo decir lo que siento, prefiero callarme.

—Muy bien, y te ruego que sigas esa norma. Pero esa discreción no debe limitarse a las palabras solamente, sino extenderse a toda tu actitud. Ni con un gesto o ademán has de delatar que sabemos más de lo que debemos saber.

—Eso es, precisamente, lo que me cuesta trabajo.

—Es más fácil de lo que te figuras. Sólo debes guardarte de ser malhechor y mucho menos charlatán. Lo mejor será continuar obrando como lo hemos hecho desde que encontramos las huellas, y para eso, no se requieren grandes dotes de diplomacia. Tampoco me gusta a mí disfrazar mis sentimientos, pero en este caso especial la inteligencia ha de hacer frente a la doblez y el silencio al engaño; en esto no cometemos ningún pecado. ¿Te ha fatigado nuestra carrera, querido Halef?

Hice esta pregunta al ver que mi compañero se dejaba caer sobre la silla. En el acto se irguió, respondiendo:

—¿Fatigado? ¿A mí? ¿Cómo puede fatigarme un galope cuando es uno de los mayores placeres que conozco? Hazme el favor de no volver a pensar en la enfermedad. Tú mismo comprenderás que ahora va a empezar la parte más interesante nuestra aventura con los *Massaban* ¿crees que permitiré a la maldita vieja que me prive de tomar parte en ella? La cosa será rápida, y tal vez mañana mismo hayamos terminado con esta gentuza. Así es que te diré, con toda franqueza: mientras no los tengamos cogidos en la trampa, ni aun la misma muerte podrá nada contra mi persona y, si me derriba, volveré a levantarme para decirle que no sabe con quién trata. Démonos prisa para alcanzarlos pronto.

Pocos momentos después acabamos de rodear la montaña y tropezamos con las huellas de los *Massaban*, las que seguimos hasta encontrar a la tropa de jinetes en un sitio en el que extendía hacia oriente una meseta que se unía con la próxima altura. Por esta llanura avanzamos sin que nadie nos preguntara por el resultado de nuestra carrera. Nos recibieron con silencio, lo que fue muy grato para nosotros.

Transcurrido algún tiempo, vimos aparecer en lontananza a varios jinetes que, al divisarnos, vinieron con rapidez hacia nosotros. Nasar Ben Sehuri les salió al

encuentro y habló largamente con ellos, dando después la señal de proseguir el camino. Los recién llegados rompían la marcha.

—¿Serán los esperados espías? —me preguntó Halef.

—Seguramente —le contesté.

—¿Por qué no nos comunica lo que le han dicho?

—Déjale. Eso prueba su mala conciencia. Por no saber qué decir, se finge enfadado, sin comprender el favor que nos hace con su pretendido enfado.

—Pero ¿hemos de tolerar su falta de cortesía? Después de todo no somos sus súbditos, sino muy superiores a él. Nos ha rogado que le ayudemos y lo menos que puede hacer es darnos cuenta de las noticias recibidas.

—Si realmente nos consideramos aún como sus aliados, no dejaría de protestar contra esa postergación, pero como el asunto ha cambiado tan radicalmente, su silencio no puede ser más oportuno para nosotros. Tranquilízate. Halef, bien sabes que el castigo no se hará esperar.

—Esta esperanza es lo único que calma mi furor. Tendré paciencia hasta que llegue la hora de la justicia.

La ofendida susceptibilidad de mi pequeño Halef no necesitó esperar más que un cuarto de hora escaso para dar principio al ansiado castigo. Transcurrido ese breve espacio de tiempo, tropezamos hacia el sur con numerosas huellas que atestiguaban el paso de los Dschamikum con los rebaños. Una mirada nos bastó para comprender que aquellas huellas de caballos y rumiantes hacía por lo menos un día que estaban impresas, circunstancia importantísima que pasó inadvertida para Nasar y sus espías. El primero juzgó oportuno dirigirnos algunas palabras.

—Éste es el cruce de que os he hablado. Ya podéis ver que, felizmente, hemos cogido a los Dschamikum.

¿Cogido? ¡Cómo se equivocaba! Hacía más de veinticuatro horas que habían pasado por allí y éste era tiempo más que suficiente para preparar la trampa. Sus espías no servían ya para nada. Me parece superfluo añadir que nos guardamos muy bien de hacerle comprender su error. Él prosiguió.

—Esos ladrones y asesinos, al torcer hacia oriente, inician el rodeo que les hará caer en nuestras manos. No siguiéndolos, y marchando directamente al norte, los adelantaremos y tendremos tiempo bastante para ocupar el Valle del Saco.

—¿Qué distancia tenemos desde aquí hasta llegar al Valle? —pregunté.

—Hemos andado más de prisa de lo que yo creía. Si apretamos el paso, podremos llegar antes de que anochezca.

—¿Te figuras que los Dschamikum no llegarán hasta mañana?

—No pueden llegar antes.

—¿Y nuestra retaguardia? ¿Dónde se queda?

La pregunta lo pilló desprevenido y no pudo ocultar su turbación. Yo la había hecho porque ya me tardaba ver a todos los *Massaban* metidos en la trampa. No debían poder escapar de ella, los rezagados.

—No he pensado en la retaguardia —respondió—, porque, en realidad, no la necesitamos.

—¿Que no la necesitamos? ¿Te propones que, por su causa, se malogre el éxito de tus planes?

—¿Cómo puede malograrse?

—¡Vaya una pregunta! ¿Cuándo llegará la retaguardia al Valle del Saco?

—Mañana.

—Y los Dschamikum también mañana. Los últimos encontrarán a los primeros e, inmediatamente, caerán sobre ellos.

—*Maschallah!* Tienes razón. Debo impedirlo. *Sidi*, danos un consejo, ¿qué debemos hacer?

—Sólo hay una posibilidad; que nos sigan tus Dinorum y, antes de que amanezca, que se reúnan con nosotros en el Valle.

—¿En el Valle?

—Sí.

—¿No han de aguardar en las cercanías?

—No. Si fueras capaz de cometer tan imperdonable falta, el jeque y yo nos retiraríamos convencidos de que tus bien combinados planes terminarían con una catástrofe. Esta noche la hemos de pasar en el Valle y no en sus cercanías.

—¿Por qué?

Hice un bien fingido ademán de impaciencia al contestar:

—¿Acaso te falta el juicio? Si acampamos toda una noche a la entrada del Valle, dejaremos huellas que no se borrarán en una semana y los Dschamikum necesitarían ser ciegos para no verlas. Después de tan imprudente advertencia, sería una necedad pensar que pudieran caer en la trampa. En el pedregoso suelo del Valle no se marcan huellas que puedan conducir a un prematuro descubrimiento. Además, sus altas paredes de piedra nos ofrecen seguro resguardo contra el frío de la noche y, por último, al acercarse la hora del desenlace, estaremos ya sobre el terreno y podremos permanecer escondidos hasta el último instante, sin que ningún componente de la tribu de los Dschamikum sospeche su próximo fin.

Pude ver que lo había convencido y en la expresión de todos aquellos rostros sólo encontré conformidad a mis palabras.

El jeque, en tono confiado, me dijo:

—Veo que has reflexionado maduramente sobre el asunto. Mis pensamientos están de acuerdo con los tuyos y estamos dispuestos a seguir tus indicaciones. Los espías quedarán aquí para acompañar a la retaguardia tan pronto como llegue. Y, ahora, démonos prisa para alcanzar el Valle antes de que anochezca.

Los espías desmontaron sentándose en el suelo, los demás seguimos la ruta, quedándonos Halef y yo para cerrar la marcha. Éste me dijo tan pronto como nadie pudo oírnos:

—*Sidi*, has obrado con mucha habilidad. Has evitado las mentiras y has

conseguido tu propósito. Por desgracia estos hombres no han sabido apreciar la lección que les has dado.

—¿Qué lección, Halef?

—¿Y me lo preguntas habiendo sido tú el maestro?

—Habla para que sepa a qué te refieres.

—Tanto el malo como el bueno pueden tener inteligencia, pero a la postre, siempre se demuestra que sólo el bueno es el que realmente la tiene.

—¿Qué quiere decir esto?

—Nada más que lo dicho, y ya es bastante.

—Explícate con más claridad.

—¡Oh, *Sidi*! ¿Qué es lo que me pides? Ya sabes que no gusto de descifrar enigmas y, cuando trato de explicar algo, es cuando más suelo embrollarlo o decirlo al revés, y no quiero que ahora suceda lo mismo. Explícate tú para que pueda yo decir cómo suenan las palabras en tu boca.

—Por lo menos serán claras. De las tayas se desprende que la verdadera sabiduría consiste en obrar bien y no mal. Nasar Ben Sehuri está muy orgulloso de su plan, que le parece infalible. ¿Quién se lo ha sugerido? El jeque de los Dschamikum.

—Eso es. ¿Te has fijado en los ojos de ese hombre?

—Sí.

—Yo también. Cuando lo vi allá abajo, en el campamento de los *Massaban*, haciéndose pasar por faquir no me llamó la atención. Pero, ahora, no puedo más que convenir en que jamás he visto ojos tan hermosos como los suyos. Sobre esto se me ha ocurrido una idea que deseo comunicarte.

—Ya puedes decírmela.

—¿Te burlarás de mí?

—¡Nunca!

—Todo hombre lleva en el corazón el Cielo o el Infierno y los ojos son las ventanas por las que asoman Alá o el *Scheitan*. Ese jeque de los Dschamikum tiene el Cielo dentro de sí y, cuando deja caer su mirada sobre mí, me parece que me mira el mismo Alá. ¡Nunca sería yo capaz de hacer ningún daño a ese hombre! Dame un poco de medicina...

La petición fue tan inesperada que no pude ocultar mi dolorosa sorpresa.

—¿Te he asustado? —preguntó él—. No es nada, absolutamente nada. No necesitas preocuparte. Pero he perdido bruscamente la sensibilidad en el cuello; diríase que mi cabeza flota suelta en el aire y, al mismo tiempo, la siento tan pesada que me parece imposible sostenerla y creo que se me va a caer.

El síntoma era muy malo. La excitación que hasta entonces le había sostenido empezaba a dejar el puesto al decaimiento. Yo también sentía una extraña pesadez en la cabeza, pero sólo administré la medicina a mi amigo, aun cuando tampoco me hubiera venido mal una fuerte dosis de ella.

Nuestro ánimo decayó con rapidez; el sol había desaparecido detrás de las

montañas y las nieblas empezaban a envolver la tierra con la rapidez de los crepúsculos propios de aquellas regiones. La misma transformación tenía lugar en nuestros organismos. No hay hombre, por robusta que sea su constitución, que pueda resistirse a la influencia de la Naturaleza. Ésta tiene una considerable parte en los sufrimientos y las alegrías de los seres creados, a la que nadie puede sustraerse mientras viva.

Halef, con la cabeza inclinada sobre el pecho, se dejaba caer sobre la silla; en cuanto a mí, no sólo me sentía cansado, sino rendido. Este abatimiento no era propio de mi naturaleza; era desconocido para mí, era efecto de la enfermedad.

¿Por qué vino a mi memoria, precisamente en aquel momento, el recuerdo del cordero asado que comimos en el campamento de los llamados Dinorum? Me pareció que, en lo sucesivo, no podría atravesar ni un bocado de dicha vianda; sólo al pensar en ella se estremecía todo mi cuerpo. ¿Era aquello una advertencia interior? ¿Quién es capaz de descifrar los misterios de lo desconocido?

CAPÍTULO 25

El salto sobre el abismo

Nuestro camino, por ahora, era progresivamente ascendente. Nasar Ben Sehuri, que rompía la marcha, demostraba tener prisa. Sin aflojar el paso, salvó cuevas y barrancos hasta llegar a un corto y angosto valle y, al desembocar por él, nos encontramos en un *warr* que me recordó algunos parajes del Sahara.

Con la palabra *warr* se designa un lugar cuyo suelo está cubierto de irregulares trozos de piedra y uno de estos *warr*, en toda la acepción de la palabra, era el que teníamos ante los ojos.

Las altísimas paredes de piedra que lo rodeaban tenían un color oscuro cual si hubieran servido de cráter a un volcán prehistórico. ¿Dónde habitaba el gigante que había arrancado a los picos de las alturas los pedruscos que, en mil irregulares trozos, se amontonaban sobre el suelo?

El aspecto ominoso del lugar lo hacía muy propio para servir de guarida a un espíritu maléfico. Los espacios que había entre las peñas estaban tan llenos de zarzas y malezas que hubiera sido imposible el paso a no ser por el desecado lecho de un arroyo que describiendo varias curvas conducía a la salida por el lado opuesto. Seguimos dicho camino. Cuando hubimos llegado al interior, encontramos otro cauce seco, más ancho, que se unía con el nuestro. Nasar señaló la dirección de este último, diciendo:

—Éste es el camino que traerán los Dschamikum, y ahí, precisamente frente a nosotros, veo la puerta que conduce al Valle del Saco.

Dos inmensas moles de piedra, situadas a poca distancia una de otra, se habían inclinado con el curso del tiempo hasta tocarse por la parte superior, formando una ciclópea entrada que amenazaba precipitarse a cada instante. Cuando llegamos ante tan siniestra puerta, la obscuridad era tal que necesité esforzar la vista para darme cuenta de lo que me rodeaba. El valle consistía en el cauce del riachuelo y en un borde elevado y no muy ancho a mano derecha, que escalaron sin dificultad nuestros caballos. El lado izquierdo carecía de dicho borde y el agua, cuando la hubiera, lamería la pared de piedra.

Mientras avanzábamos por la única orilla, allá arriba, veíamos un pedazo de cielo que no parecía tener más que un palmo de ancho. Los cascos de nuestros caballos, al chocar contra las movedizas piedras del suelo, producían un ruido infernal que, al resonar entre las elevadas paredes del espantable Valle, daban un aspecto fantástico a nuestra marcha.

Más adelante, el cauce se hizo todavía más profundo y la orilla más ancha, permitiéndonos andar con cierto desahogo. También encontramos algunas muestras

de vegetación de la que crece sin necesidad de que la alumbren directamente los rayos del sol.

Respirábamos una atmósfera pesada y húmeda que fatigaba los pulmones. Al acercarnos a la salida del valle o, mejor dicho, desfiladero, aspiramos con delicia una fresca y pura brisa y, momentos después, nos encontramos en una explanada bastante amplia para que todos pudiéramos tener cabida. El saco había terminado.

En realidad el nombre de saco no era muy adecuado al desierto paraje. Mucho más que a un saco se parecía a una ampolla de largo cuello y cuerpo redondo. El largo y angosto pasadizo se transformaba, sin transición alguna, en ancha explanada, en forma de semicírculo, en la que todos cabíamos cómodamente.

Sin embargo, la palabra saco también podía aplicarse, en sentido figurado, al lugar en que estábamos, porque el camino terminaba allí. La línea que formaba el suelo de la botella se interrumpía bruscamente cortado por un abismo cuyo fondo no podíamos entrever. A ese abismo desembocaba nuestro cauce.

Cuando el agua corriera por su lecho, debería causar horror ver aquella masa líquida precipitarse y desaparecer por la profunda sima. La parte de la montaña que se alzaba en la otra parte del abismo no era pedregosa ni muy empinada; al contrario, formaba una suave inclinación, cubierta de musgo, ante el que se alzaban algunas viejísimas encinas y otros copudos árboles. Su aspecto era seductor. Por desgracia, la mencionada sima nos impedía el paso.

En tiempos anteriores debió de existir un puente cuyos restos teníamos ante los ojos. Des gruesos y prehistóricos troncos; algunos otros atravesados y sobre ellos piedras. Éstas habían desaparecido. De los travesaños sólo quedaba uno, cuya posición delataba que la destrucción del puente no fue obra de la Naturaleza, sino de la mano del hombre.

Sin duda los Dschamikum habían arrojado piedras y travesaños al abismo para cortar la retirada a los *Massaban*. Cuando el jefe de estos últimos se dio cuenta del destrozo, no manifestó la menor inquietud. Lejos de eso, exclamó con alegría:

—¡El puente está destruido! ¡Qué suerte para nosotros! Mañana, cuando lleguen los Dschamikum, no podrán huir por aquí y tendrán que rendirse. No tenemos necesidad de guardar el puente y todos podemos tomar parte en la persecución del enemigo.

Estas palabras dieron origen a manifestaciones de alegría en las que, naturalmente, nosotros no participamos. Sobre todo Halef, puede decirse que más bien se había caído que bajado del caballo. Yo le cogí por un brazo, arrastrándole hasta el sitio que me pareció mejor para pernoctar.

Allí lo dejé en el suelo, le puse por cabecera la silla y lo arropé bien con su manta y la mía pues el frío lo hacía tiritar. El desgraciado parecía haber llegado al límite de sus fuerzas. Apenas lo envolví en las mantas, se destapó e, incorporándose, me dijo, con la angustia y el espanto retratados en el rostro:

—*Sidi!* ¿Nos hemos de quedar aquí?

—Sí —contesté con un ademán afirmativo.

—¿Toda la noche?

—Sí.

—Me moriré, estoy seguro. Siento que no puedo permanecer aquí, que me costará la vida si lo intento.

—Nos es imposible retroceder.

—¿Y avanzar?

—El puente no existe.

—Tenemos nuestros caballos: la sima es angosta, podemos saltarla.

—¡Halef! —exclamé asustado—. Sería una Insensatez.

Contraí los labios y apreté los puños como si quisiera reunir todas sus fuerzas y consiguió, una vez más dominar su debilidad. Se puso en pie y fue hasta el borde del abismo, cuya anchura midió con mirada bastante tranquila. Luego volvió a reunirse conmigo, diciendo:

—*Sidi*, escúchame. El ruego que voy a hacerte es, probablemente, el último que te dirigiré en esta vida. He mentido porque no quería angustiarte, pero me encuentro peor de lo que puedas creer. Por no confesarte mi estado, he combatido con todas mis fuerzas, pero éstas se me han terminado, mejor dicho, no me quedan, más que las necesarias para dar ese último salto. Entonces me desplomaré y puedes cuidarme como quieras. ¿Te negarás a venir conmigo?

—¡Halef! ¡Mi querido amigo! —contesté alarmadísimo, no por el peligro que pudiera correr, sino por el estado de mi compañero.

—No me hagas pronunciar palabras inútiles, que sólo sirven para robarme las fuerzas que tanto necesito. El paso por el desfiladero es imposible, se necesitaría demasiado tiempo y nos lo impedirían los *Massaban*; pero si me quedo aquí conozco que estoy perdido y solo, no puedo huir. *Sidi*, mi buen *Sidi*... ¿me aprecias todavía?

—Más que nunca, mi fiel Halef.

—Acuérdate del temerario salto que diste con tu Rih sobre la Sima del Traidor. Assil no es menos saltarín que su padre y esta sima estoy seguro de que no es tan ancha como aquélla.

Le puse ambas manos en los hombros y miré fijamente su rostro. Jamás me pareció más expresivo ni tampoco más resuelto. Realmente se trataba de su vida y era preciso salvarla.

—¿Puedes sostenerte firmemente sobre la silla? ¿Aun cuando sólo sea por dos minutos?

—Te lo juro por Alá.

—Pues hágase como quieras. Permanece quieto, yo haré todos los preparativos.

Los *Massaban* estaban a la sazón ocupados con el arreglo de sus caballos y la provisional instalación de su campamento. Por estas causas no se ocupaban de nosotros. Volví a ensillar a Barkh, arrollé las mantas e inspeccioné con especial cuidado la resistencia de las cinchas. Mientras tanto decía Halef:

—*Sidi*, aquí no tenemos sitio para temar carrera. Díselo a los caballos, estoy seguro de que te comprenderán.

Conduje los potros al borde del precipicio hasta que pudieron mirar sobre el vacío y acariciándoles el cuello les dije:

—¡Salta! ¡Salta!

Al oírlo, levantaron la cola, echaron atrás las orejas y dilataron las ventanillas de la nariz aspirando ruidosamente el aire. Comprendían perfectamente el significado de la palabra y estaban dispuestos a obedecerla.

—¿Quién va en primer lugar?

—Tú. No echés en olvido que, en la parte opuesta, la piedra desaparece bajo una capa de tierra y madera podrida y Barkh resbalará si apoya solamente las patas delanteras. Coge el látigo en la mano y anima con él al caballo, si ves que, por desgracia, pierde terreno. No te asustes tampoco si creo necesario acelerar el salto salvador mediante un disparo.

—No será necesario tanto. Y tú ¿me seguirás?

—Tan pronto como estés al otro lado y me dejes sitio. Antes no.

—¿Puedo empezar? ¿Ahora?

—Sí.

—¡Pues que Alá nos ayude! Pienso en mi Incomparable Hanneh, a quien entregué mi corazón para siempre, y en mi hijo Kara Ben Halef, esperanza y alegría de mi vida. En cuanto a ti, *Sidi*, siempre estaremos juntos en éste o en el otro lado del precipicio. Has sido y eres mi amigo; te doy gracias por todo. Déjame sitio... ¡Allá voy!

En el fondo de nuestro campamento la obscuridad era completa. Por fuera aún quedaban algunos débiles vestigios de luz, pero sobre la profunda abertura de las rocas estaba el cielo abierto y la claridad permitía divisar distintamente la orilla opuesta a la que nos empujaba el deseo de salvar la vida. ¿Sería quizá aquella siniestra sima la encargada de contestar a la pregunta de Halef?: «*Sidi*, ¿qué opinas de la muerte?».

Cogió su carabina con objeto de echársela a la espalda, pero yo lo impedí diciendo:

—¡Alto! ¡Déjala! Ya te la llevaré yo.

—¡Pero si ya tienes dos! —observó él.

—No importa, no estoy tan malo como tú y Assil salta mejor que Barkh. Quiero ayudarte.

Se negaba a permitirlo, pero yo corté la discusión recogiendo a los dos caballos por la brida y haciéndolos retroceder todo lo posible. Al observar esto, me dijo Nasar Ben Sehuri:

—¿Quieres cambiar de sitio? ¿Vais a dormir ahí dentro, donde el aire es tan pesado y difícil de respirar?

—No —contesté—, lo que nos proponemos es enseñaros lo que habéis de hacer

mañana para coger a los Dschamikum.

—¿Enseñarnos? ¿Y de qué modo?

—Atravesando la cortadura de un salto.

—¡Imposible! No hay caballo capaz de saltar ese barranco. Sólo un demente puede intentarlo. Eso no sería desafiar el peligro, sino buscar una muerte segura.

—Desde luego confiamos en la protección de Alá, pero no nos tengas por dementes. Podemos intentar con nuestros caballos lo que sería imposible con los vuestros. Dejar el paso libre y que nadie intente detenernos ni con un ademán, pues pasaríamos sobre él.

—Pero, *Sidi*, permite que te diga... eso de saltar la sima...

—¡Silencio! —lo interrumpí con dureza—. De nada servirán tus palabras.

Tenía el propósito de aturdirlo con mi severidad para que no pusieran trabas a nuestros planes. Y lo conseguí. Una vez iniciado el salto, cualquier estorbo podría costarnos la vida. Si Nasar hubiera sido más inteligente, habría tratado de indagar la verdadera causa de nuestro atrevido capricho y no le hubiera sido difícil descubrir que intentábamos separarnos de él y de su gente, pero sin duda esta idea le pareció tan absurda, que ni por un instante la admitió como posible. Además, el asombro que le causó nuestro intento, no le permitió reflexionar.

—¡Oíd vosotros! —gritó a los suyos—. Nuestros huéspedes quieren atravesar el precipicio. Me parece una increíble temeridad.

Respondieron en la ruidosa forma que tenían por costumbre, pero ningún caso les hicimos. Halef, que había montado en Barkh, empuñó el látigo y, mirándome con una confiada sonrisa en los labios, me dijo:

—Estoy pronto. Perdona mi potro si en esta ocasión, crítica y única, recibe un fustazo de mi mano, al que quizá debamos los dos la vida. ¿Vamos?

—Antes has de tener el campo completamente libre y te repito que no te asustes si creo conveniente hacer algunos disparos.

Como es natural cuanto antecede tuvo lugar en menos tiempo del que he tardado en escribirlo. De nuevo dirigí una investigadora mirada a mi amigo. Su porte era firme y sereno y en su rostro se reflejaba tal confianza en sí mismo, cual si no fuera admisible la idea de un fracaso.

Me eché las dos carabinas a la espalda, conservé la tercera en la mano e hice caracolear a mi Assil, obligando a que se retiraran los pocos *Massaban* que se habían adelantado hacia la sima.

—¡Adelante! —grité a Halef.

—¡Alá me ayude! —exclamó él añadiendo—: ¡Salta, salta, Barkh!

Estas palabras animaron al caballo, que al parecer, estaba perfectamente enterado de la situación. Avanzó, mejor dicho, voló con tal rapidez que mi ejercitado oído no podía distinguir el ruido de cada pisada. Tuve una sensación desconocida para mí y que, probablemente, tampoco hubiera experimentado si el Hachi no se hallara tan enfermo y falto de fuerzas.

Me pareció que todo mi ser se transformaba en un inacabable y estruendoso alarido pidiendo ayuda. Barkh llegó al borde del precipicio... sus músculos se contrajeron cual resortes de acero, saltó sobre el vacío... tomó tierra con las cuatro patas... ¡Creí ahogarme de alegría! Pero el potro resbalaba... Halef se dio cuenta del inminente peligro y, levantando el látigo, lo dejó caer sobre la grupa del fogoso animal; éste, rebelándose, dio un bote que le acercó aún más al borde fatal. ¡Era inevitable la caída del jinete y del caballo! A menos de que un disparo mío no fuese la salvación de ambos...

Solté el gatillo... la detonación, muy aumentada por la resonancia de las peñas, fue cien veces contestada por los ecos de las montañas. Hubiérase dicho que este ensordecedor estallido empujó materialmente los cuartos traseros de la noble bestia... ¿O debía atribuirse a la maestría de Halef?

Éste recogió las piernas, puso ambas manos sobre los costados del potro, se inclinó cuanto pudo hacia adelante y, con un rápido brinco, se apeó por las orejas, logrando tomar tierra firme.

Esta maniobra y el efecto del disparo animaron al caballo, que, haciendo un esfuerzo supremo, logró avanzar, alejándose algunos pasos del resbaladizo borde y se detuvo junto a un grupo de árboles mientras temblaba violentamente todo su cuerpo.

Halef lo siguió, tambaleándose, se volvió, levantando el brazo para hacerme una seña... pero, agotadas sus fuerzas, se desplomó al suelo cual si le hubiese derribado una descarga.

CAPÍTULO 26

Sucumbo a la enfermedad

No creo que en toda mi vida haya experimentado angustia comparable a la de aquellos momentos, seguida de tan intensa alegría. Los *Massaban*, paralizados por el espanto, hablan permanecido inmóviles, pero, pasado el peligro, prorrumpieron en tales gritos que, repetidos por el eco, parecía imposible que salieran de gargantas humanas. Saltaban aquí y allá, agitaban los brazos al aire, en una palabra, diríase que les faltaba la razón.

—¡Silencio y echarse atrás! —vociferé yo, pues sólo en este tono podía hacerme entender.

—¡Quédate! ¡Quédate aquí! —me gritó Nasar—. ¿No has tenido ante los ojos la más horrible de las muertes?

—¿Y no has visto, a tu vez, que esta muerte no es tan segura como a ti te parece? —respondí—. ¡Cuidado! ¡Dejadme sitio!

Diciendo esto hice caracolear a mi caballo para que me dejasen el paso franco. Conseguido mi objeto, acaricié el hermoso cuello de mi potro negro y le dije con voz tranquila:

—Salta, Assil. Salta.

Vio a su compañero Barkh allá en frente y comprendió mis palabras. No necesitó más estímulo. Observé que tomaba aliento y me levanté sobre los estribos; esto aligeró la carga. Avanzó con paso firme la escasa distancia que le separaba del abismo y, llegando al borde, salvó la cortadura con la ligereza del pensamiento. Una vez en el lado opuesto, dio cuatro o cinco pasos y, sin necesidad de detenerlo, se paró junto a Barkh.

Todo lo dicho pasó con extraordinaria rapidez y, esta vez, los *Massaban* guardaron profundo silencio. Me apeé de un salto y, arrojando las armas, acaricié con ambas manos la cabeza del noble animal. Bien se había merecido que, ante todo, le hiciera alguna demostración de gratitud. Pero debía ocuparme de Halef.

Éste yacía en el suelo sin hacer ningún movimiento. Ni por un instante pensé en que estuviera muerto; sólo se trataba de un desmayo, no ciertamente producido por el pánico, sino por el supremo esfuerzo llevado a cabo y que había agotado todas sus fuerzas. Ya había llegado él por mí tan temido momento de la postración.

¿Qué se podía hacer? Pero... ¿no sonaba cerca de mí una voz que me llamaba con acento contenido?

—Sidi! Sidi...

La voz sonaba dentro de un corpulento árbol.

—¿Quién me llama? —pregunté.

—Yo. El jeque de los Dschamikum.

—¿El *Padar*?

—Sí, no quiero salir de detrás de este árbol para evitar que los *Massaban* puedan verme desde el otro lado del precipicio, a pesar de la obscuridad. Ven tú aquí.

Así lo hice. En efecto, allí estaba con el mismo disfraz de faquir con que hasta entonces lo habíamos visto.

—¿Eres tú? —le pregunté con sorpresa—. ¿Cómo es posible que ya estéis aquí? Nosotros hemos venido al trote largo y, al parecer, por el camino más corto.

—Nosotros hemos venido aún más de prisa y por un camino más corto que el vuestro. Quise llegar el primero, a fin de poder cerrar la trampa esta misma noche. Tanto aquí como a la entrada del valle, tengo mis centinelas que me dan cuenta de cuanto ocurre. Los míos os han visto llegar y han ocupado el valle detrás de vosotros, de modo que los *Massaban* no podrán salir de él a menos que lo permitamos nosotros.

—Ante todo debo decirte que, durante la noche, llegará la retaguardia.

—La noticia es importante y te la agradezco, no dejaré de tomar las medidas convenientes. Me había puesto aquí al acecho para observar el efecto que producía en los *Massaban* hallar destruido el puente. Me olvidé decirte que lo habíamos inutilizado. Creí lo más probable que tú y el jeque de los Haddedihnes pasaríais la noche con ellos y, hacia la madrugada, os alejaríais aprovechando un descuido para uniros con nosotros. Pero lo habéis hecho antes de lo que esperaba y de un modo que me faltan palabras para expresar mi admiración. *Sidi*, ¿no habéis pensado en la muerte?

—¡Oh, sí! Justamente por eso hemos dado el salto. Se trataba de salvar a Halef y era imposible tenerlo allí hasta la madrugada. Esto me impulsó a correr ese riesgo.

—Lo que habéis hecho es más, mucho más de lo que se designa con el nombre de riesgo. No te ocultaré que sentía cierta vergüenza al pensar que vuestros caballos habían alcanzado a la yegua del *Ustad*, pero, ahora que he visto de lo que son capaces, afirmo que nadie debe sentir vergüenza por haber sido vencido por ellos. También yo he pasado momentos de angustia al ver a Hachi Halef retrocediendo hacia el abismo. Su atrevida maniobra y tu disparo le han salvado la vida, pero al ver que tú te proponías seguirlo, mi corazón apresuró sus latidos. El árabe había estado en peligro y éste debía ser mil veces mayor para un europeo que desconoce las cualidades de nuestros caballos. ¡De qué buena gana te hubiera gritado que renunciaras a semejante salto! Pero me estaba prohibido delatar mi presencia y tú salvaste el abismo con incomparable ligereza y pasmosa seguridad. No ibas sentado sobre la silla, sino de pie en los estribos. Nunca he visto cosa igual. Todo esto era nuevo e inesperado para mí, pero, al mismo tiempo, tuve la sensación de que no teníamos nada que temer por ti. Tu potro saltó valientemente trazando un semicírculo en el aire. Sólo fue un instante, pero lo que en él vi no se borrará jamás de mi recuerdo. Eres tú, y sin embargo, me pareciste una imagen de eso que se llama

porvenir. ¡Eras el Occidente montando un caballo Oriental sin tacha! Salvó el abismo que separaba las dos razas Assil nos ha traído el cristianismo. La siniestra sima ha desaparecido y yo te digo: ¡bienvenido sea el Occidente! El Oriente está enfermó y yace a nuestros pies, insensible, como el desmayado cuerpo del Hachi. Pero tú y yo lo haremos volver en sí y en nuestro cariño encontrará su salvación.

Y atrayéndome a sí, me dio un estrecho abrazo, que yo devolví de todo corazón, aun cuando todavía iba vestido de faquir y por consiguiente, distaba mucho de poder aspirar al título de modelo de limpieza física. Prosiguió el anciano:

—Tal ha sido la impresión que me ha causado ese brevísimo instante; pero esas oleadas, en lo futuro, nada pierden con ser cortas: al contrario, su brevedad les permite grabarse más profundamente en la memoria Pero permite que nos ocupemos de Hachi Halef. Voy a dar algunas órdenes y pronto estaré de vuelta.

Se alejó. ¡Qué extraño recibimiento por parte de aquel singular anciano! Sus palabras me causaron profundísima impresión, aumentada por el misterio de la noche. Sobre mi cabeza se alzaban las elevadas y frondosas copas de los árboles agitadas por una fuerte brisa: delante se extendía un dilatado terreno desconocido y cerca, se hallaban hombres, a la vez extraños y amigos. A mi espalda quedaba el siniestro abismo salvado por nuestro atrevimiento y a través de él, llegaban hasta mis oídos las voces de los *Massaban*. Me pedían una contestación, pero yo no les di ninguna. En lo sucesivo nada quería tener que ver con semejante gente y, si las circunstancias lo permitían, ni aun quería volver a ver a ninguno de ellos, pues era de suponer que no necesitaríamos ocuparnos de tales bribones. Los Dschamikum tendrían, seguramente, bastantes fuerzas para quitarlos de en medio.

Halef seguía en la misma postura en que cayó. La respiración era demasiado débil para mover el pecho y, por más que buscaba; no podía dar con el pulso. Lo llamé pronunciando su nombre junto a su oído, pero de nada sirvió. Sus manos, brazos y todas sus articulaciones estaban inertes. Ante mí sólo tenía un cuerpo sin fuerzas, sin voluntad y casi sin vida.

¡Y éste era el enérgico e impulsivo Halef Omar, que tanto gustaba de aplicarse el título de héroe de Oriente! Mientras me esforzaba inútilmente por sorprender algún síntoma de vida en mi compañero, como es natural, me olvidaba de mí mismo. Sin embargo, no pude menos de observar que, al inclinarme, tenía tal peso en la cabeza que me parecía imposible poder sostenerla. En el cerebro sentía un intolerable roce y mis párpados se negaban a permanecer abiertos. En todo mi cuerpo sentía una sensación dolorosa y, al mismo tiempo, consoladora que sólo se podía expresar con las siguientes palabras: «Te has defendido mientras ha sido preciso, pero ya ha pasado el peligro; ahora eres mío».

Volvió el jeque de los Dschamikum acompañado de varios de los suyos. Yo, que me había sentado junto a Halef, me puse en pie, pero lo hice con tanta dificultad que hube de apoyarme en las manos. Cuatro hombres transportaron el inanimado cuerpo de mi compañero, otros se encargaron de los caballos y el jeque me cogió la mano,

diciendo:

—El *Ustad* te ruega que aceptes su hospitalidad. Le he enviado un mensajero y ya sabe que venís.

—¿Está lejos? —pregunté.

¿Le sorprendió mi pregunta o la apagada voz con que ésta fue hecha? Lo cierto es que me preguntó:

—¿Tú también estás enfermo?

—Repentinamente me siento cansado, muy cansado.

—¿Tienes manchas en el cuerpo?

—Sí, en el pecho.

—*Alá jisillimak!*^[36] ¿Y en tal estado has podido dar un salto tan peligroso? ¡Es incomprensible! ¡Eso es superior a las fuerzas humanas!

Yo, queriendo echar la cosa a broma, respondí:

—Hace poco me has comparado al Occidente; perdona que éste se te acerque en tan lastimoso estado.

Me estrechó con fuerza la mano por la que me guiaba y contestó:

—Conozco vuestra dolencia; ataca a los hombres más robustos. Vosotros tratáis de disimularla sacando fuerzas de flaqueza, pero a nosotros no podéis engañarnos. Ven, hermano mío. Yo te ayudaré.

Bajo los árboles reinaba tal obscuridad que, extendiendo el brazo, no se distinguía, la mano. El jeque me sostenía con fuerza; al parecer, conocía perfectamente el terreno y me advertía todas sus desigualdades. Sin embargo, el camino se me hizo más pesado de lo que en realidad era, de modo que tropezaba y vacilaba con frecuencia.

En vista de mi falta de seguridad, mi acompañante pasó su brazo por mi cintura para sostenerme mejor. De buena gana me hubiese dejado caer en aquellos robustos y afectuosos brazos para que me llevaran como a un niño.

No puedo precisar por espacio de cuánto tiempo marchamos así, subiendo unas veces y bajando otras. Había perdido por completo la noción del tiempo. Llegamos al término del bosque. Sobre nuestras cabezas volvieron a brillar las estrellas y nuestros pies hollaron la blanda hierba de la llanura.

Al separarnos del pedregoso terreno dividido por el abismo, el jeque y yo cerrábamos la marcha; la lentitud de mi paso hizo que nos rezagáramos, perdiendo de vista a los que llevaban al Hachi y a los caballos. Al preguntar yo por el primero, recibí la siguiente respuesta:

—Puedes estar completamente tranquilo. Encontrarás a tu amigo junto al *Ustad*; también estarán allí los caballos y las armas.

¡Las armas! Un retrospectivo temor me sobrecogió. Las había olvidado, olvidado por completo cuando dejé el campo acompañado por el jeque de les Dschamikum. Ahora recordaba que, al saltar del caballo, las dejé caer al suelo. Aquel descuido, imperdonable en otras circunstancias, me dio a entender que también mi enfermedad

había hecho más progresos de lo que yo me figuraba.

Apenas nació esta idea en mi cerebro cuando empezó a dominarme; tuve que detenerme porque me temblaban las piernas y los pies se negaban a prestar servicio.

—¿Qué te pasa? —me preguntó el jeque—. ¿Sientes mucha dificultad al andar?

—Simplemente, es que no puedo dar un solo paso. Permite que me siente un instante.

Deslizó su brazo y trató de dejarme caer suavemente. Siéndome imposible permanecer echado, tuve que sentarme por faltarme las fuerzas para mantener erguida la parte superior de mi cuerpo; todas mis coyunturas se aflojaron pareciéndome imposible que volvieran alguna vez a su estado normal.

No acertaba a darme cuenta de lo que pasaba; me parecía estar profundamente dormido y hasta soñando. Sin embargo, llegaba a mis oídos la bien timbrada y afectuosa voz de mi guía, me hablaba a mí y hablaba a otros, pero la voz parecía venir de muy lejos. Sentí que me cogían y levantaban; debía ser muy ligero, pues yo experimentaba la sensación de carecer de cuerpo.

Un impulso de tranquilidad y confianza me hizo recostarme en los brazos que me llevaban, como si hubieran sido las alas extendidas de un ángel. Me pareció flotar por toda la eternidad, en medio de miles y miles de bienaventurados... ¿Qué sonidos eran los que llegaban a mis oídos? ¿Eran las arpas tañidas por manos celestiales o las voces de que nos habla el *Antiguo Testamento* y que decían: «Levanto mis ojos hasta la montaña, de ella nos vendrá la ayuda»?

Una mano se posó en mi frente. A su contacto me pareció que una fuerza inmaterial y benéfica se extendía por todo mi ser y una voz sonora pronunció las últimas palabras del mismo salmo:

—«El señor proteja tu entrada y tu salida hasta la eternidad. Amén».

Calló la voz y unos pasos ligeros se alejaron. En mí y a mi alrededor reinó un profundo y místico silencio, pero tenía la sensación de que no estaba solo ni abandonado; halagaba mi olfato una suave y sagrada fragancia a incienso y mirra. Muy cerca de mí sonaron dos campanitas y mi oído percibió su armonioso sonido.

No deja de ser singular que, a pesar de mi estado, hiciera yo la observación de que en aquel acorde faltaba la quinta. Después oí una estrofa en idioma kurdo, cantado a cuatro voces, y cuya traducción es la siguiente:

«Señor, rezando

me atrevo

a presentarme delante de ti.

Oye mi ruego

y escucha benigno

lo que mis lágrimas quieren decir».

El canto no fue acompañado por órgano, sino por arpa... ¿Habría alguna iglesia cerca? ¿Estaba yo aun en este mundo? ¿Soñaba o estaba en vela? Ningún poder tenía sobre mis ojos... ¿Los poseía aún? ¿Me habría transformado ya en espíritu... en alma? ¿Dónde estaba mi cuerpo? No lo podía decir.

A mi lado percibí un suave roce, como el que produce una túnica al moverse. Dos delicadas manos femeninas estrecharon mi diestra y una bien timbrada voz de contralto cantó con sentido acento:

*«Señor, me acerco
y rezo
implorando por todos los que amas.
No permitas que nos roben
la fe y las creencias
que estimamos más que la vida».*

Después ya no pude oír nada más...

CAPÍTULO 27

Un hospital improvisado

Cuando de nuevo pude tener noción de las cosas me di cuenta de que estrechaban mis manos, aunque desconocía a la persona. Hice esta observación, a pesar de haber casi perdido la noción del tiempo y del lugar. Después sentí un contacto como si dos labios se hubieran posado sobre mi mano, quise retirarla, pero no pude ejecutar el movimiento. ¿Quién era la que, arrodillada a mi lado, oraba por mi vida?

Tenía vivísimos deseos de saberlo, pero no conseguí formular la pregunta. De pronto se abrieron mis ojos, como obedeciendo a una orden superior y no a mi propia voluntad, e inclinado sobre el mío vi el serio y puro rostro de una hermosísima joven. Su belleza era tan perfecta y su expresión tan dulce que merecía el calificativo de divina. Sus ojos, a pesar de su color oscuro, parecían claros por la intensa luz que de ellos irradiaba; el calor que despedía su mirada se extendió sobre mi ser. Hubiera dicho que ya había visto anteriormente aquel celestial semblante, pero no de pase y con indiferencia, sino con la misma emoción que sentía en este momento.

Una franca sonrisa de alegría animó las correctas facciones en las que se reunía la inocencia de la infancia con los encantos de la juventud y los mismos labios que hacía poco habían rozado mis manos dijeron:

—¿No me conoces, *Sidi*? Soy Schakara a quien salvaste la vida.

Quise responder, pero no pude. Unos débiles e ininteligibles sonidos fue todo lo que salió de mi boca. Ella prosiguió:

—Soy la muchacha que cernió las oelimkires^[37] en Amadijeh y a quien tu mano devolvió la casi perdida vida. ¿No lo recuerdas?

Moví los párpados para darle a entender que la había comprendido, pero aún me estaba vedado el don de la palabra. La doncella puso su mano derecha sobre mi frente y añadió:

—La enfermedad te impide hablar, pero continúa tranquilo. Ghadeh es la misericordia misma y no querrá darnos la profunda pena de verte morir ante nuestros ojos. El *Ustad* ha rogado por vosotros y seguramente sus preces serán atendidas por la bondad divina... Mira, ahora se acerca; ¿lo ves?

Esta última pregunta sin duda fue hecha porque yo había vuelto a dejar caer los párpados, que se negaban a levantarse. A pesar de mi casi insensibilidad, oí pasos que se acercaban.

—¿No ha vuelto aún en sí? —preguntó a Schakara la misma voz varonil y sonora que antes oí.

—Ha abierto los ojos y me ha mirado —contestó ella—, pero no puede hablar.

—¿Te ha conocido?

—Así lo creo.

—Parece que ha vuelto a caer en el marasmo. A éste lo salvaremos sin duda; por desgracia, no puedo decir lo mismo de su compañero: está muy próximo a la muerte.

En esto oí la voz de Halef que en tono iracundo decía:

—¿A la muerte? ¿Su compañero? Es decir, yo.... ¿Pensabais que dormía? Pues acabo de despertarme y os he oído...! ¡Yo no estoy a la muerte! ¡No, no y no! ¡Yo soy el Hachi Halef Omar, el héroe haddedihi, de la poderosa tribu de Schammar! Mi nombre es conocido en todas partes y no estoy dispuesto a morirme. Por consiguiente, lo que decís es imposible, yo no estoy a la muerte... la muerte... no... no... la muerte...

Oí estas palabras de mi querido amigo, pero no pude ver dónde estaba. Intenté formular una pregunta; mas antes de lograrlo se desvaneció el último vestigio de mi voluntad. Tuve la sensación de que me llevaban lejos, muy lejos y, a pesar de la inconmensurable distancia, seguía oyendo la palabra: «A la muerte». «A la muerte».

¿Cuánto tiempo duró esta ausencia de mí mismo? O, expresándome en lenguaje corriente, ¿qué duración tuvo mi desmayo? No puedo decirlo. Me pareció que, positivamente, se acercaba el sonido de las arpas; en realidad era lo contrario, yo me acercaba a ellas porque iba recobrando el sentido. Sin grande esfuerzo, pude abrir los ojos, aunque sintiendo un peso desconocido sobre los párpados.

Me sentía completamente extenuado. Al intentar volver la cabeza, pasó algún tiempo antes de que lograra separar el rostro del lado de la pared en donde hasta entonces lo había tenido. Mi boca estaba abierta y lo más raro es que esta posición me parecía natural sin que ni por un momento se me ocurriera cerrarla y, al mismo tiempo, sentía claramente que éste era uno de los inequívocos síntomas de la fiebre exantemática.

Entonces me hice cargo fié la situación. Me hallaba en un aposento espacioso, claro y elevado de techo, cuyas paredes, a simple vista, parecían formadas por muros de piedra; dos de los lienzos carecían de aberturas, en el del fondo se abría una puerta grande de dos hojas, circunstancia muy singular, dada la localidad en que nos hallábamos, y en la parte delantera tres columnas, combinadas con la pared, formaban amplias arcadas capaces para dar paso a una cantidad más que suficiente de aire y luz.

En uno de los ángulos estaba yo y en el otro Halef, ambos con los pies hacia la puerta, a fin de que los rayos solares no hirieran directamente nuestros ojos.

A lo largo de la pared del fondo se extendía una fila de frondosas plantas, para recrear nuestras miradas, según pude saber después. A la derecha, que era donde yo estaba, había un amplio nicho en el que se vela un sillón con honores de trono. Ante éste se extendía un tapiz con varios almohadones persas a uno y otro lado.

De todo esto deduje que no me hallaba en un vulgar aposento y más tarde supe que aquélla era la sala del consejo en la que el *Ustad* reunía a los ancianos para deliberar. El habernos instalado en semejante estancia era realmente una atención que

nunca podríamos agradecer bastante. En las paredes estaban grabadas varias sentencias que no pude leer, distinguía los objetos, pero convertir en pensamiento los signos escritos era tarea superior a mis fuerzas.

Sabido es que en aquellas regiones las camas son desconocidas, pero los lechos de reposo en que yacíamos eran más grandes y cómodos, y sobre todo más limpios de lo que allí se acostumbra. Los mullidos almohadones, amontonados uno sobre otro, formaban una amplísima plataforma sobre la que hubieran podido dormir con holgura varias personas y las limpias mantas de piel de camello, por su ligereza y suavidad, parecían tejidas con seda.

Halef estaba callado e inmóvil; su rostro estaba extraordinariamente demacrado, parecía el de un cadáver. Confesaré que a su vista no sentí la menor impresión. ¿Era confianza o la indiferencia que nos suele comunicar la enfermedad?

Cerca de la puerta y rodeada de flores estaba Schakara. Su túnica era blanca, llevaba el velo echado hacia atrás y la opulenta mata de sus oscuros cabellos colgaba en dos largas y pesadas trenzas. Sus afilados y ágiles dedos rozaban las cuerdas de una *Sandurah*^[38]. ¿Puede compararse un rostro humano con un poema? Suele decirse que el hombre es el mejor poema de la Creación y el ser que yo estaba admirando, si no era el mejor, era indiscutiblemente, uno de los más hermosos.

¿Hubiera permitido algún médico europeo hacer música en las propias barbas de enfermos tan graves? Probablemente, no. Claro está que mucho depende del instrumento, y el arpa es de los menos estridentes. Su dulce sonido será siempre grato a los oídos humanos y un calmante para los nervios enfermos. No se puede, exigir a una montañesa curda la técnica de un artista. Schakara se limitaba a expresar su inspiración por medio de acordes sencillos. ¿Qué sabía ella de cromáticos cambios de tono? Pero esta misma monótona simplicidad permitía al oído recoger los sonidos tan fácilmente como penetran en el pecho las ondas de aire necesario para la respiración.

De ahí provenía que aquellos tonos llegaran directamente hasta el alma, diríase que pertenecían a la atmósfera de aquella casa y que esparcían una benéfica influencia. Me causó la impresión de que en mí había algo que, por espacio de largo, larguísimo tiempo, había dominado y despertaba, por fin, a los acordes del arpa. Esto fue causa de que experimentara una especie de decepción cuando los dedos de la hermosa curda dejaron de acariciar el instrumento.

—Toca más... te lo ruego.

Pronuncié estas palabras indeliberadamente, sin darme cuenta de ello y, al mismo tiempo, sentí cierto asombro al ver que podía hablar de nuevo. La doncella corrió hacia mí, y sentándose a mi lado, dijo:

—¡Gracias a Dios! He oído tus palabras; ¿me ves y puedes entenderme?

—Sí —le contesté.

—Te encuentras en la propia morada del *Ustad*. Él quiere que yo sea vuestra enfermera. ¿Lo permites también?

—Sí.

—¿Tienes algo que mandarme?

—No, nunca.

—¿Por qué nunca?

—Porque yo podré rogarte, pero no mandarte.

Cogió mi mano entre las suyas y me miró largamente, diciendo al mismo tiempo:

—Sigues siendo la bondad misma. Dime, *Effendi*, ¿qué aroma es el que prefieres?

—Benefflesch.^[39]

Me besó la mano y con paso ligero salió de la estancia. ¿Por qué se había informado acerca de mi perfume predilecto? Por desgracia pronto conocí la causa, es decir, ya la conocía, pero mi inteligencia estaba tan débil que al punto no la adiviné.

El lecho de Halef estaba cercado por cajones llenos de tierra en los que crecían magníficos rosales. En tomo mío no había flores y, hasta el presente, no me había preguntado por qué.

De repente, empecé a tiritar, sintiendo un frío tan intenso como si me hallara enterrado entre hielo y nieve. Era un temblor continuo acompañado de alta fiebre que me hizo recordar las manchitas que me salpicaban el pecho.

Me miré y pude ver que las manchas se habían extendido por toda la parte superior de mi cuerpo incluso los brazos. Este descubrimiento aumentó el intolerable calor que sentía en la cabeza, mientras que el resto de mi cuerpo tiritaba de frío.

Entró el jeque de los Dschamikum y, pisando quedo, se dirigió hacia Halef. Como es natural, ya había desechado los andrajos de faquir y vestía unos amplios calzones blancos y una túnica persa hasta las rodillas que se ceñía a la cintura mediante una faja de seda azul. En lugar de pistolas llevaba unos magníficos ejemplares de rosas de Schiraz. Su larga y poblada cabellera gris, peinada hacia atrás, le caía hasta los hombros. Su rostro, libre de la suciedad que antes le desfiguraba, era muy propio para inspirar veneración y estaba animado por un soplo de juventud que emanaba del alma y que no dejaba de ser sorprendente en un hombre de tan avanzada edad. Sólo al verlo se comprendía que el nombre de *Padar* le cuadraba perfectamente. Padre, sí, que repartía su amor entre los suyos, un amor regulado por el juicio y que, a su vez, engendra amor.

CAPÍTULO 28

Dos visiones

Al entrar en la estancia, el venerable jeque de los Dschamikum se dirigió al lecho que ocupaba Halef y observó atentamente al Hachi, se arrodilló a su lado y pronunció varias palabras sin obtener contestación. Le acarició después el rostro y le cogió la mano para ver si se movía, pero también fue inútil, porque mi pequeño y querido compañero no daba señales vida.

Entonces, el *Padar* se acercó a mi y, viendo que tenía los ojos abiertos, me preguntó, sentándose a mi lado:

—¿Me reconoces, *Sidi*?

—Sí —contesté yo.

Fijó sus grandes y luminosos ojos en los míos y yo sentí que su mirada penetraba hasta lo más profundo de mi ser. Después de una breve pausa, prosiguió:

—¿Te duele la cabeza cuando te hablo?

—Algo, pero muy poco.

—Pues me limitaré a decirte lo más preciso. Conozco a fondo tu enfermedad y puedo asegurarte que no morirás a no ser que sobrevenga alguna complicación imprevista. Durante la pasada noche os he administrado con frecuencia nuestro remedio sin que os dierais cuenta, puesto que ambos estabais sin sentido. Puedes estar seguro de que su eficacia es indudable.

—¿También para Halef?

Viendo que vacilaba en contestarme, añadí con tono suplicante:

—Dime la verdad. Soy hombre y necesito saber a qué atenerme.

Inclinó la cabeza y dijo:

—Tienes razón. A otro no me atrevería a decírselo, pero a ti no debo ocultarte la verdad. Caerás en un profundo y largo sueño y, cuando despiertes, todo lo que hay de inmortal en tu amigo se habrá separado de su cuerpo. Esto es cuanto puede decirte mi boca y cuanto puede prever el juicio humano. Es posible que aún recobre por algunos momentos la razón antes de dormirse para despertar en la eternidad. Así lo creo yo. Claro está que por encima de todo está Ghadeh que es Todopoderoso y cuya misericordia es infinita. Y ahora dime, a tu vez, la verdad. ¿Tienes miedo?

—No. Te doy las gracias por tu franqueza, que me ha reanimado al demostrar que no me crees cobarde. Halef no morirá. Ghadeh se apiadará de nosotros.

—Sí, si confiamos en él, no dudo que nos enviará al *Meleh esch Sehefai*^[40].

—Estoy convencido de ello. Pero no debemos dejarlo todo a cargo del Ángel, es preciso que tratemos de ayudarlo. Déjame reflexionar.

Mi debilidad era mayor de lo que yo creía. No sólo hablar, sino hasta fijarme en

lo que decían, fatigaba mi atención. Cerré los ojos para pensar, pero ninguna idea acudió a mi mente. En mi interior la fiebre desarrollaba continuos y borrosos cuadros. La sensación era la misma que si tuviera frente a mí un telón corrido al otro lado del cual ocurrieran sucesos que se reflejaran imperfectamente sobre la tela.

De pronto, sucedió una cosa muy singular: la cortina, después de quedar inmóvil, se dividió en dos partes, que se recogieron a derecha e izquierda y ante mis ojos apareció la conocida figura de un mancebo, solamente vi su rostro durante un instante, pero sus facciones aparecieron tan precisas y animadas que toda duda quedaba descartada. Venía a caballo: primero lo vi a lo lejos, pero avanzó rápidamente a galope tendido y al llegar frente a mí, detuvo su corcel, me saludó con un cariñoso ademán y se desvaneció.

La cortina volvió a juntarse y a oscilar como antes. ¿Quién era el jinete? Nuestro Kara Halef... ¡El hijo de mi valiente amigo! Hasta pude reconocer su caballo. Era el famoso potro de cuatro años y de color tostado, Ghalib^[41], que los Haddedihnes habían ganado a los beduinos Abu Hammed y con el que querían mejorar su cría caballar. Aquel alazán era una hermosa esperanza y podía sostener dignamente la comparación con Assil y Barkh. No reflexioné más y, abriendo los ojos, dije al «Padre»:

—¿Quieres salvar al Hachi? En tu mano está.

—¡Con toda el alma! —respondió con efusión.

—¿Tienes algún caballo extraordinariamente ligero?

—Sí.

—¿Y alguien que conozca a fondo la comarca del Tigris, al otro lado del Oalat el Aschig, frente a Samara?

—Tengo un hombre de mucha confianza, buen jinete y que ha estado varias veces en Dschebel Sindschar, es decir, que conoce la comarca a que te refieres.

—Envíalo allí acompañado por algunos jinetes. En la parte occidental de Oalat el Aschig encontrará a los Haddedihnes. Bajo ningún pretexto dirá que Halef está enfermo, pero, sin falta, se traerá al hijo del jeque, cuyo nombre es Kara Ben Halef y ha de venir montado en el potro alazán tostado que se llama Ghalib, Me cuesta mucho trabajo pensar y emitir las palabras. Da tú la orden en la forma que te parezca más conveniente.

Se levantó y estrechando mi mano, dijo:

—Ya te comprendo, *Effendi*, cuando tu amigo se despierte para morir debe encontrar delante a su hijo. Quizá así su alma no querrá separarse del cuerpo. Antes de una hora, tres hombres dignos de confianza habrán abandonado el aduar para cumplir tu deseo con toda la rapidez posible.

En cuanto hubo pronunciado estas palabras, se alejó. Yo me encontré muy postrado y caí en una especie de letargo que no podía llamarse desmayo ni sueño, pues conservaba algo de sentido para darme cuenta de cuanto sucedía aunque no con claridad. Oí el suave roce de la túnica de Schakara, y su sutil aroma de violetas

perfumó el ambiente. Después, no sé cuánto tiempo pasó, perdí la noción del lugar y me pareció que estaba en Tierra Santa, precisamente en el Hebrón. Avanzaba sobre mi caballo, por la polvorienta carretera en dirección a la atalaya. Al pasar vi la encina de Abraham tan distintamente como si en realidad estuviera junto a ella, y, pasando a través de fértiles viñedos, alcancé la carretera de Jerusalén y, a la izquierda, me detuve, ante la fuente de Abraham.

Ésta se encuentra en un ángulo de la muralla y los fanáticos habitantes de El Chalil no ven con buenos ojos que un cristiano beba de su agua. Sin embargo, yo bebí y lo hice hasta saciarme. Después, como ya había hecho otra vez, recogí las semillas de las florecillas que allí crecen para sembrarlas en mi jardín. De pronto, una voz detrás de mí pronunció estas palabras:

—«La paz sea contigo».

Me volví sobresaltado. ¿Quién era aquella imponente figura cuyos ojos rebosaban bondad? ¿Era el primero de los Patriarcas a quien se le aparecieron los tres ángeles? ¿Era el mismo Abraham, hijo de Tharah y de origen caldeo?

Sí, lo era indudablemente. No podía ser más que él. Pero no tan viejo como en Haine Mamre, ni tan joven como en Mesopotamia y, sin embargo, era joven y viejo al mismo tiempo. Lo contemplé con respetuoso asombro.

Sí, lo contemplé. De nuevo había abierto los ojos y tenía conciencia de no estar en El Chalil, sino aquí, en las montañas kurdopersas. Me encontré echado en mi lecho, que estaba rodeado de frescas y perfumadas violetas, a mis pies estaba Schakara, arreglando las flores y, a mi derecha... ¿el Patriarca Abraham?

Seguramente que el auténtico vestiría una túnica de pelo de camello como aquel majestuoso y venerable anciano. ¿Anciano he dicho? ¿Era verdaderamente un anciano? Sí, porque la nivea barba que le llegaba hasta la cintura sólo puede ser galardón de la edad más avanzada, pero el noble rostro, que tanta veneración inspiraba, tenía expresión juvenil y la poblada cabellera, sencillamente echada hacia atrás, ostentaba, no el negro opaco debido a los afeites, sino el limpio y brillante que sólo concede la Naturaleza a los hombres en la edad viril.

Al abrir los ojos, lo encontré junto a mi tal y como lo había visto con los ojos cerrados. Sonrió con inefable bondad y, extendiendo la diestra sobre mi cabeza, dijo:

—La paz sea contigo.

¡Era la misma, profunda y sonora voz que yo había oído junto a la fuente! Una atmósfera de imponderable misterio rodeaba al desconocido. Comprendí que me atraía hacia sí y que era inútil la resistencia. Sólo pude contestar:

—Tú me lo devolverás... Tuyas son mis bendiciones y mi gratitud.

—El joven está con el viejo y el hijo descansa al lado de su padre. Confía en nosotros y recobrarás la salud. Pondré mi mano sobre tu fatigada y dolorida cabeza. La paz y la misericordia de Dios sean contigo.

Dejó descansar su mano sobre mi frente por lo menos durante el espacio de un minuto. Estaba caliente y, sin embargo, me causaba una grata impresión de frescura.

Por un impulso instintivo cogí aquella mano y la llevé a mis labios. Él me dejó hacer, pero, levantando un dedo, me dijo en tono de bondadosa broma:

—No cuentes esto en tu patria. ¿Cómo es posible que el Occidente bese la mano al Oriente? Te tomarían por loco.

Y, alejándose lentamente de mi lado, se encaminó hacia Halef. ¿Con que éste era el *Ustad*, es decir, el Maestro? Lo seguí con los ojos, porque me parecía imposible apartarlos de él. ¿Volvía la fiebre a posesionarse de mí? Por mi mente cruzó esta idea: «¿Acabas de contemplar a la personificación del Oriente?». Semejante pensamiento sólo cabía en un cerebro enfermo.

Permaneció algún tiempo junto al lecho del Hachi, sin hacer más que observarlo. Después le puso también la mano en la frente y se alejó con gesto muy grave.

—Éste es el *Ustad* —me dijo Schakara—. Pronto se apoderará de tu corazón. ¿Quieres oír el arpa?

Hice un signo afirmativo y la doncella fue a coger la *sandurah*, pero, antes de llegar adonde estaba, se quedó suspensa, el Hachi había hecho un movimiento.

—*Sidi! Sidi!* —llamó en voz alta.

—Aquí estoy, Halef —respondí.

—He estado muy cerca... muy cerca —respondió sin abrir los ojos.

—¿De qué?

—De la muerte... de la muerte, los he visto a los dos, a los dos.

—¿A quiénes?

—Al Hachi y a Halef. El Hachi era otro, pero Halef era yo. Halef dirigía sus pasos al Paraíso, en cambio el Hachi iba por el camino más corto hacia el Infierno. La lucha fue muy violenta. Halef perdía terreno y el Hachi estaba a punto de triunfar, cuando sentí que una mano se posaba en mi frente y me salvó. *Hamdulillah!*

Su voz tenía un extraño sonido, en el que se traslucía la ansiedad.

—¿Por qué no me contestas? —preguntó—. ¡Yo quiero vivir! ¡No me resigno a dejar este mundo! ¡Halef no quiere morir y el Hachi lo arrastra a pesar suyo! ¡La mano... la mano! ¡Que vuelva cuanto antes... para ayudar a Halef... a Halef... a Ha... lef!

Su voz se fue haciendo cada vez más ronca hasta que se extinguió con la última sílaba, volviendo a caer en el marasmo. Schakara pulsó el arpa y sus dulces acordes llegaron distintamente a mis oídos. Después me pareció que se alejaba... dejé de oírlos por completo. Me había dormido.

¿Dormido? Aquello era algo más que un sueño natural. Más tarde supe que había, permanecido por espacio de dos días sin hacer el más pequeño movimiento. Un frío intensísimo fue la causa que me hizo despertar.

Al otro lado de la estancia, junto a Halef, había varios hombres ocupados en frotar a éste con paños empapados en agua fría. El ambiente me pareció menos puro que antes. A través del aroma de las violetas se filtraba un hedor a descomposición cual el que exhalan los cadáveres. ¡Ah! Pronto di con la causa, el hedor se desprendía

de mi cuerpo y era uno de los síntomas del tifus infeccioso.

Sabía yo que esta fase se prolongaría por espacio de semanas enteras y de ahí la necesidad de las violetas. Estas olorosas flores debían hacer a mi lado el papel que desempeñaban las rosas junto a Halef. Sentí un intenso miedo, más por él que por mí. Quise preguntar a aquellos hombres, pero las palabras se negaron a salir de mis labios. Aquel estado duró poco, pues no tardé de nuevo en, perder el conocimiento.

CAPÍTULO 29

Un valle encantador

Más tarde recordé haber experimentado la sensación que produce en el cuerpo el agua fría y percibido un fuerte olor a amoníaco. También creí oír la voz de Halef que me llamaba y que decía algo de morir.

Después de pasar dos semanas con escasas alternativas, volví a recobrar la sensibilidad y me di cuenta de que la mano del *Ustad* se posaba sobre mi frente.

—Sonríe —dijo él—. ¡Qué postrado estás! Parece que intenta abrir los ojos.

En efecto, así era; pero no lo conseguí más que a medias. El anciano se inclinó sobre mí, diciendo:

—Veo que me comprendes; tranquilízate, estás salvado. También vive aún Halef, pero no ha despertado todavía. Si logramos que lo haga tal vez podremos salvar su vida.

Volví a caer en la inconsciencia. Posteriores recuerdos me dicen que Schakara se arrodilló con frecuencia junto a mí, dándome, como a un niño, varias cucharadas de un alimento líquido, y mi debilidad era tan grande que apenas podía ingerirlo.

Mi alegría fue muy grande al comprobar que había desaparecido el nauseabundo hedor que me había sofocado hasta entonces y aún mayor la que me produjo la vista de una especie de pirámide levantada frente a mi lecho y compuesta por mis armas, mi ropa, el correa y la silla de Assil. Como es natural, agradecí sinceramente esta prueba de cariñosa atención.

—¡Assil! —murmuré involuntariamente—. ¡Cuánto te echo de menos!

—¿Quieres verlo? —preguntó la muchacha curda.

—Sí.

No dio la orden para que lo trajeran, sino que, adelantándose hasta uno de los arcos que daban paso al exterior, pronunció el nombre de mi hermoso caballo negro. Esto me dio a entender que el hermoso animal estaba cerca. Oí sus pasos que se aproximaban, acompañados de su conocido y alegre relincho.

Para penetrar en la estancia había que subir unos doce escalones, pero bastaron algunas cariñosas palabras de la joven para que mi potro se decidiera a salvarlos. Esta confianza por parte del fiel animal demostraba lo mucho que Schakara debía haberse ocupado de él.

Pronto vi aparecer la característica y fina cabeza de Assil junto a la columna en que se recostaba la bella curda. Ésta la rodeó con sus brazos estrechándola con cariño y Assil correspondió a aquella demostración de afecto pasando su limpio hocico sobre la mejilla de la joven. Jamás había concedido esta caricia más que a Halef o a mí y no dejó de sorprenderme la repentina simpatía que otorgaba a la excelente

muchacha.

—¡Assil! —exclamé.

La debilidad de mi voz pareció sorprenderlo y permaneció inmóvil como si escuchara.

—¡Assil! —repetí—. Ven acá...

Se acercó poco a poco y se detuvo cerca del lecho, mirándome; extendí la mano y el noble animal dio otro paso, sin quitarme la vista de encima.

—No puede conocerte —me dijo Schakara—, porque estás muy distinto de lo que eras.

—¡Assil, mi fiel y valiente camarada!

Se aproximó hasta casi tocar el lecho para verme más de cerca, olfateó mi mano y mi rostro y, de pronto, levantó la cabeza y lanzó cuatro relinchos seguidos, tan ruidosos y alegres como nunca se los había oído. Después levantó la cola, enderezó las orejas y realizó una serie de extravagantes y graciosas cabriolas, conmovedoras por el espontáneo cariño que demostraban.

Sus botes correspondían a los saltos de alegría que da un perro fiel cuando, después de larga ausencia, encuentra a su querido amo. Schakara fue a buscar varios puñados de *kischr*^[42] que esparció sobre mi manta. Por lo visto la muchacha había descubierto que aquél era su manjar favorito.

Pero no los comió, no probó uno solo, sino que, hiriendo el suelo con sus patas delanteras, como tenía costumbre de hacer cuando se disponía a dormir, se echó pegado a mi lecho, de modo que su cabeza quedara al alcance de mi mano para que pudiera acariciarla. Todas las criaturas gustan de ser queridas y devuelven con creces el afecto que se las concede.

Desde este momento, pudo darse por vencida mi enfermedad, pero aún me faltaba combatir la extremada debilidad que era su consecuencia. Me sometieron a una alimentación reconstituyente, pero fácil de digerir.

El *Ustad* y el *Padar* me visitaban diariamente, cuidando hacerlo mientras dormía, a fin de que no me fatigara al hablar, pero mil discretas y delicadas atenciones atestiguaban que su pensamiento estaba sin cesar ocupado en Halef y en mí. Schakara permanecía constantemente en la habitación, abandonándola tan sólo cuando nuestro estado requería ayuda masculina.

Pero ¿y Halef? Ya hacía tres semanas que estaba sumido en el más profundo sopor, respiraba débilmente y no parecían apreciarse los latidos de su corazón. Rogué que me condujeran junto a él para poder observarlo.

—¡Qué espectáculo se ofreció a mi vista! No pude contener las lágrimas que se agolparon a mis ojos. Verdad es que en el período de la convalecencia está uno más propenso al enternecimiento. Tenía ante mi vista un cadáver cuyo rostro estaba aún más desfigurado y espantoso a causa de las manchas del tifus.

Los ojos cóncavos, las hundidas mejillas y la contracción de los lívidos labios que dejaban al descubierto los blancos dientes del Hachi, daban a aquella faz el aspecto

de una calavera. Igual que aquélla eran las momificadas cabezas de Ramsés II, Thomosis y otros héroes del antiguo Egipto que tuve ocasión de ver en el Museo de El Cairo.

Allí, los muertos, aun después de estarlo, parecían hacer esfuerzos para conservar sus cuerpos eternamente, y aquel hombre que casi parecía un cadáver, diríase que esperaba el instante de que se desprendiera su alma para convertirse en un montón de podredumbre.

No pudiendo soportar la vista de tan desconsolador espectáculo, rogué que me volvieran a mi lecho. Entonces se me ocurrió la idea de pedir un espejo. Lo había y me lo trajeron para que pudiera contemplarme.

¡Cielo santo! Mi rostro no estaba mejor que el de Halef y ya no me sorprendía que Assil no me hubiera reconocido, lo mismo me habría sucedido de no estar seguro de que era yo mismo. Jamás se me hubiese ocurrido que aquella oscura máscara fuese mi propio semblante.

Por fortuna pronto se inició la convalecencia, avanzando día por día. Hacía mucho consumo de leche, mi bebida favorita, y de jugo de carne de pollo prensada. Ya no me fatigaba al hablar y pude observar en mí, según suele ocurrir en todos los convalecientes, un extraordinario y casi infantil interés por las más insignificantes pequeñeces.

En uno de esos días y cuando el sol caminaba hacia su ocaso, esparcieron cojines al aire libre y Schakara me preguntó si no deseaba salir a respirar un poco de aire, limitándome, como primera expedición, a transponer los veinte pasos que me separaban de las columnas.

Accedí muy gustoso. Dos hombres me levantaron conduciéndome al exterior. No fue penoso el trabajo gracias a mi poco peso. Por primera vez pude echar una ojeada sobre el terreno en que nos hallábamos. No podría menos de parecer un Paraíso, aun cuando no fuera un convaleciente quien lo contemplara.

Desde el sitio en que me hallaba doce escalones conducían a una amplia explanada cubierta de fresca hierba, en la que libres andaban o, mejor dicho, saltaban, Assil y Barkh. Estaba cercada por multicolores macizos de flores en los que sobresalían magníficos rosales floridos.

Varios frondosos plátanos extendían sus robustas ramas dando grata sombra y, desde allí, partía una bien cuidada senda que conducía al fondo del valle. Esto equivale a decir que la casa del *Ustad* estaba construida en una majestuosa elevación.

Se erguía sobre restos de antiguas murallas persas y su aspecto más era de castillo que de casa particular, pero, naturalmente, estas observaciones las hice con posterioridad. El valle que se desarrollaba ante mis ojos tenía forma elíptica, en cuya parte más pequeña, orientada hacia occidente, me encontraba yo.

Su longitud podría recorrerse en una hora y se necesitaría la mitad de ese tiempo para atravesarla. En su centro rizaba la brisa las limpias aguas de un lago y rodeaban a éste, hermosas paraderas de pasto, del que disfrutaban gran número de caballos,

mulas, camellos, becerros y otros muchos animales pequeños.

En segundo término se veían campos bien cultivados que alcanzaban hasta la cima de las montañas. En ellos crecían viñedos, fresales y árboles frutales, llegando al sitio en que el bosque no permitía que le robasen terreno.

También divisé susurrantes arroyos que, cayendo de lo alto, iban a engrosar con sus aguas las del lago en el que, verdadero milagro en Persia, se balanceaba un balandro. La campiña estaba salpicada de casitas construidas sobre piedra, de techo plano y enjalbegadas paredes. Sólo eran habitadas en invierno.

Para la estación presente se habilitaban tiendas de campaña o se extendían sobre las planas azoteas amplios toldos que sostenidos por estacas, formaban pabellones que permitían gozar del relativo fresco de la noche.

Esta especie de chozas se encuentran en varias comarcas de Oriente. Principalmente pueden verse sobre los viejos y húmedos edificios de Beled esch Sehech y El Gadschur, situados en la carretera que conduce de Haifa a Nazareth.

Las montañas tienen aquí tanta elevación que el bosque no puede seguir las hasta su cima. En sus crestas se extienden praderas alpinas, y las cabras que en ellas pastan sólo parecen, a simple vista, diminutos puntitos blancos.

La mayoría de las casas y tiendas estaban situadas en la parte norte, desde la que arrancaba un camino semejante a una carretera que terminaba en una meseta de peñascos, sobre la que se erguía un edificio que, desde luego, me llamó la atención. Por su estilo parecía un templo abierto por todos sus lados y cuyo techo no se sostenía sobre paredes, sino sobre columnas, pero ninguna señal me indicó el culto a que estaba consagrado.

Sólo alcanzaba a ver las columnas y el techo. No había altares, bancos ni púlpito, pero todas las columnas estaban cubiertas de rosales de pitiminí y otras plantas trepadoras. El extraño templo estaba rodeado por un precioso jardín cultivado con esmero, al que se llegaba por numerosas sendas cuidadosamente enarenadas. Aún estaban mis ojos contemplando asombrados tanta belleza, cuando alguien salió de la estancia y se detuvo detrás de mí. No podía verlo, pero tuve la clara sensación de que era él *Ustad*. Pasó algún tiempo sin que éste hablara o se moviera, yo imité su ejemplo y seguí mirando a la montaña.

CAPÍTULO 30

Se aproximan dos viajeros

La luz había empezado a retirarse del valle y el crepúsculo avanzaba suavemente. Cuando llegó al pie del bosque, las despejadas cimas de las montañas parecieron convertirse en un mar de oro líquido, los últimos rayos del sol les daban su ardiente y postrer beso de despedida. El oro se convirtió primero en naranja, luego en tonos purpúreos, a los que siguieron unos tintes violeta y los vivos matices del crepúsculo desaparecieron de la montaña para convertirse en la aurora de otro mundo.

—Buenas noches —pensé desde el fondo de mi alma.

Apenas coordiné este pensamiento, cuando oí detrás la inconfundible y profunda voz del *Ustad* que dijo:

—Buenas noches para nosotros; para otros, en cambio, son buenos días. ¿Me permites, *Effendi*, que permanezca un corto rato junto a ti?

—Ninguna presencia me es tan grata como la tuya —respondí.

Avanzó hasta situarse a mi lado y, poniendo su diestra sobre mi cabeza, me dijo:

—Desde que estás en mi casa, hoy es la primera vez que la enfermedad no se interpone entre mis palabras y tu entendimiento. Por fortuna está vencida y puedes oír y comprender cuanto te voy a decir. Te doy de nuevo la bienvenida. Puedes permanecer aquí cuanto gustes y mientras tu yo superior, que generalmente llamamos alma, se complazca en confundirse con la mía. Te esperaba.

—¿Tú? ¿A mí? —pregunté sorprendido.

—Sí, desde mucho, muchísimo tiempo atrás. Sí, no sabes cuánto hace que os espero, a vosotros... a vosotros...

Se detuvo un instante, como si quisiera darme lugar para medir el alcance de sus palabras, prosiguiendo después:

—Y, por fin, has venido. Por cierto en un estado lamentable. Yo te bendigo con la más excelsa bendición que pueda recibir un hombre del Cielo y transmitirla a otro hombre. Recibe esta bendición y no creas que consiste en vanas palabras, no proviene de mí, sino que emana de Aquel que es el origen de todas las bendiciones.

Diciendo estas palabras, avanzó y se sentó a mis pies en un escalón. ¿Cabía mayor modestia y humildad? ¡Qué grande era aquella acción, al parecer tan insignificante!

Durante unos momentos reinó el silencio entre nosotros. El crepúsculo se convirtió en noche cerrada. Las casas habían desaparecido, pero algunas luces indicaban el lugar que ocupaban las pacíficas viviendas. En el firmamento las estrellas se hacían cada vez más visibles, su luz permitía divisar los contornos de la montaña y de sus cimas sin árboles se desprendían suaves resplandores que absorbían mis ojos.

El *Ustad* levantó el brazo diciendo:

—Veo que contemplas nuestras montañas. ¡Ojalá todo el Occidente hiciera lo mismo! Pero, según parece, no quieren ver más que nuestros valles y cuando de nosotros hablan sólo mencionan las hondonadas y no las alturas. Siempre se trata de nuestra decrepitud y jamás de nuestra adolescencia; de nuestro pasado y no de nuestro porvenir, de nuestra muerte y no de nuestra vida, de nuestra debilidad y no de nuestra fuerza, de nuestros desengaños y no de nuestras esperanzas. Sólo conozco un europeo que nos conoce bien y nos hace justicia y ese eres tú, *Effendi*.

—Aún no he tenido ocasión de hablar contigo —contesté—. Y, sin embargo, ¿conoces mis opiniones?

—Sí, no tenemos los medios de comunicación que vosotros poseéis, pero la *Ilahn*^[43] es una rápida mensajera, come de aduar en aduar esparciendo por todas partes lo que sabe y lo que oye, y ya hace mucho, muchísimo tiempo que nos ha hablado de, ti. Has sido varias veces huésped de los Haddedihnes y, desde allí acá, no media mucha distancia. Ya has estado anteriormente en las montañas kurdas, y cuanto en ellas has llevado a cabo ha llegado hasta nosotros. He adivinado en tu alma cierta inclinación hacia nosotros y por eso te digo que te esperábamos. Pero aún existe otra fuente en cuyas puras y claras aguas he aprendido a conocer tu valor moral. ¿Adivinas a qué fuente me refiero?

—No.

—Su nombre es Marah Durimeh.

—¡Ella! —exclamé. —¡Mi querida amiga y protectora! ¿La conoces?

—Probablemente nadie la conocerá en este mundo tan bien como yo. Pero dejemos eso ahora y hablemos de otra persona en quien deseo pensar. Cuando, al día siguiente de estar vosotros aquí, me trajeron vuestras armas, entre las tuyas me llamó la atención un magnífico *chandschar*^[44].

—¿Lo conoces? —pregunté con viveza.

—Sí, lo conozco muy bien. ¿Es un regalo?

—Sí.

—¿Dónde te lo dieron?

—En América.

—¿Quién te lo entregó? Perdona la pregunta, no es vana curiosidad la que me impulsa a informarme.

—Fue un persa llamado Dschafar.

—¿Mirza Dschafar? ¿El hijo de Mirza Masuk?

—El mismo.

—¿Te entregó esa arma con la seguridad de que haría cuanto estuviese en su mano en favor de quien se la presentara, fuera quien fuese?^[45]

—Justo. ¿También conoces sus palabras?

—No sólo éstas, sino que también me es igualmente conocido todo lo que sucedió entre Dschafar y tú cuando éste habló contigo. Ya ves que te conozco mejor de lo que

podías figurarte; por eso estoy enterado de lo que opinas sobre el Oriente y sobre sus relaciones con Occidente. Me figuro que tendrás interés por saber algo acerca de Mirza Dschafar, pero te ruego que ahora no me preguntes. Aún permanecerás junto a mí bastante tiempo para que tengamos ocasión de hablar de tan importante personaje. Sobre ese hombre pesa un secreto y todavía no sé si debo o no comunicarte cuanto de él conozco.

Se calló y yo por mi parte guardé también silencio. ¡De qué manera tan admirable se van tejiendo los hilos de la vida humana! Por alejadas que estén las mallas una de otra, surge de pronto una hebra que las une íntimamente. ¿Quiénes son los obreros que manejan esos telares? ¿Pretenderemos ser nosotros mismos? ¿Quién nos coloca ante la lanzadera? ¿Quién dispone el dibujo? ¿Quién vigila el incesante ir y venir de la canilla día por día, hora tras hora, desde el principio hasta el fin de nuestra carrera en este mundo? ¿Nosotros? ¡Pobres e insensatas ciegos!

Mientras me abismaba en estas reflexiones, mis ojos tomaron la dirección del florido templo y pregunté al *Ustad* qué edificio era aquél.

—Es nuestra *Beit i Chadeh*^[46], también puedes llamarla *Beit Alá*, porque Alá y *Chadeh* es lo mismo. Vosotros lo llamáis Dios.

El anciano, que hasta entonces había estado de perfil, se volvió repentinamente y, mirándome de frente, dijo:

—¡Dios, Alá, *Chadeh*! ¡Qué pecado mortal comete el que afirma que estos tres nombres no significan lo mismo! Conocí un misionero europeo que enseñaba a sus discípulos que al Creador de Cielos y Tierra sólo se le podía llamar *God*, en inglés y que Alá y *Chadeh* eran falsos dioses. ¡Como si el Eterno y único hubiera de cambiar de ser para cada pueblo y para cada raza! El insensato que tal afirma pretende colocarse por encima de la Divinidad, puesto que se atribuye el derecho de decidir qué palabra ha de ser la única para designar a Quien todo lo ha creado. Tú, como cristiano, ¿tienes valor para llamar a Dios, Alá o *Chadeh*?

—Puesto que tengo valor para hablar con Dios por medio de la oración, claro está que no he de carecer del valor que dices. No tengo poder para asignar a Dios el nombre por el que ha de ser llamado en los distintos idiomas de la tierra y no soy lo bastante insensato para afirmar que Dios es un ser cuyo nombre sólo se puede combinar con las letras del alfabeto alemán.

—Eso mismo pienso yo. En cada lengua tiene su nombre que se aplica a diferentes oraciones, pero Él siempre es el mismo. ¿Qué palabra humana podrá abarcarlo? ¿Qué edificio de la tierra puede envanecerse de ser su única mirada? Para Él hemos construido el templo de las columnas que ves allá en frente, pero no pretendemos que sea la Casa de Dios, sino «nuestra Casa de Dios». La hemos levantado para adorarlo en ella y no para que la habite únicamente favoreciéndonos a nosotros y en perjuicio de otras razas y pueblos. Quien se proponga encerrar a Dios, dondequiera que sea, comete el pecado de querer sujetar con los lazos de lugar y tiempo al Ser que no admite trabas... ¿Por qué te he hablado ante todo de *Chadeh*?

¿Por qué no he preferido otro tema en mi primera conversación contigo? Porque lo primero era que supieses a quién pertenece esa casa y este pequeño pueblo que la rodea y cuyas luces ves brillar en la oscuridad. Con eso quiero darte a entender que te hallas en medio de gente que sabe a quién pertenece. No sólo decimos que estamos al servicio del Altísimo, sino que aprovechamos todas las ocasiones para demostrarlo con hechos. Pronto podrás convencerte de ello.

Dos campanas empezaron a tañer sobre nuestras cabezas.

—¿Por qué tocan? —pregunté.

—Para pedir oraciones. En este momento todos los habitantes de nuestro valle elevan su alma a Dios. Las campanas han lanzado al aire sus sonidos y todos cuantos oyen su voz cruzan sus manos sobre el pecho y miles de corazones rezan. Voy a hacer lo mismo.

—Yo también.

Al pronunciar estáis dos palabras me pareció que una fuerza desconocida me obligaba también a cruzar las manos sobre el pecho. ¿Acaso es necesario saber por qué reza otro hombre para poder rezar con él? No, la fe nos impone amar a nuestros semejantes y no es necesario que conozcamos a fondo sus deseos.

¿Hay algún dogma o doctrina que me prohíba cumplir como hombre mi deber de fraternidad hacia otros hombres buenos y hospitalarios? Espero que ninguno. ¿Existe una religión que imponga como consecuencia el endurecimiento del corazón? La atmósfera que respiraba era muy especial y mi estado físico me hacía aún más sensible a ella.

Allá abajo, en Basra, nuestros pulmones se habían saturado de un ambiente pestífero, no sólo emponzoñado por las circunstancias topográficas de la localidad; pero en cambio, aquí, en las alturas, disfrutaba de una pura y saludable brisa libre de todo germen nocivo.

Hubiera podido afirmar que jamás había oído sonidos tan puros como los de aquellas campanas. ¿Consistiría su principal encanto para mí en el desconocimiento del porqué y para qué sonaban? Lo cierto es que aquella religión, ajena a todas las formas exteriores, causaba profunda impresión en el ánimo, sin que ni por un momento se me ocurriera la idea de que pudiera operarse en mí un cambio de creencias. Sólo un hombre totalmente privado de sentidos y de corazón habría podido permanecer sin tomar parte interior y exteriormente en tan conmovedora escena.

Después de haberse apagado en la montaña, el eco de la última campanada, aún permaneció el *Ustad* silencioso por espacio de unos instantes. Después, volviéndose de nuevo hacia mí, dijo:

—Lo mismo que ahora, sonaron estas campanas la noche que os trajeron aquí al jeque y a ti. Ni un solo miembro de la tribu de los Dschamikum dejó de interrumpir su sueño para rezar por vosotros y todos repiten con gusto esas oraciones desde que saben que vosotros veneráis a nuestro *Chadeh*, bajo el nombre de Dios o de Alá. Si hubierais muerto entre nosotros, tampoco habiéramos dejado de honrar vuestros

cadáveres con las usuales ceremonias y, entre piadosos cantos y el doblar de las campanas, os hubiéramos llevado a la montaña, al mismo lugar que reposan nuestros hermanos. Os hubiéramos bendecido lo mismo que a ellos y en torno de vuestras tumbas habrían crecido nuestros más bellos y fragantes rosales. Nosotros no ocultamos lo que sabemos y lo que creemos, y nadie que tenga sano juicio puede dudar de que no somos nosotros los llamados a decidir sobre la salvación o condenación de los mortales. Dime, ¿entre vosotros, los cristianos, también hubierais bendecido y tocado las campanas por un creyente de distinta fe? Te hago esta pregunta sin esperanza de obtener respuesta, porque ya sé que no puedes dármela.

Al callarse él, yo también permanecí silencioso. ¿Por qué? ¿A causa de mi debilidad física o por hábil cálculo para evitar una discusión? ¿Por qué, al hablar de Aquiles, se ha de hacer referencia precisamente a su talón?

Bajando la mirada, la dirigí al valle y vi luces que se movían de un lado a otro. ¿Eran antorchas? Oí rumor de voces que sonaban en tono de mando. EL *Ustad* me preguntó:

—¿Observas cómo se anima la aldea?

—Sí —contesté.

—¿Sientes debilidad o ya te encuentras bien?

—Estoy bien.

—Pues tengo que comunicarte algo que, probablemente, causará gran impresión en tu ánimo.

—Di lo que sea y nada temas por mí.

—Es una doble noticia. La primera nada tiene de alegre. Te la diré primero para que la otra te sirva de lenitivo. El jeque sospecha que Halef Omar despertará esta noche.

—¿Por última vez?

—Eso no lo sabe más que *Chadeh*. Estoy seguro de que las suposiciones del *Padar* se realizarán, pues conoce esta enfermedad como nadie.

—¿Dónde estarán ahora los mensajeros que enviamos al aduar de los Haddedihnes?

—A eso se refiere la segunda noticia que tengo que darte. La idea de ir a buscar a Kara Ben Halef partió de ti, pero te fue inspirada por el mismo que a mí me infundió esperanzas de salvar a nuestro amigo, tan próximo a la muerte. Nuestros conocimientos se han abotagado y la única posibilidad de salvación consiste en la inesperada presencia del hijo del moribundo.

—¿Pero si no está aquí!

—Ya viene.

—¿Estás seguro? ¿Llegará hoy mismo? —pregunté gratamente sorprendido.

—Sí, hoy mismo, antes de medianoche. Me eché hacia atrás, respirando profundamente. Me pareció que las funciones de la respiración, interrumpidas hasta entonces, de pronto reanudaron su normal tarea. Cerré los ojos y mis miradas

penetraron en el interior de mi ser. Entonces pude apreciar la inmensa preocupación que me causaba Halef, pero las espesas nubes negras se separaron dando paso a un débil rayo de esperanza.

—¿Han regresado ya los mensajeros? —pregunté con interés.

—¡Oh, no! Han llegado junto con el joven jeque de los Haddedihs a un aduar que está a tres días de distancia de aquí. Allí han tenido que hacer alto para descansar, pues sus caballos no podían seguir adelante. Pero no hay quien detenga al hijo que desea encontrar vivo a su padre. Por consideración a la vida de su noble y fatigado caballo, ha consentido en pasar una noche en el mencionado aduar, pero apenas llegó allí, envió a dos mensajeros para anunciar que llegaría esta noche sin falta.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque no hace mucho lo he sabido yo. La ventaja con que salieron ha sido bien pronto ganada por la prisa del mozo que sólo de muy poco le han precedido. ¿Ves las luces que se mueven en el valle? Son mis Dschamikum que se reúnen para formar una escolta que salga al encuentro de ambos.

—¿De ambos, dices? ¿Son dos?

—Sí.

—¿Quién es el segundo?

—Un haddedihs que no viene a caballo sino que se sirve de dos rápidos camellos que usa alternativamente.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. Los mensajeros quedaren maravillados a la vista de estos camellos y, según han dicho, nunca vieren sus ejes tan soberbios animales.

—¿Llevan estos camellos litera?

—No. ¿Crees que el joven haddedihs viene acompañado de una mujer? No hay hembra que se atreva a soportar tales fatigas, aun cuando sea en litera. Los mensajeros dicen que el acompañante del joven haddedihs debe ser algún importante personaje cristiano, que habla poco, pero en tono imperioso. Lleva gafas azules y sobre ellas, un velo del mismo color para resguardar sus delicados ojos. Probablemente será algún sabio occidental que visita las ruinas del Desierto para buscar en ellas vestigios de otras civilizaciones. Y ahora dime con franqueza, ¿te ha excitado la noticia?

—No, aún estoy demasiado débil para eso. La crisis es inminente. Si ésta fuera desfavorable, no me cogerá desprevenido, pues tengo el firme convencimiento de que la vida del hombre no acaba con la, muerte, y aun cuando Halef Omar desaparezca de este mundo, no por eso lo perderé. La noticia de la próxima llegada del joven me regocija hasta lo más íntimo del corazón. No temas que su vista me perjudique.

—Entonces estoy tranquilo. He venido para prepararte. Ya sé que pugnan por salir de tu boca muchas preguntas que deseas ver contestadas. El *Padar* se prestará gustoso a complacerte. Yo me ocupo de las almas de los Dschamikum y dejo todo lo demás a su cuidado.

Se levantó y, después de pasarme la mano por los cabellos en señal de paternal caricia, dirigió sus pasos hacia el interior del edificio. A este contacto volví a experimentar la sensación de una fuerza benéfica e inmaterial que reanimaba todo mi cuerpo. ¿Puede causar tal sensación la bendición de un hombre bueno y bien intencionado? ¿O existe un fluido desconocido y capaz de transmitirse de un ser a otro?

CAPÍTULO 31

La bendición de una mujer

Al quedarme solo, mi pensamiento voló al hijo de Halef. ¡Por fin! Tenía un presentimiento, que tocaba los límites de la certeza, de que se presencia podría salvar a su padre. ¿Quién sería el desconocido que lo acompañaba?

Por un instante pensé en su madre, la incomparable Hanneh, la más hermosa de cuantas flores embellecen el Oriente, pero la falta de litera me hizo abandonar esta idea. Además, habían mandado que nada se dijese a Hanneh relativo a la enfermedad del jeque y preciso era conformarse con la opinión del *Padar* en cuanto a que no habla mujer que se atreviera a emprender semejante marcha forzada.

Cierto que se trataba de una criatura extraordinariamente resuelta, y que sabía, montar a caballo mejor que muchos hombres y que amaba a su marido con pasión tan intensa como duradera; pero aun suponiendo que se le hubiera ocurrido tal idea, las insuperables dificultades la habrían obligado a abandonarla.

¡Un sabio europeo! Este calificativo sólo era debido a las gafas azules y quizá no lo mereciera el sujeto en cuestión. También tenía yo gafas de dicho color para defender mis ojos contra el deslumbramiento que producen los rayos del sol al reflejarse en la arena o en las pétreas planicies; por cierto que el pequeño Kara me las pidió y yo se las regalé. Es decir, que las gafas no hacen al sabio, nunca tuve yo pretensiones de serlo ni logré simpatizar con lo que dicha palabra expresa. Pero entonces ¿quién sería ese hombre?

No podía ser nuestro buen David Lindsay y, sin embargo, sólo él, tan excéntrico y temerario en todos sus actos, podría atreverse a tomar parte en tan fatigosa jornada. Procuré desechar esta idea, pero no se me ocurrió otra y hube de conformarme con seguir el ejemplo de Halef en tales casos. Siempre que se trataba de averiguar algo, se escurría por la tangente afirmando que el descifrar enigmas no era de su competencia.

El valle había vuelto a quedar tranquilo, la escolta de que habló el *Ustad* sin duda había ya partido. En la explanada que había a mis pies y en la cual se hallaban nuestros caballos se colocaron antorchas en los sostenedores existentes a fin de encenderlas más tarde. Después, el *Padar* y varios servidores se acercaron al espacio delante de las columnas en el que yo me hallaba sentado. El primero dio varias órdenes en voz baja y, acercándose a mí, se sentó y me dijo:

—¿Te ha dicho el *Ustad* quién llegará hoy?

—Sí.

—Ya sé cuánto te alegrará la presencia del hijo y espero que el Cielo querrá conservarle al padre. ¿Te sientes con las necesarias fuerzas para afrontar una noche tan llena de emociones?

—Si impongo mi voluntad, obedecerá el cuerpo.

—Se me han mandado traer aquí las antorchas del consejo; sólo se encienden cuando los más ancianos se reúnen bajo la presidencia del *Ustad* para deliberar sobre un asunto de gran importancia. Pero esta noche la estancia estará tan iluminada como en esas ocasiones. Tengo que cuidar de la vida del enfermo y necesito luz para descifrar lo que dicen sus facciones. Lo que yo prohíbo no debe hacerse. ¿Estás conforme con esto?

—Desde luego.

—Cuando despierte, si no habla, morirá sin remedio; pero si su alma encuentra aún libre el camino de la palabra, es posible que podamos conservar su vida. Nuestro amigo sólo puede salvarse mediante un esfuerzo de su propia voluntad. Si aún lo conserva, podremos tener alguna esperanza. Si manifiesta algún deseo, debemos cumplirlo en el acto, a menos de que sea imposible, pues ese deseo será la base en que se apoyará su vida para sostenerse.

—Te ruego dispongas que me lleven junto a él; quisiera que, al despertar, me encontrara a su lado o, al menos, muy cerca.

—Así lo haremos; pero ¿por qué ahora mismo? ¿Te fatiga estar al aire libre?

—No, esperemos, pues, hasta más tarde. Ahora quisiera saber qué ha sido de los *Massaban*. Nada he vuelto a oír de ellos.

—Mañana o pasado te daré detallada cuenta de todo cuanto ha sucedido; por hoy me limitaré a decirte que no se nos ha escapado ninguno. ¿Te basta con eso?

—Sí, puesto que así lo quieres... ¡Escucha! ¿No has oído un disparo? ¡Otro... y otro!

—¡Tres tiros! Llegan antes de lo que yo esperaba.

—¿Con Kara Ben Halef?

—Sí. ¿Te sientes con ánimos, *Effendi*?

—Naturalmente.

—No presumas demasiado. Piensa en que una violenta tempestad va a sacudir los cimientos de tu alma y de tu vida.

—Mi alma es fuerte; conozco su temple.

—Pues sea. Mucho, muchísimo arriesgamos, pero tengo mi confianza puesta en *Chadeh*, que es el único en quien podemos tener confianza. Voy a echar una ojeada al enfermo y saldré a la puerta para recibir a los huéspedes. En seguida volveré aquí con ellos.

Se encaminó al interior y vi cómo daba las órdenes para encender las luces. Momentos después un vivo resplandor salió por las arcadas iluminando la terraza en que me hallaba. Pude ver distintamente a nuestros caballos echados y varios *Dschamikum* ocupados en encender las antorchas.

También aparecieron iluminados los distintos aposentos de la *casa alta* y todos estos reflejos se confundían en un brillantísimo torrente de luz, que, después de cabrillejar sobre las aguas del lago, alcanzaba hasta el fondo del valle.

De allí partió un estruendoso vocerío, mezclado con el relincho de los caballos, pero no se ejecutó ninguna fantasía ni juego de pólvora. La proximidad de la muerte impedía tales regocijos.

Pronto oí lejanas pisadas de caballo que se acercaban paulatinamente. Subían la montaña. De pronto llegó a mis oídos el impaciente *chchchammumh* de un camello. Conocía el sonido, era el que dejaba oír el *hedschüm*, nacido en las llanuras del Desierto, cuando se le obliga a subir a una montaña. Hacia la derecha resonó la potente voz del *Padar*. No pude entender las palabras, pero, sin duda, serían de bienvenida para los huéspedes. Momentos después aparecieron en la explanada los primeros jinetes *Dschamikum*; eran los guías.

Detrás de ellos, y bien alumbrado por las antorchas, venía mi querido ahijado, caballero en el hermoso *Ghalib*; seguían a éste dos magníficos ejemplares de camellos ligeros de la renombrada raza *Bischart*. Uno de ellos no traía jinete y sobre el otro montaba el desconocido extranjero. Sus armas colgaban del arzón de la silla y venía hablando con el *Padar*. Lo mismo que el joven *Kara*, vestía el traje usual de los hijos del Desierto.

Kara Ben Halef saltó con ligereza de su caballo y se acercó al camello para prestar su ayuda al jinete, pero éste, sin necesidad de ella, se deslizó prontamente de la silla y con tono tan alto e imperioso que pude distinguir muy bien las palabras, preguntó:

—Decidme ante todo dónde está el jeque de los *Haddedihnes*.

Aquella voz... Yo la conocía. ¿Me engañaban mis oídos o era verdad?

—Está dentro en el vestíbulo.

—Pues vamos.

Y el extranjero, tomando la mano de *Kara*, se dispuso a subir la escalinata.

—Te ruego que no subas tan de prisa —exclamó el *Padar* con acento suplicante—. Es necesario que, antes, yo...

Pero el desconocido no tuvo por conveniente hacer caso de tales palabras. Con señales de la más viva impaciencia, arrastró al joven de escalón en escalón hasta llegar al superior. Su mirada cayó entonces sobre mí y se quedó parado contemplándome. Pareció que su figura había perdido repentinamente la facultad de moverse y, mudo y paralizado, permaneció unos instantes. Después levantó los brazos con lentitud y, juntando las manos, exclamó:

—*Sidi*! ¿Eres tú?

—Sí, yo soy —contesté.

Dio precipitadamente los pasos que lo separaban de mí y cayó a mis pies y, cogiéndome ambas manos, las oprimió contra su rostro por debajo del velo que lo cubría, mientras que su cuerpo se agitaba convulsivamente cual si quisiera dominar, sin conseguirlo, los sollozos causados por un profundo dolor. De sus ojos se desprendieron torrentes de lágrimas que cayeron sobre mis manos y el tacto me convenció de que sus mejillas eran tersas, suaves y sin pelo de barba. *Kara*

permaneció inmóvil en el penúltimo escalón. También él me había reconocido, pero dejaba la palabra a su compañero.

Éste alzó la cabeza, me miró fijamente y dijo entre sollozos:

—Sí... es mi *Sidi*. El único amigo que tengo en este mundo. El sabio consejero de mi corazón, el fiel guía de mi alma, el bondadoso paño de lágrimas en todas nuestras penas. ¿Me conoces?

—¡Hanneh!

Mis labios apenas pudieron pronunciar débilmente este nombre, tan profunda fue la impresión que me causó. Mis ojos estaban llenos de lágrimas y, a pesar mío, me temblaba la voz. Arrancándose el turbante y el velo que lo cubría, exclamó la afligida esposa:

—Sí, soy yo, pero ¿y tú? ¿Eres el mismo?

—Lo seré de nuevo.

—Sí... debes... debes serlo. Yo te devolveré la salud y empezaré ahora, en seguida en este mismo instante. ¿Conoces la leyenda de *Chakika*?^[47] Vino del Cielo e iba en busca de los muertos, a quienes un beso suyo devolvía la vida.

—Conozco la narración. Esa celestial *Chakika* representa a la hermosa Verdad que es la humana luz.

—Pues déjame seguir el ejemplo de la leyenda y no te ofendas por mi atrevimiento.

Y, poniéndose de puntillas, atrajo hacia sí mi cabeza, estampó un beso en cada una de mis mejillas y otro en la frente. Después prosiguió entre lágrimas:

—¿Quién ha sido la que acaba de rozarte con sus labios? No ha sido Hanneh, la esposa del Hachi Halef Omar, jeque de los Haddedihnes. Los besos de esa desgraciada no te podrían traer suerte, a pesar de todo el cariño y la gratitud que para ti encierra su corazón. ¡Oh, *Sidi*! ¡Oh, *Effendi*! Ya sabía que todos te queríamos mucho, pero nunca pensé que fuera tanto. Esto sólo puedo apreciarlo ahora, cuando veo que, llevando aún impreso el sello de la muerte, nos sonríes con tanta bondad y dulzura, a pesar de la debilidad y cansancio que demuestra tu semblante y que me parte el corazón. Kara Ben Halef, hijo mío, acércate y pon tus manos sobre la cabeza de este hombre que nunca ha tenido más que bondad y amor para nosotros.

El joven apretaba los dientes para no echarse a llorar pero sus labios temblaban y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y no se limitó a poner las manos, sino que también apoyó su infantil mejilla sobre mi cabeza. El pobre me quería con toda su alma. Cruzando los brazos, prosiguió su madre:

—*Sidi*, ¡yo te bendigo! Pero mi bendición no es como otras; te doy en ella más de lo que yo podría darte, te bendigo por medio de las inocentes manos de mi hijo que, a su vez, están benditas por sus padres. Por consiguiente, tuyas son las bendiciones que deben acompañarte hasta la eternidad.

Entonces se dejó oír la profunda y clara voz del *Ustad*, que, sin ser advertida su presencia, se había adelantado hasta las columnas.

—No sólo recibirá esa triple bendición —dijo—, y tú no te limitarás a bendecir, sino que lo serás a tu vez.

Y, adelantándose, extendió sobre ella las manos, diciendo:

—Te veo hoy por primera vez y, sin embargo, me parece que te conozco desde hace mucho, muchísimo tiempo. Oigo decir que eres Hanneh, la esposa de nuestro amigo el Hachi Halef Omar, pero a mis ojos eres mucho más que esto, eres el alma femenina que sube hasta las alturas para transformar su alma y su espíritu. ¡Qué profundamente me has conmovido y qué eco han despertado tus palabras en mi corazón! Sentía en mi interior un gran anhelo, sin encontrar palabras para expresarlo, y tú, una mujer musulmana, destinada a la soledad del harem, me has dado el sublime ejemplo, siguiendo los impulsos de tu corazón de bendecir a un *Mazarah*^[48] contra el que te previenen tus creencias. ¡Qué gran valor debe conceder este hombre a tu triple bendición! Y yo, con más fervor que nunca, pediré a *Chadeh* que realice tus votos y que también te bendiga.

La beduina clavó en él largamente sus ojos y preguntó:

—¿Eres el *Ustad*?

—Así me llaman —contestó.

—Dices que te parece conocerme de hace mucho tiempo. ¿Y yo? ¿No te he visto en alguna parte? Pero ¿dónde y cuándo? No puedo recordarlo. Yo no he estado nunca en estas montañas y tú no habrás pisado jamás el territorio donde mi tribu planta sus tiendas. Con toda el alma te agradezco tus palabras, y ahora permite que vaya junto a mi esposo.

—Yo te conduciré —respondió—. El *Padar* está a su lado. Pero, hija mía, ¿tendrás bastante fortaleza para ver al Hachi en el estado en que se halla?

Irguióse la indómita mujer y, con centelleante mirada y segura voz, exclamó:


—Tú no conoces a su esposa, *Ustad*.

—Ya veo que eres digna de serlo —contestó él, sonriendo.

—Quizá se destroe mi corazón, pero no saldrá ni un gemido de mis labios. Mi hijo también es valiente. Ven, Kara, vamos a ver a tu padre.

CAPÍTULO 32

El despertar de Halef

¡ué mujer! El *Ustad* la cogió de la mano para guiarla, ella extendió otra mano a Kara y los tres se encaminaron al edificio. Escuché con atención, oí los pasos que se acercaron lentamente al rincón en donde estaba Halef. Después todo quedó en silencio. Ni una palabra, ni un grito. ¡Cómo se había asustado al ver mi demacrado semblante! Y, sin embargo, el de Halef estaba mucho peor y... aquel silencio detrás de mí. Con admiración, repetí de nuevo: ¡Qué mujer!

Con distraídas miradas seguía a los Dschamikum que se habían encargado del caballo de Kara y de los dos camellos para darles agua y pienso, pero mis pensamientos estaban junto al lecho de mi amigo. Después de transcurrido un rato, que a mí me pareció muy largo, oí unos pasos y pronto vi al *Padar* que se acercaba.

—Esa mujer es una heroína y su hijo es digno de ella —me dijo en voz baja—. Están junto a él y también se quedará el *Ustad*, porque suponemos que Halef no tardará en despertar. Empiezo a observar ciertos estremecimientos en su frente.

—¿Y yo? ¿No he de ir?

—Justamente venía a buscarte, no quiero que te eche de menos.

Llamó a varios de los suyos, que sobre los mismos almohadones me llevaron dentro. Hanneh y Kara estaban sentados junto al enfermo y el *Ustad* a los pies. A mí me colocaron cerca y el *Padar* se situó a la cabecera del paciente, al que observaba sin cesar. También estaba allí la hermosa muchacha curda y en la puerta había dos hombres prontos a cumplir cualquier mandato.

Desde mi sitio veía perfectamente el rostro de Halef, gracias a la claridad de las numerosas hachas de cera que iluminaban la estancia. Las numerosas colmenas de los Dschamikum proporcionaban este artículo, muy poco usual en aquellas regiones. Repito que el rostro del Hachi era en todo semejante al de una momia.

Hanneh permanecía inmóvil. Sus hermosas facciones parecían talladas en piedra, y en cuanto a Kara estaba sentado de modo que yo no podía observar las suyas. Respecto a mí, diré que trataba de cubrir mi ansiedad bajo una aparente calma. Experimentaba la extraña sensación de haber desaparecido mis deseos; pero lejos de aceptar lo irremediable, sentía en mí una seguridad de la que carecía antes de la llegada de Hanneh y de su hijo.

—*Sidi!*

—¿Qué era esto? ¿Me había llamado alguien? Dirigí una mirada circular a los circunstantes y todos me miraron a su vez, con la interrogación pintada en el semblante. Nadie había pronunciado aquella palabra, pero fue oída por todos.

—¿Ha sido Halef? —pregunté.

Nadie lo sabía. No había sido la voz tan conocida por nosotros. Tampoco habíamos observado ningún movimiento en sus labios. Todas nuestras miradas se clavaron en su boca que estaba entreabierta.

—*Sidi... Sidi...*

Ya no pude dudar de que era Halef quien me llamaba, aun cuando la posición de sus labios no había cambiado en lo más mínimo. La voz era muy singular: ni alta ni baja, privada en absoluto de timbre y entonación, pero distinta y clara. Si fuera posible que hablaran las sombras o los espectros, se expresarían, sin duda, en el mismo tono.

—Halef... Halef... —le contesté.

—Yo no soy ése...

—¿Tampoco eres Hachi?

—Pues serás Hachi Halef.

—Ya he dicho que no.

—Entonces, ¿quién eres?

—No lo sé.

—Dime tu nombre.

—No tengo ninguno.

—Pero tú te conocerás.

—Yo soy yo.

—¿Dónde estás?

—Aquí.

—Y ¿dónde es aquí?

—Junto a ti, junto a mi *Sidi*. Ahora estoy en el aduar de los Haddedihnes. ¿Dónde están Hanneh y mi hijo? No están... los busco...

—¿Dónde irás a buscarlos?

No me contestó y yo también quedé silencioso. Había pronunciado estas breves frases sin mover casi los labios y, a pesar de la falta de modulación, se pudieron entender perfectamente.

—*Sidi... Sidi...* —repitió, después de una larga pausa.

—¿Qué quieres? —contesté.

—Estoy contigo.

—¿Otra vez?

—Sí, veo con tus ojos.

—¿De veras?

—De veras... y veo cuanto tú ves. Ya los veo... por fin los he encontrado... Kara, mi esposa, mis dos amores... y aun veo más. ¿Quién... quién es ése? Es el *Padar* y debo partir... partir. ¿Quién soy... yo... quién...?

Con movimiento tan rápido como inesperado, se levantó el *Ustad* y, en voz alta y marcando mucho las palabras, exclamó:

—Tú eres el Hachi Halef Omar, el jeque de los Haddedihnes. ¿Lo oyes, Halef

Omar, jeque de los Haddedihnes, de la tribu de Schammar?

—¿Hachi... Halef...?

Sólo dijo estas palabras y su voz guardó silencio. El *Ustad* volvió a sentarse y, dirigiéndose a mí, me dijo en voz muy queda:

—¿Adivinas lo que he hecho?

—No.

—Piénsalo bien... Le he obligado a volver a entrar en sí mismo.

—¿Es posible por medio de la palabra detener el alma que está a punto de romper los lazos que le unen al cuerpo?

—Sí, y no tardarás en tener la prueba que confirme lo que ahora has visto. Claro está que, para vosotros, los occidentales, esto es un enigma. Vuestro conocimiento del alma es tan escaso que ni aun podéis decir qué es y dónde está. Los que abrigan la extraña opinión de que el oficial se encierra en el cuerpo de sus soldados se explican todos los movimientos de éstos como actos de la voluntad del oficial pero son incapaces de dar la menor noticia acerca del alma.

Esto, que era muy viejo, sonaba a nuevo. En todo caso era verdad. Otra vez el más profundo silencio reinó en la estancia. Nada podíamos hacer más que esperar. Debía haber transcurrido una media hora cuando las hasta entonces rígidas facciones del Hachi dieron señales de querer suavizarse. La expresión de momia empezó a desvanecerse, aun cuando, por el momento, no se pudiera decir que las facciones se animaban.

Movió los labios, pero ningún sonido salió de ellos. Pude observar que los ojos giraban bajo los caídos párpados. Era indudable que se esforzaba inútilmente por conseguir el triunfo. Poco después un estremecimiento agitó sus piernas y brazos bajo las mantas, cual si una corriente de vida hubiese penetrado en su cuerpo y, casi gritando, pronunció estas palabras:

—*Sidi! Sidi!* ¿Estás ahí?

He dicho casi gritando, pero aquello no era gritar ni tampoco llamar, ni siquiera lo que acostumbramos a decir «hablar en voz alta» y, sin embargo, ¡sonó tan claro, tan vehemente y con tal expresión de espanto! En aquella voz se traslucía una extremada debilidad y, a pesar de ello, resonó en los cuatro ángulos de la espaciosa estancia.

—Aquí estoy —le respondí.

—Dime cómo me llamo.

—Eres mi buen amigo Halef Omar.

—¿El jeque de los Haddedihnes?

—Sí.

—¿Estoy entre los Dschamikum?

—Sí.

—¿Estoy aún enfermo?

—Sí, todavía lo estás, pero pronto recobrarás la salud.

—¿Tú eres Kara Ben Nemsí?

—Sí.

—Pues asómbtrate: ya sé lo que es morir.

—Dímelo.

—Ahora no: me cuesta mucho hablar *Sidi*... ¿no has oído campanas?

—Sí, las campanas que llaman a la oración.

—Déjalas que toquen. Que pidan oraciones para que conserve la vida, quiero volver junto a Hanneh, mi alma... ella es...

Se detuvo. Por primera vez su rostro expresó algo: la impaciencia. Se recogió en sí mismo y, después, prosiguió con mucha lentitud, como si tuviera que coger las palabras una por una y desde lejos.

—¿Qué es... lo que me pasa? ¿No es ésta mi Hanneh? ¿Y mi hijo? ¿No está aquí... también? Yo no veo con mis ojos sino... con... los de otra persona. Y con ellos veo mi propio cadáver. Junto a él está Hanneh, vestida de... hombre. Está aquí... aquí... a mi derecha y yo no puedo volver la cabeza... ni abrir los ojos. Pero la veo... la veo. ¡Hanneh! ¡Hanneh! ¡Mi vida y mi encanto... ya sé que estás conmigo!

La dolorida esposa no pudo conservar por un instante más el dominio sobre sí misma. De sus labios salió un sobrehumano grito y, lanzándose sobre el enfermo, exclamó:

—¡Gracias sean dadas a Alá! Creí que iba a matarme la pena, pero ya puedo respirar libremente, porque mi amado no morirá. Tú, Señor Todopoderoso, me lo devuelves.

Mientras la beduina pronunciaba estas palabras, mis ojos se fijaron en ella y pude ver el efecto que sobre el enfermo hizo aquella voz tan querida. Fue sorprendente. Movié la cabeza, sus facciones se animaron, entreabrió los ojos y, con expresión de inefable dicha, se posaron sobre Hanneh. Kara, que también se había levantado, estaba junto a su madre. Halef lo vio e inmediatamente pudo mover las manos y, cruzándolas, dijo:

—¿También estás tú aquí... amor mío? No he muerto... y, sin embargo, gozo todas las delicias del Cielo.

Dicho esto, cerró los ojos. Madre e hijo, arrodilladas junto al lecho, estrechaban las manos del enfermo y murmuraban las dulces frases que les inspiraba el amor. Él no contestaba.

Tan pronto como Halef manifestó el deseo de oír las campanas, desapareció uno de los *Dschamikum* que estaban en la puerta para satisfacerlo y, en aquel momento, el tañido del bronce llegó a nuestros oídos. El paciente lo oyó y una sonrisa entreabrió sus labios, miles de almas rezaban por él.

Los reunidos en la sala del consejo hicimos lo mismo y, durante las oraciones, se durmió Halef, y no fue el único, pues yo seguí su ejemplo.

Nada tiene esto de particular, dados los esfuerzos que llevaba hechos en aquella noche inolvidable. De pronto sentí un cansancio imposible de dominar, y la parte

superior ce mi cuerpo, que estaba erguida, se dejó caer, perdido el equilibrio.

Me llevaron al perfumado rincón de las violetas en donde disfruté de un sueño tan profundo y largo que, al despertarme al día siguiente, el sol se acercaba al ocaso. En el acto comprendí lo mucho que me había fortalecido tan prolongado descanso.

¿Quién era la que estaba junto a mí cuando abrí los ojos? Hanneh. Vestía un traje de mujer que había traído consigo, Al ver que despertaba y mis miradas se fijaban en ella, me tendió la mano, diciendo:

—Te saludo con toda mi alma y mi corazón. *Effendi*. Esperaba a que despertaras. Entre tanto Kara está junto a su padre y me avisará en cuanto sea yo necesaria. Ahora, ante todo, debes tomar alimento. Diré a Schakara que traiga algo de comer.

—¿Sabes dónde está?

—Sí. Nos hemos hecho en seguida muy amigas, pues tiene un corazón tan bueno que inspira irresistible simpatía.

Hanneh salió apresuradamente y pronto estuvo de vuelta acompañada de la bella joven. Mientras esta última se ocupaba de mi comida, la primera fue a reunirse con su hijo junto al lecho de Halef, quien, según me dijo Schakara, desde el día anterior estaba sumido en un profundo y probablemente reparador sueño. Hanneh se inclinó sobre el jeque y le rozó la frente con sus labios. Sin duda este suave contacto lo despertó, pues empezó a moverse. Schakara se apresuró a salir para llamar al *Padar*, quien había dicho que quería hallarse presente cuando Halef despertara.

Oí que mi amigo murmuraba algo entre dientes, pero no pude entender sus palabras. Los ojos del enfermo permanecían cerrados. Entró el *Padar*. Observó breves momentos al enfermo e hizo señas a Hanneh de que le hablara. Así lo hizo ésta, pronunciando algunas palabras de cariño; que tuvieron la virtud de iluminar el rostro del enfermo con una débil sonrisa.

En vista de que éste oía, repitió las palabras, añadiendo a éstas la pregunta de cómo se encontraba. Entonces llegó a mis oídos aquella voz sin matices y, sin embargo, tan inteligible.

—Hamdulillah! No ha sido... sueño. Mi vida... ha venido... aquí. Hanneh, Hanneh... y...

Se calló, como si reflexionara. Kara se adelantó y, completando la comenzada frase, añadió:

—Y yo también estoy aquí, padre. Kara Ben Halef, tu hijo. Estoy aquí a tu lado.

—¿Kara, mi hijo... el joven héroe de los Haddedihnes?

Movió la cabeza y la inclinó hacia su hijo, pero siempre con los ojos cerrados. Prosiguió después:

—¿También... aquí? Sí, lo veo. ¿A caballo?

—Sí, padre querido.

—¿En qué caballo?

—En Ghalib, el que tú me regalaste para que se acostumbrara a mí y me obedeciera.

Un rápido y enérgico estremecimiento recorrió el cuerpo de Halef.

—¡Monta sobre él! —dijo.

—¿Ahora? ¿Aquí?

—Sí. Tú eres... la tribu de los Haddedihs... y yo quiero... ver tu valor.

La orden fue dada en tono muy débil, pero en el que se traslucía una firme voluntad. Kara dirigió una interrogadora mirada al *Padar*.

Éste lo cogió por la mano y separándole del lecho lo condujo a la explanada. Por el camino oí que le decía:

—Que ensillen el alazán lo antes posible, ponte todas tus armas y preséntate a tu padre, cual si fueras al combate. Esto es lo que se ha de hacer. Tu vista le dará nuevas fuerzas para vivir. Date prisa, hijo mío.

Halef permanecía callado, pero, evidentemente, esperaba, como lo demostraban sus débiles pero impacientes movimientos. Pasados algunos minutos, no llegarían a cinco, sonó de nuevo su voz:

—Kara... de prisa... de prisa. No tengo... tengo... tiempo.

Había tanta angustia en su tono que Hanneh, con paso rápido, se adelantó hasta las columnas. Allí se encontró con el *Padar* que ya regresaba.

—¡Urge mucho! —dijo la aterrada esposa.

—Viene en seguida —respondió él—. Ten valor y calma. Este momento puede ser decisivo. Arrodíllate a su lado, es fácil que te necesite.

Obedeció en el acto la indicación, mientras Halef decía con trabajo estas palabras:

—¡No, no viene... y yo... yo... tengo que marcharme!

De pronto se oyó en el exterior el ruido de los cascos sobre la piedra. No entraba en las costumbres del fogoso Ghalib la de subir escaleras, y el noble animal se resistía.

—*Sallahi Kawahm, kawahm!*^[49] —gritó la juvenil y vibrante voz de Kara.

El potro, tascando el freno, en dos botes saltó la escalinata y, entrando como un torbellino, se paró en seco junto al lecho de Halef, quedando cual si estuviera fundido en bronce. El joven Haddedihs llevaba el cuchillo y las pistolas pendientes de la cintura. Cruzaba su espalda la espingarda beduina de prolija labor y su mano empuñaba la característica y larga lanza. Esta hermosa y viva imagen de un guerrero árabe dirigió sus brillantes ojos sobre el enfermo jeque.

Éste abrió los suyos y los levantó hasta su hijo. No se dio cuenta al parecer de que Hanneh, metiendo el brazo por debajo de los almohadones, le levantó un poco la cabeza y los hombros.

—¡Ghalib, el indomable! —dijo Halef—. Lleva sobre sus lomos... el porvenir de mis Haddedihs, pero... el pasado no muere... no muere... y yo soy el presente. Me quedo con vosotros... quiero... quiero quedarme. Hanneh... hijo mío... me siento revivir.

Con expresión de alegría miró por algunos momentos a su hijo y volvió a cerrar los ojos. Hanneh, con mucha suavidad, lo dejó reposar sobre los almohadones.

Me pareció que el semblante de mi amigo había cambiado por completo de expresión y que ya no estaba tan cadavérico como antes. Kara se apeó del caballo y, lo más silenciosamente posible, lo condujo fuera. Hanneh dirigió una interrogadora mirada de angustia al *Padar*. Éste, cogiéndola de la mano, la levantó y le dijo:

—Las esperanzas aumentan. Ven conmigo; vamos a preparar una bebida fortificante. Si la toma, se salvará.

Al mismo tiempo que ambos salían, entró Kara y, después de permanecer unos momentos a mi lado, se fue junto a su padre, que no estaba despierto, pero tampoco parecía dormir. Movía a veces alguno de sus miembros, al parecer de un modo deliberado y no sin darse cuenta de lo que hacía.

A la sazón volvieron el *Padar* y Hanneh. Supuse que el vaso que esta última llevaba en la mano contenía el extracto de pollo que con tan buen resultado me administraron a mí. Se lo dieron a mi amigo con ayuda de una cuchara. No se resistió a tomarlo y, casi en seguida, se durmió con tranquilo sueño, del que, según el *Padar*, no debía despertar hasta el día siguiente.

FIN

COLECCIÓN DE «POR TIERRAS DEL PROFETA II»

Por tierras del Profeta es el título genérico de las series de aventuras ambientadas en Oriente, escritas por Karl May. Están protagonizadas por Kara Ben Nemsí, el mismísimo Old Shatterhand (protagonista de la serie americana del mismo autor) ahora visitando un Imperio otomano en plena decadencia.

Los libros que forman esta serie fueron publicados en España siguiendo el criterio de la editorial, que incluyó en la serie Por tierras del Profeta II estos ocho libros, que en la versión original alemana conforman la serie En el reino de los leones plateados (*Im reiche des silbernen lowen*).

Por tierras del Profeta II

0. *En guerra con los comanches (Im Krieg mit den Komantschen)*. Este libro también es el número 1 de la siguiente serie del autor: En el reino de los leones plateados (*Im reiche des silbernen lowen*).
1. *Los bandoleros persas (Die persischen Banditen)*.
2. *Los contrabandistas de especias (Gewürzschmuggler)*.
3. *La cristiana de la torre (Die Christin des Turms)*.
4. *El valle de la paz (Das Tal des Friedens)*.
5. *El jefe de los Kalhuran (Der Scheich der Kalhuran.)*
6. *Traición en Oriente (Verrat im Orient)*.
7. *La aniquilación de las sombras (Die Vernichtung der Schatten)*.



KARL «FRIEDERICH» MAY. (25 de febrero, 1842 - 30 marzo, 1912) fue un escritor alemán muy popular durante el siglo xx. Es conocido principalmente por sus novelas de aventuras ambientadas en el Salvaje Oeste (con sus personajes Winnetou y Old Shatterhand) y en Oriente (con sus personajes Kara Ben Nemsí y Hachí Halef Omar).

Otros trabajos suyos están ambientados en Alemania, China y Sudamérica. También escribió poesía, una obra de teatro y compuso música (tocaba con gran nivel múltiples instrumentos). Muchos de sus trabajos fueron adaptados en series, películas, obras de teatro, audio dramas y cómics.

Escritor con gran imaginación, May nunca visitó los exóticos escenarios de sus novelas hasta el final de su vida, punto en el que la ficción y la realidad se mezclaron en sus novelas, dando lugar a un cambio completo en su obra (protagonista y autor se superponen, como en «La casa de la muerte»).

NOTAS

[1] Cúpula del Islam. <<

[2] Cochino. <<

[3] Caracol. <<

[4] Isla, tierra entre el Éufrates y el Tigris. <<

[5] Excelencia. <<

[6] Contrabandista. <<

[7] Abajo. <<

[8] Montaña de agua. <<

[9] Plural de Adam. <<

[10] ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Acude, acude, Jeque! <<

[11] Abogado. <<

[12] Calentura. <<

[13] Fiebres frías. <<

[14] Fiebre intermitente. <<

[15] Litera. <<

[16] La gota. <<

[17] Viruela. <<

[18] Juego de pólvora. <<

[19] En nombre de Dios. <<

[20] Valle del saco. <<

[21] Dátiles para los caballos. <<

[22] Flecha. <<

[23] Maestro. <<

[24] Diablo. <<

[25] Olmos y encinas. <<

[26] ¡Alto! <<

[27] Ser sobrenatural. <<

[28] Narcótico. <<

[29] Opio. <<

[30] Azúcar de árbol. <<

[31] Padre. <<

[32] Desgraciados. <<

[33] Sangre por sangre. <<

[34] ¡Perdón! <<

[35] Ministro de la Guerra. <<

[36] ¡Alá te proteja! <<

[37] Cerezas venenosas. <<

[38] Arpa oriental. <<

[39] Violetas. <<

[40] Ángel de la convalecencia. <<

[41] Vencedor. <<

[42] Guisantes. <<

[43] Fama. <<

[44] Puñal. <<

[45] Cf. «En guerra con los comanches». <<

[46] Casa de Dios. <<

[47] La Verdad. <<

[48] Cristiano. <<

[47] ¡Adelante! ¡Aprisa, aprisa! <<